UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01625819 6

DE PASO POR LAS BELLAS LETRAS

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/depasoporlasbell02mart

M3834d

P. GRACIANO MARTINEZ

AGUSTINO

De paso por las Bellas Letras

(CRÍTICAS Y CRITIQUILLAS)

TOMO II

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)

181461
19.6.23.

MADRID
BRUNO DEL AMO, EDITOR
Toledo, 72

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 3.

Al través de un libro y de un alma.

Ahora están de moda en España los solitarios: el doctor Stockmann de Ibsen tiene una pléyade de discípulos entre los españoles. Lo peor es que estos solitarios españoles, casi todos, son insanos y ultraparadójicos. Nietzsche ha pasado por ellos, envenenándolos con su soberbia satánica, y, casi todos ellos, se consideran superhombres. No es que hayan llegado adonde Zarathustra, en sus radicalismos iconoclastas; pero pretenden seguirle de cerca, sin pensar que Zarathustra se reiría de ellos, como se rió de aquel viejo que encontró en el bosque cogiendo leña para llevarla a su cabaña, y en el cual se imaginan algunos autores a Schopenhauer; pues lo cierto es que él y Zarathustra se hablaron y se reconocieron.

El viejo aquel decía que no amaba a los hombres, que a quien amaba era a Dios. Y cuando después de esforzarse en vano por persuadir a Zarathustra de que debía volverse a su cueva, sin curarse para nada de trasfundir a los hombres la sabiduría de que se sentía henchido, se dieron su adiós, separándose y riendo, como dos niños, *wie zwei Knaben lachen,* luego que Zarathustra se vió sólo, hablaba con su corazón, burlándose de la ignorancia del buen viejo, y se decía: "¡Es posible que este viejo no haya oído todavía en su bosque que Dios ha muerto!..."

Digo esto porque a las soledades de los aludidos solitarios españoles todavía no ha llegado la estupenda noticia nietzschiana: nuestros solitarios todavía creen en Dios.

Pero si se exceptúa esta creencia, en todo lo demás son partidarios de Zarathustra, pues no hacen otra cosa que repetir sus enseñanzas peregrinas y sus paradojas despampanantes. No va Palacio Valdés en la reata de pedísecuos redentores que con tan desusado ahinco cultivan el plagio. Es también un solitario el gran humorista; pero de muy otro estilo.

La soledad de nuestro novelista tiene algo de la de San Bernardo, de aquella soledad de los robles y de las hayas, donde el Santo aseguraba haber aprendido más que en los libros y en las escuelas de los sabios.

Yo recuerdo haberle visto una tarde primaveral en un rincón del Retiro, a la sombra de una enramada en la cual gorjeaba alegre un pájaro. Nuestro hombre estaba de pie, con la diestra apoyada en su bastón fijo en la tierra. Su frente se inclinaba, ladeándose un poco, como para aguzar mejor el oído y no perder una nota musical de la armonía embriagadora que tan deleitosamente le extasiaba. Me detuve largo tiempo contemplándole, y, viendo que no salía de su dulce éxtasis, no me atreví a saludarle. Allí le dejé, y me retiré pensando en aquel monje de la leyenda, a quien un pajarillo retuvo centenares de años con la magia fascinadora de su canto, en la espesura de un bosque, a las orillas de una fuente.

No es que nuestro autor guste de vivir en una cueva o en un desierto a la manera de San Jerónimo, aquel modelo de solitarios, que para sustraerse a los arrebatos de su imaginación y al salvaje ímpetu de sus pasiones se había refugiado en agreste soledad, soledad que él bendecía, efusivo, diciendo que en ella nacían las piedras místicas de la ciudad del gran Rey, y que en ella veía más luz y se sentía más libre del fardo de su cuerpo para remontarse en las alas del alma hacia los cielos radiantes y hermosos: *ad purum aetheris fulgorem...*

Esta soledad del espíritu, que es la verdadera soledad, Palacio Valdés la consigue viviendo en medio del mundo, dando sus diarios paseos por en medio del torbellino humano, por entre el cual pasa siempre, meditabundo y abstraído, absorto en alguna idea o en alguna visión interior. ¿Quién no le ha encontrado alguna vez de esa manera que yo digo, por plena calle de Valázquez o de Alcalá, sin atreverse a saludarle siquiera, por miedo a turbar la soledad de espíritu en que va engolfado?

Así es como medita y piensa, rastreando siempre encumbradas cosas. Un día dijo Jesús a Santa Teresa que, como hablaba con ella, podía hablar también con muchas almas; pero que su voz no era oída cuando había mucho ruido en el corazón. Pues bien, este ruido no lo hay en el corazón de Palacio Valdés. Y sí lo hay en el de otros solitarios españoles. De ahí que mientras en el de aquél suena a menudo, apacible, la voz divina dictándole exquisitas cosas, en el de éstos suene, tormento-

sa, la satánica, sugiriéndoles despropósitos inverosímiles en cabezas pensantes.

* * *

¿A qué viene este preámbulo en la crítica de una obra? Pues sencillamente a indicar que se trata de la obra de un solitario de verdad, y que me propongo hacer de ella un juicio reposado y tranquilo. De un libro de Palacio Valdés no se puede hacer una crítica vulgar, pasajera, de mero cumplido, como las que hacen los amables revisteros en sus notas bibliográficas, donde el crítico examen se reduce a un desfile inocente de zalameros adjetivos. Al insigne hijo de Laviana sé yo que le agradan las críticas serias, hondas, sustantivas, y que le tiene sin cuidado el adjetivo, por muy lisonjeante que sea; pues no es nuestro autor de aquellos *quaerentes ab hominibus gloriam*, de que habla San Pablo—y no temas, lector querido, que te vaya a endilgar un homilía por empezar citando las Sagradas Escrituras.

Palacio Valdés ha tardado en obsequiarnos con un libro nuevo, desde la aparición de *Tristán*, una de nuestras novelas mejores, y la más sana y la más fuerte que se ha escrito en España después del gran poema de los montes que el llorado Solitario de Polanco tituló *Peñas Arriba*.

A medida que el eximio novelista asturiano, hoy sin disputa el más grande novelista español, va avanzando sereno, edad adelante, con su barba nevada de apóstol, sus ojos irlandeses miran cada vez más brillantes y más profundos, como que-

riendo ser zahoríes de las entrañas de las cosas; y su gran inteligencia, cada día más radiante, se regala destellando su luz maduradora sobre los propios frutos, guardándolos con avara solicitud en su frondoso huerto, siempre bien asoleado y florido, sin sacarlos al mercado público de las letras, hasta que no coloreen, sazonados y jugosos, en plena madurez. De ahí que cada nuevo libro de este ingenio peregrino sea un nuevo indiscutible pregón de gloria que reverdece sus laureles dentro y fuera de España, y hace que el nombre del novelista egregio sea unánimemente aplaudido y magnificado.

Palacio Valdés es el reverso de Galdós. Este, como si conociese perfectamente que su gloria literaria no fuese del todo sólida y maciza, y estuviese expuesta, por tanto, a los espolvoreos ingratos del olvido, fatiga las prensas, queriendo conquistar con su pasmosa fecundidad lo que presiente pasajero y efímero por falta de sazón y de madurez. Aquél, al contrario, como si estuviese instintivamente convencido de que su obra literaria perdura y se dilata, manteniéndose actualísima en fuerza de la belleza y de la robustez que en ella ha sabido encerrar, nada parece preocuparse por mandar resmas de cuartillas a la imprenta y tener al público en tensión de nervios continua, que no dé tiempo a exámenes hondos, ocasionadores de desilusiones y desmayos.

De ahí que Galdós, considerado como novelista —no como dramaturgo, pues como tal tiene sus alzas y sus bajas y en las alzas llega a empinadas

alturas como algún día demostraré—, cada vez se aleje más y más de su propia grandeza, cada vez descienda más de las cimas adonde le remontó su genio, y de las cuales da lástima verle descender con un descenso que se asemeja mucho a despeñadura, pese a los zarramplines de la crítica, que, en cuanto leen en una nueva cubierta o portada el nombre ilustre de Galdós, ya sueñan con una obra radiosamente genial, en cuyo loor sería muy poca cosa pegar fuego a todas las gomorresinas de la Arabia. Y de ahí que cada nuevo libro de Palacio Valdés represente un nuevo crecido capital que deposita en el banco de las letras para que su crédito literario se cotice cada vez más alto, y no sea como el papel-Galdós, que, si aun corre como de ley, es en virtud de los áureos depósitos de antiguos días, cuando trazaba algunos de sus episodios nacionales de la primera serie y algunas de sus novelas de la primera época, no en virtud de los dépositos que ahora haga con tantos y tan inconcebibles engendros como han envilecido su pluma.

Papeles del Doctor Angélico prueba abundantemente lo que en razón a Palacio Valdés afirmo, es a saber, que cada día sus obras literarias son más robustas, más sanas, más jugosas. El gran literato y el gran humorista, sin dejar de ser gran humorista y gran literato, se nos manifiesta en esta obra como recio apologista y como buen filósofo. No se trata de una nueva novela: hay en el libro novelitas, cuentos, pequeñas narraciones de sabor legendario, inestimables diálogos filosóficos

y apologéticos, observaciones de profundísima psicología que revelan un buzo expertísimo en descender al fondo del espíritu humano, pensamientos apenas esbozados, y aun así, sustanciosos y profundos, que pugnaban por salir del cerebro, aunque sólo fuese vestidos del ligero apunte. Y con todas estas cosas ensartadas en un hilo espiritual común de que viene a servir el alma delicadísima del Doctor Angélico, se nos ha hecho un rosario de piedras preciosas, muy superiores a las perlas y a los diamantes, porque son de las que adornan siempre a su lapidario, sin poder pasar nunca a escaparates de prestamistas.

La mayoría de estos papeles son apuntes rápidos hechos en un instante de inspiración al meditar sobre la página de algún libro, o al sentir en la memoria la caricia de algún recuerdo, o al maravillarse de alguna aberración humana. Mas a despecho de la rapidez, casi todos ellos traslucen mucho oro molido en el fondo.

Unas veces es el gesto admirable que cruza, como un latigazo, la infatuación de la ciencia humana, acudiendo a teorías ridículas para explicar lo inexplicable; tal es el gesto risueño, que le inspiran en *La sorpresa* los esfuerzos científicos de los hombres, yendo impelidos por sí mismos de absurdo en absurdo, parándose un punto a tomar aliento en el protoplasma, en la generación espontánea, en la teoría celular, en la evolución... Otras veces es la tonalidad idílica con que bosqueja un cuadro lleno de color y de luz, como el de *Sociedad Primitiva*, donde no se sabe qué admirar

más, si el desenfado chispeante con que fustiga las pasiones redomadas de los hombres, o la simpática atracción que en el pintor ejercen las pasiones ingenuas de los niños. Ya es la agudeza psicológica con que, al través de unas inflexiones de voz, de unos gestos, de unas miradas, se introduce en los espíritus a estudiar su diversísima complexión, como en *Opacidad y Transparencia*; ya el peregrino modo de que la conciencia se vale para hacer resonar, al fin, en la misteriosa soledad del alma, la voz del remordimiento, increpadora y elocuente, como en *Las Burbujas* o en *La Muerte de un Vertebrado.*

Aqui, a la manera de nauta experto, buen conocedor de escollos y de sirtes, que se complace en rozar con su nave, sin tener jamás el más ligero choque, pasa, desdeñoso, bordeando la "moral de los fuertes", de los superhombres nietzschianos, sin que le toque una salpicadura, y poniendo en ella una suave sonrisa de ironía blanda, pero expresiva y contundente, como en *Arte Arcaico* y en *Perico el Bueno.* Allí simboliza, como en *La Pasión de los Santos*, la caravana de los seguidores de Jesús; los unos, ya muy cerca del divino Redentor, como Agustín, Bernardo, Teresa...; los otros, siguiéndole como pueden, teniendo sus caídas y sus tropiezos en la jornada; pero viendo siempre que, de cuando en cuando, el Señor se vuelve, irguiéndose sobre la muchedumbre, para dirigirles, por cima de ella, una mirada fortalecedora. Allá, como en *Un Profesor de Energía*, zahiere la ambición sin entrañas, que haciendo

usura, no ya sólo con el sudor de los pobres, sino hasta con la misma sangre de los infelices, llega a realizar sus brutales ensueños plutocráticos, tendiendo desde la cumbre de su bandolerismo triunfante una mirada soberbia en derredor. Más allá, como en *Ascetismo* y *Vida de Canónigo,* coge un pincel, cuándo goyesco, cuándo velazquino, y nos traza bellísimos cuadros bañados en luz alegre, donde van disueltas unas miajas de picarismo, de ese popular picarismo candoroso que tanto ha poetizado la vida canonical, imaginándosela siempre un tantico regalona y epicúrea.

¡Y qué poesía más ensoñadora e impregnada de lirismo aquélla en que mira a lo alto del cielo en una noche serena y estrellada, hablando con las diversas constelaciones que suscitaban sus ensueños infantiles, deseando transportarse a cada una de ellas, y concluyendo con aquel bello himno a la quietud santa y beatífica del hogar, adonde vuelve, ya a alta hora nocturna, deslizándose en él despacito y yendo, como de puntillas, al cuarto donde su hijo, sosegado, duerme, y luego al comedor, donde su cara esposa le aguarda aún, a la luz de la lámpara y con el rostro infantil inclinado sobre la costura! ¿Qué valen ante esta poesía santa del hogar todos los planetas y todas las constelaciones?

El gobierno de las mujeres es una deliciosa humorada muy digna de Campoamor. Brillan en ella un ingenio chispeante y una sólida erudición. La amenizan bellas paradojas y surcan todas sus páginas sutiles relámpagos de humorismo. A los

feministas radicales no los dejará del todo satisfechos, pero tampoco del todo disgustados. Se quedarán a medias mieles; porque en cuanto al feminismo, aquello viene a ser una de cal y otra de arena. Sin embargo, la protagonista D.ª Carmita teje en aquella conversación de tertulia ilustrada una rica aureola para la frente de la mujer.

Más que *El gobierno de las mujeres* me gusta *Una interview con Prometeo,* cuento fantástico, lleno de sustanciosas enseñanzas y de graciosos simbolismos y donde con cuatro escarabajeos de lápiz, a lo Labruyère, se destacan un par de caracteres vivientes y realísimos. ¡Qué crítica acerada de nuestra refinada civilización y de nuestras sociales conquistas! ¡Qué sabrosas y saladas ironías para el periodismo inconsciente, glorificador de nulidades y ahuyentador de las verdaderas y sólidas eminencias que, avergonzadas, se esconden en la soledad, como para substrarse al estrépito de apasionamientos ruines!

Y no hay que ver en esas ironías ni resquemores ni venganzas. Cuando se llega a la cumbre de la gloria sin aupamientos de la prensa, que se considera dispensadora de títulos de aristocracia intelectual, y acaso oyendo a la espalda los ladridos de ella, amenazando con sangrientos mordiscos que fuercen a sucumbir o, por lo menos a desmayar hay perfecto derecho para, ya una vez en la cumbre, tender una mirada humorística al hondo valle, y contemplar a los ladradores retirándose, al modo de los gozquecillos que se lanzaron del um-

bral de la casa, donde yacían soñolientos, en pos del vehículo rápido que intentan en vano atajar.

Algunos de los papeles angélicos son fruto de hondos y variados estudios, de meditaciones reposadas y certeras. *Intermedio del Editor*, por ejemplo, vale por todo un tratado fundamental de apología. Yo no recuerdo haber leído nada tan bien concatenado y ceñido para dar una explicación de la presencia del mal entre nosotros. Va a guisa de prólogo, al frente de este papel angélico, un drama horrible en que actúa de víctima una niña, una de esas niñas-mártires que se crían encanijadas y enclenques, debido a los bárbaros instintos de crueldad que sacian en ellas, en su carnes macilentas y flacas, un padrastro que debía asociarse con los tigres, y una madre, aún más salvaje y sanguinaria que estas fieras.

Este drama, que Palacio Valdés esboza en cuatro pinceladas enérgicas que ponen en conmoción profunda las entrañas y fuerzan a inundarse de llanto los ojos, lleva, como de la mano, al Doctor Angélico y al eximio novelista —que son dos en una carne y en un espíritu— a tratar del origen del mal en la tierra, y surge un diálogo platoniano, tan sustancioso y ameno, tan elevado y profundo, que uno se maravilla del saber humano y divino que allí se derrocha, y más aún que de este saber, del riente ingenio con que se pasa revista a los diversos errores filosóficos y teológicos en que incurrieron los pensadores antiguos y modernos para explicarse la presencia del mal en la vida. ¡Con qué seguridad de criterio y con qué firmeza de

juicio se verifica aquella excursión filosófico-humorística, a los campos del pensamiento, refutando de pasada el budismo de Sakyamuni, el pesimismo de Schopenhauer, la herejía de Manés y hasta el escepticismo de Montaigne y las candideces utópicas de Rousseau, para caer al fin de rodillas ante la Cruz y abrazar el dogma del pecado original!

No todos los lectores de Palacio Valdés sabrán apreciar el mérito altísimo de este bellísimo diálogo, donde se dilapida tanta cultura filosófica, teológica y aun mística; pero todos quedarán convencidísimos de que, a las muchas fases de tan eximio ingenio, es forzoso añadir, de aquí en adelante, una nueva y, para muchos, sorprendente: la del recio apologista cristiano. Yo de mí sé decir que le he seguido en tan amena excursión paladeando dulcísimas mieles. Y no es que yo sea de los sorprendidos con la nueva fase del eximio novelista, pues he tenido la fortuna de tratarle un poco de cerca y de asomarme a su espíritu, tan rico de bendiciones de Dios, sino que me dejé embelesar por la original manera como nuestro hombre apologiza, recorriendo caminos abruptos que él allana y siembra de flores, desliendo en su ambiente sales agudísimas de exquisito sabor. ¡Si se escribieran de tan hechizante modo las obras de apologética!...

* * *

Lo que hay de más dulce, de más conmovedor en el libro, es la nota idílico-religiosa a que no

nos tenía acostumbrados nuestro autor en sus anteriores escritos. Quienquiera embriagarse en poesía de ese género, no tiene más que leer las tiernas y lindas narraciones tituladas *El viaje de la Monja* y *Theótocos,* la vespertina excursión del Doctor Angélico al santuario de Aránzazu a cumplir una promesa que había hecho a una guipuzcoanita, su criada —que había concluído por refugiarse en un claustro— de ir allí un día y rezar una Salve a la Virgen. ¡Cuánto lujo de ternuras místicas en una y otra narración! ¡Y qué embelesado las saborea uno leyéndolas y releyéndolas, sintiendo palpitar en ellas algo de sobrenatural y divino que inefablemente embriaga!

Algunas veces, pocas, hiere, pero siempre intentando curar. Maneja admirablemente la sátira sobre muchas miserias de la vida: pero la maneja, al modo que manejan los consumados cocheros la fusta, haciéndola estallar en el aire sin infligir ningún daño a los nobles brutos. Sabe muy bien que emplear en el ataque de nuestros adversarios el insulto y la virulencia es nada cristiano y bien poco fructífero; porque todas las violencias llevan dentro de sí un fermento de esterilidad, como todo lo que procede de origen abyecto y es retoño de incultura e ineducación. ¡Oh, lo mucho que pueden aprender en este libro periodistas y revisteros, políticos y gobernantes, críticos y autores!...

Dije al principio que Palacio Valdés se nos ostentaba en este libro como apologista y como filósofo, dos títulos gloriosos que había que reconocer en el gran literato y en el gran humorista,

Después de leído este libro, no creo que haya nadie que le niegue la cualidad de filósofo y de pensador. Palacio Valdés libró en toda la línea la batalla contra los cicateros de su nombradía como filósofo, y consiguió una decisiva victoria, que evidenciaría por sí sólo este libro genial, si en los hermanos que le precedieron no hubiese ya trazado toda una filosofía, una concepción, *sui géneris*, del vivir, que es lo que suelen hacer los verdaderos filósofos literatos, al contrario de los tratadistas que pretenden monopolizar el nombre de filósofos para los que escriben un tratado de filosofía —psicología, lógica y ética— que es la diezmillonésima edición, mal corregida y peor aumentada, de la gloriosa herencia filosófica que nos legaron los grandes metafísicos de las Escuelas.

Ya Clarín, al hablar de los primeros libros de Palacio Valdés, ponderaba en él la rara valía de hacer pensar que tienen contadísimos autores. Y es que, quien hace pensar, piensa mucho él mismo. Algunos de los pensamientos del Doctor Angélico, encerrados en dos o tres líneas, suponen largas meditaciones y escrupulosas experiencias. Meditad aquél: "Nuestra sociedad está hecha de una materia tan flúida, que los cerebros llenos se van al fondo. Sólo pueden flotar los huecos." Reflexionad sobre éste: "Dios está en todas partes, es verdad; pero yo tengo la desgracia de no verle más que en el alma de los seres nobles." Y sobre este otro: "Dime, amigo: si reniegas de Dios y del alma, ¿a qué te ha sabido el beso que te dió tu

madre al morir?" Sea éste el último: "Sólo sentí la certidumbre cuando me he sacrificado."

* * *

Pero lo que más descuella en esta obra es el humorismo. Palacio Valdés es en ella el incomparable humorista de siempre, que tan de perlas ha sabido asimilarse el "humor" inglés, pasándole de antemano por un tamiz español. Edwin decía que el "humor" conservaba su primitiva y natural significación de humedad, de jugosidad, y que esa jugosidad la retiene metafóricamente, pues no es más que un especial rezume de ingenio que se extiende por lo que se escribe, hinchiéndolo de gracia, de riqueza y de hermosura. Y en este sentido, el humorismo de nuestro gran novelista, destácase sin rival en nuestra literatura contemporánea. Palacio Valdés empapa en ese humorismo cuanto escribe, poniendo en todo ello una sonrisa ingenua y encantadora, que trasciende algo a sátira, pero muchísimo a corrección compasiva. No le gusta zaherir ni triturar: se contenta con mirar de reojo las cosas humanas y reirse de ellas con una risa que tiene tanto de malicia como de piedad. En lo cual imita a Cervantes, que siempre se muestra cariñoso con Sancho Panza, su creación, y aún puede decirse la creación humorística por excelencia, pues no hay en ninguna literatura ejemplar humorístico tan acabado y tan perfecto.

La inspiración de Palacio Valdés pasa por este

libro como una abeja cargada de miel, que va dejando aquí y allá, endulzándolo todo con una suave y deleitosa dulcedumbre. Pero la abeja ésta, al mismo tiempo que endulza cuanto toca, deja en todo ello como una picazón de inquietud: diríase que hacía ademán de clavar su aguijón, sin clavarlo nunca, satisfaciéndose con hacer sentir una leve punzada, que no se quede en la piel, sino que llegue directa al espíritu...

El humorismo de nuestro hombre flagela, pero sin herir, y si hiere un poco es con objeto de que la herida se trueque para el herido en fuente de salud. Pensad en aquel coronel Barrios, materialista empedernido que se había envenenado con las doctrinas de Vogt y de Büchner, y que no creía ni en la vida futura, ni el alma, ni en la conciencia. ¡Con qué tenacidad tan extraña le perseguían los ojos de un pobre insurrecto cubano a quien inicuamente había mandado matar! Le habían encontrado retorciéndose, herido, en la manigua y esperando naturalmente misericordia; y el coronel precipitadamente había dado la orden de rematarle. El pobre herido le miró con ojos muy abiertos, como sorprendido de tanta inhumanidad. Y aquella mirada trágica la llevaba el coronel atravesada en sus recuerdos vivos, destellando algo intranquilizador en su existencia. ¿Qué significaría aquella mirada? Para él no existía el remordimiento, porque el remordimiento es el miedo a los castigos de una vida futura, y para él esa vida futura no existía.

¿Verdad que es extraño, amigo Jiménez? —le

interrogaba el coronel al Doctor Angélico? Y éste respondía: —En efecto, es un poco extraño...

¿Verdad que es muy saludable manera de herir? Pues veréis otro rasgo humorístico de mucha más valía, si leéis detenidamente *Pitágoras*. Este era el mote de un condiscípulo del Doctor Angélico. La filosofía alemana habíale sorbido los sesos. Krause, especialmente, le embebecía y le arrebataba. Corrían los tiempos dichosos de Sanz del Río. Una tía muy devota era quien costeaba la carrera de "Pitágoras", con la esperanza de verle un día ministro del Señor. Por ahí se iba la corriente...

Cuando la tía supo lo herejote que era su sobrino, le retiró la pensión, y el conspicuo filósofo, viéndose acosado por la patrona, un día se pegó un tiro en la frente. Por fortuna, pudo la ciencia curarle; y ya curado, renegaba de la filosofía y de los filósofos.— ¿Por qué? Durante la fiebre causada por el pistoletazo, había estado en el otro mundo y visto que allí había unos campos elíseos para los héroes, otros campos elíseos para los poetas, otros campos elíseos para los filósofos... El, naturalmente, se fué a los campos elíseos de los filósofos y se sorprendió de que ninguno pensase como en este valle de lágrimas había pensado

—Dime —le pregunta el Doctor Angélico—, tu gran maestro Krause, ¿había cambiado también de opinión?

—¡Krause! —exclamó—. ¿Sabes que he pregun-

tado a mucha gente y nadie me ha dado cuenta de él? ¡Nadie le conocía! Es curioso, ¿verdad?...

Y bien, pregunto yo: ¿se ha usado alguna vez de más cortante escalpelo para hacer la disección crítica de aquella filosofía que, por espacio de algunos lustros, tuvo tan entontecidos a nuestros sabios universitarios?

Y de estas filigranas humorísticas es un mosaico el libro del Doctor Angélico. Permítaseme transcribir aún este otro rasgo, que es de lo más regocijado y exquisito. Nuestro Doctor no va al Parlamento hace años, y pregunta a un diputado amigo por los políticos de más relieve: —¿Fulano?— Mucho talento, mucha perspicacia... "pero carece de sonoridad". —¿Mengano?— ya tiene más sonoridad y logra algunos éxitos.—¿Y Zutano?—Ese es un inmenso orador. Admirable de sonoridad, encantador, avasallador. El ilustre representante "arqueaba las cejas y elevaba las manos al cielo en acción de gracias".

Yo —añade el Doctor Angélico— también las elevé para bendecirle, porque al fin había un país en el mundo en que la política se rige como había soñado Pitágoras: por las leyes sublimes y matemáticas de la música.

¿Verdad que todo esto es muy sabroso y regalado humorismo?

* * *

Respecto del estilo, Palacio Valdés es el de siempre. Esta lapidificación de la frase a que hoy con tanto afán se dedican los literatos jóvenes, que pugnan por convertir el arte de escribir en ver-

dadero arte de orfebrería, no reza con Palacio Valdés, persistente amador de la espontaneidad. El encanto que ejerce en nosotros su estilo no proviene de la suntuosidad de su léxico, ni del recamo de su fraseología, ni de la brillantez de sus imágenes, sino de su admirable naturalidad. El ropaje con que viste sus ideas y sus sentimientos no viene de talleres modistiles, ni se confecciona con arreglo a impecables moldes; el taller de donde nuestro excelso novelista viste a sus hidalgos hijos intelectuales es la propia naturaleza. En ella estudia, en ella bebe, en ella se inspira. Y ella es quien le presta sus colores y sus galas para esbozar ciertos cuadros y trazar ciertas descripciones con galanura poética de asombroso artista, que nada tendría que envidiar a los acicalamientos pictóricos de Gauthier, ni a los exquisitos primores de Flaubert y de los Goncourt, que parecen ser los únicos expendedores de afeites tropológicos para muchos de nuestros estilistas noveles, empeñados en trocar la poesía y la literatura en algo así como un arte plumaria.

No quisiera que ninguno de estos lapidarios se enojase por estas mis insinuaciones. Con esos sus rebuscos y esos sus acendramientos, ellos desempeñan un buen papel y prestan un excelente servicio: hacen de pulidores y aun de enriquecedores del idioma, dándole cada día más flexibilidad y más retorneamiento, más armonía y más color.

¡Cuánto más bien hacen a la literatura estos orfebres remilgados y cultistas, que el infinito número de los escritores improvisados que, sin pre-

via formación literaria ni bagaje cultural de ningún género, rompen lanzas a cada triquitraque por periódicos y revistas provincianos y no provincianos, con un estilo caroñoso, descompasado y pachorrudo, en que las ideas se retuercen y descoyuntan, desesperadas, como las almas precitas de los condenados dantescos! No, muy señores míos; no basta la generosidad del vino que se brinda. Para el generoso vino no se ha hecho la escudilla de barro zamorano, sino la copa de cristal de Bohemia, diáfano y sonoro.

Decía que Palacio Valdés no era un pulidor estílico. A veces peca de descuidado; y no solamente falta a la retórica, sino también a la gramática, lo cual pone al novelista muy por encima del escritor. En esto se asemeja a Balzac, de quien dice Brunetière que olvida "parfois le sens propre des mots, souvent les régles de la grammaire et les lois mêmes de la syntaxe française", y a quien considera no obstante, como el novelista más grande de todas las modernas literaturas europeas.

No es que Palacio Valdés desdeñe el retórico aliño, ni el canon gramatical, no. Este olímpico desdén que tienen algunos para la gramática—el genial Unamuno entre ellos—arranca del infeliz Zarathustra, de aquel infortunado rebelde a toda justicia, que aseguraba que no llegaríamos nunca a superhombres si, a la manera que los niños se desprenden de los dientes primerizos, no nos desprendíamos de la gramática y de Dios.

* * *

Y voy a concluir mi crítica, porque sospecho que se vaya haciendo ya un poquillo pesada.

Este libro de Palacio Valdés tiene para mí un encanto singular. No solamente hallo en él mucho de libro de memorias por donde se puede conjeturar y componer la biografía del eminente novelador, ya que a mí me consta que en muchos, en muchísimos pasajes, los rasgos del Doctor Angélico, sus sentimientos, sus acciones, no son más que historia pura del excelso hijo de Laviana; sino que además encierran estas páginas las irradiaciones más bellas de su corazón generoso, espléndidamente cristiano, y vienen a ser como un espejo donde se ve la imagen de su alma nobilísima, redimida a fuerza de divino amor y anegada en lumbre de gracia que la engolfa a menudo en elevadas contemplaciones místicas, desde las cuales se rastrea el cielo.

Ningún libro de Palacio Valdés refleja tan bien como éste toda la grandeza, toda la hermosura de su fisonomía espiritual. Nuestro autor osténtase en él de cuerpo entero, de espíritu entero, por mejor decir. Cada página es un latido vibrante de su corazón, donde jamás ha latido una pasión baja, sin duda porque estuvo siempre henchido de pasiones nobles, y porque donde hierven las pasiones nobles no hay ambiente para las ruines. Schopenhauer dijo esta bella frase, hablando de la hermosura del cuerpo: "la hermosura es una carta abierta de recomendación que nos aquista de an-

temano los corazones" (1); pues bien, esta bella frase se puede aplicar con mucha más justicia a la belleza del alma, y yo estoy seguro de que, quienquiera que lea este libro atentamente y columbre la belleza del alma que en sus páginas se refleja, no podrá menos de ver en él esta carta abierta de recomendación, conquistadora de afectos y de simpatías.

En España, a pesar de todo esto, continuamos siendo muy ingratos con Palacio Valdés. Ningún autor español contemporáneo ha dado, fuera de las hispanas fronteras, tanta nombradía a las letras españolas, pues ninguno de ellos ha tenido el honor de verse tran traducido y de llegar a ser en naciones extrañas apreciadísimo y casi popular, como lo es nuestro autor en Inglaterra, por ejemplo.

Fuera muy justo y conforme a razón que se pensara en hacer un público homenaje de simpatía y de agradecimiento a tan venturoso glorificador de las letras de España, y que no se contentasen con tomar parte en él los literatos y los poetas, sino aun los hombres políticos, y aun los mismos elementos eclesiásticos y religiosos, que no harían más que agradecer debidamente la brillante apología de puntos capitalísimos de nuestra fe con que acaba de enriquecer nuestra literatura cristiana. ¡Pero en glorificaciones por el estilo se

---

(1) Schönheit ist ein offener Empfehlungsbrief, der die Herzen zum voraus für uns gewint.—*Aphorismen zur Lebensweisheit*, pág. 24.

está pensando! ¡Si se tratara de una glorificación de Ferrer, que tanto hizo y hace aún sonar nuestras cosas fuera de España, siquiera sea con un sonar a revolcaduras de ignominias y de cieno!...

Ahí está Sevilla, cuya belleza cantó el Doctor Angélico en la *La Hermana de San Sulpicio*, con fervor de sevillano, remontando el vuelo de su numen a alturas desacostumbradas, para ver de engalanar a la Perla de Andalucía con toda la opulencia de su cielo y de su sol, y representárnosla, tendida sobre flores, a la orilla del Guadalquivir, embriagada de perfumes y arrullada, a la vez que por las ondas del río, por la armonía gigantesca de mil canciones, acompañadas de guzlas y de guitarras. ¿Creéis que se le haya dedicado al "Doctor Angélico" una calle en Sevilla? ¿Y por qué le habían de enaltecer los andaluces, si no le enaltecen los mismos asturianos, estos asturianos que no advierten que de la corona inmortal de Palacio Valdés se escapan rayos de luz nobilísima que nos esplendora a todos y a cada uno la frente? ¡Si le tenemos en vergonzoso olvido los mismos astures que debíamos haberle ya levantado una estatua, como se la levantaron los gallegos a doña Emilia Pardo Bazán, y como se la acaban de levantar los santanderinos a Pereda!

—¿Estatua? Dudo que luzca su nombre en calle alguna de Oviedo o de Gijón; de la misma villa de Avilés donde pasó sus años juveniles y de cuyas bellezas y de cuyos encantos habla en cien pasajes de sus obras; ¡de la misma villa de Laviana, que se honra con haber sido su cuna y que fué por

él cantada con entusiasmo en ese poema vibrante que se llama *La Aldea Perdida*! Y eso que hoy se dedican calles a cualquier zurupeto de la política o de la literatura!...

Está visto que nos empeñamos en no reconocer su grandeza y su gloria, tan magnificadas en el extranjero. Este su último libro, que debió haber excitado entusiasmos fervorosos, especialmente en la llamada "buena prensa", no ha logrado hasta ahora enardecer ninguna pluma ni inspirar una crítica justiciera, y, por consiguiente, encomiástica y calurosa.

A excepción de unos párrafos justos y bellos que le dedicó alguna de las aguerridas y pintorescas plumas jóvenes que gallardean en *El Debate,* yo no he leído nada que sea digno de nuestro excelso novelador y de nuestro incomparable humorista. Y eso que hay un hormiguero de críticos que, en cuanto aparece un libro de cualquier repelente Felipe Trigo, rompen la piel al bombo de tanto hacerle sonar en apoteosis estupendas. De ser verdad las zarramplinadas con que se descuelgan por revistas y periódicos ciertos borrajeadores de cuartillas, la España actual sería un vivero de genios, de colosos intelectuales, y cada mes contaríamos por docenas las obras maestras que habrían de pasar a la posteridad. ¡Oh la prensa!...

FERNANDO BRUNETIERE

EL CRÍTICO Y EL APOLOGISTA

Sería cándida pretensión querer encerrar la personalidad de este grande hombre en las estrecheces de un artículo. No intento yo semejante candidez. Estudios aparecerán, sin hacerse esperar mucho, hechos por buenos aforadores del pensamiento y de la palabra, en los cuales se acertará a poner de relieve la figura del ínclito adalid de la verdad católica por quien está hoy de duelo general la Iglesia. Allí se analizará minuciosamente su gigantesca obra, se aquilatarán con amorosa escrupulosidad todos sus méritos y se labrará el marco de nobilísimo metal donde se encuadre su imagen, de suerte que se destaque siempre, al través de los siglos, bañada en la lumbre inextinguible que de su cerebro ha irradiado. Mas esto no quita que *España y América* registre en sus páginas el infausto acontecimiento que llora el catolicismo, y dé una idea, siquiera sea pálida e incomprensiva, de la gran labor crítica y apologética en que empleó el insigne autor de los *Discursos de combate* el plazo harto fugaz, aunque fecundísimo, de su peregrinación por este mundo.

Brunetière es la actualidad palpitante del día: las revistas no deben, no pueden vivir a espaldas de la actualidad, y en casos como el presente, si son católicas, deben hacer punto de honra, y aun de conciencia, el ir a poner sobre el sepulcro del grande hombre, si no una flor, por lo menos un puñado de tierra, después de haber depositado en ella un ósculo de despedida. Hace bien poco tiempo nos cupo el triste consuelo de llevar a cabo esta piadosa ceremonia con Armando Schell, el apologista genial que acababa de perder Alemania; y seríamos injustos si no tributásemos los mismos honores a Brunetière, genial apologista también y además crítico egregio, por cuya muerte aún no se les han enjugado, como quien dice, las primeras lágrimas a los católicos de la nación vecina.

Cuando Brunetière comenzó su carrera de crítico, la crítica andaba por los suelos en Francia. Sainte-Beuve ya se había muerto, y Taine se hallaba demasiado preocupado por las investigaciones históricas para salir por los fueros de ella y libertarla de las manos de escritores de orden muy secundario, que no hacían más que discretear sobre el valor externo de los libros y sobre las impresiones más o menos estéticas que su lectura les causaba. La crítica había dejado de tener un ideal y de juzgar de la bondad de los libros, según se apartaban o se aproximaban a ese ideal, y se había reducido a un emborronamiento de cuartillas para decirnos el placer o displacer con que ciertos respetables señores, llamados críti-

cos, pasaban su vista por las páginas de una obra literaria. Era una crítica anémica, por agotamiento de vida interior. Brunetière la diagnosticó en seguida como diagnostica un buen facultativo a un enfermo, y lo primero que le propinó fué un ideal.

Para Brunetière el ideal al cual debían aproximarse las obras de literatura no era meramente literario. Con éste debía de estar fundido siempre un fin moral, por lo menos un fin humano. No era, pues, partidario de la teoría de "el arte por el arte". Una obra artística no podía tener el fin en sí misma, en estar bien *parlada*, bien escrita, sino en inspirar algo bueno a los lectores. La literatura por la literatura se le antojaba poco más que un juego divertido y regocijado para entretenimiento de espíritus insubstanciales, o cuando menos ociosos. Así que se fijaba poco en la forma: lo esencial para él consistía en dar a conocer, no el mérito literario de los libros, sino su contenido, las cuestiones que en el libro se trataban. En general puede decirse que jamás se desmedía en los elogios: los creía envanecedores, además de estériles; razón por la cual le gustaba más sacar a relucir los defectos, porque así podrían mejorarse los espíritus, encarrilándose por caminos de verdad. Cierto que cuanto censuraba lo justificaba hasta la saciedad: el autor censurado no podía quejarse nunca —a no ser que perteneciera, como Baudelaire, al *genus irritabile vatum*—, de que se le hiciesen injusticias. Nuestro crítico resultaba hasta pesado en la aducción de pruebas y corrobora-

ciones de sus censuras. Con lógica incontrastable demolía los ídolos que se querían entronizar como dioses, y aún los verdaderos dioses veían a los golpes certeros del gran crítico, cómo de su corona se desprendían los diamantes falsos, por muy deslumbradora que fuese su refulgencia. No contemporizó más que con la verdad, que era para él más amiga que Platón. Y así es como llegó a ser verdadero dictador de la crítica.

Sin duda por esto se le ha tratado a Brunetière con mucha dureza por parte de algunos críticos, entre ellos nuestro Clarín, quien, como haciéndole una limosna, le reconoce *algún talento* y llega algunas veces hasta tenerle por alma ruin e injusta, todo porque no se quedaba haciendo aspavientos de admiración a la lectura de un poema de Víctor Hugo o de alguna de las poesías satánicas de Baudelaire. Y era que nuestro crítico —el francés, no el español— despreciaba, como debemos despreciar todos, a esos espíritus que se dejan poseer hasta tal punto de la admiración hacia los eximios autores, que no tienen pupila crítica más que para ver florecer por doquiera, como margaritas en el campo, gallardías y bellezas, resplandores de imaginación y vislumbres de genio. E indignado contra esas plumas-incensarios que se deshacen en humo de lisonjas como pebetes egipcios, quizá llegó a exagerar su concepto de la crítica, aseverando que la de las bellezas es estéril, y que sólo la de los defectos nos instruye sobre la naturaleza del genio, pensamiento que se da la mano con el de Emilio Faguet, al asegurar que cuando los

genios dormitan, es cuando mejor se puede penetrar en su naturaleza y justipreciar sus procedimientos de factura y de composición.

No se crea, sin embargo, que Brunetière haya aplicado con rigor éste su canon crítico, dándole inflexibilidades de doctrina dogmática; en la multitud de estudios críticos que publicó en la *Revista de Ambos Mundos* que él dirigió mucho tiempo, convirtiéndola en la más alta tribuna francesa de la literatura, y, de cuando en cuando, de la apología, se aprende mucho acerca de errores y defectos, de veredas torcidas y extraviadas, de novelistas y de poetas; pero también se aprende a conocer sus bellezas, a sentir las ráfagas de su inspiración, y a amarlos y admirarlos, bien que nunca con la admiración y el amor ciegos, de espíritus, por idiosincrasia, venales y serviles. En las mismas críticas consagradas a Zola, a Baudelaire y a Víctor Hugo, que son las combatidas por Clarín, quien a alguna de ellas —a la del cantor de las *Flores del Mal*— califica de diatriba y de la cual no tiene empacho en decir que está escrita "con el exclusivo y poco cristiano propósito de arrojar cieno y más cieno sobre la memoria de un poeta", ¿por ventura se niegan de modo radical los méritos indiscutibles de dichos autores? El que hable extensamente de sus defectos y del cúmulo de trivialidades y lugares comunes que abundan en sus obras, ¿ahoga por acaso el concepto justo de la valía de dichos autores, usurpándoles ni una brizna de gloria que legítimamente les pertenezca? Después de Brunetière, quizá nadie ponderó más

los errores, las verdaderas "monstruosidades" de Víctor Hugo que nuestro Valera; pero ni Valera ni Brunetière intentaban arrancar al gran poeta la aureola brillantísima de vate de primer orden. Lo que intentaba Brunetière no era aminorar en un átomo los méritos del hierofante del romanticismo, sino decirle sencillamente que muchas veces se dormía, como Homero; y se lo decía para que otra vez no se dejase narcotizar, y sobre todo, para que a la pléyade de aduladores y discípulos que admiraban al gran poeta, como él mismo dice, que admiraba a Shakespeare— *j'admire tout, comme un brute*— no se les pusiese en el magín remedar, como exquisiteces poéticas, sus somnolencias y descuidos. Me he extendido demasiado en este alegato superfluo, por lo mucho que yo he estimado siempre a Clarín, el mejor crítico español del siglo XIX, a pesar de sus apasionamientos por los autores que él llama *suyos*, para quienes diríase que no tenía ojos en la cara.

¡Cosa extraña! Brunetière, que combatió sin descanso las teorías evolucionistas, burlándose de los escritores darwinianos, que a cada triquitraque hablaban de evolución, selección, ley de herencia, lucha por la vida...., fué él mismo a dar consigo en una teoría evolucionista, aplicada a la literatura. Los géneros literarios que empiezan siempre por formas caóticas e indefinidas, se desarrollan poco a poco, se concretan, se individualizan, por decirlo así, diferenciándose unos de otros, a medida que se apartan de la nebulosa que les dió origen, y, después que han llegado a su úl-

tima perfección, languidecen, se enervan para desaparecer empujados por géneros nuevos, que también han tenido origen obscuro, formándose de restos dispersos de los géneros desaparecidos; pero que llegan a imperar en el campo literario, gracias al impulso titánico de algún gran poeta o de algún genio.

Con el lirismo y la elocuencia ha hecho el mismo Brunetière ensayos de comprobación que parecen demostrar su teoría evolucionista, bien que no en los términos generales en que él la sienta. Como todos los grandes talentos, tendía a ser generalizador. Primero atesoraba un arsenal riquísimo de conocimientos, y luego los sistematizaba, luchando por formar alguna gran síntesis, vislumbrada por su imaginación. Su *evolucionismo* literario arranca de la muchedumbre de conocimientos en todas las literaturas europeas, y el afán de querer sintetizarlas, formando de ellas algo así como un sistema planetario que girase alrededor de un punto céntrico que fuese su sol: el ideal. De ahí la gran concepción que rastreaba en sus últimos años, de una sola literatura europea, y cuyo esbozo nos dejó trazado en páginas magistrales, abrumadoràs por la copia de saber que reflejan, en sus *Variétés litteraires*. El había estudiado muy a fondo las literaturas cristianas, se había remontado a los orígenes de las mismas, descubriendo que, no obstante la variedad de las corrientes, era uno mismo el primitivo manantial; que, durante su curso por los pintorescos valles de la historia, cien veces se habían tornado a

abrazar y besar sus corrientes, como hermanas que se habían separado por largo tiempo y que tornarían en breve a separarse de nuevo para ir cada una de ellas a fecundar sus propios campos y sus peculiares flores; pero campos que verdeasen con la misma verdura, y flores que efundiesen el mismo aroma, y unos y otras asoleados por el mismo sol.

No creo estar interpretando torcidamente el descubrimiento hecho por Brunetière, de que no había en Europa más que una literatura, la literatura europea, hallazgo del cual se rieron algunos críticos de los que no meditan, tildándolo de descubrimiento de Mediterráneo; pero que tomándose la molestia de reflexionar un poco, se ve que se trata de verdadero descubrimiento: el de ver las literaturas eslavas, teutónicas y latinas naciendo de un mismo origen y pugnando por la encarnación de un mismo ideal, el ideal latino, que para Brunetière no era más que el ideal verdaderamente clásico, el ideal cristiano, el ideal católico.

De ahí el gran valor y el gran interés de esa historia de la literatura que se debiera escribir, y que él hubiera escrito, a no habérnosle arrebatado la muerte traidora (los materiales para ello ya había comenzado a publicarlos, a juzgar por el primer volumen de la *Histoire de la Literature française classique*), no por gozar de las magníficas obras maestras de Europa, ni por el gusto de estudiar las influencias recíprocas de las corrientes poéticas, ni entusiasmarse y dejarse deslumbrar por irradiaciones geniales, sino para ver

a todas las literaturas concurrir al fin nobilísimo de enaltecer a la religión católica, viniendo por ende a convertir la historia de la literatura en una rama, quizá la más hermosa, de la apología.

* * *

Y ya estamos en lo para mí más hermoso de la obra gigantesca de Brunetière: el estudiar la literatura de tal modo que fuese un día a encontrarse y darse la mano con la defensa de la religión, que desde hacía años venía constituyendo el móvil más absorbente de sus acciones y el ansia más insaciable de su vida. La conversión de Brunetière no se operó en las profundidades de su alma de un modo súbito, en virtud de algún sermón inspirado, de algún revés de fortuna, o de cualquier *exteriorismo* milagrero; sino a fuerza de meditaciones y de estudios en las obras clásicas del áureo siglo francés, meditaciones y estudios en los cuales filtró la gracia del cielo su rayo divino. Fué una conversión lenta, callada, silenciosa, pero completa y decisiva. Desde entonces el Brunetière concienzudo de siempre se trocó en propagandista infatigable de la religión, en un verdadero apóstol, a lo cual contribuyó también la convicción a que había llegado de la impotencia del progreso científico para asegurar el progreso moral, y menos aún para producir mecánicamente la felicidad de la vida; que a este pensamiento capital se reduce su popular estudio sobre la "bancarrota de la ciencia", por los Morotes

de aquí y de Francia, tan sobado y mal entendido. Los sarcasmos, las ironías, las burlas sangrientas de la impiedad encolerizada, al ver al gran crítico de *La Revista de Ambos Mundos* marchar con paso seguro por tales senderos, fueron ladridos de los canes a la luna. La suerte estaba echada: había visto la luz como los magos la estrella de Oriente, y en pos de la luz marcharía desalado, sin que conjuras de mundanos intereses pudieran hacerle tornar la vista atrás, ni mucho menos pararle un solo instante en sus caminos. Discursos, conferencias, folletos, libros en que con valentía e intrepidez se propugnaban las doctrinas de la religión católica, valiéndose para ello de métodos nuevos y aprovechándose de las mismas teorías positivistas y evolucionistas con que se las atacaba, fueron apareciendo unos tras otros, dando resonancia gloriosa a su nombre.

Digo que hasta se aprovechaba del positivismo de Comte y del evolucionismo de Darwin para defender las doctrinas católicas: porque así era la verdad. La apologética de Brunetière se asemeja en esto a la de Pascal: tendía a apoderarse de todas las doctrinas y sentimientos que la edad contemporánea oponía al Catolicismo para analizar lo que contenían de verdad y hacerlo servir luego a las doctrinas combatidas. En un principio varias publicaciones católicas, entre ellas *La Revue du Clergé français*, combatieron estas atrevidas excursiones por los campamentos enemigos para volver cargado de botín al punto de partida. Hoy, después de la elección de ricos materiales que Bru-

netière y otros apologistas católicos arrebataron al posivitismo para emplearlos en las fortificaciones de la verdad, únicamente los criterios irreductibles, petrificados y consustanciados con ranciedades prehistóricas, dejan de suscribir aquellas animosas palabras con que nuestro apologista se sincera de haber explotado, en beneficio del Catolicismo, la filosofía positiva: "Distingamos y separemos. No dudemos en apropiarnos lo que nos pueda ser útil. Sellémoslo atrevidamente con nuestro sello. La verdad es patrimonio de todo el mundo; y si sucediese que nuestros enemigos la hubiesen expresado elocuentemente, no la rechacemos, ni la despreciemos, ni la desconozcamos, porque ellos sean nuestros enemigos." Y antes había citado estas palabras simbólicas de Bossuet: "construyamos las fortalezas de Judá con los despojos y las ruinas de las de Samaría" (1).

Así es como se apoderó del concepto de solidaridad haciendo ver, en contra de los que pensaban que el Catolicismo era un individualismo disfrazado que no se desvelaba más que por la salvación individual, importando un ardite, con tal que uno se salvase, que miles y miles de almas pereciesen, que la religión católica era eminentemente social, y que en el fondo de ella latía la solidaridad más pura, viniendo a ser como había dicho Masillon (2) "una santa sociedad, una comunicación divina de oraciones, de sacrificios, de

(1) Discours de Combat, Nouvelle Série, págs. 175 y 178.
(2) Ibidem.

obras y de méritos. Todo nos junta, todo nos liga, todo nos hermana y hace de nosotros una sola familia, un solo cuerpo, una sola alma y un solo corazón". Y así es como hizo que se restituyese al Catolicismo la palabra "evolución", una de las que más fortuna han adquirido en los tiempos modernos demostrando que, bien explicada, no había que tenerle miedo, y que quien por primera vez la había empleado era San Vicente de Lerín, y, por cierto, hablando del desenvolvimiento de los dogmas, frase que, sólo enunciada, asustaría a muchos timoratos que admiten se pueda dar progreso de la religión, pero de ningún modo progreso religioso, que son cosas completamente distintas. Medítese el estudio, uno de los más concienzudos y hermosos de Brunetière, sobre *El Progreso religioso en el Catolicismo,* y se verá cómo no hay motivo ninguno para sustos y espantos.

Algunos católicos de esos refractarios que se escandalizan en cuanto se imaginan notar algo que les suene a innovación religiosa, y que no admiten más ideas y doctrinas que las medidas y rasadas por su rasero, comenzaron a formar coro a la impiedad, poniendo de oro y azul al brillante escritor católico, llegando no ya sólo hasta la inurbanidad y la insolencia, sino también hasta el denuesto y hasta la injuria. Algunos hasta se burlaron y ridiculizaron su conversión, entre ellos el famoso León Bloy, el pendonero del integrismo a ultranza, en la nación vecina—una especie de Valbuena con temperamentos de acometividad luterana—quien se complació en llamarle

"perro miserable", calificativo que en instantes de irritación poética le había aplicado Baudelaire. León Bloy llegó hasta el extremo de la implacabilidad en el ataque, y, por atacar a Brunetière, atacó a Bossuet, por quien el gran crítico sentía admiración profunda, e injurió a la Academia francesa, porque le había hecho académico, denostándola y diciéndole que no se fijaba en la verdadera grandeza intelectual y que concluiría por elegir jumentos el día que no tuviese Rostands y Bourgets de quienes echar mano. ¿Qué más? Injurió hasta al gran Pontífice León XIII por haber recibido amistosamente a nuestro apologista en audiencia particular, "en calidad de nuncio de *La Revista de Ambos Mundos*", como dice burlescamente, para firmar con él, como con un nuevo Bonaparte, un "concordato filosófico".

Mucho habrá tenido que sufrir Brunetière en los comienzos de su conversión, cuando católicos de la ralea de Bloy andaban a caza de herejías en sus escritos, diputando tales, a falta de las verdaderas, el que no desconociese, como no se debe desconocer, *la haute valeur du protestantisme*, la alta valía del protestantismo, o el que se permitiese hablar, como los apologistas alemanes, de varias "formas de cristianismo", cosas todas ellas de sentido común para quien no lo tenga atiborrado de ñoñeces medioevales que le hagan barruntar un hereje en cada pensador por cuenta propia. Pero ni por esas: Brunetière siguió los impulsos nobilísimos de su conciencia, defendiendo siempre lo sustancial de nuestras doctrinas y teniendo

la santa osadía de decir siempre la verdad, aunque alguna vez no hubiese de regalar los oídos de ciertas gentes, como cuando, al defender el carácter democrático de la Iglesia en contra de Voltaire, que no se podía resignar a tener que pensar en religión "como su sastre y como su lavandera", escribía estas graves y austeras palabras: "La Iglesia está y permanece siempre abierta para todos. El gran error que ha cometido en los últimos siglos... ha sido el de creer u obrar como si se creyese solidaria de los tronos y de la institución monárquica."

Estas y otras generosas osadías por el estilo son las que hicieron cundir la especie de que en el supuesto *Syllabus,* que diz se prepara en Roma, aparecería el nombre de Brunetière manchado con varios errores con los cuales el Santo Oficio no podía transigir. No lo creamos: la lenta, pero terminante y decisiva evolución de la Iglesia hacia las democracias, iniciada en el glorioso pontificado de León XIII; la tendencia evidente hacia el desasimiento de los vínculos mayestáticos que tenían la barquilla de Pedro como atracada a los tronos, impidiéndola bogar a velas desplegadas, en busca de nuevos horizontes por los agitados mares de la sociedad, abonan el atrevido pensamiento de Brunetière por lo que a las palabras citadas toca (1). Además, la súplica ferviente que

(1) Permítaseme citar aquí, en corroboración de los giros democráticos tomados recientemente por la Iglesia, estas palabras elocuentes que Mgr. Ireland pronunció en la Catedral de Baltimore el día 18 de octubre de 1893, con ocasión del vigésimoquinto

en *Il Santo* de Fogazzaro hace Benedetto al Vicario de Jesucristo, rogándole que no tolere la inclusión en el Indice de hombres que como Selva, son el honor de nuestra religión, en este caso particular, la haría suya tácitamente todo el mundo católico.

En Roma saben muy bien el alto aprecio que el inmortal Pontífice de los obreros profesaba a Brunetière, no por el llamado viaje *ad limina* que tanto motejó la impiedad, sino porque le constaba que el insigne publicista francés era uno de los apologistas más estrenuos que en la revuelta edad contemporánea ha tenido la religión. El puso al servicio de la verdad católica todo su saber, que era inmenso, todas las energías de su espíritu, que parecían inagotables, y hasta su misma profesión de crítico sutil y profundo, que sabía ejercer como nadie en la nación vecina. Desde la fecha memorable de su conversión, que señalará con piedra blanca la historia de la Iglesia, aquel hombre no se preocupó más que de estudiar y meditar nuestras doctrinas sacrosantas, con el noble propósito de divulgarlas y entronizarlas en el persamiento y en la conciencia social y sacarlas

---

aniversario de la consagración episcopal del Cardenal Gibbons: "La Iglesia vive bajo todas las formas de gobierno. Ratificadas por el pueblo, ellas son todas legítimas; pero el gobierno que sea el gobierno del pueblo y para el pueblo, es aquel bajo el cual la Iglesia del pueblo, la Iglesia católica, respira el aire que va más directo a sus principios y a su corazón... La sonrisa de la Iglesia, que los emperadores y los reyes reclamaban otro tiempo como de su derecho exclusivo, se vuelve hoy hacia la forma más bella y representación más elevada de los derechos populares, hacia la república. ¡Demos a Dios gracias por haber vivido lo bastante para conocer y amar a León XIII!"

inmunes de los encarnizados ataques que se les dirigen sin tregua desde las avanzadas impías... Y en pos de sí ha dejado una serie de obras, de conferencias y de discursos de combate, que los apologistas futuros considerarán siempre como bloques de oro macizo, materiales indispensables para la apologética del porvenir. Sobre todo sus discursos de combate son una obra bellísima, lo más bello que, en punto a oratoria, resonaba en estos tiempos, en que la palabra de Dios, como se lamentaba cierta revista se extingue sin eco en el ámbito de las iglesias.

Algunos han hallado en Brunetière muchas semejanzas con Bossuet, que era su ídolo, si se permite la expresión. Efectivamente es así: en su estilo hay cierta grandilocuencia y rotundidad de períodos impregnados de dignidad severa, de amor a la verdad y a la alteza de pensamientos y de miras, juntamente con visible desdén hacia el *efectismo* artificioso y contrahecho, y cierto desapego de la frivolidad retórica, que fuerzan a pensar en el gran lapidario de las oraciones fúnebres y del *Discurso sobre la Historia Universal,* todo inspirado en *De Civitate Dei* de San Agustín.

Pérdida irreparable ha sufrido la religión en Francia con la muerte de Brunetière, uno de sus más briosos atletas, sobre todo en las circunstancias de la hora presente, en que nuestros hermanos y vecinos tanto han menester de luchadores invencibles que como él supiesen batallar sin desmayo por los altos intereses del catolicismo. ¡Su voz, se ha callado en bien triste coyuntura!

¡Su voz, de las más fuertes, vibrantes y poderosa de esta edad! Consolémonos, no obstante, con la esperanza de que su labor inmensa no sea estéril y de que la regeneradora semilla, derramada a granel en la razón y en la conciencia de sus compatriotas, haya caído en tierra de buen tempero, donde brote y fructifique.

CRITICA DE UN CRITICO

(ANDRES GONZALEZ-BLANCO)

He sentido muchas veces una vaga melancolía inquietante al pensar en el talento pasmoso y en la cultura, pasmosa también, de este joven literato, crítico y poeta. Yo no maldigo esa fiebre modernista que aqueja a la mayor parte de los escritores españoles contemporáneos que se empeñan en realizar en literatura una transmutación de valores como la que anhelaba realizar Nietzsche en religión y en moral, y que aman la paradoja, rinden culto al humorismo y se desviven por la frase dislocada y retorcida que llame la atención por la rareza; pues para casi todos esos escritores es el pobre Lelián el indiscutible maestro, y del maestro es la por los discípulos mal entendida sentencia *le rare est le bon.* Yo siempre he tenido —y ¡ay! sigo teniendo aún— a esa fiebre modernista como un breve período de enfermedad, que tras una convalecencia más o menos calmosa, ha de llevar a un estado de salud y de robustez que nos indemnizará con creces de la actual pobreza literaria y del casi agotamiento poético que nos consume. La neurastenia temprana que padecen hoy muchos espíritus supone un

empleo enorme de fuerza cerebral que, aunque dilapidada en pródigos derroches, nos descubrirá, a la postre o a la larga, nuevas fases de la belleza y nuevos rumbos hacia el ideal, lo que dará origen a nuevas sensaciones y a sentimientos nuevos que encarnen en una literatura viril y robusta, digna de ser reanudamiento glorioso de la que nos legaron nuestros antepasados.

No soy, pues, ninguno de esos críticos empedernidos que, trocando su profesión por la de médicos alienistas, expiden certificados de locura a todos los jóvenes que en la actualidad bullen y se agitan en el campo de las letras. El templo de éstas para mí todavía sigue siendo templo y no manicomio. Van muy alejados de los senderos conocidos, digo para mi sayo, todos esos jóvenes que se dirigen hacia la Gloria por tortuosidades y recodos bordeados de precipicios; pero, no hay que dudarlo, al fin darán con veredas seguras, impregnadas de perfumes y matizadas de flores. Creo, pues, espero y confío que de esa fiebre modernista brotará un raudal salutífero y fertilizante que hermosee y fecunde el campo de las letras; pero con estas creencias y con estas esperanzas andan mezcladas a menudo tristezas e inquietudes. Y es porque entre esos jóvenes aún sin fija orientación, hay un Andrés González-Blanco que, si no fuera por esa fiebre modernista, por ese amor a lo "raro" y por ese enamoramiento de lo innatural y lo insencillo, estaría produciendo ya obras de sagración definitiva, o, por lo menos, de positivo valor literario y que le aquistarían fama duradera.

Y lo lindo del caso es que entre las ideas estéticas de este admirable joven entra el culto a lo sencillo, a lo real, a lo real que nunca es refinado ni artificioso. Pero va a la práctica, enristra la péñola, y a cada instante se pone en contradicción consigo mismo, estampando frases paradójicas, metáforas enmarañadas, y sinnúmero de vocablos griegos y latinos que no pueden menos de traer a la memoria las cultedades que fustigaba Quevedo en aquel soneto famoso:

"Quien quisiera ser culto en sólo un día.
la geri -aprenderá- gonza siguiente..."

Le pasa a González-Blanco algo de lo que le pasaba a Nietzsche, que trinaba contra sus paisanos, los alemanes, llamándolos cernícalos y majaderos, *Rüpel*, porque hacían de la obscuridad una virtud, y, sin embargo, él escribía también a veces más intrincado y obscuro que un bosque virgen germano.

No creo que tome a mal nuestro joven crítico estas amargas verdades que voy consignando, por más que alguno de sus arriscados amigos y admiradores —no tan sinceros y desinteresados como lo soy yo— le sople inofensivamente al oído que no merezco más que desprecio, por ser una encarnación más del ya vulgar personaje de Remigio de Gourmont, *Monsieur-qui-ne-comprend pas*. El interesado sabe que las digo por su bien y por el bien que todos, como es razón, esperamos de los grandes talentos con que Dios le ha adornado. Y sería vana esperanza la de esos bienes, si no le dijéramos con

ruda sinceridad ciertos defectos que debe corregir para que sus obras aparezcan limpias de manchas y den esplendor puro, el esplendor del sol que Dios le ha puesto en la mente, el cual, aunque rodeado de nieblas, ha comenzado ya a alborear con ráfagas copiosas de luz matutina.

Yo, que procuro leer cuanto este joven escribe —y ya tengo tarea, porque no sabe dar paz a la mano—, he advertido siempre en sus producciones los defectos que dejo señalados, defectos que saltan a la vista con sólo pasear la atención por cualquiera de los estudios que le acaba de publicar la casa Garnier Hermanos de París (1) y que forman dos elegantes tomos. En todos ellos —los estudios— hay dislocamientos de tropos y frases, exagerada pasión por lo chocante y paradójico, y cierto insano prurito de hacer alarde de gran conocedor del idioma del Lacio que detienen e interrumpen el estudio que va haciendo el lector, distrayendo su espíritu con forzosas meditaciones extemporáneas. El estilo del crítico, creo yo, aunque no fío mucho de mi credulidad, que debe ser eminentemente literario, y por tanto y, a ser posible, correcto, castizo, y por tanto, también, lúcido, transparente, diáfano, que refleje sin ambigüedades ni anfibologías el pensamiento del autor. Yo, cuando me pongo a leer un libro de literatura, me figuro que voy a explayar-

(1) Andrés González-Blanco: *Los Contemporáneos.—Apuntes para una Historia de la Literatura hispano-americana a principios del siglo XX.*—París, Garnier-Hermanos. Rue des Saints Péres, 6.

me un rato y a instruirme al mismo tiempo, andando por caminos llanos, cubiertos de césped, olientes a esencias y bordados de flores. Y las culterías y las paradojas y los paréntesis largos y *non omnino ad rem*, se me antojan peñascos ingentes o caídos troncos que interceptan el camino y obligan a molestos rodeos y a fastidiosas tardanzas. Y según este antojo mío, el estilo de Andrés González-Blanco es de los que obligan a esas dilaciones y a esos rodeos.

Se le lee con gusto, no obstante, eso sí, porque maneja muy bien el análisis psicológico y cala hondo en el corazón de los escritores que estudia, haciendo exploraciones espirituales en las reconditeces del alma, hasta donde se interna a sacar preciosas instantáneas con la máquina fotográfica de su fantasía. Decía uno de los Goncourt, no recuerdo cuál, que en disecar el alma de un hombre como el cirujano diseca un cuerpo, estaba el mérito de una novela; a lo cual preguntaba la Pardo Bazán dónde se compraría el bisturí. Yo me siento tentado a creer que este González-Blanco debe de saber dónde se venden, por lo bien que él, a veces, diseca y analiza, todo lo cual, además de agradar, y entretener, enseña e instruye; pues siempre es deleitoso e instructivo penetrar con un buen guía en ese inmenso mundo interior que lleva cada artista dentro de su espíritu.

La manera que tiene Andrés González-Blanco de ejercer la crítica, de avalorar los quilates de una obra literaria, es la de los preceptistas antiguos y modernos: consiste en citar muchos pasa-

jes de un autor y considerarlos en todos sus aspectos, descubriendo las bellezas en ellos ocultas, glosándolas y haciéndolas sentir y apreciar con el mismo calor con que el crítico las siente y aprecia. Esto tiene sus indudables ventajas: para apreciar si es o no de oro puro una moneda, no hay cosa mejor que tenerla a mano para sopesarla, y restregarla dándole vueltas; pero tiene también sus inconvenientes, sobre todo cuando se abusa de las transcripciones, como a mí me parece que abusa un tantico el Sr. González-Blanco. Las transcripciones frecuentes y largas *devienen* pesadas, que diría él con galicismo insoportable, que yo le ruego destierre de sus libros. Menos prodigadas las citas, no se le puede discutir el procedimiento, con tal que se las justiprecie debidamente y no se exagere su valor intrínseco, empeñándose en buscar diamantes legítimos del Brasil donde no los hay más que de Benicia, si es que a eso llegan y no pasan de fementidos poliedros vítreos.

González-Blanco se deja llevar demasiado de su alma generosa cuando estudia a un autor predilecto y se esfuerza en hacernos ver grandezas y preciosidades donde apenas hay asomo ni atisbo de semejantes cosas. Su ardiente fantasía de poeta es entonces un microscopio mágico que todo lo abulta y engrandece. Yo siento esta prodigalidad de generoso sentir que hace González-Blanco con sus favoritos, agitando el turíbulo con más entusiasmo que un acólito en misa de fiesta. Los eleva a fetiches y no se duele en quemarse a sí mismo

ante ellos como un pebete de Arabia. ¿Para qué esos inciensos supersticiosos? Andrés González-Blanco no tiene por qué empequeñecerse tanto delante de sus ídolos. Y ya que él quiera consumirse a sí mismo en holocausto, que no quiera consumirnos a los demás pugnando por hacernos ingresar en su iglesia fetichista. En literatura, como en religión, es abominable el espíritu de secta.

Menos mal que no se va todo en humo, ya que esos derroches ponderativos sirven para darnos a conocer lo muy delicada, sensible e hipnotizable que es el alma del crítico, que se figura ver en las ideas y sentimientos que juzga, oro y piedras preciosas que él lleva disueltas en luz dentro de su imaginación.

¿Qué va a valer, por ejemplo, aquel verso de Juan R. Jiménez: *Todo encima de su falda,* los tesoros que quiere que valga González-Blanco en la nota que le pone, nota que yo tengo por una de las páginas mejores y más inspiradas de *Los Contemporáneos,* comparable con las más áticas y deliciosas de *Azorín,* cantor vivífico de la minuciosidad de que tanto gustan los pintores ingleses? Juan R. Jiménez es uno de los pocos poetas nuevos que yo estimo, por su delicadeza, por su suavidad, por el dulce melancólico becquerianismo que discurre como besadora brisa perfumada por sus *Jardines dolientes,* por sus *Jardines místicos,* por sus *Jardines lejanos.* Pero el valor inmenso que intenta dar González-Blanco al verso susodicho, desen-

gáñese nuestro crítico poeta, sólo está en la fuerza evocadora de su fantasía.

¿Recuerda el Sr. González-Blanco —pregunta superflua y puramente retórica, porque el Sr. González-Blanco recuerda cuanto ha leído— aquel "Todo está allí", de Doña Juana *la Loca,* señalando el féretro donde yace Felipe *el Hermoso,* en la dolora de Campoamor? ¡Y cómo se parece el Sr. González-Blanco a Doña Juana *la Loca,* cuando con harta frecuencia nos cita una estrofa, unos cuantos versos, o unas cuantas cláusulas de una novela y se empeña en hacernos ver allí perlas literarias de inapreciable valor, cuando aquellas perlas no son más que irradiaciones soñadas por su poderosa fantasía! De ahí que la crítica del señor González-Blanco no convenza. Gran parte de las citas que aduce no prueban lo que intenta probar: son el "Todo está allí" de la pobre Reina amartelada...

Esto no quiere decir que algunos de los personajes estudiados en *Los Contemporáneos* no estén muy bien *comprendidos*. La semblanza literaria de Martínez Ruiz, por ejemplo, está hecha de mano maestra. Aparte de los defectos de locución en que el crítico, a sabiendas, incurre, porque, sin duda conceptúa pequeñeces académicas ciertas osadías de léxico, en que yo le ruego se comida, el estudio sobre Martínez Ruiz es de los que, al ser leídos, van hiriendo fibras que responden unísonas en el alma del lector, especialmente cuando este lector es de los que, como yo, tienen la *debilidad* de pecar por exceso de afición a cuanto ese

"pequeño filósofo" escribe. Confieso este pecadillo en público, porque apenas llega a venial, y, sin duda, por eso no me arrepiento. Lo cierto es que a esa abeja literaria, que liba en las más humildes flores del campo de la vida, fabricándonos cera y miel de sus libaciones, se la percibe batir sus alas rumorosas por las páginas de nuestro crítico. González-Blanco ha sabido coercer y retratar con admirable exactitud la personalidad inquieta, voluble, sutil, incoercible de ese filósofo sin filosofía que no persigue más que el *impresionismo* de las cosas, impresionismo que él sabe hacer interesante aun tratándose de nonadas, de bagatelas, de fruslerías. Es el estudio mejor hecho del tomo. Y si alguien condenase al crítico de un poco,—y aun de un mucho—, idólatra, tranquilícese, porque hay quien tiene absolvederas para esa idolatría.

¡Oh, si estuviesen tan bien pergeñados los demás estudios! ¿Será que no los ha hecho con tanto amor? Divaga en ellos muchísimo más, y las divagaciones muy cultas, muy substanciosas, muy eruditas, préstanse a sospechar malignamente que Andrés González-Blanco halla a sus autores exhaustos, como el erario de dinero, de fuerza impresionante, inspiradora, sugestiva, y que va a buscar ésta, fuera del tema que le ocupa, en el misterioso argadillo de conocimientos que lleva en su cerebro, y del cual, para devanar páginas y más páginas, no tiene que hacer más que tirar del hilo. Yo no sospecho semejante cosa, pero alguien lo habrá de sospechar y tenerle por un pícaro hu-

morista irónico. Y no lo sospecho yo, porque no dudo, porque no puedo dudar que el Sr. González-Blanco, por el lado que tiene de poeta, forzosamente haya de entusiasmarse con Martínez Sierra y con Acebal —para citar algún ejemplo—, que, sin dejar de ser modernistas en la manera de pensar, de sentir y de *ver*, se han creado un estilo propio, afiligranado, rítmico y, a veces, altamente evocativo y sensacional—poesía pura, pues no le falta para serlo más que la rima—. Es una lástima que los estudios sobre estos dos simpáticos autores no sean más *unos*, más ceñidos. Es difícil, por la lectura de González-Blanco formarse de ambos concepto sintético. ¿Para qué, Sr. González-Blanco, aquel extenderse en disquisiciones interminables, aunque no sean del todo extrañas al asunto, que hacen fatigosa, pesada, verdaderamente plúmbea, la lectura de sus, por otra parte, sabias y jugosas críticas? ¡Cuánto le agradecerían sus lectores que los condujera más rápidamente a la cima de las síntesis, sin forzarlos a trepar jadeantes por tan largos y tortuosos calvarios! Deje usted lo mucho que sabe para más propicia coyuntura, para cuando le dé por explanarnos en valiosos libros sus peculiares teorías estéticas. Allí vendrán, como anillo al dedo, los explayamientos de su rica y vagarosa imaginación por los campos del arte, de la psicología y de la estética; pero al trazarnos una semblanza literaria y querernos dar a conocer la personalidad de un autor, vamos, no me parece lugar oportuno.

Julio Lemaitre, en los varios tomos que bautiza

con el mismo nombre que bautizó los suyos Andrés González-Blanco, es más rápido en sus juicios y por eso se leen con más delectación. Verdad que no siempre en ellos se propone trazar semblanzas literarias, y sí solo darnos la crítica que le merece el libro último que acaba de aparecer; pero aun cuando se propone lo primero, sabe hacer la lectura fácil, ligera y comprensiva. Los mismos *Études Littéraires* de Emilio Faguet, con los cuales tienen más de parecido que con los de Lemaitre los estudios de González-Blanco, con pecar también algo de difusos, son, no osbtante, más ceñidos, más concretos, y uno se forma concepto más exacto de los autores estudiados, de su carácter, de su formación, de su estilo, de su valer. Es decir, que después de leídos, reflexiona uno, tornando la vista al interior, y ve dentro de sí, en las mágicas lunas de la fantasía, una representación concreta, personificada, luminosa, que no será a veces reproducción exacta del original, pero que es, sin duda, la imagen que del mismo se ha formado, a fuerza de lucubraciones, el insigne Faguet. Lo propio ha acertado a hacer nuestro joven crítico con la personalidad de *Azorín,* que diríase siente, respira y late en las páginas que le dedica; pero en las que dedica a los demás, con excepción acaso de Vicente Medina y de R. Jiménez, las figuras que debían resaltar en los cuadros quedan esfumadas y ensombrecidas entre el boscaje de impresiones por donde González-Blanco deja que lozanee y retoce su fantasía indómita. Si fuera diputado de la oposición,

¡cuán a menudo tendría que escuchar, para que se ciñera al asunto, el cencerreo de la presidencial campanilla!

Hay que dar de mano a esas digresiones ingeniosas, adoquinadas con nombres de autores y citas de libros. El citar es relativamente fácil, sobre todo cuando se lee y estudia tanto como el señor González-Blanco lee y estudia; y aun a veces acusa una laboriosa digestión intelectual que no honra gran cosa al dispépsico. Lo mejor es incorporarse lo que se lee, naturalizárselo, vivírselo, y después darlo como substancia y pensamiento propios, sin más citas que las indispensables para que no le tilden a uno, como a Blasco Ibáñez, de pirata argelino.

—Al llegar aquí barrunto que ya pica en historia la lista de reparos que vengo ensartando, tiendo la vista por las cuartillas escritas, cerciorándome de mis fatídicos barruntos y me entran recias tentaciones de hacerlas añicos: temo que disgusten, como me disgustan a mí, al esclarecido joven por quien y para quien las he borrajeado. ¿Las rasgaré? No: están escritas *cum amore* —eso lo verá el más ciego—, reflejan el honroso concepto que yo tengo formado del autor de *Los Contemporáneos*, traslucen el deseo ardiente de que sus geniales dotes no se esterilicen, antes bien, nos rindan sazonados frutos, y alientan la viva esperanza de que viene a llenar el vacío inmenso que dejó en la república de las letras el inmortal autor de los *Solos*.

Andrés González-Blanco todavía no escribe bien

más que a ratos; pero sabe ya cómo se escribe, y el día —¡Dios lo acelere!— en que se persuada de que no se va a ninguna parte por ese actual estilo suyo que, a trechos, parece un guijarral de helenismos, latinismos y galicismos insufribles, por donde es peligroso dar un paso, ese día comenzará a ser lo que de sus ricos talentos, que principescamente malgasta, se tiene derecho a esperar: una verdadera gloria de la patria, un gran crítico y un gran poeta. Los campos de la literatura española, digan lo que se les antoje ciertos ilusos, están hoy por hoy asaz agostados y estériles. Y lo que sobra es corriente de energías intelectuales que los surque y fecundice. Lo que hay es que esa corriente cruza aquí y allá, derramándose y sumiéndose pródiga, por arenales ingratos y por estepas incultas; falta el ministro de Fomento, o como ahora se diga, que las reprima y encauce hacia la vega, y ese ministro creo que debe de ser Andrés González-Blanco, a quien de veras admiro.

LA DECANTADA REVISIÓN LITERARIA

Hoy, cuando se pretende que evolucionen hasta los dogmas del Cristianismo, y no ya en el sentido de encerrar virtualidad para acomodarse y ser beneficiosos al espíritu de todos los tiempos, sino en el de cambiar en lo que tienen de más fundamental, siendo una cosa hoy para ser otra, el día de mañana, de todo en todo opuesta —desatino que sólo cabe en cerebros envenenados por el hálito del modernismo teológico, suma y compendio de cien herejías y errores—, no seré yo quien ose negar que evolucione la crítica literaria, y que, por lo mismo, y según esa evolución, hombres perfectamente olvidados ayer brillen hoy como grandiosos luminares del cielo de las letras.

Sabido es que los puntos de vista cambian, no sólo con el transcurso de los tiempos y de las cosas, sino en un mismo tiempo y acerca de un mismo asunto, según la idiosincrasia especial del crítico y la escuela de religión y de literatura en que se ha formado. A diario estamos viendo que una novela o un drama glorificados con entusiasmo por unos, son olímpicamente desdeñados por otros, y que todos pretenden tener razones que abonen los respectivos asertos.

En estos últimos tiempos, especialmente las celebridades del teatro, de la novela, de la lírica, ahora brillan como astros de primera magnitud hinchiendo el mundo literario de resplandores, ahora se obscurecen y casi se extinguen en una penumbra que mata o asfixia todos sus rayos. Sin hablar de muchas grandes figuras románticas que ayer llenaban el mundo con el rumor glorioso de su nombre, y de quienes hoy apenas si hay quien se acuerde, no tenemos más que traer a cuento a Zola: hace bien poco tiempo se conceptuaba su obra literaria la única que habría de imperar en el mundo; y, en nuestros días, hasta los críticos más rojos y sectarios la conceptúan completamente muerta y sepultada.

Lo propio sucedió con el parnasianismo y con el simbolismo. Brillaron de repente como auroras boreales. Una crítica que pretendía, como pretenden todas, apoyarse en bases eternas de verdad, quemó incienso abundantísimo en loor de esas escuelas; y hoy éstas han desaparecido o tienen sólo algún que otro rezagado cultivador, que pasa como una sombra ignorada por el campo de la literatura, donde no se quiere saber nada ni de sus producciones ni de su vida.

Y es que en la literatura se han introducido las modas literarias y éstas duran lo que todas las modas: a todo tirar, un par de lustros. Como las modas del vestir las impone la aristocracia del dinero, las modas literarias —que eso vienen a ser las llamadas escuelas— las imponen los grandes talentos, los aristócratas del ingenio. Pasan éstos

con la rapidez con que pasan todas las cosas en esta vida, y pasan con ellos sus peregrinas modas, a veces sin dejar en pos de sí más que una vaga estela de recuerdo, que se disipa como el humo.

El gusto es una facultad deleitosa de nuestro espíritu que nos hace apreciar las cosas bellas, sumergiéndonos ante sus encantos en dulcísimos éxtasis, pero cuando no está formada, como debe formarse siempre, con el estudio asiduo de los grandes modelos de todas las literaturas, con la contemplación inteligente y sabia de los panoramas embelesadores que hay derramados por la naturaleza, y con profundos conocimientos estéticos, adquiridos en obras artísticas y filosóficas, varía como la luna, fluctúa como una frágil quilla sobre la corriente de las aguas, y esas fluctuaciones traen como consecuencia natural que hoy cause hastío lo que ayer arrobaba y henchía de encanto.

Si esto sucede respecto de obras contemporáneas, ¿cuánto más no podrá suceder respecto de obras aparecidas en lejanas edades y juzgadas por críticos que han vivido siglos distantes de nosotros? ¿No estamos viendo que si hoy queremos saborear alguna pieza de nuestro teatro clásico, *La Estrella de Sevilla*, por ejemplo, que es lo mejor de Lope de Vega, hay que retocarla para que guste al público actual, en tanto que del público contemporáneo del dramaturgo eminente era paladeada con verdadero deliquio, no ya sólo esa obra maestra del Fénix de los ingenios, sino cualquiera

de las mil quinientas obras dramáticas que escribió para las tablas?

Nuestra edad no quiere ser solidaria de juicios formulados por pretéritas generaciones. Quiere juzgar las cosas por sí misma y confirmar los fallos heredados o echarlos por tierra. Mas esta labor, si hubiera de generalizarse y extenderse a todas las manifestaciones del saber, tratando de sopesar y comprobar todos los fallos que nos transmitieron nuestros mayores, sería una empresa disparatada y que no llevaría jamás a progreso ninguno; pues la civilización no hubiera podido abandonar los pañales de la cuna, si los hombres no hubiesen aceptado, sin discutir, mil y mil verdades heredadas de sus antepasados, y hoy estaríamos viviendo todavía la vida vegetativa que viven en Asia y en Africa muchas tribus salvajes.

Así la pretendía realizar Nietzsche, y con un criterio iconoclasta y destructor, en su obra *Unwerthung aller Werthe*, que podríamos traducir *El Invalor de todos los valores*, y en la cual proponíase echar abajo cuanto hasta ahora se había reconocido como justo y elevado y civilizador, en religión, en moral, en literatura y en filosofía. Y así, como viles pedísecuos del pobre Zarathustra, parecen querer llevarla a cabo unos cuantos supercríticos que padecemos en España y en la América española, los cuales sólo están dispuestos a importarnos del extranjero todo lo que sea disolvente y acrático, evidentemente absurdo y minador de todo

consagrado sentimiento y de toda incontrovertible verdad.

Pero si, dejándose de radicalismos estultos, se concentrase a puntos particulares de la historia o a contrapesar la valía estética de ciertas literaturas, no cabe dudar que esa revisión sería factible y hasta muy noble y muy honrosa. ¿Por qué no se han de pulverizar ciertos pomposos pedestales sobre que se han encaramado injustamente hombres sin mérito, y labrar otros de oro macizo sobre los cuales se yergan genios preclaros, cuyos nombres hayan llegado hasta nuestra edad medio borrosos y obscurecidos, cuando debían esplender aureolados de luz inextinguible en las páginas de la Historia?

Esto no sería más que una obra de justicia, y por eso no seré yo quien escriba una sola palabra contra esa tan decantada revisión de valores literarios de que hablan tan a menudo nuestros literatos modernistas y no modernistas. Pero ¿qué revisión se ha efectuado hasta el presente en nuestra historia de la literatura, que haya echado por tierra alguna consagrada figura literaria o hecho despuntar algún sol esplendente, hasta nosotros, entre nubes de injusticia eclipsado u obscurecido?

En España hasta el presente se habrá revisado mucho; pero no se ha descubierto nada. ¿Juan Ruiz? ¿Gracián?...

* * *

Cuantos habíamos estudiado un poco de literatura sabíamos perfectamente que en la primera

mitad del siglo XIV había vivido un poeta genial, enérgicamente realista, que con los fulgores de su numen chispeante había irradiado brillo muy intenso sobre las letras españolas. Y a este poeta viril le nombrábamos con el nombre que habíamos visto estampado en todas las historias de nuestra literatura: con el nombre clásico de *Arcipreste de Hita*, que así, a partir de los días remotos del mismo vate, le había llamado siempre la posteridad.

Sabíamos de él muchas cosas peregrinas y buenas. Sabíamos que en cánticas de serrana y apólogos y cuentos... había escrito unos siete mil versos, en toda la variedad de metros que se conocían en España, desde los de catorce sílabas, que había empleado Lorenzo Segura en su poema *Alexandre*, y que por tal razón se los llamó alejandrinos, hasta los de seis, siete y ocho sílabas, propios de las cantigas del Rey *Sabio* y de las *serranillas*, que había de llevar a su perfección el Marqués de Santillana; más aún, sabíamos que mucho antes de que Boscán y Garcilaso llevasen a feliz término su revolución literaria en pro del sonoro endecasílabo italiano, ya el insigne *Arcipreste* había dado instintivamente con él en aquella linda *Canción de loores de María,* donde los hay tan dulces y musicales como estos:

Quiero cantar a ti, Flor de las flores,
siempre desir cantar de tus loores...

Se nos había enseñado que el ingenioso *Arcipreste* era quien había introducido la sátira en

nuestras letras, habiéndola llevado a un grado altísimo de factura, a lo que habían contribuído por igual su intenso estudio del idioma en cuyo manejo superó, no solamente a cuantos escritores le habían precedido, sino también a la mayor parte de cuantos le sucedieron hasta Santillana y Juan de Mena, su raudal abundantísimo de sales cómicas, que hacía fluir naturales y cristalinas como las aguas de una fuente, y su pupila admirable, que sorprendía siempre *primo intuitu* el matiz ridículo de las cosas humanas, juntamente con el profundo conocimiento de la sociedad de sus días.

Los metidos un poco en literaturas propias y extrañas sabíamos que los críticos británicos llamaban al maleante *Arcipreste* el *Chaucer español,* lo cual nos había inducido a estudiar al célebre poeta inglés para comprobar lo que pudiera haber de fundamento en esa apreciación crítica. Y efectivamente los habíamos visto a entrambos, maestros peritísimos en el difícil arte de reirse a costa del prójimo, rebosantes de malicia picaresca al mover la pluma, haciéndola ir matizando los respectivos versos de agudezas y de chistes, con una ironía siempre más compasiva que despiadada, más excitadora de sonrisas que de indignaciones.

Uno y otro se burlaban del amor en el sentido trovadoresco que le había dado el espíritu de aquella edad, legislando acerca de él y constituyéndolo en una especie de religión; y sin duda porque se habían burlado del alado diosecillo, éste se vengó cruelmente de ambos para justificar el profundo pensamiento que más tarde había de

desarrollar Calderón de la Barca en su preciosa comedia *No hay burlas con el amor*, haciéndolos perdidos amantes, harto encenagados en miserias de amoríos. Y lo que es peor, mucho peor —y que en nuestro vate no tiene excusa de ningún género, por su arciprestazgo y por su sacerdocio—, ambos fueron prevolterianos y epicúreos, hablando con inusitada ligereza y con descarada injusticia de cosas de religión y de moral, y disparando flechas satíricas y envenenadas contra la curia de Roma.

Cierto que el bardo español no llegó a *caricaturar* a los religiosos de su tiempo con el cinismo con que lo hace el inglés, pintándonos a obesos monjes mendicantes que van de casa en casa pidiendo y obteniendo pingües limosnas, apuntando en un pergamino los nombres de los bienhechores, como para encomendarlos a Dios, pero borrándolos en seguida para apuntar otros con quienes ha de suceder lo mismo; y hasta haciéndoles decir, a veces, enamoradizos y galanes, a algunas de las bienhechoras espléndidas, que nunca han visto "durante la misa mujer más hermosa". Pero en cambio barajaba menguadamente en sus invocaciones, siendo quien era, los nombres de la diosa impúdica y de la Virgen Santísima, haciendo una mezcolanza de inmoralismo y de devoción, a lo cual apenas llegaron, andando el tiempo, los molinosistas más lujuriosos y desvergonzados.

Y cuenta que, según algunos historiadores de la literatura, no llegaron íntegras a nosotros sus obras, pues fueron, ya desde muy antiguo, podadas de ciertas crudezas lascivas, absolutamente

divorciadas con la decencia y el decoro. ¡Qué tal sería el ínclito Juan Ruiz, en punto a moralidad, cuando con incalificable frescura se atreve a pintarnos sus propios amores en aquellos pasajes de su libro que se refieren a una tal D.ª Endrina y a un tal D. Melón, donde habla con un descaro naturalista, dignísimo de los malolientes discípulos del hierofante de Medán!

En fin, que se sabía del picaresco y maligno *Arcipreste* cuanto se podía saber, apreciándole en todo lo bueno que tenía y estigmatizándole en todo lo malo en que, por desgracia, abundaba. ¿Y nos vienen ahora los críticos superhumanos del día a decir que la figura del avispado *Arcipreste* ha sido sacada por ellos, por su tan decantada revisión de valores literarios, de entre las sombras del olvido, encuadrándola en marco de oro, esplendorada de gloria y de inmortalidad?

Si puede decirse que ha habido revisión de valores literarios respecto de Juan Ruiz, ni por asomos es debida a quienes de ella se glorían como si fuera de cosa propia. La gloria, si la hay, y yo creo que la haya, a quien fué debida es a Jovellanos, que en luminoso informe sobre la valía poética de las obras del famoso vate, recomendó calurosamente su conocimiento a cuantos hubieran de dedicarse al estudio de la literatura, arrancándolas así al olvido a que una crítica, quizás un tanto rigurosa y asustadiza, las había condenado.

Ahora, si lo que intentan los aludidos críticos es no poner de relieve los méritos estéticos de Juan Ruiz en cuanto a la factura de sus versos,

que, dentro de la tosquedad y disonancia de la primitiva métrica española, ya aparecen flúidos, garbosos y musicales, y en cuanto a su inagotable vena humorística, por ningún otro poeta castellano superada, hasta la aparición del chistosísimo Quevedo; sino en cuanto a su naturalismo desembozado e impudente, queriendo entroncarlo con el realismo sano y robusto de nuestra novela picaresca, ante cuya riqueza de juegos y donaires palidecen todas las gracias picariles de otras literaturas, entonces que les aprovèche su revisión literaria; pero que no hablen de valores estéticos de ningún género, porque no hay estética ninguna en la indecencia y en la liviandad.

Una cosa son los toques intensos y fuertes a lo Velázquez, con que representan trozos de vida humana los clásicos novelistas de nuestra siglo de oro, y otra muy distinta las salpicaduras de cieno que prodiga en sus creaciones, no ya el naturalismo zolesco —que ese ya está bien muerto y enterrado— sino esa sicalipsis ambiente que ha nacido de él, como nacen los gusanos de la podredumbre, y que, al parecer, es de tan dulce ambrosía para ciertos gustos y de tan exquisito aroma para ciertos olfatos.

* * *

Pero pasemos a hablar de Gracián. Estamos enfrente de un hombre que, a juzgar por la frecuencia con que le citan los *Azorines* del día, y el empeño que se tiene en hacer de él, no ya sólo un gran literato, sino también un gran doctor de estética

y un gran filósofo, debía de ocupar un sitial altísimo entre nuestros inmortales autores, esplendiendo, como estrella fija, en el cielo de nuestra literatura.

Si respecto de algún postergado ingenio español pudiera decirse que los cacareadores de la revisión literaria habían puesto una pica en Flandes, sería indudablemente respecto del traído y llevado Gracián. Yacía olvidado en un rincón de los manuales de literatura, muy merecedor, al parecer, de tal olvido por su influencia decisiva en el triunfo del gongorismo, que equivale a decir, en la ruina total de nuestras letras. Y ahora se le ha sacado del oscuro rincón y se le ha sacudido el polvo de la edad, haciéndole lucir al sol de la moderna cultura.

Sí: ahora se sabe —y antes también se sabía— que todo un Arturo Schopenhauer leyó y aprendió mucho en sus libros, traduciendo uno de ellos *Oráculo, Manual y Arte de la Prudencia,* obra que antes de que fuese traducida por el célebre filósofo pesimista, había sido ya comentariada, larga, pedestre e indigestamente por otro paisano suyo, un tal Doctor Müller, y que antes de que Müller la comentase era ya conocida en Alemania por una pésima traducción que de ella se había hecho; bien que no fuese directamente del castellano, sino de una traducción francesa, tan pésima como la alemana.

Se sabe además —y también se sabía ya antes de que los revisores literarios diesen en la flor de citar a troche y moche al jesuíta gongorino

—que esa misma obra tan querida de Schopenhauer, había sido traducida al italiano, al inglés, al latín y hasta al húngaro; prueba evidente de que se la tenía en muy alta estima por todos los pueblos civilizados. En fin, que no se puede poner en tela de juicio que el nombre de Gracián era celebrado y aplaudido por esos mundos de Dios, a lo menos por las copiosas enseñanzas filosóficas y sociales que había sabido atesorar en esa obra, de muy recomendable lectura para cuantos quieran conocer por dentro la vida, y pasarla lo más feliz que se pueda, a despecho de contratiempos y de reveses.

Pero toda esta fama mundial de que gozaba y goza nuestro hombre, como conductor perito de sus semejantes a lo largo de la intrincada vida social, no tiene nada que ver con el peregrino intento de nuestros flamantes revisores. Que el descarriado preceptista del gongorismo era hombre de positivos talentos y de vastísima erudición, no lo negaba nadie; antes bien lo hacen constar de una manera muy clara todos los historiadores de nuestra literatura, lo mismo los españoles que los extranjeros.

No es en el sentido de hombre culto, de sociólogo, de filósofo, de moralista, en el que los hipercríticos modernos le tratan de rehabilitar, sino en el concepto de gran literato, de gran escritor, asignándole un puesto honroso entre las admirables figuras literarias de nuestro siglo de oro. Y he ahí que esto ni lo han conseguido ni lo conseguirán, por muchos pétalos de flores que se arrojen

sobre su memoria en esas critiquillas con que se descuelgan harto a menudo los descontentos de nuestros valores literarios consolidados. Vienen muy rezagados esos elogios; son flores demasiado tardías, y las flores tardías suelen tener muy poco aroma.

Gracián fué un literato muy popular en su tiempo, que era de manifiesta decadencia española en todos los órdenes y muy especialmente en el de las letras; pero esa popularidad tenía que ser efímera: sólo podría durar lo que durase el imperio del mal gusto que hacía paladear regalados sabores donde no había más que insipideces. El ambiente del templo de las letras estaba infestado de gongorismo, y todo lo que a gongorismo oliese y supiese era entonces ensalzado y glorificado hasta las nubes.

Ahora bien; entre los más decididos partidarios del extraviado genio cordobés, el que más se distinguió en aquellos para las letras malhadados días; el que se arrogó nada menos que el papel de doctor estético de la escuela; el más apasionado defensor de todas las sutilezas conceptistas, entonces tan en boga, fué Gracián, que se lanzó a la arena literaria con un tratado disparatadísimo acerca de la nueva poética, al que dió el título de *Agudeza y arte de ingenio.*

Es un libro lleno de erudición, en que se pueden aprender no pocas cosas interesantes, pero rezumante de pretensiones y escrito en un estilo ultraconceptista y ultragongorino; pues se ha de saber que, para entonces, ya aquellas dos corrien-

tes maléficas de la literatura, desatadas la una por Alonso Ledesma y la otra por Góngora, se habían juntado en una sola, corriendo por un solo cauce, acrecida por la fusión de todos los desatinos y de todas las monstruosidades de una y otra escuela.

Aparte el error fundamental que parece inspirar toda la obra: el de creer que el ingenio y la agudeza puedan ser producidos por cánones retóricos, como si no fueran cualidades innatas del espíritu, ¡qué pisoteamiento de las más elementales reglas de la Gramática! ¡Qué valor desmesurado el que se vincula en tiquis miquis de sutilezas! ¡Qué manera de ponderar el retruécano y el equívoco —que sólo pueden decir bien en piececillas cómicas y bufas— aun en las composiciones literarias que más debían de resaltar por lo graves y majestuosas! ¡Hasta en los panegíricos de la Virgen le parece a Gracián que viene de perlas el jugar con paradojas y anfibologías!

Y luego, ¡cuántos párrafos campanudos, cuyo sentido es imposible descifrar! ¡Qué alarde de ser conciso y sentencioso, para no transparentar a menudo en su fraseología más que brumas y nebulosidades! Y con este canto entusiasta al conceptismo y al gongorismo, ¿no había de ser Gracián considerado como un oráculo de su tiempo?

Pero aquel tiempo afortunadamente pasó, y con él la ráfaga de mal gusto que había estragado a tantos espíritus. Y el dorado pedestal que se había elevado a Gracián en el templo de las letras, se desmoronó por sí mismo, porque no era de oro le-

gítimo, sino de arena mal ligada. Y de literato insigne de primera fila, pasó a figurar como uno de los grandes corruptores del estilo, que más contribuyeron a precipitar nuestra ruina literaria. Este es el puesto que le asignó la posteridad en la historia de nuestra literatura una vez que reaccionó el sentido común, y ese es el puesto que le asignará siempre una sabia y concienzuda crítica.

Es muy cierto que en sus otras obras como *El Discreto, El Héroe, El político Fernando* y, sobre todo, en la mejor de todas, en la especie de novela simbólica rotulada *El Criticón*, no es tan desavisado, tan estrambótico, tan peregrino; pero es lo suficiente para no poder pasar de ningún modo por un gran escritor puro, correcto y de buen gusto, que sea digno de figurar entre nuestros clásicos, ni por lo ingenuo, ni por lo substancioso, ni por lo castizo.

Y como quiera que Juan Ruiz y Gracián son los dos grandes genios que nuestros revisores literarios pretenden haber sacado del secundario lugar que ocupaban en nuestra literatura, para hacerlos descollar entre los primeros de los primeros, claramente se ve que los nuevos valores de la decantada revisión literaria, hasta el presente, se reducen a cero.

Tienen que desengañarse los jactanciosos acuñadores de nueva moneda: primeros puestos no los conquistarán para ningún autor de los que ellos se imaginan injustamente postergados. La decantada revisión podrá acarrear algún fruto respecto de poetas y prosistas de segundo y tercer orden; pero en cuanto a los del primero, están ya juzga-

dos y retejuzgados a la luz de sesuda crítica. Los primeros puestos en el templo de nuestras letras están ya consagrados, y es imposible volcar de ellos a quienes los ocupan. Ya se sabe que algunos modernistas no gustan de Cervantes, a quien tildan de decadente, ni de Fr. Luis de León, ni de Lope de Vega; y que ansiaran poner muy por encima a Lorenzo Gracián y a Góngora. Pero esto es otra locura como las de Góngora y de Gracián. Por más que, a veces, dudo que abriguen de veras semejantes propósitos y deseos. Está el humorismo de moda y quizá esos dislates se les antojen un género especial de rasgos humorísticos...

La poesía modernista

Ahí tenéis una frase que está en todos los labios y suena en todos los oídos, de algunos años a esta parte. Unos para detestar lo que representa y significa con toda la furia de su rencor indómito, otros para sonreirse con sonrisa taimada y picaresca, y alguien para transportar la imaginación a algún paraíso lejano, hoy todo el mundo de las letras habla a cada instante de poesía modernista. Y yo barrunto, que, a pesar de que tanto de ella se habla, deben ser muy pocos los que claramente la entienden.

He ahí por qué yo quisiera poder tomarla en serio y rastrear sus constitutivos esenciales y definir sus cualidades características. Pero temo que no haya de salir avante en mi propósito, no porque la poesía modernista en sí no me merezca toda clase de respetos, como una de tantas escuelas literarias, el clasicismo, el romanticismo, el realismo..., sino porque todavía de entre los cultivadores de ese género de poesía no se ha impuesto ninguno, ni por altas dotes de inspiración, ni por resplandores más o menos geniales, ni por haber enriquecido con una sola obra maestra el tesoro de nuestra literatura. ¿Qué se habían de imponer, si todos o casi todos producen en nosotros esa hi-

laridad ingenua de las cosas cómicas y ridículas?

Sin duda por esto hay quien juzga solemne disparate pergeñar una sola página para dar a conocer lo que son los modernistas españoles. Y la verdad: yo no juzgo de manera tan dura, yo creo que no se los debe ignorar, aunque sólo fuera por la razón de que llevan ya varios años campando por sus respetos en el *campo* de las letras.

Hasta hace algún tiempo, creyóse generalmente que se trataba de una inocentada literaria y que los mismos vates modernistas eran los primeros en burlarse de sus poéticas producciones. No cabía en caletre humano que con semejante guisa de poetizar pretendiese pasar nadie plaza de poeta. Se creyó sencillamente que se escribía de tan lindo modo para excitar la hilaridad pública, haciendo ver lo peregrina y sonoramente que se podía desvariar con nuestro riquísimo idioma. Por eso fué grande la sorpresa cuando se advirtió que los flamantes adeptos de la escuela modernista creían sinceramente en su valor estético, y se pagaban de sus partos literarios y se revestían de majestad hierofántica, dándose tonos de enviados celestes a regenerar nuestra literatura, rompiendo los viejos moldes e insuflando al verso una nueva música y un nuevo ritmo.

Entonces quisieron algunos detenerlos en su paso, viendo ya claramente que se trataba de una irrupción de Atila por el campo sereno de la literatura. Era ya tarde. Algún crítico que pudiera haber hablado con cierta autoridad, no se atrevió a hacerlo, porque contaba con amigos entre los

nuevos hunos, cada vez más envalentonados en sus correrías. Algún Pérez Zúñiga hizo vibrar ciertas sátiras ridiculizando muy saladamente la nueva secta; pero aquellas sátiras no pasaron de latigazos dados en el aire. Los modernistas siguieron sonrientes, como si, ni por ensueño, rezasen con ellos semejantes chasquidos. Y he aquí que hoy forman legión victoriosa, habiéndose impuesto a periódicos y revistas, y que se llaman señores absolutos del campo de la literatura, y que por todas partes se los adula y se los requiebra. ¿Y es justo que los continuemos ignorando? Pienso que no, aunque sólo fuera por dar pábulo a la pícara curiosidad.

Lo primero que nos choca en las concepciones poéticas de estos novísimos vates es la rareza de los metros que usan, antirrítmicos y antimusicales como ellos solos. Y eso que plácense de contar entre los más insignes predecesores a Gautier, cuya teoría poética consistía principalmente en consubstanciar la música y la poesía, y a Pablo Verlaine, el patriarca de la escuela, para quien la música debía ser siempre la aspiración suprema de todo vate: *de la musique avant toute chose.* Los modernistas españoles e hispanoamericanos se desviven, sí, por ser sonoros, musicales; pero no dan más que con sonoridades palabreras, con música... celestial.

Ello tiene su explicación en las tendencias materialistas de los tiempos. En esta edad todo se fisiologiza. A la emoción estética, que es un fenómeno psíquico que se desarrolla en la parte más

noble y recóndita del alma, ya no se la llama así: se la llama sensación a secas. sensación material impresa en los órganos sensorios. Y como éstos no perciben las sensaciones repetidas, según el axioma aquel de los filósofos: *ab assuetis non fit passio,* pues concluye por no sentirse lo que un día y otro se siente, los poetas de nuevo cuño quisieron variar las sensaciones.

¿Cómo?

Haciendo una verdadera revolución métrica, postergando los sonoros eptasílabos, octosílabos, endecasílabos, que tan rotundos nos suenan en Núñez de Arce y tan ricos de música en Zorrilla, desdeñando casi todos los versos usados por nuestros altísimos vates del siglo de oro y dedicándose con afán de abejas a violentar la métrica, el ritmo, la imagen, la metáfora, todo, en fin, con objeto de causar sonidos nuevos, y, por consiguiente, sensaciones nuevas. De donde la consagración de lo raro y lo estrambótico y lo retorcido erigiéndolo en principio fundamental de la nueva estética.

En esto se parecen nuestros innovadores a esos hombres agotados por el vicio, que se dedican a fantasear placeres nuevos, porque no saben cómo hacer revivir su muerta sensibilidad, y que, en vez de dar con los placeres soñados, sólo dan con desvaríos y ridiculeces.

Otra de las cosas que se advierten en seguida, y ésta es de fondo, en los esperpentos literarios de nuestros modernistas, es la superficialidad, la ligereza del pensamiento inspirador. He perdido bastante el tiempo leyendo versos modernistas, y,

excepto en algunos del amigo Rubén, en los cuales rebosa un sentimiento fortísimo de amor a la raza, yo no he encontrado ni ideas ni sentimientos substanciosos que valiesen la pena de hacer vibrar una lira.

¿Ideas? ¿Pensamiento inspirador? ¿Substancia en la poesía modernista? Es pecar de candoroso buscar semejantes cosas en estos flamantísimos vates. Ellos no tienen ideas, más aún, ni las quieren. Por supuesto, apoyándose en las mismas especiosas razones por que no quería la zorra las uvas. Nada de pensamiento: ellos se contentan con sugerir estados vagos de alma, incoherencias de limbo que suman el espíritu en dulce y suave misterio. Prefieren a la idea la frase, y a la frase el color y el sonido. El colorismo y la sonoridad, perseguidos como ideal, creo yo que sea lo que más caracteriza a la poesía modernista.

No importa que no se diga nada: la brisa agitando las ramas de los bosques, el rumor de las hojas secas querellándose a los primeros soplos otoñales, el murmurio de las aguas de los arroyuelos deslizándose por entre flores y guijas, los mil y mil ruidos que entran como arpegios y notas en la armonía universal de la Naturaleza, no dicen nada, pero suenan deleitosamente, y, a veces, hasta embelesan y encantan. ¡El sonido, el sonido! Wágner, a fuerza de sonidos armoniosamente atropellados, sugestiona, hipnotiza, y luego conmueve todo nuestro sitema nervioso con un gozar que degenera casi en padecer. ¿No podría ser la poesía algo como la música de Wágner?

¿Que esa vaguedad misteriosa a que se aspira es incompatible con la claridad, que ha sido siempre el adorno sin rival de la poesía, y, sobre todo, de la poesía helénica, que es la que ha señalado el *non plus ultra* de la factura clásica? Pues ¡abajo la claridad! Que el pensamiento, si lo hay, no se trasluzca, sino que se adivine, dando margen a la variedad de interpretaciones y conjeturas. Con lo cual se remontan nuestros vates a civilizaciones prehistóricas, cuando todo el humano saber se consignaba en jeroglíficos. ¡Donoso progresar el de los vates modernistas! ¡Hacer de la poesía un acertijo, una quisicosa!

Rien de plus cher que la chanson grise —dijo el maestro francés— nada más exquisito que la canción gris, y la canción gris para los modernistas de habla castellana ha sido lo brumoso, lo ininteligible, lo que hace de la poesía un texto acomodaticio a todos los caprichos y a todos los gustos, de suerte que cada cual rastree en él lo que le venga en antojo. Lutero y los corifeos de la Pseudo-reforma crearon lo que se llama el libre examen para aplicarlo a la exégesis bíblica. De este modo cada exégeta descubre en el Sagrado Texto lo que más le agrada, el sentido más en consonancia con su natural condición. Pues bien, los vates modernistas, sin darse cuenta de ello, crean un libre examen, que, aplicado a su poesía vaga, indefinida, incoherente, hace paladear a algunos dulcedumbres de melífluo sabor, mientras que para otros no tiene, a lo sumo, más que insipideces de agua chirle.

El culto de la "paradoja azul de la loca hortensia", de que habló alguno de los poetas simbolistas franceses, esto es, el culto de la insubstancialidad elevada a ideal artístico, parece haber sido, por lo menos durante algún tiempo, la aspiración suprema de los novísimos vates. Y de esa "paradoja azul" ¿qué substancia cerebral iba a fluir que robusteciese y diera vida a la poesía?

La única fuente castalia adonde corren a beber, desalados, los poetas modernistas, es el amor; pero no el amor fuerte y profundo que hacía rugir a Espronceda con gritos de dolor y arrancaba a la lira de Bécquer dulces y melancólicas rimas, sino el amor artificioso, amanerado, petrarquista, que diríase no tiene por objeto más que divinizar a la hembra y arrastrarse a los pies de ella, como los idólatras ante los altares de sus fetiches. Y en esto no tiene el modernismo nada de nuevo, pues ya los poetas provenzales glorificaban a la mujer, como a una verdadera diosa, en aquellos sus decires, rebosantes de amoríos platónicos.

Si abandonan ese amor metafísico, es siempre para cantar el instinto bruto, la voluptuosidad desenfrenada, la maldita concupiscencia, enardecida por esos modernos alcoholes degenerantes, como la menta y el ajenjo. Entonces no aciertan a cantar en el bello sexo, en la más divina mitad del género humano, sino lo lascivo, lo impúdico, lo maloliente; y sus versos fluyen todo lo acicalados y preciosos que se quiera, pero arrastrando cieno recién agitado, que hace exhalar a las estrofas como hálitos mefíticos. Todo lo cual no

tiende, maldita de Dios la cosa, a ensalzar ni a la mujer ni a la poesía, sino a convertirlas, a una y a otra, en instrumentillos de placeres enervantes e insanos.

Verlaine, como el Teufelsdrokh de Carlyle, fingía creer a veces en influencias astrológicas y decía que los poetas nacían bajo la influencia del planeta Saturno, razón por la cual eran graves, melancólicos y muy dados al pesimismo. El pone de manifiesto en sus *Poémes saturniens* en melancolía de los hijos de Apolo, siempre acariciados por la desventura. Los vates españoles serán —yo no lo niego— melancólicos, pesimistas, ya que de ordinario pasa por sus versos una ráfaga de aire tristón, desprendida indudablemente de aquel viento de cementerio que, según Daudet, cruza por toda la literatura del siglo XIX; pero esa melancolía y ese pesimismo, más que a la influencia de Saturno son debidos a lo saturnal de la vida que viven, a juzgar por las saturnales que cantan.

Para nuestros poetas modernistas la poesía ha dejado de ser aquella alada hija de Dios de que nos habla Fray Luis de León, que tenía por objeto remontarnos al cielo, de donde ella había descendido. Para ellos la poesía es el avance literario hacia el *eterno femenino*, con lo cual queda reducida la poesía a una desplegada cola de pavo real. Y de ahí la redundancia de palabrería multicolor con que intentan hacer valedera la perfecta vacuidad de pensamiento, que es nota bien característica de los flamantes innovadores.

Y es que en punto a ideas, como he dicho, no

quieren tener ninguna. Les basta el *Que sais je?* de Montaigne, en que vislumbran el ideal más risueño y venturoso. Con ese *Que sais je?* explican y resuelven ellos todos los más arduos problemas de filosofía, de religión y de moral. Es el escepticismo muerto, que no siente, que no se agita, que no lucha, y al cual nada le importa conocer el bien ni la verdad. La duda, lejos de ser para ellos algo inquietante y martirizador, es más bien la almohada de plumas sobre que blandamente se entrega uno a deliciosos ensueños.

No se les da un ardite por verse distanciados de la religión: ella no se aviene con el género de vida que ellos quieren vivir, sino que los recrimina e increpa reprochándoles sus liviandades, y la han sacudido como se sacude una carga pesada, sin sentir, ni por asomos, el gusano roedor de la conciencia. Son irreligiosos e incrédulos de la más baja estofa, de los que no pueden ni quieren hacer suyos aquellos versos de Alfredo de Musset en que parece que llora por no ser de los creyentes:

> O, Christ, je ne suis pas de ceux que la prière
> dans tes temples muets amène à pas tremblants;
> je ne suis pas de ceux qui vont á ton Calvaire,
> en se frappant le sein, baiser tes pieds sanglants!

Algunos de nuestros modernistas profesan el eclecticismo más expedito y candoroso que se puede imaginar. Pretenden armonizar el mal y el bien, imitando quizá a Anatole France, que en su abate Coignard quiso fundir en una sola pieza, como quien dice, la voluptuosidad y la virtud al

pintarnos el buen abate como un epicúreo y como un santo.

Una cualidad no hay que omitir, que distingue admirablemente a los vates de que venimos hablando, y es la de ser empedernidos adoradores de Rubén Darío. Le endiosan. Llegan a tenerle por el poeta más grande del Parnaso español en el siglo de las luces, lo propio que hacían con Góngora todos aquellos corruptores del idioma español, Trillos y Villamedianas, Gracianes y Paravicinos.

Es una vergüenza: hasta los defectos manifiestos del bardo de Nicaragua ponderan como gallardías poéticas; y no es lo peor que le ponderen, sino que, en esos mismos defectos, le imiten, asemejándose a aquellos cortesanos serviles de la Corte de Luis XIV, que por imitar a su Rey hasta se ponían pecas postizas, porque él era pecoso. De los poetas contemporáneos suyos decía Carducci, que todos habían pecado en Heine—tan grandemente influyó el gran judío alemán en la poesía de todas las naciones;— pues bien, nuestros modernistas todos pecan mortalmente en Rubén Darío, como si este hombre pudiera hombrearse con Heine.

Claro que aún podría ir apuntando algunas cualidades más características del modernismo y de los modernistas, pero pienso que las apuntadas sean más que suficientes para que mis lectores puedan distinguir perfectamente entre poetas y poetas. Sólo diré, para concluir, que los modernistas españoles quieren parecerse a Horacio en lo de aborrecer al *profano vulgo*. Son megalóma-

nos por idiosincrasia, con manos y todo de marqueses, y escriben para intelectuales refinados, para una sociedad bachillera y petulante que se parezca a la sociedad francesa del siglo XVIII, compuesta de marisabidillas pedantescas y de volterianos dicharacheros y picantes, que sepan danzar gavotas a los ecos armoniosos de un *viejo clavicordio pompadour.* ¡Como si todos los grandes poetas, Homero, Dante, Shakespeare, Lope de Vega, Calderón, Goethe, Musset, Campoamor..., no se hubieran dirigido principalmente al alma del pueblo de su tiempo, que es el alma del pueblo de todas las edades!

Después de todo esto, dígase sinceramente si aquel *viento de imbecilidad*, de que habló Baudelaire, no debe de estar oreando de continuo la frente de nuestros vates modernistas.

Y conste que todavía tenemos que estarles agradecidos, porque no se extraviaron tanto como sus congéneres los franceses, que llegaron en sus desvaríos hasta a dar colores a las letras, asegurando que cada una de las vocales causaba su impresión colorista en el espíritu, porque la *a* era negra, la *e* blanca, la *i* azul, la *o* roja y la *u* amarilla, según unos, y verde según otros. A la falta total de sindéresis que estas ingeniosidades suponen, hay que ser justos, no llegan aún nuestros dariístas. Su divorcio con el sentido común no ha sido tan completo.

Y ahora se me ocurre preguntar: ¿se irá a creer que, porque yo fustigue la actual poesía modernista, no teniendo para ella ni atisbo de

contemplación, niegue la posibilidad de que pueda llegarse a una poesía que se asemeje muy poco a la clásica, y que como ésta nos regale y deleite el espíritu, produciendo en nosotros verdaderos inefables éxtasis? Lógicamente nadie podrá deducir de mis palabras semejante conclusión. La literatura es perfectible como todas las cosas humanas. Ni la música ni la poesía han dado de sí todos los encantos que indudablemente puede dar el inmenso tesoro de sus armonías y de sus ritmos. Cuando venga una poesía que beneficie debidamente esa inagotable cantera rítmica que lleva la humanidad en el fondo de su alma, la crítica no tendrá para los vates afortunados sino aplausos y bendiciones.

¿Darán los modernistas españoles, por fin, con el filón misterioso de esa suspirada poesía? Los derroteros actuales no hacen abrigar ninguna esperanza.

REVISTA LITERARIA

Mirando al Cielo.—Himnos y cánticos religiosos, por el padre Restituto del Valle Ruiz, agustino.—**El Romance en Cuba,** por Carolina Poncet y de Cárdenas.

Laudabilísimo es el pensamiento inspirador del P. Restituto al escribir estos himnos y cánticos religiosos: evitar que quienes ni por semejas han recibido de lo alto vocación para la poesía, ni estudiado en su vida un tratado de estética, o que si lo han estudiado, no lo han comprendido por haberlos dotado la naturaleza de una imaginación muerta casi en absoluto para todo lo que signifique arte, se metan a hacer profesión de necedad, poniéndose a pergeñar versos religiosos y místicos con los que se cree enaltecer los misterios de nuestra Religión, cuando lo que se consigue es desdorarlos y deslucirlos. ¿Cómo podrían servir de marco a los encantos de nuestra Religión la ineptitud y la insipiencia? ¿Qué oleadas de esplendor pueden irradiar sobre la inmaculada belleza de nuestra fe esos pedestrísimos renglones cortos que se entreveran entre meditaciones y jaculatorias de novenas y devocionarios, y que están lejísimos no ya sólo de la poesía, sino también de una prosa medio decentemente trabajada? Para poetizar no basta la

buena intención de querer dar un desahogo a fervorines que se experimenten en ciertos instantes de recogimiento. Derrámense esos fervorines en coloquios amantes con Dios y con los Santos en las soledades del corazón, santo y muy bueno, pero no se los quiera trasladar al papel en efusiones poéticas, cuando ni se sabe lo que es verso, ni ritmo, ni imagen, ni poesía.

Y no se vaya a juzgar que esté actuando de crítico mordaz que sólo se complazca en zaherimientos y en durezas: propendo a la benevolencia más que a la rigidez, siempre que actúo de crítico. Lo que sucede es que para esas poéticas serojas con que pretenden adornar muchos sus obritas de devoción, resultarían blandos todos los zaherimientos y todas las durezas. Léase el bello prólogo del padre Restituto a estos sus cantos, y, al saborear aquella prosa cincelada, que, si a veces deja traslucir la ruda labor del estilista, halaga siempre el oído, como el grato rumor de umbría primaveral, blandamente agitado por los céfiros, se verá que su crítica justiciera fustiga mucho más duramente que la mía, esos ramplones versos religiosos que sólo podrían conquistar para sus autores la palma de la nesciencia y de la incultura. ¡Bien y rebién haya quien con autoridad indiscutible abozala plumas gaznápiras e indiscretas que, so pretexto de devoción, no hacen más que empañar el resplandor de nuestra fe y los encantos de nuestro culto!

Yo me plazco sobremanera en pensar que somos siempre los agustinos los que en todo tiempo ve-

lamos por los fueros de la buena literatura en el campo católico. Sin remontarse a los áureos tiempos en que Fray Luis de León y Cristóbal de Fonseca y el P. Malón de Chaide, salían, intrépidos, a la defensa del rico idioma español, demostrando palmariamente que no necesitábamos del latín para escribir libros de mística, que fuesen imperecederas obras de arte y de literatura; con sólo referirse a nuestros días, y ver la saludable labor crítica del P. Blanco que supo inmortalizar su nombre, a pesar de haberse muerto en plena juventud intelectual y cuando más hermosos augurios se formaban sobre su vasta cultura y su gran talento; con sólo recrearse con las graciosas y saladísimas críticas del P. Conrado Muiños en su último libro *Ne quid nimis*, donde tan exquisitamente acertó a poner de oro y azul a quienes se meten a dogmatizar en cuestiones de literatura, ensalzando sin saber lo que ensalzan y condenando sin saber lo que condenan, y con sólo examinar este último libro del P. Restituto, en su doble punto de vista, de blandir el flagelo del más justo desdén contra las plumas ignaras que despoetizan las bellezas de nuestra Religión con sus rastreras producciones poéticas, y de poner cátedra de poesía mística y religiosa, que no desdore lo que canta, antes bien lo hermosee y enaltezca, queda persuadido el más renuente a la persuasión de que es un hecho indubitable que siempre los agustinos somos, en el campo católico, los celadores del buen decir y los defensores natos de la poesía y de la literatura.

He dicho que el P. Restituto había puesto cátedra de poesía mística y religiosa, porque ha demostrado cumplidamente y con el género más apodíctico de argumentación, con el que demostró Diógenes el movimiento, que puede un vate de verdad meterse por himnos eucarísticos, por villancicos y por cánticos de misión, sin peligro ninguno a caer en ramplonerías y en insulseces que resultan irritantes precisamente por el contraste con lo altísimo de las cosas que pretenden glorificar. ¡Es poquísimo para ensalzarlas lo más puro y quintesenciado de la poesía, y se las piensa glorificar con versos infames de una factura pordiosera y ultraprosaica!

Confieso que, a pesar de tratarse del P. Restituto, esto es, de un poeta de cuerpo entero que ha dejado volar su imaginación por las más altas regiones de la lírica, cantando inspirados poemas, rimando bellísimas odas, y dando por doquiera muestras inequívocas de estro robusto, de elocución exquisita y de finísimo oído musical que instintivamente acierta a redondear el verso y la estrofa, haciéndolos sonar como tañidos de campana mágica en el alma, me puse a leer sus himnos, y cánticos religiosos con miedo de encontrar en ellos huellas de los mismos defectos que él en el prólogo censuraba, estigmatizándolos como se merecían con el estigma del desprecio y de la ridiculez. ¡Tan valida y acreditada anda la poesía religiosa por esos devocionarios de Dios!

Pero mi miedo se desvaneció en seguida: el P. Restituto es en este linaje de poesía el mismo

vate de *Mis Canciones*. No despliega en ella su imaginación poderosa, porque no debe desplegarla ni rompe en ella, porque no debe romper, en sus peculiares acentos viriles y en sus magníficas rotundas estrofas. Se trata de una poesía sencilla, donde, si ha de haber siempre galanura de frase, ha de predominar siempre sobre la frase el pensamiento, y sobre el pensamiento el corazón. Y es forzoso decir que el insigne poeta agustino llega en algunos de estos cánticos a lo ideal. Los versos siempre flúidos y melodiosos parecen hechos de notas sorprendidas a un arpa eólica que vibrase sus cuerdas al batir de alas de algún ángel. Como llevados por las undosas ráfagas de la celeste música, aquí y allá aletean pensamientos hermosos que parecen haberse desprendido de las seráficas efusiones de Santa Terea o de los ensoñamientos místicos de Fray Luis de León. Y aquí y allá también, un hilo puro de unción sagrada que se dilata y se pierde por entre los versos, a modo de tenue raudal cristalino que se desliza, invisible, entre césped y flores, embarga y conmueve el ánimo del leyente, lo mismo que si sintiese un toque de lo alto en las fibras más tiernas de su corazón.

Algunos de estos cánticos, como el que se titula *Invitatorio*, y en el cual responde un coro a otro coro con acentos inspirados y sentidos, tienen un marcado sabor bíblico: ora entristecen al espíritu como salmos de penitencia, ora le embriagan con expresiones ardientes arrancadas al Cántico de los Cánticos de Salomón. Otros, como la dul-

císima plegaria que lleva el título de *¡Misericordia!*, y de la cual no sé qué daría por que desapareciese la asonancia que la afea en quellos versos:

Vuelve, Madre del alma,
vuelve tu ojos
al que gime en este *hondo*
valle de abrojos,

huelen a fragancia exquisita de jardines interiores del alma, como algunos de los *Idilios Místicos* del gran Verdaguer; y en otros como *Canción de Cuna*, que trae a la memoria la grata remembranza de aquel dulcísimo villancico de nuestro bable:

Duermi, fíu del alma,
duermi, queríu,
que to ma non descansa
con ti aflixíu,
duermi en sin pena
que al empar de to cuna
to madre vela,

el P. Restituto parece haber destilado toda la quinta esencia de nuestros clásicos cantares de Navidad, tan rebosantes de dulzura, de alegría y de amor.

No se vaya a creer, por estos elogios tan fervorosos, tan sinceros, que todo en el nuevo libro de poesías del P. Restituto sea oro bruñido. También aquí y allá se encuentra algo de similor, quiero decir, alguna que otra composicionzuela bien desaborida y bien endeble; eso, amén de varias asonancias que no me pararé a puntualizar y que extrañan sobremanera en un oído tan fina-

mente poético como el del insigne poeta agustiniano.

Por esto, por lo otro, y por lo de más allá, yo me permito aconsejar al P. Restituto que, hecho airosamente su ensayo regenerador de la poesía devota, digámoslo así, y habiendo conseguido que varios maestros de música hayan escogido sus cantos para *leitmotiv* de su inspiración musical— bien conocido es el hermoso Himno declarado oficial en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid—, torne a sus viejas canciones, a dejar que se arrebate de inspiración robusta su fantasía, y a regalarnos con aquel su verso sonoro, potente, de acabada manera labrado, y que nos consolaba de la pérdida de aquellos grandes cinceladores de versos que se llamaron Ferrari y Núñez de Arce, embebiéndonos en la esperanza de que, al hundirse en el ocaso de las letras patrias aquellos dos espléndidos soles que con tan inmortales destellos las habían esplendorado, surgía uno nuevo al horizonte, que parecía había de escalar muy pronto el cenit, manteniéndose en él mucho tiempo y haciendo amanecer muchos días de gloria para nuestras letras, y, especialmente, para nuestra poesía.

El P. Restituto, si no ha de ser una decepción para los que tanto le admiramos de jóvenes; si ha de corresponder a las halagüeñas esperanzas que en él se cifraron, por la robustez inspirada con que cantó sus primeros versos, al sentirse mimado por las musas y ser introducido por ellas en lo más sagrado del arte y de la poesía, tiene que

volver a los andaderos caminos de su juventud y dejar que su fantasía se sugestione ante los encantos de la naturaleza y ante las grandezas de la Religión, entregándose de lleno a aquellas dulces tareas poéticas que le brindaron tan puras satisfacciones y le coronaron con tan brillantes triunfos. Está muy a tiempo todavía: los años aun no le pesan gran cosa, los achaques aun no han hecho estrago ninguno en su robusto organismo; que trabaje, que estudie, que medite y que exprima debidamente su rica imaginación y su gran talento, haciéndolos dar de sí todo lo que muchos nos habíamos imaginado que habrían de dar. El es, desgraciadamente, casi el único ingenio que nos queda de aquella pléyade radiosa que había formado el inolvidable P. Cámara, el gran obispo salmantino, y en la cual descollaron literatos y poetas insignes, como el P. Conrado Muiños, El P. Blanco García, el P. Eustoquio Uriarte..., y que esperábamos habría de traer consigo un perpetuo y creciente florecimiento literario en la gran familia agustiniana, que hubiese persuadido a España entera de que seguía alentando entre nosotros el espíritu de Fray Luis de León.

Y por eso, por ser casi el único superviviente de aquella pléyade radiosa —y digo *casi* el único porque, gracias a Dios, también brilla y florece en toda su robustez intelectual el P. Zacarías Martínez— debe condensar todos sus anhelos y todas sus aspiraciones en labrar en el espíritu agustiniano honda huella, sobre la cual, a modo de plétora vivificadora, se derrame a oleadas todo el es-

plendor de su fantasía, todo el jugo de su cerebro y todo el entusiasmo de su corazón. Inaugure, pues, un nuevo ciclo de poemas robustos y enardecedores que sean perenne acicate de la juventud agustiniana y rompimiento de gloria que a todos nos ensalce y a todos nos esclarezca. Repito que aún está muy a tiempo: en la plenitud de su vigor intelectual, como quien dice. Escriba, poetice, cante, regálenos con una nueva serie de canciones más inspiradas aún, más hondamente sentidas, con más exquisitez cinceladas y sin atisbo ninguno de calco ni de imitación, y entonces no solamente no se pondrá sordina al elogio de sus versos, sino que se los colmará de aplausos y aun de bendiciones.

Razón que le sobra tiene el Sr. Rodríguez Marín cuando aquí y allá, en las eruditas notas que va poniendo a las hermosas ediciones de las obras de Cervantes que le ha encomendado *La Lectura* arremete con saetillas irónicas contra los que desdeñan la fecunda y fatigosa labor de quienes, emprendiendo un estudio determinado, registran archivos y bibliotecas, procurando inquirir todo lo que con dicho estudio se relacione y pueda irradiar sobre él algunos rayos de clarificadora luz. Bien merecidos tienen los calificativos de hueros y presuntuosos con que los zahiere y los fustiga. La crítica que estudia un libro y da de sus páginas el juicio que le parece justo, mostrando la mayor o menor originalidad del pensamiento y la mayor

o menor valía literaria del estilo, es crítica muy buena; pero la que, al mismo tiempo que da a conocer el fondo y la forma de una obra literaria, inquiere cuanto haya podido contribuir a la gestación de su pensamiento y cuanto tienda a justipreciar la originalidad de su forma, es crítica mucho mejor, porque aporta más luz y pone a uno más en camino de juzgar, sin exposición a yerros, del mérito de una cosa. Y es petulancia casi inicua desdeñar esa crítica, tildándola de cominera, como si un comino montase el saber minuciosamente cuanto sea posible saber acerca de una obra artística o de una producción literaria. No nieguen el mérito de tan ardua labor quiénes carezcan de la paciencia benedictina que para llevarlas a cabo se requiere. Ya que no aplaudan con generosidad, que no censuren con injusticia. Es lo menos que se les puede exigir, a no ser que los halague, no el pasar plaza de indoctos y de ridículos, sino el serlo, y en toda la extensión de calificativos tan honrosos...

Me sugiere esta consideración la labor ímproba y paciente que supone *El Romance en Cuba*, estudio hecho por la señorita Carolina Poncet y de Cárdenas para recibir el grado de doctor —¿por qué no, de doctora?— en Filosofía y Letras, de la Universidad de la Habana, estudio que fué, al mismo tiempo, premiado con el primer premio en el Concurso de la Academia Nacional de Artes y Letras. La ya, con este concienzudo estudio, insigne escritora cubana, ha prestado un servicio valiosísimo a las letras españolas, demostrando poseer un

talento nada común y una cultura variada y maciza. *El Romance en Cuba* es una obra de investigación literaria y de crítica valoradora y certera que supone en su autora muchas lecturas reflexivas y pacientes y trato muy familiar con la gente del pueblo, a quien una vez y otra acudió para oir de sus labios los romances tradicionales que memorialmente son transmitidos de generación en generación. Allí donde es forzoso reconocer que hasta el presente se han hecho muy pocos estudios literarios que no adolezcan de ligereza y de superficialidad —uno de los mejores es el que hizo sobre Marlow el insigne literato José de Armas—, es sencillamente admirable ver surgir a una señorita que siente apasionamiento por el saber y que hace su entrada en el campo de las letras con un libro jugoso y bien escrito, donde se estrechan en fraternal abrazo la seriedad del pensar con la galanura del decir.

La autora comienza por confesar que el romance no tuvo en Cuba la espléndida floración que tuvo en España, fenómeno que le causa alguna extrañeza, primero por haber sido Cuba descubierta y conquistada por españoles, y en tiempos caballerescos, cuando por doquiera surgían trovadores romanceando nuestras conquistas y nuestras hazañas, nuestro legendario honor y nuestros amorosos apasionamientos, y cuando, al decir de historiadores de por entonces, como Herrera en su *Historia de las Indias* y Bernal Díaz del Castillo en su *Historia de la conquista de Nueva España*, era el romancero español como una suma cuyos textos

citaban fragmentariamente en su conversación nuestros conquistadores; y segundo, porque entre los antiguos siboneyes parece que se cantaban y se danzaban unos aireítos que eran como romances en alabanza de ídolos y de caciques, de bélicas hazañas y de andanzas amorosas, y hubiera sido muy natural que los aireítos, injertándose en los romances, hubiesen llegado a la formación de un genuino y vigoroso romancero cubano, inmediato consanguíneo del de la Metrópoli.

A la autora se le antoja encontrar una razón explicativa de esa deficiencia en que "el exquisito oído musical que todos los críticos reconocen a los cubanos no se satisface con las combinaciones asonantadas..., sino que exige una estrofa cadenciosa y rica en consonantes". Tal fué el parecer de otros escritores, como Antonio Bachiller, cuando, en unos apuntes para el estudio de las Letras en Cuba, escribía estas palabras: "La consonancia era una necesidad para los oídos músicos que da el Cielo a los nacidos en una tierra llena de poesía", y tal parece haber sido también la creencia de Menéndez Pelayo cuando, hablando de los poetas de Cuba, ponderaba "el oído armónico de que la naturaleza parece haberlos dotado y que los hace en extremo sensibles a los prestigios de la música y al halago del metro". La predilección de los trovadores guajiros por la décima o espinela, que es la estrofa que, al caer de la tarde, resuena en los bohíos llena de encanto y de dulzura, es otra razón que abona la justeza del pensamiento de la autora.

Lo cierto es que en Cuba debe de haber una espléndida poesía popular conservada solamente en la memoria de los guajiros, casi todos ellos artífices de décimas que cantan suave y dulzonamente al son de sus *güiros* y de sus guitarros. Y habrá de hacer una muy preciada obra de literatura el crítico poeta que dedique algún tiempo a recorrer el campo cubano y recoger de labios de los guajiros esa poesía popular en que seguramente ha de aparecer encarnado el espíritu de Cuba como hijo legítimo del espíritu de España, siempre enamorado de todo lo grande, de todo lo hermoso, de todo lo noble, de todo lo caballeresco. Y esa poesía popular será la que constituya el verdadero *romancero* cubano, donde se refleje con trazos vigorosos toda la psicología del alma nacional cubana, lánguida y suave en sus efusiones amorosas, pero en sus sentimientos patrióticos impetuosa y valiente.

Esto no quiere decir que en Cuba no haya arraigado y aun echado viriles retoños nuestro genuino romance. Sí que los más antiguos que se conservan pertenecen al siglo XVIII y esos son lánguidos y muy pobres, como los de José Surí Aguila y los de Francisco Pobeda y Armenteros, los dos vates entre quienes distribuyen los críticos la gloria de la invención del romance propiamente cubano, esto es, inspirado en las bellezas y en las costumbres de Cuba; pero también es verdad que luego casi todos los grandes poetas cubanos escribían, de cuando en cuando, algún romance, y que algunos, como Plácido cantando al jefe tlascalteca

Hicotencal, hicieron romances que son verdaderas joyas poéticas.

Carolina Poncet no se ha contentado con hacer investigaciones acerca del romance propiamente cubano, y enderezó la mayor parte de su labor crítica a indagar la representación que en Cuba tenía nuestro romancero español, comprobando que allí se conservan por tradición popular gran parte de los romances españoles, con más o menos alteraciones, naturalmente, como sucede en las diversas regiones de España, cuyos hijos, al fin, fueron los que en Cuba los importaron. Es curiosísimo el ver con cuán exigua transformación poética se apropiaban las diversas regiones la paternidad de romances como los de "Las Señas del Esposo", "Las Hijas del Rey moro", "La Esposa infiel", y aun de algunos de origen tan cercano a nosotros como el "Romance de Alfonso Doce" y el "Romancillo de Prim"...

Segurísimo es que en pos de este libro hayan de venir otros y otros donde el ingenio de Carolina Poncet florezca y fructifique como una planta tropical desbordante de plétora vivífica, y no tiene visos de aventurado, si la docta joven sigue el camino que le indican sus primeros laureles, el augurar que en el horizonte de las letras cubanas haya de fulgir, sin tardar mucho, un nuevo astro femenino, cuya luz glorificadora caiga sobre la frente de la perla de las Antillas fundida en un beso gigante con la luz glorificadora que irradia la Avellaneda. Carolina demuestra estar dotada de un exquisito gusto estético, tener un corazón

muy sensible a los encantos del arte, saber apreciar muy bien la factura estílica de las obras literarias; y con estas dotes, juntas a su madurez de reflexión y a su amor al estudio, difícil será que no llegue a dar de sus talentos la rica cosecha que de ellos, a juzgar por sus primicias, nos brinda a esperar.

Por de pronto, élla ya nos habla de futuras producciones. Vayan viniendo para bien de las letras cubanas y españolas, y no se les regatearán la bendición y el aplauso.

CRISIS DE LA LITERATURA FRANCESA

No hace mucho tiempo que Remy de Gourmond, y con él otros varios escritores franceses, se lamentaba de que la literatura ya no ejerciese sobre las multitudes aquella especie de fascinación que, en tiempo de Flaubert y aun de Zola, obraba el milagro de que se vendiesen ediciones tras ediciones de un libro que, al par que proporcionaba a su autor pingües sumas, llevaba su nombre de pueblo en pueblo, celebrado y bendecido en diversos idiomas. Para Gourmond, el público, no ya sólo de Francia, sino del mundo entero, ha llegado a tal estado de indiferencia por cuanto suene a arte y literatura, que hoy ni se concibe siquiera la posibilidad de que una obra de arte, aunque sea maestra, se abra camino entre la general apatía, y tenga resonancia de acontecimiento literario.

Esto que aparece como un hecho indiscutible, si solamente se refiriese a la nación vecina, o por mejor decir, al género de escritores impúdicos que en mayor o menor escala hicieron sentir su desastrosa influencia a todas las literaturas, debiera llenarnos de contento y regocijo a los españoles que, a excepción de los hispano-americanos, somos siempre los que más nos dejamos influir por todo viento de novedad que surja acariciador de

las orillas del Sena. Pero como hecho general, como síntoma de enfermedad, no endémica, concretada a un público o a un país determinado, sino como dolencia de que se resiente en común el espíritu literario de las naciones civilizadas, no podía menos de apenar el ánimo de cuantos rendimos culto a la literatura y estamos profundamente persuadidos—porque así nos lo evidencia la historia—de que no se registran decadencias de pueblos y de razas que no hayan coincidido con descensos de adoración y entusiasmo por el arte.

Afortunadamente el hecho observado por Gourmond yo creo que, hoy por hoy, tan sólo se registra en la historia de Francia. Y es, sin duda, justo castigo de los literatos franceses que, teniendo, como todo el mundo se las reconoce, excepcionales aptitudes para descollar en el cultivo de la literatura, no han sabido o no han querido ejercer, en bien del arte y de la sociedad, la hegemonía literaria que venían disfrutando desde casi hace un siglo. En ningún país se ha despreciado como en Francia el fin nobilísimo del arte, que es y será siempre la interpretación de la belleza, sustituyéndolo con menguadas finalidades de interés y de lucro, y haciendo del templo de las letras, adonde sólo debe penetrarse para regalar el corazón con ennoblecedoras emociones, un vil mercado de papel impreso donde los vendedores sólo persiguen *succés d' argent* a fuerza de inmoralidad y de impureza. Además que hace ya más de treinta años que la perversión del gusto literario es casi general entre los autores franceses, que confun-

diendo la extravagancia y la rareza con la originalidad, se han dado a inventar estéticas extrañas, fundando escuelas y cenáculos que apenas si han producido otra cosa que extravíos y aberraciones.

La corrupción que en desbordantes copas escanciaba a las multitudes el impudente naturalismo, no tenía más remedio que concluir por hastiarlas y hasta inspirarles odio a aquella literatura que, diríase, no tenía otro objeto que el de levantar en la fantasía tempestades de imaginaciones obscenas. Los aficionados a leer acudieron entonces a los libros de los decadentes en busca de un chorro de agua cristalina que les calmase su sed de arte puro, y les borrase de la imaginación los disolventes cuadros naturalistas. Pero en vano: la literatura decadente, en todos sus variados matices y bajo todos sus rimbombantes títulos de neomística, ocultista, blasfemadora y macábrica, pudo en su principio seducir y arrebatar, ostentándose a las fantasías noveleras como un campo bordado de peregrinas flores; mas los amantes sinceros del arte no tardaron en advertir que aquellas flores eran de trapo, y que los estimulantes aromas que exhalaban eran postizos, vaporizaciones quizá de la absenta, especie de pólvora-licor que privaba para las libaciones en las bohemias literarias, donde los autores decadentes se reunían. Notaron que el idioma de Bossuet, tan flexible, tan dúctil y acomodaticio para expresar toda clase de ideas, de sentimientos y de impresiones, comenzaba a ser desfigurado con importaciones inútiles de palabras extranjeras y con el uso de

las propias cuando no venían a propósito, o atribuyéndoles un sentido que no podían tener; vieron que el fondo de aquella literatura lo constituían el mismo cieno naturalista, los mismos desbordamientos voluptuosos, la misma corrupción, y más detestable si se quiere, ya que se la llevaba a un grado máximo de abominación y de perversidad. Unos la sumaban con el culto a no se qué diablo simpático y hermoso, como los *Satanases verlainianos de Ecbatana,* que diría el insigne decadente Rubén Darío; otros intentaban justificarlas con intuiciones directas y misteriosas de espíritus invisibles que les revelaban las cosas divinas, y otros—molinosistas atávicos—trataban de armonizarlas—horrífico contubernio—con un misticismo vago e incoherente con lo cual pretendían tener complacidísimo a Dios.

Era naturalísimo que la crítica fulminase rígido anatema sobre una literatura que élla misma alardeaba de llamarse decadente, y la calificase de irracional e insensata, exponiéndola así al menosprecio de doctos e indoctos. Y naturalísimo parece también que el público haya llegado a sentir ese indiferente desvío y desapego a la literatura que, debiendo causar en el espíritu emociones exaltantes y placeres robustecedores, no ha tendido más que a corromperle, a deprimirle, a cortarle las alas para que no pudiera remontarse nunca a respirar aire más puro que el de las emanaciones de la tierra.

Les está muy bien empleado a los autores franceses. No seré yo quien sienta en lo más mínimo

que sus producciones no alcancen la aceptación y fama que alcanzaron en pasados lustros, ni invadan, en traducciones más o menos perversas, los folletines de nuestros periódicos y los escaparates de nuestras librerías. Hartas inmundicias nos ha traducido ya la legión de traductores y traductoras de oficio, a cuarenta pesetas el tomo. Si les hubiera de dar por traducirnos las últimas novelas de Pablo Bourget, donde con tan profundo análisis psicológico se nos descifran los misterios de los corazones y de las almas; o aun las de Huysmann, las del Huysmann converso y enamorado de la hermosura y sublimidad de los ritos con que celebra la Iglesia sus grandes solemnidades... Mas para traducir sin mira ninguna de selección, o hablando más exactamente, con el preconcebido intento de popularizar entre nosotros los infinitos *Pauls de Koc* que en Francia pululan, mejor mucho mejor que no se lea ni se traduzca nada, ni tengan resonancia ninguna en nuestra nación los ruidos literarios de la vecina: en una palabra, mejor cien veces que haya Pirineos que se yergan altísimos y cierren el paso inexorablemente a toda racha de arte o de literatura que hubiera de contagiarnos con fiebres infecciosas de espíritus enfermos. Contra invasiones semejantes que no habían de dejar más huella de su paso que estragamiento del arte y de las conciencias, los Pirineos debían ser más impenetrables que las murallas de la China.

Y no se me vaya a juzgar, por los deseos que apunto en las precedentes proposiciones, enemigo

sistemático de toda importación de cultura extranjera, sin discernir si es buena o mala, fundado en el solo hecho de la extranjería. No por Dios. Yo quisiera que todos los españoles supiéramos al dedillo cuanto de positivo valer e importancia se piensa y se medita, no ya solamente en Europa, sino en todas y cada una de las naciones del viejo y del nuevo mundo. Quisiera que estuviéramos al tanto de todas las corrientes filosóficas, científicas y artísticas que predominan en los países civilizados, y supiésemos apropiarnos sus refrigerantes ondas para con ellas regar y fecundar el campo, no tan agotado y estéril, como muchos se imaginan, de nuestros pensamientos y de nuestras ideas.

Yo bendeciría con toda mi alma la europeización, tan anhelada por Costa, si se tomase en el sentido de asimilarnos cuanto de provechoso y fecundo excogiten e inventen los grandes cerebros pensadores, en su afán de realizar los magníficos ideales que, como blanco de aspiraciones sublimes, ha fijado el cielo a la estirpe humana. ¿Cómo no desear, y ardorosamente, que raye España a la altura de los pueblos más cultos de la tierra, y aun descuelle por cima de ellos, en todo lo que significa ciencia, filosofía, arte, literatura, desarrollo y poderío moral e intelectual? ¿Cómo no anhelar vivísimamente que tuviésemos pabellón honrosísimo en la exposición internacional continua de ideas y de sentimientos que se celebra por medio del libro y de la obra de arte, y adonde, ávidos de luz, acuden todos los amantes del saber, a cono-

cerse para amarse, y a influírse recíprocamente para, con los esfuerzos prestados, dar cada día nuevos pasos de avance hacia la consecución de los humanos destinos? Lo contrario sería hacer profesión de hijo infame que se goza en ver a su madre empequeñecida y menospreciada, y sería más aún, sería hacer profesión de ceguedad y de estupidez, empeñándose en cerrar los ojos de la inteligencia por no disfrutar de los resplandores de esa luz que esclarece los horizontes de el espíritu y brinda mucho más intensos goces al alma que la que el mismo sol dilata por los cielos; sería hacerse indigno de vivir porque sería no amar la vida, en su acepción más noble y levantada, que no puede ser el "conjunto de funciones orgánicas", pésima definición que no cuadra siquiera a su concepto fisiológico, sino el conjunto de las funciones psíquicas que tiendan a perfeccionar las facultades del hombre para hacerle saborear mejor los encantos visibles e invisibles de la naturaleza.

Reniego de los tontos que piensan que la cultura española ha dado ya todo lo que podía dar de sí, y que no necesitamos para nada de ideas ajenas y de pensamientos extraños, sino embebernos en absoluto en nuestros infolios de ediciones príncipes, y exprimir sus abundantes jugos en nuevos libros, que no serían más que simples comentarios, cuando no nuevas traducciones. Valiosísima ha sido la labor de nuestros mayores en los múltiples ramos del saber humano; a sus imperecederas obras debe España indudablemente el

renombre glorioso con que en la Historia figura; inestimable, por todos conceptos, es el tesoro que nos han legado de ciencia española y de literatura castiza; pero es necedad inverosímil creer que esa ciencia y esa literatura hayan llegado al ápice de la perfección, y no sea ya posible enriquecerlas con nuevos principios y con nuevas ideas, hoy, especialmente, que ciencia y arte tanto adelantan y evolucionan. Cuando se trate, pues, de ideas y de principios fecundos, vengan de donde vengan, nada de trabas ni fronteras que les obstruyan el paso.

¡Vía amplia y espaciosa a toda aura de doctrina que traiga consigo ráfagas de cosas nuevas, soplos regeneradores de arte y de literatura, hábitos estimulantes de progreso y de ascensión! ¡Nada de estancamiento en el caudal copioso de savia espiritual que hasta el presente ha regado y fecundado el campo de la intelectualidad española, haciéndole germinar y producir flores y sazonados frutos; antes bien, precipitar su corriente, acreciéndola con la afluencia de cuantos chorros de cristalina agua se desprendan de las cimas del pensamiento, surjan éstas a las alturas en el más remoto límite de la tierra!

Todo esto estará muy bien. Hará que no estemos ajenos a las evoluciones que incesantemente están operando las artes y las ciencias, y nos pondrá en comunicación estrecha con la mentalidad robusta de los hombres de buena fe que luchan por dilatar indefinidamente los horizontes del espíritu. Será un como propulsor eficaz de nuestras fuerzas

vivas para que no nos rezaguemos en los caminos del progreso por donde, cuanto más se avanza, más lejanías se descubren y más esperanzas sonríen. Pero cuando no se trate de soplos de vitalidad robustecedora que estimulan y alientan, sino de exhalaciones malsanas que agostan y marchitan; cuando no se trate de brisas frescas portadoras de vivíficos perfumes, sino de vahos hediondos emanados de embriagueces y de lujurias, como han sido, en general, las últimas modas literarias cultivadas en Francia por una turba de empedernidos bohemios... ¡Pirineos, Pirineos altísimos e inaccesibles que no dejen escabullirse hacia el lado de acá ni una racha de viento de allende!

Más que contra las enfermedades contagiosas que consumen y postran el cuerpo, debemos precavernos contra las epidemias que minan y corroen el espíritu; y no cabe duda que el literatear decadentista de nuestros vecinos, ha sido para el espíritu de su literatura una verdadera peste moral. Ya es tiempo de que alguna vez escarmentemos en cabeza ajena. ¿Qué beneficios han reportado al arte y a la literatura francesa esas novedades insólitas y atrevidas con que unos cuantos soñadores entraron a sangre y fuego por la estética, pisoteando todos los santos principios hasta entonces tenidos por axiomáticos, pretendiendo reformar, no ya solamente la filosofía del arte, sino también hasta la estructura y el genio mismo del idioma? ¿Con qué obras maestras, sancionadas como tales por la crítica justipreciadora y sensata, han aumentado el tesoro inapreciable de Cor-

neille, de Pascal y de Racine, que, enriquecido con positivos caudales en tiempo de Chateaubriand, de Víctor Hugo y de Musset, llevaba camino de ser el más rico y valioso de todas las literaturas conocidas?

Con ninguna absolutamente. Inventaron, sí, unos cuantos modos de decir estrambóticos; aparecieron muchos libros presuntuosos cuyas páginas estaban recargadas de adornos arlequinescos; vibráronse muchas sonajas producidoras de ruidos de hojarasca, vacíos de sentido; pero no se pasó de exterioridades retóricas, de proyecciones coloristas y de... músicas celestiales. Las obras de arte vigoroso que el cándido público se atrevió a esperar de aquella revolución literaria quedaron por escribir. Y el desengaño causó primero indignación y después indiferencia y casi hastío a la literatura. Y vino ese estado de cosas inspirador de elegías y lamentaciones que Remy de Gourmond deplora, y con él los demás literatos franceses que no tienen más remedio que sentir que sus producciones no se vendan y no continúen siendo comidilla exquisita y sabrosa para todos los gustos y para todos los paladares.

¡Lástima que el castigo impuesto solamente a los violadores de la estética y a los profanadores del arte alcance también a los escritores y artistas de verdad que han sabido mantenerse inmunes de toda salpicadura decadentista! Pero el público no sabe hacer excepciones. Y en verdad que debía hacerlas; porque indudablemente que hay quien las merece. Obras literarias se continúan publican-

do en Francia que honran altamente su literatura, y las cuales debieran tener en el público la acogida a que son acreedoras por los méritos indiscutibles que en ellas campean. ¿Quién duda que las novelas y los estudios psicológico-críticos de Pablo Bourget debían despertar en las masas lectoras un entusiasmo mucho mayor que el que despertaban las mejores obras del naturalismo? ¿Y que a su crítica, a sus análisis de bellezas literarias y a sus investigaciones psicológicas debía dedicar grandes espacios la prensa entre sus columnas atestadas de insubstanciosas politiquerías y de fútiles puerilidades? Pues las obras del gran maestro aparecen y de ellas se venden aún muchos millares, pero no se devoran ediciones tras ediciones; no absorben la atención de los periódicos un solo día, ni levantan entre la muchedumbre el estrépito de elogio y alabanza que levantaba con cualquiera de sus documentados engendros el gran pornógrafo de Medán. Es, pues, un hecho que la literatura está en baja en la nación vecina, y que el público se muestra soberanamente apático ante los partos del arte, así vayan sellados con la huella del genio y adornados con brillanteces de creadora fantasía.

Pero, ¿sucede lo propio en España? ¿Hay justo motivo para querellarse de nuestro público un día sí y otro también, como hacen a menudo ciertos literatos displicentes?

¿Crisis de la Literatura española?

Si se fuera a dar crédito a alguno que otro artículo de crítica literaria con que muy de tarde en tarde interrumpen sus tareas *reporteriles* los gacetilleros de los periódicos, o a las quejas insistentes que algún pretenso *inmortal* intercala al principio y al medio y al fin de sus partos literarios en quincenales o mensuales revistas, y esto, vayan o no a cuento, a modo de ripios, como los ayes estultos que incrustan en sus versos los poetas llorones, no cabría dudar que la literatura española andaba tan de capa caída como la francesa, sin pizca de benevolencia en el público, y sin ser conocida y estimada ni siquiera de los aficionados y de los entendidos. A creer a los aludidos plañideros, en España no se hace aprecio ninguno de poesías, ni de dramas, ni de novelas. El pueblo no sabe una jota de arte, ni de ciencia, ni de literatura: le importan un comino todos los escritores habidos y por haber. Vivimos en pleno ambiente de analfabetismo, ajenos en absoluto a toda manifestación intelectual. En las fibras de nuestro ser no hay capacidad receptora que dé acogida a impresiones y sentimientos que sacudan nuestro espíritu e impriman movimiento circular a la sangre de nuestra alma. Y en estas condiciones es im-

posible soñar con literaturas enérgicas y viriles, que acrezcan el gran tesoro literario de nuestros mayores, que nos ha conquistado para siempre el respeto y la consideración del mundo.

A mi humilde entender son exageradísimos todos esos jeremíacos trenos, en que se llora, o se finge llorar, porque entre nosotros el ambiente no sonríe, propicio, a la literatura. Huelgan todas esas elegías en que se echa de menos el favor del público y se le inculpa de inmerecidos desdenes. ¡Cualquiera diría que los desdenes del público están echando a perder todos los días entre nosotros a genios y más genios!

Yo no puedo inducirme a creer en semejantes desdenes. El público español no se conmueve, no siente grandes entusiasmos a cada aparición de una novela, de un tomo de poesías o de cuentos, de una colección de dramas o de críticas, y no se agolpa a las librerías en damandas febriles que hagan que se multipliquen las ediciones de los libros. Pero esto es cosa muy distinta de desdeñar. El desdén nunca ha sido sinónimo de la falta de entusiasmo ni aun de la indiferencia. Además, que ni aun de esa indiferencia se le puede inculpar legítimamente al público.

Lo que hay es que son *rara avis* entre nosotros las publicaciones de obras literarias que contengan virtualidad estética suficiente para conmovernos, como nos conmovíamos antes a la aparición de un poema de Núñez de Arce o de Campoamor, o de una novela de Alarcón o de Pereda, o de un tomo de críticas de Clarín o de Menéndez Pelayo.

Y por otra parte la prensa solía consagrar, aunque muy poca, alguna atención a la literatura. No estaba tan de lleno enfrascada en la política, ni se despepitaba tanto por husmear el interior de las tabernas e inmiscuirse en las vidas de los amantes, con objeto de llenar sus columnas de crímenes y avivar la curiosidad de los lectores, dejando adivinar escenas escandalosas y alzando velos que siempre debieran estar corridos.

Hoy la politiquería se empeña en no dejar espacio ninguno en los periódicos más que para la crónica negra, a la cual juzga —y efectivamente lo es— hermana dignísima de compartir con élla el pleno disfrute de la atención de las gentes. Y véase por dónde la culpa de la indiferencia y del desvío que se siente por la literatura, en vez de achacársela al público, debe ser imputada a los mismos que al público se la achacan, imaginándose quizá prestar un favor grandísimo a las letras con descolgarse, de vez en cuando, con un artículo semilacrimoso, lamentando la infausta muerte de la literatura.

Cierto de toda certidumbre que para la poesía corren ahora vientos muy desfavorables; que son poquísimos los que se deleitan y gozan con la lectura de versos, como indudablemente gozaban y se deleitaban nuestros progenitores. Hoy ya no hay nadie que con un tomo de poesías en el bolsillo, o debajo del brazo, se vaya a disfrutar placeres estéticos, dando vueltas por una alameda frondosa, o sentándose, sobre un canto rodado, a la margen de un río. Pasaron aquellos días de efervescencia

poética, en que casi todos los jóvenes españoles se sentían vates y tenían sus correspondientes horas de inspiración más o menos verdadera, más o menos fingida, y llenaban de renglones cortos pliegos y más pliegos, lisonjeándose con la ilusión de porvenires venturosos, y dejándose acariciar por sonrientes esperanzas. Hoy ya no se glorifica la poesía como en aquella época de literarias glorias, en que nuestros poetas eran públicamente coronados en magníficos festivales regios, y entraban como por derecho de conquista en el Consejo de Estado o en el de Ministros. Respecto, pues, de la poesía, o por mejor decir, del entusiasmo con que hacían vibrar a las almas las estrofas de nuestros poetas; de la inclinación irresistible que todos sentíamos, jóvenes y viejos, a celebrar y a difundir sus cantos, es evidente que hemos decaído casi hasta la postración; pero de ese innegable decaimiento tampoco tiene pizca de culpa el público. Nuestros poetas no serían entonces más, pero eran mejores. En sus creaciones vigorosas había menos artificios y menos filigranas retóricas; pero había más naturalidad junto con más robustez y más sentimiento; y en ellos podía estudiarse perfectamente el estado psicológico del alma nacional.

Luego, como por sus revelantes méritos literarios, llegaban a ejercer positiva influencia en la política, la prensa, al ocuparse de ellos como políticos, no podía evitar el hablarnos de ellos como literatos, con lo cual el público conocía sus obras y las estudiaba y saboreaba, regalándose con sus encantos y con sus bellezas. Los críticos e histo-

riadores de nuestra literatura se han dolido muchas veces de que nuestros poetas se aficionasen a la política, y a mi humilde entender con justísima razón; porque la afición al politiqueo mataba frecuentemente la afición a la poesía, y cuando no, la relegaba siempre a un puesto de segundo orden en que el numen languidecía y el vuelo de alondra de la imaginación se convertía a menudo en aleteo de ave rastrera. Más de un poeta se pudiera citar que, habiendo comenzado a brillar en el cielo de las letras como un astro espléndidamente luminoso, por la briosa inspiración que palpitaba en sus cantos, degeneró rápidamente en casero candil por la pobreza y ruindad de sus composiciones, no bien le hubo pasado por las mientes conquistarse, con el apoyo de la mayoría, un acta fementida de diputado.

Por eso he creído yo siempre, contra el parecer de muchos, que la protesta que hace algún tiempo suscribieron unos cuantos *intelectuales* contra el gabinete Montero Ríos, no significaba, no podía significar una exigencia de intervención política, una instancia de encumbrados empleos parlamentarios en favor de la gente de letras. Las letras, está probado que se suicidan, o poco menos, al pretender escalar los rojos escaños de las Cortes. Pero todo esto no ha impedido que en pasados tiempos hayan sido los periódicos de bandería un gran vehículo del pensar y del sentir de nuestros literatos, a quienes por medio de entusiásticos panegíricos ponían en contacto estrecho con la sociedad. Y desde este punto de vista la prensa po-

lítica coadyuvó sobremanera a la celebridad de nuestros poetas, y consiguió que sus bien cinceladas estrofas penetrasen con eco halagador por muchos oídos, llevando al interior de las almas alientos fertilizantes y robustecedores.

Hoy los periódicos no quieren ser más que políticos y noticieros, con la particularidad de que las noticias no han de referirse nunca o casi nunca a poner a sus lectores al tanto de las últimas publicaciones científicas, artísticas o literarias, sino sólo y exclusivamente a los sucesos llamativos que en dramas naturalistas se representan en la encrucijada de la plazuela, en los establecimientos alcohólicos, o en los centros de corrupción nauseabunda y maloliente. Había de estar uno suscrito a todos los rotativos de Madrid y de ningún modo podría ponerse al corriente del movimiento literario en España. Para esto tendría que suscribirse también a todas las revistas, que son las únicas publicaciones que suelen dar cuenta de los libros que reciben, y esto no con el detenimiento que, alguna vez, los obras merecen, sino con un ligero apunte bibliográfico, lo suficiente nada más para que autores y libreros no se incomoden, ni se nieguen a remitir a las redacciones las ulteriores producciones que editen. Mas a pesar de esa especie de compromiso tácito de los rotativos, de no hacer ni mención siquiera de todo lo que sea literatura, yo insisto en creer que los literatos, no contando entre éstos a los poetas, —que éstos sí que pueden considerarse positivamente desdeñados—, no deben quejarse del pú-

blico, apostrofándole a cada instante y añorando tiempos mejores que no existieron.

Podremos haber retrocedido en todo linaje de cultura científica, filosófica y literaria, como hemos retrocedido en poderío, influencia y consideración social; no añadiremos muy brillantes capítulos a la historia de nuestra perdurable literatura, como no los sabemos añadir tampoco a la de nuestras legendarias hazañas y nuestras épicas conquistas; pero en punto a instrucción general y afán de escribir y de leer, es evidente que el pueblo español, si no marcha a la par de los pueblos sajones, donde hasta los simples soldados van leyendo por las calles folletos y revistas, ha hecho y continúa haciendo considerables y positivos adelantos.

No se registran, en verdad, entre nosotros esos ruidosos éxitos de librería que, poco tiempo ha, se registraban en Francia, Inglaterra y Alemania, donde en menos de una semana devoraba la multitud centenares de miles de ejemplares de un drama o de una novela. Pero ¿cuándo se han registrado? ¿Cuándo la aparición de un libro entre nosotros ha despertado ese entusiasmo delirante que en otros países precipita a las muchedumbres hacia las librerías, haciendo estremecerse de satisfacción y de júbilo a autores y a libreros? Los mismos éxitos tan estruendosos como merecidos, que coronaban espléndidamente en las tablas los gigantes esfuerzos de los Duques de Rivas y los García Gutiérrez, de los Tamayos y los Ayalas, ¿alcanzaban luego la misma resonancia entre la

muchedumbre lectora convirtiéndose en fuentes de riqueza y pudiendo llamarse con propiedad éxitos de librería? Todos sabemos que no. En España, donde tenemos una literatura de oro macizo, cuyo resplandor inextinguible cada día más se agranda y cada día más nos asombra y nos enorgullece, jamás a los creadores de ella les ha sonreído la voltaria fortuna. Y si alguna vez ha habido sonrisas, éstas han sido para los libreros, no para los autores.

Desde Cervantes hasta Galdós y la Pardo Bazán, no recuerdo de literato ninguno que se haya labrado la felicidad terrena con sus libros, concretando esa terrena felicidad a los regalos y comodidades que proporciona el dinero. Sabido es cómo aquel excelso novelista, primero entre los primeros de todo el mundo, tuvo que ingeniárselas, acogiéndose a la protección y amparo de magnates opulentos para no ser acosado del hambre en la forzosa lucha por la existencia. Y cuenta que su obra sublime tuvo quizá el más grande éxito de librería que se registra en la universal historia de las producciones humanas. Sus contemporáneos no supieron tal vez apreciar en todo su inmenso valor a aquel loco inmortal que, agraciado por el cielo con dotes imponderables de virtud y de talento, acomete la legendaria empresa de restaurar en el mundo la andante caballería que había de trocar la tierra en beatífica mansión; quizá no acertaron a comprender a fondo a aquel soñador inverosímil que, como fantasma de pesadilla, se echa por caminos tortuosos y desiertos,

lanza en ristre y espada al cinto, seducido por ideales generosos de redención que centellean en su cerebro como los astros del firmamento en la nocturna inmensidad; probablemente no vieron en la obra que Cervantes supo impregnar con la quinta esencia de su espíritu, más que una invectiva grotesca, salpicada de bufonadas y de chistes, plato exquisito para paladares envidiosos y gustos avillanados; pero lo cierto es que el Ingenioso Hidalgo se hizo en seguida popular, más aun que conocido, dentro y fuera de España, donde, en algunos países, Inglaterra por ejemplo, se le quería y estimaba mucho más que en su propia tierra.

¿Quién disfrutaba las pingües rentas que, sin duda, rendiría el Quijote? Vampiros del intelectualismo los debe de haber habido en todos los tiempos. Lo cierto es que al Príncipe de los novelistas no le sacaron sus imperecederas lucubraciones de parsimonias y de estrecheces. Y lo que ocurrió a Cervantes ocurrió a cuantos escritores insignes desde entonces en nuestra historia literaria se subsiguieron. Por eso decía antes que holgaban, en absoluto, todas esas dolientes querellas inspiradas en ilusorias añoranzas, en fingidas edades de oro que brindaban a la gente de letras con fantásticos bienestares. En España no ha habido nunca tales edades de oro. El escribir literatura, si se prescinde de la del teatro, no ha podido considerarse hasta ahora entre nosotros como una profesión, o como un oficio honroso con cuyos rendimientos se subviniese a las necesida-

des materiales de la vida. Si nuestros literatos no hubiesen contado con más medios de subsistencia que el producto líquido de sus libros, todos, sin excepción, se hubiesen muerto de hambre. Quienes cultivaban la poesía y la novela, o lo hacían por simple diversión y esparcimiento del ánimo, o por obedecer a irresistibles impulsos del espíritu que vislumbraba ideales hermosos y pugnaba por encarnarlos en páginas vivientes; por lucros pecuniarios, nunca, a no ser de un modo indirecto, procurando que las letras sirviesen como de escala para conseguir algún alto puesto en la diplomacia, en la administración o en la política.

Los literatos que echan de menos tiempos más felices, ignoran que todo un Valera aseguraba con cierto gracejo, no exento de ironía, que su popular *Pepita Jiménez* no le había valido ni un traje para su señora. Y poco más le habían valido a Alarcón sus inapreciables novelas y a Bécquer sus leyendas y sus aladas rimas. Ahora es cuando las letras empiezan a ser remuneradas. La Pardo Bazán hace algún tiempo que calculaba ya en 75.000 duros las ganancias que le había aportado su pluma. El P. Coloma vendía las ediciones de *Pequeñeces* casi antes de terminarse de imprimir, y algunas, aun de muchos millares, ni siquiera tenían tiempo de aparecer en los escaparates de la librería. Galdós no debe estar nada quejoso del público que, de cada novela que edita, le compra en unas cuantas semanas una porción de miles de ejemplares, gracias a lo cual, y a pesar de esa actual campaña del periodismo escandalizado de

la pobreza del maestro, puede sostener sus dos magníficos palacetes, el de Madrid y el de Santander.

Y cuenta que cada día desmerece y degenera más del Galdós de los primeros episodios (1), y que cada día se empeña y obstina más, teniendo cualidades para ser originalísimo, en no pasar de imitador, como si se hubiese propuesto demostrar la trasmigración de las almas, y aparecer como un caso de metempsícosis de Zola. Y a Palacio Valdés, que es quizá el único que pudiera quejarse con justicia del público español, porque no le aprecia ni estima en lo muchísimo que vale, también se le paga bastante bien, y me consta que vive muy agradecido a su pluma. El injusto desconocimiento en que se le tiene en España se lo recompensa con creces el extranjero, donde sus obras son traducidas y leídas en francés, en alemán, en sueco, y sobre todo en inglés, y desde donde periódicamente le remiten valiosas sumas los traductores.

No anda, pues, entre nosotros tan de capa caída la literatura como entre nuestros vecinos, y sobre todo, no hay las decadencias y retrocesos

---

(1) Galdós, en el prólogo de cierto drama suyo, estrepitosamente desechado, se queja diciendo que "la novela ha sido, durante mucho tiempo, una infeliz desheredada, y su existencia un verdadero milagro del Señor (por novelas y especialmente galdosianas iba a obrar el Señor milagros), que milagro es vivir sin calor, sin movimiento y hasta sin atmósfera."

Harto calor y harta atmósfera encontraron y encuentran todavía sus novelas, aun las que últimamente pergeñó, que no añaden ni un átomo de valía literaria a su obra antigua. Harto se leen y se venden. ¿Qué más quiere?

en el favor del público, de que se lamenta en Francia Remy de Gourmond. Todo lo contrario, nunca ha estado mejor. Como que ya se atreven a tomarla por profesión y oficio unos cuantos jóvenes que escriben en periódicos y revistas y que se apellidan unos a otros *intelectuales.*

No es que yo combata el que la literatura se pueda tomar como una profesión que dé para vivir. Como el sacerdote, el artista tiene también derecho a vivir del altar; también es templo sagrado el de las letras. Pero ¡por Dios! que el dinero no sea la fuente castalia de la literatura. El vizconde de Chateaubriand se ruborizaba al recibir el puñado de luises con que le pagaban los libreros sus primeras producciones literarias. Temía que se le tomase por un mercader de productos poéticos.

La Estética de los "Fuertes,,.

Quede, pues, como un hecho fuera de toda duda, que el favor dispensado por el público español a las bellas letras, hasta el presente ha venido en constante aumento, y que si en algún tiempo ha habido motivos justos para quejarse, no es seguramente el en que vivimos, de manifiesta decadencia literaria, sino el en que transcurrieron los gloriosos días del romanticismo, cuando brillaba en todo su apogeo aquella pléyade de artistas y escritores de que nos habla el cantor de los *Gritos del Combate* en los robustos quintetos a Ríos Rosas; y si se quiere, también allá en los días de la invasión naturalista, cuando *La Cuestión Palpitante* apareció como un relámpago luminoso sembrando divergencias entre los vigorosos ingenios que por entonces florecían, y haciéndolos alistarse en opuestos bandos, desde cada uno de los cuales se produjeron magníficas obras de literatura.

No es que considere que en España se lee lo que se debía leer: se debía leer mil veces más. Lo que quiero decir es que se lee más que en ningún tiempo, y me fundo para ello en que, traducidos u originales, las imprentas no cesan de arrojar libros al mercado, prueba evidente de que hay consumo, y

de que ese consumo deja por lo menos a los editores sus correspondientes ganancias. No se lee lo que se debía; pero nunca se leyó tanto. Y relativamente al valor estético que la actual literatura atesora, quizá muchos digan que es demasiado lo que se lee; que no es merecedora de grandes respetos esa literatura modernista cuyos desenvueltos cultivadores parecen haberse constituído en comandita para regalarse mutuamente con el calificativo de *intelectuales.*

Ese modernismo exagerado que hoy priva, haciendo atrevido alarde de tener en un ardite a todos los más grandes ingenios de cuya potente savia ha vivido hasta ahora nuestra literatura; que se atreve a afirmar del gran libro de Cervantes que es una obra decadente, como si dijéramos rayo de un sol que declina, cuando jamás aquel genio prodigioso se ostentó como entonces en la plenitud de su poderío creador; que se ríe, o poco menos, de Valera, especialmente como crítico, tildándole de espíritu ligero que no sabía sumergirse en lo profundo de las obras geniales, adoleciendo por tanto sus críticas de superficiales y epidérmicas, como si tuviésemos crítica más hermosa y sentida del *Fausto* de Goethe que la que el admirable estilista nos ha dejado (1); que se in-

(1) Conozco la de los ensayos críticos de González Serrano sobre Goethe, que en realidad no es ensayo, sino un estudio profundo, filosófico y bien razonado, que nos lleva como de la mano hasta las profundidades más misteriosas del alma del gran vate alemán; pero lo confieso, aunque alguien se escandalice, prefiero para mi gusto la del ático estilista. No sé si es que sentiré obsesión por Valera, como González Serrano decía que la sentía por Goethe.

digna ante la popularidad de Núñez de Arce, juzgándola desmedida e injusta, osando simbolizar su poesía rotunda y melodiosa, donde palpitan y rugen las agitaciones de toda una época, en "una coraza vacía dentro de la cual salta inquieto y nervioso un pequeño ratón"; que niega hasta el valor inmenso de Clarín como si sólo fuese autor de los paliques de *Madrid Cómico*, en que a veces desahogaba sus implacables instintos de mordacidad, y no también de los análisis concienzudos y sabios en que tantos hemos aprendido a conocer y a estimar a los literatos españoles y extranjeros; ese modernismo, digo, es lo que, si una crítica sensata y persistente no lo remedia, ha de traer el descrédito de la literatura, y con el descrédito, una total indiferencia del público, que será el justo castigo de todos esos modernistas atrevimientos y todas esas novísimas ridiculeces.

Por de pronto, salvo excepciones muy honrosas, entre todos esos honorables señores que tanto se prodigan a sí mismos el dictado de *intelectuales*, impera una estética especial, de todo en todo extraviada de las vías del buen gusto literario y aun de las del sentido común. Algunos de ellos han leído, en traducciones por supuesto, a Nietzsche, y como han visto que este genio demoledor trataba de echar por tierra los conceptos consagrados, digámoslo así, de filosofía, de religión y de moral que hasta entonces habían sido comunes entre los hombres, y que con ese espíritu de destrucción se había conquistado fama ruidosa en el mundo, se han forjado una estética demoledo-

ra que intenta persuadirnos a todos los españoles de que hasta el presente hemos vivido en el limbo, sin saber jota de literatura ni de nada, mirando con prismas atávicos los libros y las cosas, y teniendo por irreformables todos los juicios recibidos. Como la moral de aquel pobre loco, quien tuvo indudables momentos de lucidez y escribió páginas sentidísimas y hermosas, la estética de nuestros intelectuales también podría llamarse estética de los *Fuertes*. Unicamente ellos la pueden digerir y, una vez digerida, condenar en nombre de los principios nuevos a Fr. Luis de León, a Cervantes, a Lope de Vega, a Clarín, a Pereda, a Menéndez Pelayo, a todos los dioses mayores de nuestra literatura moderna y antigua, que no han sabido ni saben darles a gustar en sus obras más que ranciedades añejas y cantilenas pasadas, sin refrigerarles jamás con sorbos de vitales licores su hidrópica sed de inmortales, pero terrestres destinos.

A muchos de nuestros lectores quizá no haya llegado ni un sólo número de la *República de las Letras,* periódico fundado con mucho entusiasmo y estrépito, del cual se esperaba una magnífica era de floración literaria, y que no llegó a ver la luz más que unas cuantas hebdómadas, feneciendo en seguida de rubor y de vergüenza ante los continuos desaires y menosprecios del público. Pues bien, no hay más que leer, si se tiene valor para tanto, un ejemplar cualquiera de dicho periódico, para ver el desdén olímpico y hasta la indignación furiosa con que, abiertamente, el Sr. Unamuno, y, con insunuaciones más o menos tímidas o veladas,

los que con cierta cándida presunción le llamaban todos los días su *maestro*, arremeten contra los mejores de nuestros clásicos del siglo de oro, sin respetar ni siquiera a los místicos que, labrada en el mármol eterno de su buen decir, nos han legado una literatura incomparable, objeto de envidia para todas las naciones.

De mi memoria no podrá borrarse jamás el recuerdo de un artículo del celebrado Rector de la Universidad Salmantina en que, traicionando visiblemente su sentir, injuria, calumnia y vilipendia al príncipe de nuestros líricos, torciendo a sabiendas el sentido natural y obvio de algunos de sus versos y fingiendo traslucir, donde no hay más que anhelos santos de uniones místicas con Dios en escondida soledad, atisbos de impurezas que, ni por asomos, empañaron jamás el inmaculado brillo de aquella alma, al decir del sabio P. Mir, la más hermosa de cuantas cruzaron por el cielo de tan gloriosa centuria. ¡Parece mentira que quien de su puño y letra ha trazado las bellas y sabrosas páginas que en un folletito titulado *Paisajes* se consagran a *La Flecha,* (1), sea el mismo que en el semanario susodicho se haya atrevido a estampar aquella producción de pantano que no hay olfato que resista por sus efluvios trascendentes a agitado cieno! ¡Qué pronto ha echado en olvido el Sr. Una-

(1) "La Flecha" era el nombre de una hermosa quinta que poseían los Agustinos a las orillas del Tormes y no lejos de Salamanca, a la cual solía retirarse a descansar por algunos días Fray Luis de León, y donde se cree que compuso algunas de sus odas mejores, entre ellas la en que tan bellamente canta los júbilos y las alegrías de la vida del campo.

muno las impresiones gratísimas que le producía en el paladar del espíritu "la miel sabrosa" (son palabras suyas) de las doctrinas de Fr. Luis! ¡Aquellas impresiones que le enajenaban el alma y encendían en ella indudablemente la llama de la inspiración, forzándole a coger la pluma y dejarla correr sobre el papel para transmitírnoslas a los que le leyésemos, cálidas aún, embriagadoras y beatificantes!

No insisto, ni compruebo, ni confronto nada porque—lo digo con sinceridad—no quiero que experimente nadie la molestísima sensación de acidez y de asco profundo que yo he experimentado. En lo que sí insisto es en asegurar que semejantes aberraciones y locuras, en quienes se tienen y pasan por mentores y maestros de la intelectualidad española, no pueden conducir a otra cosa que a aumentar el desequilibrio de esa juventud modernista que, sin precaución ni discernimiento de ningún linaje, se deja influir por el primero que le hable de cosas inauditas y nuevas, repitiéndolas ella después, como si fueran evangelios inspirados, cuando no pasan de monstruosos desvaríos. Por ese camino la literatura no podrá de ningún modo ser considerada como manifestación de la vida de un pueblo, sino como eco inarmónico del desconcierto de unos cuantos jóvenes influídos, y más que influídos, secuestrados.

Y con esta falta de miramientos, respecto de las ideas y las doctrinas, corre parejas el menosprecio de la Gramática cuyos cánones tienen a menos seguir, porque, así, se pondrían al nivel de

imberbes escolares y pagarían tributo a nimiedades académicas. ¡¡Oh, al léxicon de la Academia le tienen horror y, además de horror, un coraje furioso que los inquieta hasta en sueños, como una pesadilla! Antonio de Valbuena se queda tamañico con su mala voluntad al Diccionario, si se la compara con la que le tienen estos *libertarios* del decir. Y cuenta que la de aquél podría hasta cierto punto ser disculpada; que en su *Fe de Erratas* rectifica, muy justamente, no pocas de las acepciones académicas, por no estar conformes ni con el genio de nuestro idioma, ni con el sentir de nuestros clásicos; en tanto que éstos, los escribidores modernistas, no sólo no han hecho estudio especial ninguno del léxico, sino que antes bien fundan su inquina persecutoria contra él, en que, para ser debidamente conocido, requiere ser de igual modo estudiado.

Sería rebajarse eso de que, no hallando vocablos propios para reflejar una idea o un pensamiento, les fuera forzoso ir a consultar al diccionario, o husmear si los clásicos habían empleado tales o cuales palabras en este o el otro sentido. El problema se resuelve sencillamente con inventar a capricho una terminología de uso particular que a ellos les parezca rimbombante y sonora. No importa que ellos solos se entiendan. Mejor: así aparecerán más profundos. El genio debe aparecer siempre rodeado de nebulosas. Eurípides daba indicios de loca insensatez cuando decía: odio las divinidades que tienen necesidad de tinieblas. El agua de los grandes ríos no corre cristalina y

transparente, sino obscura o intensamente azulada. La obscuridad es la profundidad. No hay, pues, que ser claros, ni naturales, ni castizos...

Y con semejantes máximas por norte y guía, se ponen a pergeñar versos, artículos y novelas en un gringo *sui géneris* que a veces ni el diablo que lo entienda y descifre. He sido siempre adversario de esa crítica satírica que no tiene por objeto más que ridiculizar y poner en solfa a los autores, exponiéndolos, en paliques burlescos, salpicados de fáciles chistes, a la risa picaresca y burlona del público. Pero al ver la irrupción de gongorismo que cada día se desata más por libros y periódicos, la verdad, siento tendencia irresistible a hacer fervientes votos por la aparición de una nueva *Derrota de los Pedantes.*

Mas no es lo peor, con ser tan perversamente malo, que se escriban novelas y poesías plagadas de vocablos impropios, de neologismos innecesarios, de metáforas absurdas, de giros enrevesados e ininteligibles, de derivaciones y transformaciones de palabras que se dan de bofetadas con la morfología de nuestro idioma; lo peor es que libros donde todas esas tropelías se cometen o perpetran, encuentran críticos —digámoslo así— suficientemente bonachones para hacer caso omiso de ellas, ciñéndose a ponderar de manera desmedida lo poco bueno que en sus páginas hayan visto. A estos cómplices de la actual corrupción literaria se les debía cortar la mano para que no escribiesen. Porque, en general, suelen ser los mismos que se quejan amarguísimamente de

la crisis de la literatura, sin notar que esa crisis la están provocando, tanto ellos con sus silencios injustos, como con el desprecio de la Gramática sus favoritos autores.

¿No ha de vibrar la pluma en amargas ironías al ver ese literatear despreciador de toda ley estética de buen gusto, intentando pasar plaza de fuerte, sana y varonil literatura, cuando en realidad no es más que una concreción de imágenes estrambóticas e inconexas, un amasijo de tropos descabellados y un necio alarde de inventiva palabrera, cosas todas que no pueden explicarse más que por un insano prurito de originalidad, cuando no por resultado de cerebrales reblandecimientos? Sobre todo, ¿no se ha de indignar todo amante sincero de la literatura contra esos llamados críticos que, al juzgar alguna de esas producciones desequilibradas, se atreven a graduar a sus autores de insignes literatos, cuando no pasan de bárbaros palabristas? ¡Y que luego esos mismos presuntuosos fiscales del arte se vengan lamentando de que las letras decaen en el aprecio y entusiasmo del público, de que ya no nos conmovemos, como antes nos conmovíamos, a la aparición de una obra literaria...! Lo repetimos: hasta ahora es completamente fantástico e ilusorio ese tan decantado decaimiento.

El alma española continúa sabiendo sentir y apreciar los bellos partos de la inteligencia, cuando en ellos se acierta a desplegar cuadros vivientes de hermosura en que palpitan la realidad y la vida. No mucho tiempo ha que, con ocasión de la

muerte de un gran poeta, echó, como quien dice, el templo de la fama las campanas a vuelo, tañendo a gloria para rendirle merecido homenaje de admiración, editando en su loor gran parte de la prensa números extraordinarios y celebrándose por doquiera en su alabanza veladas magníficas. Y menos hace aún que, al fallecimiento de un insigne literato, gloria indiscutible de las letras españolas, pese a todos los zoilos modernistas, la prensa en general, porque aquí entraron también los rotativos, se desató en un himno ferviente de entusiastas elogios; bien que el "gran muerto", como le llamaría Bossuet, mereciese mucho más todavía, ya que para estas fechas debía de habérsele erigido una estatua. No parece sino que para merecer un monumento hayan de consumir los gran des hombres toda su existencia en la política...

Sí, la literatura, la verdadera literatura sigue ejerciendo positivo encanto en los pocos españoles que la saben leer y saborear. Si no se lee más, no es por falta de amor y simpatía a las encarnaciones estéticas de altos y generosos ideales, sino porque la gente letrada no abunda entre nosotros y porque aquellos, a quienes incumbe, parecen inquietarse muy poco por arrancar al pueblo español de las garras del analfabetismo en que misérrimamente vegeta. Cuando haya entre nosotros la cultura elemental que hay en países como Bélgica o Suiza, entonces habrá también esos brillantes éxitos de librería que hoy en querellas importunas e inoportunas se echan tan de menos. Eso si el modernismo *libertario*, hoy en boga, no

triunfa y prepondera, concluyendo por hastiar al público, harto de verse engañado por libros que se dicen de literatura, y no encierran más que bárbara y chirriante garrulería. Esta es la auténtica espada de Damocles que amenaza con verdadera amenaza de muerte a la literatura.

REVISTA LITERARIA

Novelas ejemplares con notas de Francisco Rodríguez Marín, de la Academia Española.—**Menosprecio de corte y alabanza de aldea,** por Fr. Antonio de Guevara.—**Apologética Cristiana: la Religión y la Historia o ciencia de las Religiones,** por el Dr. D. Diego Tortosa.—**Necrología de D. Benito Pérez Galdós,** por el Excmo. Sr. D. Antonio Maura.

Tengo un buen amigo, doctor en Medicina y persona culta en Ciencias y Letras, que mora en humilde villeja asturiana dedicado... a vivir en esa burguesa quietud pueblerina, que consiste en el disfrute de una mesa abundante, si no regalona; en la diaria partida de tresillo, cuándo en el Casino del lugar, cuándo en casa de alguno de los asiduos jugadores, y en la también diaria habladuría sobre cualquier entretenida bagatela, habladuría que mi buen amigo, el insigne galeno, entrevera de cuentecillos ingeniosos y chispeantes que, diríase, le susurra al oído alguna maga, a juzgar por lo muy *ad rem* que se le vienen a la memoria y a los labios.

Pues bien; este mi venerado galeno, de quien dice un señorón del lugar, muy caballeroso él y también muy buen amigo mío, que no se explica cómo a raiz de la conclusión de su brillante carrera, se fué a encerrar en aquel poblachón, habiendo podido brillar en la mismísima corte, pues—lo

diré con la propia frase *señorial*—"tiene cabeza bastante para discurrir por todo el Concejo"; este mi venerado galeno, digo, tiene la valentía de decir que no le gusta Cervantes. Recuerdo, como si le estuviera aún oyendo, el instante en que me hizo tal confesión. Primero vino el cuentecillo imprescindible de no sé quién—¡oh si me asistiese la memoria certera de mi amigo!—, tenido por muy sabido y aun por muy literato, que, al tiempo de morir, y como si tuviese algún gran remordimiento que desahogar, hizo que se le acercase un su amigo, pariente próximo, a quien le dijo al oído muy en secreto: "Oye, no lo digas a nadie, pero me revienta el Dante..." Y luego, a guisa de moraleja del cuentecillo, vino el disparo a quemarropa: "Me revienta el *Quijote.*"

No respondo mucho de la exactitud de mis palabras, pero lo que me dijo en aquel instante el insigne discípulo de Esculapio, se reducía a eso.

¿Cómo es posible que usted afirme tal cosa, amigo mío?—hube de decirle. Y entonces adujo una razón que al pronto no comprendí del todo, pero que, al leer una vez más a Cervantes, ya anotado por el cultísimo académico Sr. Rodríguez Marín, acabé de comprender perfectamente.—"A Cervantes, me decía el buen doctor, no le entendemos. Emplea un sinnúmero de palabras cuya significación nos es desconocida." Y recuerdo que me citaba cuatro o cinco ejemplos de comistrajos y perendengues. Es claro que mi amigo exageraba, pues aun sin penetrar la exacta significación de muchos vocablos, se deleita y se regala uno ex-

quisitamente leyendo las sabrosas producciones del más peregrino de nuestros ingenios. Pero no dejaba de ser certísimo lo que mi discreto amigo apuntaba: a Cervantes no se le entendía, por lo menos en su integridad.

Y he ahí lo que ya no se puede decir hoy, leyéndole en estas hermosas ediciones de *La Lectura*, que el sencillamente admirable erudito Rodríguez Marín anota y comenta. Nada obscuro deja pasar el insigne académico sin la acerada apostilla esclarecedora. Abruma la benedictina labor de este hombre, que paso a paso va siguiendo la huella intelectual de Cervantes, mostrándonos cómo tal personaje cervantino fué de carne y hueso, y vivió aquí, y casó allá, y fué corregidor o tuvo un ventorrillo acullá; cómo tal palabra tiene ésta o aquella significación y con tal sentido fué empleada en esta comedia de Lope o en aquel pasaje de Quevedo, en tal vieja historia, o en cual vetusto romance.

Y no se piense que las tales apostillas y glosas hagan la lectura pesada y molesta. La de estas novelas ejemplares que yo acabo de saborear, *La Gitanilla, Rinconete y Cortadillo* y *La ilustre Fregona,* me ha sido gustosísima: ni asomos del cansancio con que las había leído anteriormente y que debía ser fruto de la falta de total comprensión. ¡Y que todavía haya quienes desdeñan la crítica erudita y no sepan admirar el difícil bordado de rayos de luz con que los pacientísimos obreros intelectuales que se despestañan por bibliotecas y por archivos van reconstruyendo, hasta en sus más insig-

nificantes pormenores, tantas y tantas bellas cosas pretéritas! ¡Qué de perlas les vienen a todos esos desdeñadores—sobre todo a los conscientes, que a la ennoblecedora admiración prefieren la rastrera envidia—los recios pinchazos irónicos con que de cuando en cuando los zahiere la donosa pluma de Rodríguez Marín!

* * *

Criado en la corte de los reyes católicos, y habiendo recorrido todas o casi todas las europeas, Fr. Antonio de Guevara, que ciñó el cordón franciscano y fué llevado por Carlos V a la sede episcopal de Mondoñedo, quiso derramar en las páginas de este libro toda su sabiduría y experiencia cortesanas, y a fin de que fuese más gustosamente leído por la gente para quien escribía, le pulió y acicaló más que ningún otro de los que había escrito, según el mismo nos dice en su prólogo dirigido al serenísimo rey de Portugal. Viene a ser este libro, que es una verdadera joya clásica, un paralelo admirablemente sostenido entre la vida de la corte y la de la aldea. El autor desata su imaginación exagerando, hasta la hipérbole, las desventajas de la vida cortesana que indudablemente conocía muy a fondo y aún había vivido, según confiesa con arrepentimiento, y ponderando la vida de la aldea que recarga de encantos, sin que afortunadamente decaiga en las dulcedumbres empalagosas de las arcadias a lo Sannazaro.

Hay en nuestro autor algo del espíritu satírico y zumbón del arcipreste de Hita, y en algún pasaje

de su obra vese claramente que debió de haber sido uno de los autores favoritos de Cervantes. Por la riqueza de su léxico y por la factura casi acabada de algunos de sus párrafos, este preclaro hijo de Asturias de Santillana merece figurar entre los buenos escritores precervantinos que más trabajaron por la dignificación y el perfeccionamiento de nuestro idioma. En su decir ampuloso, harto palabrero, traslúcese ya admirablemente la riqueza de flexibilidad y armonía de nuestro habla. No se para en pelillos de erudición, y a menudo cuelga sus propias sentencias a filósofos que no han existido más que en su magín, o constituye a los que han existido en padres de cosas que jamás les han pasado por las mientes.

El bachiller Rhúa, profesor de Humanidades en Soria, hubo de ponerle los puntos sobre las íes, evidenciando algunos de sus muchos yerros y anacronismos, a lo que vino a replicar el desahogado escritor franciscano —y eso que había desempeñado altísimos cargos inquisitoriales— que él para nada paraba mientes en historias profanas y gentiles, pues para él la verdad sólo existía en las Divinas Letras, alardeando de un pirronismo histórico muy parecido al que profesa mi docto amigo y compañero el P. Bruno Ibeas, que tiene con el ingeniosísimo autor franciscano varios otros puntos de contacto, entre ellos el de la rica imaginación que a menudo le avasalla la pluma y se la fuerza a desatarse en frondoso pampanaje retórico por entre cuya espesura gime embargado en su giro el pensamiento.

M. Martínez Burgos, que es quien se ha encargado de hacer y corregir e ilustrar la edición, ostenta en notas y apostillas, aclaratorias de ciertos giros y vocablos, una cultura filológica nada común, que justificadamente le pone entre los filólogos y críticos eruditos que tanto trabajan en nuestros días por fijar y depurar la historia del desenvolvimiento de nuestro idioma.

A muchos y calurosos plácemes es acreedora *La Lectura* por la hermosa serie de libros clásicos que viene editando con tanta y tan acerada erudición.

* * *

No vamos a incurrir en la puerilidad de pretender descubrir al Sr. Tortosa como orador de altos vuelos. Bien conocido es ya como tal en toda España. A partir de sus primeras conferencias científico-religiosas en San Ginés, durante la Cuaresma de 1914, el insigne canónigo de la Catedral de Madrid se hizo popular hasta en la última aldehuela española. Ya, anteriormente, su oración fúnebre de Menéndez Pelayo, que mereció unánimes aplausos periodísticos, y que yo encontré —séame lícito decirlo en obsequio de la imparcialidad— un poquillo endeble e indocumentada, había hecho que su nombre volase sinceramente encomiado de ciudad en ciudad y de aldea en aldea; pero fueron las primeras conferencias de San Ginés las que popularizaron el nombre del Sr. Tortosa, rodeándole de positiva aureola y de sólido prestigio. Su palabra fácil, amena, subs-

tanciosa y bellamente adornada, comenzó desde aquel instante a hacernos barruntar una verdadera gloria del púlpito español, tan necesitado de oradores de verdad, que, lejos de hacer antipáticas nuestras sacrosantas doctrinas, como la muchedumbre de los que se encaraman al púlpito sin más dotes que las de saber provocar a maravilla la laxitud y el bostezo, sepan montar en el oro puro de una fraseología sabia y artística el diamante divino de nuestras máximas cristianas a fin de que luzcan noblemente, ya que no puedan esplender en toda su magnitud y en todo su brillo.

Y lo que entonces fué risueño barrunto de esperanza es ya palpitante y consoladora realidad. Y conste que no tengo en cuenta para nada, al sentar esta afirmación rotunda los *bombásticos* sueltos de los periodistas plumirrotos que, cuando las segundas conferencias de San Ginés, quemaban en loor del ilustre canónigo toda clase de pebetes arábigos, encomiándole hasta la exageración y casi poniéndole por cima de todos los oradores antiguos y modernos. ¡Saben tan poco lo que hacen, lo mismo al ensalzar que al deprimir, esos periodistas plumirrotos! Lo que a mí me impele a ver en el Sr. Tortosa una gloria positiva del púlpito es la lectura paciente y reposada de su segundo curso de conferencias en San Ginés, que regalan por la belleza de su forma literaria, imponen por su lógica incontrastable y hasta causan sentimientos admirativos por la riqueza de erudición histórica y científica que atesoran.

Meterse por el bosque virgen de la historia de

las religiones, talando, de pasada, falsedades y herejías y avanzando siempre por entre superstición e ignorancia, para patentizar que en todas las religiones primitivas late más o menos desfigurada la divina revelación y que en todas ellas se vislumbran más o menos bastardeados dogmás fundamentales de nuestra fe, para ver de inculcar el convencimiento de que sólo nuestra religión cristiana se ostenta adornada con los caracteres de verdadera y de divina, y conseguir todo esto sin originar en oyentes o lectores ni languideces ni desmayos, antes al contrario, teniendo siempre a unos y a otros embelesados y como embebecidos, gracias a la magia de un estilo galano, frecuentemente poético y cautivador, cosas son que se ven harto de tarde en tarde en el púlpito, y que dan a conocer a un orador notable, de honda cultura literaria y científica, y que sabe a menudo ser poeta, como todos los positivos y grandes oradores.

Es claro que hace años se viene escribiendo muchísimo acerca de la mal llamada *ciencia de las religiones* (1), y que, por ende, no hay que buscar en la obra del Sr. Tortosa una originalidad absoluta ni en los temas desenvueltos ni en la muchedumbre de los datos y documentos aducidos.

---

(1) Historia de las Religiones estaría incomparablemente más propio y sonaría mil veces mejor. Así pensó M. Sulau de Lirey, acaso el primero en escribir sobre esos asuntos hoy tan en boga, pues ya en la primera mitad de la pasada centuria apareció su notabilísima obra: *Histoire des Différentes Religions depuis leur origine jusqu'a nos jours.* Pero los modernos religiólogos que ni siquiera le citan, porque acaso le ignoren, todo lo quieren *cientificar.*

Pero ¿quién es el autor que construye siempre con materiales completamente nuevos y extraídos todos ellos de canteras propias? Tortosa ha explotado aquí y allá, pero ha sabido ser tan apañado explotador y tan sabio arquitecto, que bien se puede decir que ha hecho una fábrica suya personalísima, sobre todo desde el punto de vista de la forma. Tan por entero aparecen su espléndida fantasía y su corazón generoso reflejados en aquellos párrafos bruñidos, como mármoles cincelados por algún genio escultórico.

No terminaré está critiquilla humilde, un poquillo cálida y efusiva, como escrita disfrutando aún el saboreo de tantas bellezas de forma y de fondo, sin llamar la atención sobre los visibles progresos del Sr. Tortosa, respecto de la factura de su estilo que apenas si deja nada que escardar y pulir. En estas conferencias ya no es el principiante que hace gala de brinquiños retóricos y de opulencias estílicas por el prurito que a todos nos acomete de jóvenes, de aparecer poetas, sino el escritor maduro que no desdeña las flores de dicción y de pensamiento que se le vienen a la pluma en intensas metáforas, en graciosas imágenes y en bellos epítetos, cuando sabe que han de contribuir poderosamente a engalanar su estilo, a diafanizar sus ideas y hermosear y robustecer sus pensamientos.

¡A qué lejanía se encuentra el Sr. Tortosa del noventa por ciento de los oradores que se atreven a invadir la cátedra del Espíritu Santo, sin más dotes que la osadía y la incultura, razón por la

cual no hacen otra cosa, que o aquilatar la paciencia infinita de sus oyentes, o poner bien de manifiesto el altísimo nivel de su ignorancia! ¡Es tan de todos los días el ver en el púlpito a desmadejadores de composiciones ultrapedestres, que no resistirían ni aun la crítica más benévola! No es que el predicador de la palabra divina haya de ser un adornista del estilo que se desvele por andar a caza de aterciopelados decires y de ritmos arrulladores: la oratoria sagrada no debe inficionarse de retoricismo vacuo y cascabelero, pero sí debe adornarse siempre con frase elegante y sencilla que sea digno y hermoso ropaje de las nobles ideas que siembre a granel entre la muchedumbre.

Prosiga el Sr. Tortosa depurando cada día más su estilo que nunca habrá de degenerar en prosaico, porque es de los pocos actuales oradores sagrados que tienen que amainar su imaginación —¿cómo han de amainarla los que la tienen pobrísima, casi muerta?—y procure ahuchar cada día más conocimientos a fin de que su hermosa palabra brote siempre de sus labios henchida de sabiduría, y esté seguro de que cada día también irá empadronando nuevos y entusiastas admiradores, cuyas alabanzas reflexivas y sinceras han de indemnizarle superabundantemente de maledicencias y de envidias, compañeras inseparables de los ingenios peregrinos y de los grandes talentos.

* * *

Muy bien ha hecho el censor de la Academia Española, D. José Ortega Munilla, conmovido —él

que es un mago de las emociones— por la bellísima oración necrológica de D. Antonio Maura en loor de Pérez Galdós, en proponer que se hiciese de ella una grande y esmerada edición, y muy de perlas obró la Real Academia Española al aceptar, unánime, la proposición de su censor ilustrísimo.

Porque todo se lo merece esa oración substanciosa y robusta que, ya en el primer párrafo, nos engolosina y deleita, y que, en todos los que le siguen, matizados de primores y filigranas de fondo y de forma, que hacen de ella un dechado de fúnebre panegírico, acrece e intensifica nuestro engolosinamiento y nuestra delectación, satisfaciéndonos el nobilísimo apetito espiritual a medida que nos lo azuza y espolea.

Tratándose como se trata de una pieza literaria hecha por D. Antonio Maura, huelga decir que abundan en ella esas frases gráficas y originalísimas, preñadas de sentido, y de las cuales es el insigne Director de la Real Academia Española indiscutible y admirado maestro, y tanto más admirado, cuanto que no son frases de rebusco, sino como brotes espontáneos de íntimas convicciones y de bien meditadas síntesis.

Pero no es esto lo que más me admira —acaso por ser sobradamente conocido de todo español culto— en esta hermosa producción de D. Antonio Maura. Lo que más me admira es la honda y exacta crítica que hace del novelista eximio, reflejando cabalmente la médula constitutiva de su inspiración, haciendo atinadísimas observaciones acerca de su estilo, insinuando muy eufemística-

mente sus principales defectos, y en todo ello manifestando amplísima cultura literaria, española y extranjera, que seguramente ha de desconcertar a muchos de los que se empeñan en no ver en don Antonio más que al gran político y al eminente jurista, y nunca al fervoroso amante de las letras y de las artes.

Dudo mucho que en el breve espacio de una necrología académica hubiera podido trazar ni aun el más fervoroso galdosiano una semblanza espiritual tan acabada del eximio novelista. Por la justeza y la profundidad del pensamiento, por la originalidad y galanía de la frase y por la gentileza y frescura de imágenes y de símiles, esta preciosa semblanza es una corona imperecedera de oro macizo. No estará de queja Galdós. Nadie ha puesto ni pondrá quizá mejor ramo de flores sobre su tumba.

LA NOVELA MAS TRASCENDENTAL DE PABLO BOURGET

I

El Demonio del Mediodía, así se llama la última jugosísima novela de Pablo Bourget (1), ese astro de las letras francesas tan fecundo en destellos geniales sobre todos los campos de la literatura, sobre el de la novela, sobre el de la poesía, sobre el de la crítica, sobre el del teatro. Forma dos gruesos volúmenes. Acabo de concluir su lectura nutritiva, conmovedora y regalada, y pienso, reconcentrada la mente en el recuerdo de las intensas emociones que me ha hecho sentir: ¿no sería una acertada crítica de esta originalísima novela el ensayar como una síntesis de ella que hiciese rastrear su vivísima acción dramática y apuntase de pasada los grandes aciertos del novelista y los escudriñamientos anímicos del psicólogo? Que me ha de ser cosa harto difícil, no lo dudo; pero, salga lo que saliere, manos a la obra.

El demonio del mediodía es la tentación que sorprende al religioso en la soledad de los claustros, intentando ganarle el alma, perturbándosela con el tedio de las cosas de Dios y con el nostál-

(1) Paul Bourget, de l'Academie Française. *Le Demon de Midi*, París, Librairie Plon, 8, Rue Garancière, 6.

gico recuerdo de las cosas del siglo, y representa, en general, la tentación que asalta a casi todos los hombres en el medio de sus días, en la plenitud de sus fuerzas, intentando extraviarlos del camino recto por donde hasta entonces hubieren andado, para despeñarlos por el de la ruina y de la perdición.

Y esa tentación se da en todos los órdenes de la vida, incluso en los de la política, en los de la ciencia, y en los del arte. Napoleón traicionando a España y haciéndole ignominiosamente la guerra, después que los españoles tanto le habían ayudado en sus triunfos, fué una de esas víctimas del demonio meridiano; Lamennais fundando el periódico *L'Avenir* que había de granjearle la condenación de Roma y llevarle a preferir su propio parecer al parecer de la Iglesia, y a declararse francamente rebelde al Pontífice, fué otra víctima del demonio meridiano, y los mismos Víctor Hugo y Lamartine, abandonando el camino de su inspiración poética que los había llevado a las alturas de *Feuilles d'autone y Harmonies,* para darse uno y otro a la política y dilapidar sus talentos poéticos en las apasionadas luchas de los partidos, son también otras dos víctimas del demonio meridiano...

El orgullo suele ser el demonio ese del mediodía, y el orgullo era lo que Dom Bayle, un viejo benedictino, barruntaba que había de perder a Savignan, el candidato a diputado por Auvernia, cuyo caluroso elogio le hacía al benedictino el abate Lartigue, que se mostraba tan entusiasta y amador

de su antiguo compañero de estudios, como de la vieja arquitectura, en cuya apreciación parecía consumado maestro. La hermosa sugestión a la humildad que vivifica aquel *ama nesciri et pro nihilo reputari* del *Kempis*, no alentaba en el alma de Luis Savignan.

Este Luis Savignan, de quien Lartigue se constituía en panegirista, había tenido unos amores, los primeros amores. Cuando él y su amada se habían mutuamente prometido, hizo ella un viaje a París, y allí contrajo otras relaciones, y cuando el pobre Luis ya se disponía a ir en busca de ella, porque no podía sufrir el no saber el paradero de aquella mujer, hermosa, fina, delgada, de manos y pies de niño, llena de gracia y encanto, leyó en un diario el próximo enlace de su amada hurí con otro personaje. El dinero la había ganado. Hasta enfermo se puso Savignan, teniendo su gran amigo el abate Lartigue que asistirle una noche. Moríase de desconsuelo. Su amor era ardiente, sincerísimo. ¡Y verlo pisoteado de aquel modo! ¡Qué humillación! La herida de su alma era incurable.

Sin embargo, mejoró y aun se casó, andando el tiempo. Claro que su mujer, aunque fidelísima y honrada, no tenía las dotes seductivas de la otra.

Savignan era, pues, un hombre experimentado en los combates de la vida. El demonio meridiano, según su panegirista el buen abate, ya no podrá conseguir sobre él ningún triunfo. Era aquel hombre oro puro ya probado y acendrado en el crisol. ¿Quién mejor que él para ser el diputado católico por la comarca?

Ya había quedado viudo y tenía un hijo, Jaime, que era para su padre como un testigo y como un juez. Verdad que Jaime estaba ya un tantico inficionado de modernismo. Se lo había infiltrado su antiguo profesor el abate Fauchon, el más célebre de todos los sacerdotes modernistas, y ya, por sus rebeldías, excomulgado. Pero Jaime, una vez excomulgado su maestro, había roto sus relaciones con él. Además Lartigue sabía que Savignan no siempre se entendía con su hijo por la cabeza, por más que siempre se entendiese con él por el corazón.

Luis Savignan, insigne historiador que había cantado las grandes acciones del clero de Francia, era entusiasta sincero de los jesuítas, llegando a considerar la supresión de la Compañía en 1762 "la plus grande faute de la monarchie", en tanto que su hijo sentía todo lo contrario: reprochaba a los jesuítas muchas cosas y entre otras el que los ejércitos de San Ignacio tienden "a automatizar el alma, a quitarle toda su espontaneidad".

Como todos los tocados de modernismo, era el hijo de Savignan fervoroso y austero. Jamás emprendía un viaje, por pequeño que fuese, sin prepararse para él por medio de la Comunión. Le faltaba la total sumisión interior a la Iglesia. Quedaba en él un resto de veneración hacia el abate Fauchon, el sacerdote modernista, muy sabio, muy austero, pero muy peligroso. El ambiente insano de las ideas modernistas que había respirado seguía actuando en él más de lo que se imaginaba. Había en él algo de exaltación mística. Pugnaba

por abrazar con efusión la fe tradicional, tal cual su padre la defendía, más con los libros que con las prácticas religiosas. Porque se ha de saber que el fervor religioso de Luis Savignan era más bien doctrinal que práctico. No es que dejase de cumplir con lo estricto de los mandamientos de Dios y de la Iglesia; pero estaba muy lejos de frecuentar los sacramentos como los frecuentaba su hijo. Lo que tenía el fervor religioso de Jaime de demasiado febril y exaltado, pecando por ello de insano, lo tenía de intelectual y teórico el catolicismo del padre. ¡Qué diferencia de su fervor al fervor de su hijo!

¡Y cómo entristecía su semblante el buen benedictino al oir a Lartigue las relaciones de Jaime con Fauchon, alma de la magna herejía modernista! Diríase que no sólo sufría moral, sino también físicamente, al meditar en aquella aberración de nuestra edad. No parecía aprobar las blanduras que se habían tenido con el modernista abate, antes de condenarle sus doctrinas. El hubiese querido que la condenación hubiera sido más dura y más pronta; pues quizá las cosas no hubiesen llegado adonde llegaron. "Pero no juzguemos a nuestros jefes", añadía.

Luis Savignan sentía una repugnancia casi irresistible a presentarse al gran cacique del distrito, M. Calvières, a quien le enviaban el buen benedictino y el abate Lartigue. Nada extraño: M. Calvières había apoyado hasta entonces a senadores y diputados que habían votado las leyes de persecución religiosa, y además era el opulento *par-*

venu que le había robado su primer amor, la joven aquella delgada y hermosa, de pies y manos de niño. No obstante, se decide a visitar, en compañía de su hijo, el tercer distrito de Clermont. Es su tierra, la tierra de su niñez y de sus primeros amores.

Como en los palimpsestos, por medio de reactivos químicos, se logra leer la primitiva escritura, sobre la cual se había estampado otra, así al reactivo de los recuerdos, van renovándose en el corazón de Savignan las tiernas emociones de un día. Ya está al lado de Calvières, el que, si un día le arrebató el ídolo de su primer amor, ahora le va a sacar diputado. Calvières le cuenta que ya por su esposa sabe de sus talentos y bondades, y hasta le mienta alguno de sus rasgos heroicos, como el de haber salvado a un niño en un incendio, con riesgo inminente de la propia vida... Y las letras, los viejos caracteres, van apareciendo más y más vivos en el palimpsesto.

Savignan es tradicionalista y Calvières radical; pero no importa: Savignan será el diputado por aquel distrito, o como diría Campoamor, por aquel hombre. ¿Que aun persistía la repugnancia a ponerse a las órdenes de un cacique acostumbrado a mandar a senadores y a diputados? Genoveva lo podía todo...

Calvières encuentra al diputado que le recomendaba el abate Lartigue muy de su gusto, juzgando por un pequeño esbozo de su programa. Es católico y no quiere que se cierren las iglesias ni las escuelas católicas. Muy obvio: tampoco el indus-

trial quiere que le inutilicen sus industrias ni que se le roben sus rentas, y ambos son lo suficientemente militaristas para no querer que los alemanes se echen encima y les arrebaten sus campiñas, sus colonias, sus dineros...

Calvières, el elector máximo que quería tener diputados y senadores a sus órdenes, era un charlatán sempiterno que se nutría demasiado y fumaba mucho, y comenzaba a padecer de reumatismo engendrado por la supernutrición que le ensuciaba de ácido úrico las articulaciones. No se distinguía cosa por su educación: como que se había formado en la indigencia obrera, desde donde se había remontado a las alturas áureas en que se encontraba. Dormía cuando quería, lo que quería y donde quería. Constituye uno de los retratos mejor hechos de Pablo Bourget.

"La primera debilidad" de Savignan es el aguantar la charla sempiterna de su gran elector aceptando el ir a Soleac, el viejo Castillo de la familia de Genoveva, su antigua prometida. El ricacho lo había adquirido y había introducido en él costosísimas reformas. Allí estaba la que había sido su amor primero y a visitar aquella señorial morada se había comprometido Savignan, desoyendo íntimos y justificadísimos reproches. ¡Abandonarle a él para desposarse con aquel Calvières vulgar y groserote!

¿Volvería a surgir rutilante y perfectamente legible la vieja escritura del palimpsesto, esto es, volverían a renacer en él los sentimientos y las emociones de la época de sus amoríos con aque-

lla mujer? Pensaba que no. Para él aquella infame estaba muerta. ¿Sus encantos? Quizá los había perdido todos a fuerza de convivir con aquel hombre. La convivencia acaso había hecho de ella un ser parecido a su esposo. Podía estar tranquilo. Aquella mujer estaba para él doblemente muerta.

Y Savignan se atrevió a ser huésped de la morada en que vivía su antiguo amor. El demócrata tenía muy enlibreados a todos sus domésticos. La democracia del castellano acomodábase muy de buen grado a los ritos impuestos por las vetustas piedras del castillo de Soleac.

La perspicaz pupila de Bourget para husmear en lo más íntimo y recóndito del espíritu comienza a ostentarse en su pleno vigor. ¡De cuán sutil manera va haciendo aparecer en el palimpsesto del alma del pobre Savignan los caracteres borrados ya hacía tiempo!

La seguridad que este quiere tener de sí mismo para no tornar a caer en el amor de aquella mujer que le había vendido, siquiera —por confesión de él mismo, al admirar la magnificencia con que se había hecho la restauración del castillo de los Soleac— hubiese sido en muy crecido valor; el primer encuentro después de tantos años; el efecto mágico que produce en sus sentidos la voz de ella, aquel timbre dulce y argentino de que tantas veces se había embriagado y que tan bien conocía en todos sus registros y en todas sus notas; los primeros saetazos con que él pretende herirla, saetazos que, si imperceptibles para los demás, tienen que caer agudos sobre el corazón in-

fame y traidor; la reacción que en él se va obrando al encanto de aquella mujer, muy superior al industrial opulento con quien se había casado, y de quien vive ya divorciada en espíritu; la recíproca sequedad de los primeros choques; el diálogo que ya comienzan a tener con sus ojos, como pidiéndose mutuamente perdón de la pasada dureza; lo hondamente que a él se le entra ella por el espíritu, ella en cuyo rostro, si ya no se conservaba el fresco matiz sedoso de las rosas primaverales, se ostentaba en sus tonos mates de los cuarenta años la hermosura encantadora, digna aún de ser deseada y adorada, a pesar de que ya la acechase la vejez, el implacable verdugo de toda hermosura y de toda felicidad, todo esto ¡qué admirablemente lo hace ver y aun sentir el lápiz inspirado del gran psicólogo!

Fué una tragedia de sentimiento la que comenzó a desarrollarse en aquel encuentro y en aquellas menudencias tan cuotidianas y tan vulgares de la convivencia de breves días. Ya el primero, la ironía de las cosas había hecho que él tuviese que darle a ella el brazo para acompañarla al comedor, y, sentándose a su derecha, comer, hablar y reir, como si en aquellos instantes no se estuviese desenvolviendo todo un drama en su corazón, al sentir tan cerca de sí a la pérfida que le había vendido. Esforzábase en conversar con aires de indiferencia, como si estuviese ajeno a toda emoción, cuando precisamente comenzaba a arder en él la fiebre amorosa de otro tiempo, cuando comenzaba a ser un juguete del demonio meri-

diano. Sentía como llamaradas de odio, que provocaban en él un deseo inmenso de herirla, de humillarla, sin comprender que todo aquello no era más que pasión amorosa.

Una indisposición de ella, causada por su nerviosidad, vino a ser para él la caída plena en la tentación. La había herido: ella sentía también, ella le amaba. El poema del palimpsesto reaparecía dulce, halagador, seductivo. Y para sus adentros Savignan comenzó ya a disculpar a la infiel. Ella no había sido traidora. Su defección se explicaba perfectamente: sus padres, que habían sido opulentos y ya no vivían sino de deudas, habían enajenado a su hija. Ella le seguía amando, no había sido traidora.

El adulterio, espiritual, por lo menos, estaba ya cometido.

¡Qué noche la que luego hubo de pasar Savignan! Ni un instante pudo conciliar el sueño. Estaba bajo el mismo techo de la mujer amada en quien había cifrado todos sus ensueños de felicidad. Tampoco ella dormía: lo tenía él por seguro.

El demonio del mediodía había ganado la conciencia de aquel hombre que, de rodillas y todo, acababa de decir: *et ne nos inducas intentationem...*

Y al día siguiente la caída. Era naturalísimo. Calvières tenía que ir a una de sus fábricas por un motivo urgente, y mientras tanto Genoveva y Savignan podrían hacer una excursión y ver el Sanatorio que ella había fundado y confiado a unas monjas. Así lo hicieron y además del Sanatorio, visitaron el Lago Pavin, y durante la excursión

hubo explicaciones mútuas que demostraron el recíproco amor en que, a pesar de todo, siempre habían vivido. Ella estuvo explícita: se había sacrificado por los suyos, acostumbrados a vivir a lo grande y ya llenos de deudas. Ella se había mantenido siempre digna; le había seguido a él en todos sus pasos; había leído y releído sus obras, en que aparecía demostrado que Francia tenía que ser católica porque su grandeza histórica era hija de la Iglesia. Las alzas de la gloria francesa habían significado siempre alzas del amor de Francia al catolicismo, y al contrario, el resfriamiento de aquellos amores había ido siempre acompañado de descalabros franceses. Ella amaba las ideas de Savignan, pero no era católica; ni siquiera creía en Dios. ¿Por qué? Porque en el mundo existía el mal, y Dios no podía ser el creador de un mundo adonde se viniese a sufrir. Ignoraba que sobre el dolor estaba fundada precisamente la Iglesia, y que el cristianismo no había venido a este mundo más que a dar un sentido al dolor, como antes que Savignan había dicho Thiers.

Sí, la caída era naturalísima: en aquel diálogo sincero y sentido, a orillas del Lago Pavin, que se extendía como una sábana de hielo, y rodeados de una naturaleza silenciosa y cubierta de nieve, las efusiones amorosas llegaron a extremos apasionados, que se explicaban perfectamente, como se explicaba el cambio radical en la manera de ser de ella, que poco antes juzgaba la vida menguada e indigna de vivirse, y que entonces la encontra-

ba sonriente, puesto que ofrecía horas como aquélla, que ambos, uno y otra, habían esperado veinte años...

En él reñíanse íntimas luchas terribles: el honor de la familia, el sentimiento de la lealtad, la hermosura del cumplimiento del deber le estimulaban a no ir más allá de aquellas efusiones, de aquellos estrechamientos de manos, de aquellos apasionados ósculos, a no dejarse vencer del todo por el demonio meridiano que tanto temía el buen benedictino. ¿Rompería su amor apasionado por aquellas protestas calladas e increpadoras? No cabía dudarlo: tras los apasionados ósculos tenía que venir todo lo demás. Habría instantes en que se impondrían los remordimientos, las generosas protestas de su buen sentido y de sus ideas católicas; pero el demonio meridiano triunfaría. Se valdría para ello hasta de escenas como aquella en que madama Calvières, sabiendo que quería escaparse del castillo muy de madrugada sin verla siquiera a ella, se decidió a llevarle ella en persona aquella cartita fatal, a la una de la noche, y en traje vaporoso y tentador.

Aun quiso resistir, pero al verla que, después de haberle entregado la carta, se retiraba a sus habitaciones, la detuvo..., y comenzó a vivir aquella doble vida de que habla el autor: la de enredo amoroso con aquella mujer que por él estaba dispuesta a todo, y la del católico persuadido de la verdad divina de sus creencias. Es admirable la maestría con que el autor bucea, psicologizando atinada y certeramente por el espíritu de aquel

hombre, desdoblando ante la fantasía del que lee los íntimos y conmovedores dramas de que el pobre Savignan era protagonista.

He dicho que Savignan tenía un hijo, tocado de modernismo, y este hijo es el protagonista de otro drama que se desarrolla a la par que el del padre, pero que es quizá más conmovedor y más intenso. Para asistir a él no hay más remedio que esbozar la figura del abate Fauchon, el célebre modernista que tanto se asemejaba a Lamennais, poseyendo, al mismo tiempo que su soberbia satánica, el secreto de ejercer una verdadera seducción sobre sus discípulos, que sentían por él un afecto apasionado. ¡Qué solapadamente los sabe seducir de antemano, anunciándoles que para cuando la Iglesia Romana le excomulgue, como a Loysi, *nominatim ac personaliter*, ya no se atreverán a llamarse sus discípulos, y acaso lleguen a negarle el saludo, rompiendo con él toda clase de relaciones, aun los más adictos, todo ello para demostrarles que la "Iglesia Romana no tiene corazón".

Por tratarse del modernismo en la novela y con un espíritu plenamente opuesto al de *Il Santo de Fogazaro*, voy a esbozarlo en sus líneas particulares, pues en las generales, poco o nada se distingue el modernismo de Fauchon del estigmatizado por el Papa Pío X en la célebre Encíclica *Pascendi*.

Fauchon había comenzado por rebelarse contra la prohibición que se le había hecho de colaborar en publicaciones modernistas, y se atrevía a defender la necesidad de modificar la discipli-

na de la Iglesia, queriendo que se casase el clero, haciendo hincapié en lo del *unius uxoris* de la Epístola de San Pablo a Tito, y en que San León Magno exigía que fuesen escogidos, para ser ordenados sacerdotes, hombres casados *cum única et vírgine*...

Se le había prohibido esa doctrina en su arzobispado y él había acudido a Roma en apelación, y Roma le había respondido por medio del arzobispo con una carta que le hacía muy poca gracia y que le acababa de convencer de que Jesucristo no estaba con Roma, pues Roma tenía miedo de la verdad y la palabra de Jesucristo era la verdad misma, atreviéndose a exclamar, delante de uno de los seducidos discípulos, del hijo de Savignan: "¡Ah, hijo mío, Pascal tiene razón: Jesús estará agonizando hasta el fin del mundo. Su Pasión dura aún. Continuamente está siendo vendido por Judas y siempre con un beso. ¿Judas? ¿Sabéis dónde está Judas hoy? En Roma. ¿Sabéis el verdadero nombre del Vaticano? *Hakeldama*, el campo de sangre." Y *Hakeldama* se iba a titular el libro cuyas últimas pruebas estaba ya corrigiendo, y que aparecería aquella misma semana... Y volvía a recalcar que cuando fuese declarado vitando, ya ni sus más afectos discípulos le saludarían.

Así se permitía juzgar al Papa aquel sacerdote, según el hijo de Savignan, de una absoluta buena fe y de un celo verdaderamente apostólico: como que lanzaba a la publicidad un libro escrito contra Roma en horas de exacerbamiento, de cólera y de pasión..., y se había atrevido a fundar una

nueva Iglesia que tituló *La Catacumba*, en la cual se pretendía practicar la misma disciplina de la primitiva Iglesia, creyendo que Jesucristo no había instituído más que cuatro sacramentos: Bautismo, Penitencia, Eucaristía y Matrimonio, y defendiendo que el cristianismo era una vida, y que no se mostraba sino que se sentía; lo que él expresaba con aquella su frase peculiar: "Il ne s'prouve pas, il s'éprouve." Y naturalmente, siendo una vida, tenía que evolucionar, y, por consiguiente, entraba en las creencias de la flamante Catacumba el evolucionismo, la evolución de la vida hacia la salvación universal, que implicaba la negación del infierno... ¡Que no fuera verdad tanta belleza!

¿Qué doctrinas se sustentaban en el famoso *Hakeldama*? Esta obra era como un resumen de toda la doctrina modernista, hecho con calor de herexiarca, de apóstata rabioso y desesperado. Comenzaba poniendo a Pío X enfrente de León XIII, tendiendo a procurar que el uno quedase como destruído por el otro; hablaba de *el primer pecado contra el espíritu*, vinculándolo en la demostración de la existencia de Dios por la razón, y haciendo, por lo tanto, la apología del agnosticismo; defendía el inmanentismo, esforzándose en patentizar que debíamos respetar a Dios en lo inconsciente; propugnaba la invasión de la hipercrítica en la exégesis, exigiendo una revisión de los Libros Santos por una comisión compuesta de las diferentes comuniones cristianas; pedía una reforma radical de la disciplina que llegase a la uni-

ficación de ritos, con empleo, en cada país, de la lengua nacional, y a la eleción de los sacerdotes por los fieles, de quienes no eran más que simples delegados, pues cada fiel es un miembro viviente del Sacerdote eterno, Cristo Nuestro Señor. Se había atrevido a titular uno de los capítulos *La Mentira blanca*, haciendo una caricatura del Sumo Pontífice y ponderando sus imaginarias usurpaciones y sus decantadas tiranías. De las páginas de aquel libro rezumaba la satisfacción de la soberbia de aquel hombre que se engreía de tener enfrente de sí a Roma con todos sus Padres y con todos sus Concilios.

Afortunadamente daba la clave para juzgar de todo con el famoso capítulo sobre el casamiento de los sacerdotes, por lo cual decía muy bien *Dom* Bayle: "los libros de los sofistas son como la lanza de la fábula, que curaba las heridas que hacía." Aquel capítulo donde, al rudo decir del insigne benedictino, "se sentía el relincho de la lujuria", era el embate de catapulta con que el propio Fauchon, sin darse cuenta de ello, derrumbaba toda su elocuencia y todos sus capciosos argumentos.

En aquel libro quizá se percibía, de cuando en cuando, el agudo acento doloroso de una buena fe extraviada; quizá su autor, como el ex-jesuíta Tyrrel, aparecía sincero simulando creer lo que decía; pero lo que pudiera tener de simpático aquel acento sincero, quedaba ahogado por el satánico orgullo que hinchaba todas las páginas, por la soberbia de absoluta dominación intelectual y por el olímpico y anárquico desprecio de todo lo que

significase autoridad, por muy venerable que fuese y por muy exaltada que estuviese por el genio y por la santidad.

A pesar de todo, el pobre Jaime seguía creyendo en la santidad de su antiguo maestro, y eso que había algo en el trajín de Fauchon que le hería a él en lo íntimo del alma. Jaime amaba a una joven, Teresa Andrault, procedente de una familia que pertenecía a la Catacumba y que era de las más decididas protectoras de Fauchon. Creyéndose por aquella soñada mujer de sus amores correspondido, había conseguido que su padre fuese a verse con los de ella y pedirles la mano de la joven, los cuales accedieron de muy buen grado, si bien a condición de contar con ella, quien se entristeció al saber la proposición, contestando que ya no podía ser, pues habíase prometido secretamente a otro, cuyo nombre se negaba a decir, hasta que de algún modo lo viniese a hacer público el cielo.

¿Sería el abate Fauchon el pérfido seductor a quien la infeliz Teresa, la amiga de la infancia de Jaime Savignan, se había prometido en casamiento, sin contar con sus padres para nada? ¿Sería el infame modernista el que robaba al pobre Jaime aquella niña de quien se sentía enamorado y con quien soñaba casarse y ser feliz?

Jaime, persuadióse de ello, leyendo uno de los capítulos de *Hakeldama* el titulado *Le mariage sacerdotal*. Allí Fauchon hacía una defensa del casamiento de los sacerdotes con unas palabras que llameaban de puro ardorosas. Aquella lectura que-

maba. Latía en ella una elocuencia que rugía salvajemente combatiendo el celibato eclesiástico. No había argumentos nuevos: el abate Fauchon no hacía más que desenterrar los antiguos, ya triturados hasta la saciedad por los apologistas de la Iglesia, pero los presentaba desde nuevos puntos de vista especiosos que deslumbraban y llegaban a conmoverle en su fe católica que aun profesaba, quizá ya, más que por convicción personal, por respeto a su padre, el insigne cantor de las glorias del clero francés.

Por si aun pudiera quedarle alguna duda, respecto de su malhadado idilio amoroso, ocurrió una escena que se la disipó totalmente. El infeliz suplicó a su padre que le llevase un día a oir la misa de la Catacumba. Domingo, el hermano de Teresa Andrault, les proporcionaba la entrada a una tribunilla desde donde, sin ser vistos, lo podían ver todo. Y allá se fueron los tres, y Jaime, abrigando la esperanza de que en tal misa quedaría convencido su padre de la bondad del abate Fauchon, de quien ya el hermano de Teresa se había desligado, persuadido de su perfidia y de su maldad. ¡Cuán dejos estaba nuestro joven de imaginarse que en aquella misa, a la cual se asistía por insistencia suya, había de ver a Teresa sentarse al armonio y tocar un andante de Beethoven, que él la había oído tocar muchas veces, y que no era más que un canto apasionado de amor donde ella ponía toda su alma! Jaime no la había visto nunca tocar tan absorta y arrebatada. El infeliz estaba como en un sueño, clavados los ojos en la exta-

siada organista, en tanto su corazón se desgarraba en trágicos latidos: ¡había perdido a aquella mujer para siempre!

Y si le tendría como hipnotizado la sugestión de su maestro, que el infeliz aún seguía creyendo en sus rectísimas intenciones! Estaba viendo que había sido la pasión amorosa desposada con el orgullo lo que había empujado a aquel hombre a la consumación de su herética rebeldía, apartándole de la ortodoxia católica, y ¡aun seguía defendiendo su rectitud de intenciones y creyendo que su existencia era un apostolado!

Pero digamos algo de la misa modernista: es de lo más nuevo y llamativo que hay en la novela.

La misa aquella celebrábase en la Catacumba, antiguo santuario benedictino, convertido ahora en ciudadela de la rebelión, y celebrábase clandestinadamente, pretendiéndose con la clandestinidad dar a aquella misa sacrílega la poesía de las primeras reuniones de los cristianos en las Catacumbas, donde se congregaban para orar y celebrar sus místicos agapes. Como las antiguas, aparecía ésta adornada con pinturas simbólicas: la palma, la paloma, el pez, el buen pastor llevando a hombros la ovejuela extraviada, el navío azotado por la tempestad..., todo lo cual contribuía a intensificar la emoción de lo fantástico en el alma.

Antes de comenzar la misa se había sentado Teresa y había tocado aquella música ardiente, que había hecho exclamar al padre de Jaime: "música de Beethoven en una misa del siglo segundo. ¡Qué aberración!" Y apareció el sacerdote here-

xiarca vestido con ornamentos copiados de frescos antiguos y como complaciéndose en sus gestos de actor teatral. Le acompañaba otro sacerdote también apóstata.

La misa comenzó, en francés, naturalmente, y con una letanía con que se pretendía imitar la que rezaban los primitivos cristianos en las Catacumbas. ¡Qué letanía más enfervorizadora!

El celebrante herexiarca leía blasfemias y más blasfemias, herejías y más herejías en que se llamaba a Roma "la verdadera heredera del Iscariote". Y luego vino una retahila de preces que los fieles contestaban diciendo: "Oídnos, Señor", "Tened piedad de nosotros, Señor."

Véase la originalidad de algunas de aquellas preces: "Os pedimos, Señor, en nombre y en memoria del grande Orígenes, insigne víctima de los buscadores de herejías, quienes después de haber descoronado a un genio tan hermoso, han podido gloriarse de que ninguna gloria cristiana sobreviviría a sus calumnias; en nombre de todos los creyentes condenados por los primeros Concilios, a quienes obispos intrigantes y envidiosos atribuían herejías imaginarias, como aquel piadoso y ferviente Nestorio, entregado por espacio de siglos a la execración de los católicos, cuando él, lo sabemos hoy perfectamente, jamás había enseñado sino una doctrina ortodoxa, la misma de aquella meditación juanina sobre vuestra persona sagrada, que ellos en su ignorancia, o en su mala fe, llaman vuestro cuarto Evangelio, Señor."

"Os rogamos aún, Señor, en nombre y memo-

ria de las innumerables víctimas de la ambición pontifical, en nombre de los emperadores, de los reyes, de los ministros, a quienes el Papa ha hecho la guerra para agrandar sus terrestres dominios, ese reino del mundo que Vos habéis rechazado, porque no sois de este mundo...; en nombre y memoria de todas las víctimas de la Inquisición medioeval, de todos los reformadorres acusados y luego entregados al brazo secular, a quienes la odiosa Iglesia precipitó, muy a pesar de ellos en el cisma; en nombre de aquéllos de quienes ella ha hecho sospechosos eternos, como un Erasmo; o a quienes ha cargado de cadenas, como al cardenal Morone; o a quienes ha quemado, como a Savonarola."

"...Nosotros os rogamos, Señor, en nombre y en memoria de otras víctimas de la dureza romana; de Molinos, ignominiosamente difamado para exaltar a San Ignacio, de Fenelón, sacrificado a las exigencias de Luis XIV y de una mujer; en nombre de Lamennais, que fué al Papa y a los Cardenales con la sencillez de un niño, y volvió con el corazón despedazado por aquellos hombres que parecían, ha dicho un testigo, haber recibido la misión infernal de empujarle a los abismos...; en nombre de Doellinger y de otras víctimas del orgullo vaticanista; en nombre de Tyrrel, tan puro, tan valeroso, de Tyrrel, que, absuelto por un sacerdote, no obtuvo la sepultura eclesiástica que la Iglesia concede sin titubear a los ricos y a los poderosos, cuya existencia no fué más que una

predicación viviente de la lujuria y de la vanidad"...

¿Cómo el perspicaz historiador podría continuar oyendo aquellas herejías y aquellas falsedades? ¿Cómo no había de salir de la tribuna secreta en que estaba, llevándose a su hijo y al hermano de Teresa, quien les había facilitado la entrada en aquel lugar? Él, que sabía muy bien que la Iglesia no ha despojado, ni mucho menos, a Orígenes de su aureola de genio, sino que ha condenado sencillamente sus errores, como el de la preexistencia de las almas y el de la final redención universal; él, que sabía que Nestorio echaba por tierra el dogma de la encarnación del Hijo de Dios, defendiendo que Jesucristo era un puro hombre en quien el Verbo existía como en un templo; él, que sabía que si el Cadernal Morone había sido encarcelado, como sospechoso de protestantismo, por Paulo IV, también luego que se había patentizado su inocencia, había sido honrado por el mismo Papa, que le envió como representante suyo al Concilio de Trento; él, que sabía que cuanto se decía en aquellas preces todo era pérfidamente calumnioso, ¿cómo podría permanecer allí por más tiempo?

Lo raro, lo rarísimo es que el bueno de Jaime aún siguiese creyendo en la buena intención de aquel malvado que de tan caprichosa manera interpretaba la historia, sin tener en cuenta aquella frase de Bossuet: "El espíritu particular es la espada de la división que los herejes han empuñado para separarse de la Iglesia."

Ya Teresa se había descolgado por el balcón del aposen[illegible] que la había encerrado su padre, hasta que se [illegible]cidiese a romper sus relaciones amorosas con el abate Fauchon, no dejando ni un papel, ni un indicio, "nada, nada, nada", como decía su hermano Domingo, lo cual era el natural epílogo a la rebeldía del infeliz abate, pues son así las rebeldías sacerdotales a sus legítimos jefes: en el fondo de ellas hay casi siempre una comedia, cuyo desenlace es el matrimonio, por no decir el ayuntamiento, y Jaime aún seguía creyendo en el autor de *Hakeldama*. La infamia de haber seducido a una joven y de haberla arrebatado a sus padres del modo que decía Domingo, el abate no la había perpetrado. Imposible, imposible. En él podía haber un iluso, pero un malvado, no.

Pero volvamos a Savignan. Todos sus esfuerzos parecían encaminarse a librar a su hijo de caer en la novísima herejía, tan a tiempo descubierta por el bondadoso y sagacísimo Pío X, y poco a poco iba él mismo cayendo en ella, persuadiéndose de que su hasta entonces brillante y gloriosa labor en defensa de la Iglesia y del clero no era más que una pura ideología. ¡Hasta dónde le llevaban las redes amorosas en que se había enredado con Genoveva de Soleac! Se maravillaba de que tan fácilmente él, dado a los estudios apologéticos e históricos, hubiese caído en el pecado. Creía él que las ideas tendrían la fuerza de preservarle del mal, y como no había sucedido así, llegaba el infeliz a considerarlas inútiles y aun a creer que hasta entonces había perdido el tiempo míseramente, pues

era entonces, después de haberse unido en unión ilícita con la esposa de Calvières, cuando empezaba a vivir. Quería que todo lo hubiese hecho en él la gracia, no sabiendo apreciar la hermosa máxima de San Agustín: *nec gratia Dei sola, nec ipse solus, sed gratia Dei cum illo.* Los besos de aquella mujer, el amor de aquella mujer, las dichas que le brindaba aquella mujer, eran una positiva realidad, eran la vida. Las ideas, las sanas y generosas ideas por que había lidiado hasta entonces, no eran más que una vaporosa fabricación mental.

¿Habría ya en él ni un átomo de fe? Por lo menos estaba ya muy lejos de moverse a escribir los artículos que *Dom* Bayle le había suplicado para refutar *Hakeldama*. Y en vez de la refutación pedida, alquilaba un hermoso y elegante piso donde él y la adúltera pudiesen celebrar sus citas. ¡Pobre Savignan! ¡Dónde estaban ya sus fervores hacia el Papa que había surgido en la hora oportuna para cerrar el paso al modernismo con su autoridad perspícua e inexorable!

Insistía en explicarse su caída tan pronta, cómo su fe y su doctrina no le habían servido para nada. Si hubiese sido incrédulo como lo era Genoveva, la adúltera amante, no hubiese caído con más rapidez. ¿Qué valían sus doctrinas? ¿Qué valían sus creencias? El infeliz no pensaba en que sus creencias ya no eran vivificadas con la savia de los sacramentos, con la práctica de la virtud. ¿Qué práctico fervor religioso había en él, hacía ya mucho tiempo?

Y, de abismo en abismo, juzgaba que las doctri-

nas que no habían podido salvar al individuo, tampoco podrían salvar a la sociedad. Toda su vida anterior consagrada a la defensa de las ideas católicas le parecía un desierto, un frío y vasto desierto, en el cual no había encontrado ni una flor, en tanto que la nueva vida que acababa de comenzar se le antojaba un paraíso de puros deleites sin los cuales ya le sería imposible vivir. Su anestesia moral parecía completa. Y como los que han probado la morfina ya no pueden desprenderse de ella, él ya no podía desprenderse de los saboreos adúlteros de aquel amor.

Camino de sus desvaríos adelante, iba un día Savignan al encuentro de su amada, en el punto de cita ya designado, cuando acertó a divisar la silueta de *Notre Dame*, elevándose con sus magníficas torres al cielo, y haciendo germinar en su fantasía imágenes conmovedoras. "El edificio entero en su severa unidad parecía un arrebato de todas sus piedras levantadas por un común pensamiento de piedad y de súplica. Así todas las almas, en la cristiandad, no constituyen más que una masa, ligada espiritualmente, como las piedras de la catedral lo están materialmente, y todas exaltadas hacia el cielo. Al ir adonde iba, Savignan se ponía fuera del concierto aquel. Era la piedra desprendida de las otras que ya no tiene su puesto en el místico edificio." Pero no retrocedió en su ruta. Lo que hizo fué apresurar el paso para substraerse a aquellas imágenes entristecedoras y estrecharse pronto con su amada.

Aquel apresuramiento, aquella fuga significaban

que el católico aún no había sido suprimido totalmente en semejante hombre. De cuando en cuando aún surgía de entre las brumas de su conciencia extraviada la voz terrible del remordimiento. Se le veía íntimamente torturado. Las mismas efusiones amorosas y apasionadas a que se entregaba en la soledad de su piso, alquilado para ofender a Dios, no eran sino esfuerzos para ahogar aquella voz crucificadora que a veces oía. Genoveva penetraba con su pupila escudriñadora en el corazón de su amante y era espectadora del drama angustiador. Pero no se atrevía a combatir de palabra sus remordimientos, a decirle que Dios, Jesucristo, la Iglesia, la otra vida, no eran más que mentiras más o menos preciosas; bien que con los hechos se lo dijese mostrándose totalmente ajena a semejantes ideas y viviendo en un ambiente de negación moral absoluta, como patentizándole que se podía amar y ser feliz "sin Dios, fuera de Dios, en contra de Dios". ¡Oh, si él la siguiera hasta aquel embelesante nihilismo moral en que ella vivía y gozaba!

II

Ya no estaba muy lejos de allí el desgraciado: como que llegó el día en que el apóstata abate había de dar una conferencia sobre el Hakeldama en *La Escuela libre de las Ciencias religiosas*, centro donde se congregaban una porción de judíos, protestantes y católicos rebeldes de los que pretendían lo que se llamó con frase ultramodernista *La re-*

visión del affaire del Gólgota, y allá fué Savignan con su hijo. La sesión fué inaugurada por el jesuíta P. Malaret que ponderó "las admirables virtudes cristianas y sacerdotales del abate Fauchon, quien no había cesado de pertenecer a la Iglesia, a la verdadera Iglesia, y de ser el ministro del Sacerdote Eterno, que es Nuestro Señor Jesucristo", pues no dependía de la "burocracia romana" el borrar aquel carácter sagrado. "El —el famoso jesuíta— no confundiría jamás a la Iglesia Romana con el puñado de sectarios y de políticos mitrados que hacen verdaderamente del Vaticano el rincón maldito, el campo de sangre, el Hakeldama de Judas y de los treinta dineros".... parrafito que hizo ulular al grupo de ingleses y de alemanes que se hallaban en la asamblea, "¡no popery!, ¡los von Rom!", gritecillos que pueden muy bien traducirse: "¡abajo el Papado!, ¡fuera Roma!", y que hicieron exclamar al modernista jesuíta: "¡no, no, hermanos míos, no digáis ¡fuera Roma! decid: siempre con Roma, con la Roma de San Pablo y de los mártires... Esa Roma, la Roma ideal, y que no está construída de piedras muertas, sino de corazones vivos, es la que nosotros habitamos y no ellos. *Multi intus sunt qui foris videntur.*"

¿Qué más querían oir todos aquellos católicos rebeldes y todos aquellos protestantes y judíos, que se regodeaban asistiendo a aquella asamblea magna que presidían tres sacerdotes y todos tres con su sotana correspondiente?... ¡Qué horror! ¡Cómo aquellos tres ilusos, de la que ellos creían vida rígidamente apostólica daban en la vida tu-

multuaria y tribunicia, al paso que, del misticismo puro en que se imaginaban vivir, caían francamente en los revolcaderos de la sensualidad!

En todo aquello había un jefe de orquesta invisible que era quien lo manejaba todo, y era el diputado Cremiéux-Dax, un poseído de verdadero furor sectario. Era él quien hacía que asistiesen a la conferencia de Fauchon enemigos y nada más que enemigos encarnizados del catolicismo; protestantes que veían en aquellos tres sacerdotes plebe rebelde que les daba un espectáculo regocijadísimo, disparatando contra lo que los protestantes más aborrecen, contra Roma; judíos que no se incomodaban por ver que presidía la asamblea un crucifijo, persuadidos de que aquellos renegados sacerdotes eran, en el fondo, verdaderos destructores de la obra de Jesús; y socialistas que veían en aquel gesto rebelde una especie de dinamita moral, cuyos estragos podrían ser tan terribles y más aún que los de las mismas bombas con que ellos estaban ansiosos de hacer saltar la sociedad.

Se me olvidaba decir que, al ensalzar el jesuíta Malaret al abate Fauchon, había protestado ruidosamente contra aquellos elogios Domingo, el hermano de la pobre Teresa: los había calificado de impostura y aun había llegado a abofetear al seductor de su hermana. El revoltijo que se armó fué tremendo. "Los Compañeros de Nazaret", una pléyade de obreros modernistas, capitaneados por otro sacerdote del mismo pelaje que Fauchon, se precipitan sobre él y le sujetan, pero no le maltratan porque recuerdan que Jesucristo había re-

prendido a San Pedro cuando cortó la oreja a Malco. Fauchon se esconde unos momentos la cara entre las manos nerviosas, llegando a hincarse las uñas y haciéndose sangre. Cuando retira las manos, ordena que se le deje libre, y, acercándose a él, le dice, brindándose a un nuevo bofetón: "la otra mejilla". Domingo exclama: "¡hipócrita! ¡hipócrita!" y es arrojado fuera de la asamblea.

¿Qué hace en tanto Savignan? En presencia de aquella gentuza siente que la religión de sus mayores surge de nuevo en su espíritu. A pesar de estar en él tan sacudidas y azotadas por sus miserias y sus pasiones, en presencia de la muchedumbre aquella en que ruge y se desenfrena "la bestia revolucionaria", siente que las creencias redentoras alientan de nuevo en su corazón. Y sale afuera en busca de Domingo, sin pensar en que su propio hijo se quedaba adentro. Domingo que está desesperado ante el disgusto que tendrán sus padres cuando sepan lo ocurrido, se decide a ir a prevenirlos, tomando un auto y dejando a Savignan con la palabra en los labios.

La asamblea concluye, y allá, cerca de media noche, aparecen llamando a la puerta de la casa de Savignan su hijo y... ¡Fauchon! Este va a sincerarse, va a tomar a Savignan como testigo de la verdad, y jura por Cristo que Teresa es aún virgen; que sintió tentación vivísima de saciar en ella sus apetitos, cuando se le presentó en su casa, inmediatamente después de la fuga, pero que no lo había hecho; que sintiéndose como movido por lo alto, se había retirado con ella a orar huyendo de

la tentación; y que sí se desposaría con ella porque era su prometida y un ser que le brindaba el Cielo para que le ayudase a llevar a feliz término su plan de restaurar en toda su pureza la Iglesia universal.

Jaime que aún seguía creyendo en la santidad de su antiguo profesor y que afirmaba que Domingo había injuriado a un santo, se había retirado a orar, después de haber suplicado a su padre insistentemente que oyese a Fauchon y se convencería de su rectitud y su santidad, y haría lo que le venía a pedir: presentarse en casa de Teresa y dar a los padres de la joven testimonio de la verdad. Y Savignan se alucinó hasta creer que Fauchon era sincero y prestarse a ir a casa de los Andrault a decirles que Teresa estaba pura y que Fauchon había sido un héroe respetándola, cuando, al llegar a su casa, inmediatamente después de la fuga de la casa paterna, se había abandonado en sus brazos... ¡Qué bien le refutó todas sus intercesiones el padre de Teresa, replicándole sencillamente que si así la aceptaría él para esposa de su hijo!

Savignan volvió sobre sí, y ante el miedo del extravío total de su hijo, se decidió a escribir el artículo refutador de *Hakeldama* y escribirle de modo que resultase una trituración terminante y evidente. Ya que él se consideraba perdido para la salvación, no quería que se perdiese su hijo.

Pero ¿iba a ser a sabiendas un hipócrita? ¿Se atrevería a confutar aquellos errores, siguiendo en pecado con Genoveva? ¡Lo que luchaba aquel hombre cuando surgían fúlgidas, en su alma, sus

hermosas creencias católicas, y sentía en lo íntimo de su ser las dentelladas del remordimiento! En vano le decía ella, en las mutuas efusiones de crimen, que era élla la culpable de todo, que era élla quien le forzaba a amarla, que sobre élla gravitaba toda la culpa, y que aquello debía ahuyentarle todo remordimiento: la conciencia de Savignan no entraba tan fácilmente como él ansiaba por tan peregrinas teorías. Una vez y otra vez se decidía a romper con aquellos ilícitos amores y una y otra vez cedía a los encantos de ellos para lo cual bastaba una carta de ella, un recuerdo de ella, uno solo de los ósculos de ella. El Palacio de las Mil y una Noches que tan pronto surge espléndido y sonriente, tan pronto se hunde y desaparece en la nada, era un símbolo de la felicidad de aquel hombre con aquella mujer.

Y aparece por fin el artículo refutador de *Hakeldama,* y antes de aparecer, Jaime, que anhelaba asistir a la boda de Fauchon y de Teresa en la Catacumba, lo lee y lo medita, y es para él como luz desprendida del cielo y sale de su error y bendice la pluma de su padre. Conoce muy bien la ilusión en que había vivido hasta entonces, y se decide a vivir totalmente alejado de Fauchon y de cuanto trascienda a modernismo.

Para entonces ya Calvières estaba sobre la pista de las infidelidades de su esposa, gracias a una gacetilla periodística, rebosante de mala intención, y ya Madama Calvières ha notado la *pérdida* de la llavecita de oro del cofre donde guardaba las cartas de su amante. Savignan no tiene más

remedio que retirar su candidatura de diputado: es consejo de su gran amigo el abate Lartigue. En los ojos de Savignan brillaban atisbos de tristezas profundas, centelleos de remordimientos torturadores. Los diálogos que tiene de cuando en cuando con su hijo, la transparencia de aquella alma tan sincera y tan pura, le asesinan interiormente. ¡Cuán a las claras siente pasar por su espíritu a Dios!

Genoveva estaba inquieta ante los indicios seguros del drama nuevo, originado por la desaparición de la llavecita de oro guardadora de las cartas de su amante. Sin embargo no se acobardaba. ¿Quién sabía si aquello la llevaría a estrecharse para siempre con él?

Lo primero que hizo fué llevar su cajita de acero a casa del fabricante para que un especialista se la abriese, y saber si las cartas estaban dentro o no. Las cartas no estaban allí. La llavecita de oro que llevaba siempre pendiente del brazalete, con otros dijes, no había sido perdida: se le había arrebatado para sorprenderle la correspondencia amorosa. De regreso a casa despidió a su primera doncella, que era quien había entregado la llavecita a Calvières por un cheque de diez mil francos.

Calvières, a pesar de su habitual serenidad y de su carácter expansivo y alegre, no podía menos de reflejar, de cuando en cuando, el drama que se estaba desarrollando en su espíritu. La lectura de aquellas cartas le habían acongojado, más que por ninguna otra cosa quizá, porque veía palpa-

blemente que nunca había sido capaz de hacer amar, de hacer sentir la emoción del amor, que su rival había sabido despertar. Se sentía humillado, herido en la carne viva de su amor propio, al verse inferior a Savignan en aquellas sugestiones de la carne bruta. Se imaginaba los idilios amorosos de los adúlteros y las fibras más delicadas de su corazón se le hacían pedazos.

Ella, en cambio, se mantenía serena. Veía casi estallar la catástrofe, pero pensaba que la catástrofe la libertaría de aquel hombre para siempre y la juntaría con el amado de su alma; y se determinó a partir y a partir inmediatamente. Llamó a su segunda doncella, le mandó prepararle el equipaje, diciéndole lo que había de embalar, y se dispuso a salir. Al hacerlo, llamó a su esposo y tuvo con él un diálogo vivísimo en que se injuriaron y aun se hirieron con sátiras agudísimas y con reproches taimados, él diciendo que tenían razón los que le decían que cuando se casaba con ella se casaba con una... porque con quien ella se casaba y los suyos la casaban era con el dinero... y ella diciendo que sí era una... pero no por lo que él quería significar, sino por el deshonor de dejarse vender... Aquel día se había prostituído: su casamiento no había sido casamiento, sino un infame mercado... Porque su marido, su verdadero marido era su amante Savignan... ¡Cuánto aire de tragedia en aquel diálogo en que cada uno dejaba al contricante hablar y desahogarse en toda clase de crudezas, sin interrumpirse en lo más mínimo... Y se despidieron con las amenazas

terribles de él: el drama tendría toda la publicidad de los grandes acontecimientos; sería pública la *tartufería* de aquel apologista católico que defendía a la Iglesia y atacaba a un cura extraviado, cuando él vivía en clandestino adulterio con la mujer del que iba a costearle los gastos de la elección... Las cartas, aquellas cartas que él tenía en cartera aparecerían en los periódicos en largos extractos... Toda Francia las leería, y sabría quién era aquella mujer adúltera y quién el hipócrita defensor de los ideales católicos...

¿Pensar en duelos? ¡Quiá! La sangre lava la vergüenza, y la vergüenza era lo que él quería que perdurase... Savignan se vería deshonrado. Su misma celebridad de escritor y de gran apologista sería lo que más engrandeciese su perfidia y su infamia... Así se vengaría de él y él se encargaría de vengarle de ella, porque jamás la perdonaría el cieno que le había arrojado a la cara, jamás, jamás...

Ella, del aire de orgullo y de desafío, pasaba al aire de terror y de espanto. El orgullo plebeyo de aquel *parvenu* desesperado la hacía temblar. Pero aun seguía imperiosa, bravía... No le importaba que todo el mundo leyese aquellas cartas. Se vería en ellas el amor, una pasión sinceramente amorosa, excitadora de ternuras inmensas que él jamás había podido excitar en ninguna mujer. Mas por eso, la compadecerían: no la despreciarían.

Y ambos iban cediendo en el calor de las injurias, pero era porque la cólera que antes se iba en palabras y denuestos, se concentraba aho-

ra en el corazón. Había que poner fin a aquella escena. Corría peligro de que la brutalidad de las palabras rompiese en la brutalidad de los hechos, y se separaron, ella diciéndole adónde iba a parar, él en dónde vivía su abogado...

Les Droits Nouveaux, periódico que acababa de aparecer era pregonado estentóreamente por las calles, gritando: "Primer artículo del célebre abate Fauchon..." Aquel periódico lo acababa de fundar el jefe invisible de la orquesta Crémieux-Dax... para que en él vaciase todas sus cóleras acumuladas el sacerdote apóstata, que estaba haciendo sufrir un verdadero martirio a la pobre Teresa, aquella joven que creía desposarse con un santo, y estaba viendo por sus atropellos sensuales que se había desposado con un verdadero monstruo. Los apetitos refrenados hasta los cuarenta años habían roto en aquel hombre como una inundación de liviandad... ¡Pobre Teresa! ¡Cómo pagaba el haberse dejado ilusionar por un sacerdote rebelde!

¿Y quién mejor para dar publicidad a las cartas de Savignan que aquel apóstata que ya tenía su periódico para defenderse y atacar a todos los que contra él habían escrito y obrado, y entre los cuales descollaba más que ninguno el propio Savignan? ¡Oh, la alianza de odios!

Calvières le fué a llevar las cartas, y dicho y aceptado. Sólo cuando el gran industrial hacía indicaciones de que correría de su cuenta lo que exigiese por aquella campaña el periódico, aquel sacerdote iluso se indignaba y revistiéndose de

una incorruptibilidad enfática replicaba: "Si *Les Droits Nouveaux* se anduviese en esas miserias de percibir dinero por hacer campañas justas ¿escribiría en sus columnas yo?" A Calvières le iban saliendo baratas las cosas.

Aquel hombre que acababa de ser excomulgado por Roma —Dom Bayle había sido el portador de la excomunión— se encargaba de todo. ¡Qué tema más sugestivo el de aquellas cartas para vengarse de Savignan, de Dom Bayle, de...!

Teresa Andrault, la ilusa joven, conoció bien pronto el sacrificio que había hecho de su felicidad, volviendo la espalda a los amores del pobre Jaime para *casarse* con el abate Fauchon, que, a los dos o tres días de desposada, ya la trataba autoritaria y despóticamente, aparte de las monstruosidades livianas que con la pobre hacía.

Cuando la llamó con el tono tiránico con que ni se llama siquiera a una criada, para anunciarle el tesoro que tenía en su poder, las cartas amorosas de Savignan a su querida adúltera, Madama Calvières, y la serie de artículos jugosos y picantes que le iban a inspirar aquellas cartas, la pobre Teresa instó, suplicó, que de ningún modo abusase de una correspondencia particular que era sagrada y que pertenecía o al autor o al destinatario. Y la infeliz se llenaba de desolación ante el imperioso mandato de que ella misma tenía que copiar aquellas cartas, pues por la tarde vendría a buscarlas Calvières. De ningún modo renunciaría él al gustazo de desgarrar una parte del velo que encubría las miserias "de la Iglesia Ro-

mana"— identificaba a un pecador miserable con la misma Iglesia de Roma— y llamaba a lo que iba a hacer "cosas de Dios", pues que se trataba de descubrir al hombre que atacaba a la "gran reforma católica" de la que eran la Catacumba y Hakeldama el comienzo glorioso... ¡Oh, la resurrección de la palabra evangélica tal cual había sido predicada por Jesucristo! Y abrumaba a su esposa con textos escriturarios diciendo que Jesús, antes de morir, había rezado por sus discípulos la plegaria aquella: "santifícalos en la verdad." Y decía que la verdad quería que se descubriese el mal —como si allí no se tratase de un mal privadísimo— y que, por consiguiente, estaba obligado a callar quienquiera que lo supiese. Savignan era un falso profeta, un sepulcro blanqueado, un lobo disfrazado de pastor... Y bendecía a Dios con grandes exclamaciones y profanaba las palabras hermosas de San Pablo: ¡Oh, alteza de las riquezas y de la sabiduría de Dios! Y decía que era Dios quien le ponía aquellas cartas en las manos; y repetía el texto del Apóstol, en actitud extática y con los ojos vueltos hacia el Cielo, como fingiendo estar en comunicación directa con Dios...

Hablaba de justicia, cuando no le movían más que sentimientos de venganza... ¡Qué lejos estaba de comprender y de sentir las cosas de Dios, y qué bien le venían aquellas palabras de San Pablo que le aplicaba el insigne novelista: *animalis homo non pércipit ea quæ sunt spiritus Dei...*!

Ella, creyendo que Jaime sería una barrera que no se atrevería a pisotear —¿y Jaime?— le ob-

jetó. Y el extraviadísimo apóstata se atrevía a decir que le había negado como San Pedro había negado a Jesús...

Teresa no cedía, y mientras Fauchon se iba a conferenciar con el jefe invisible de orquesta, el fundador de "La Escuela Libre de las Ciencias Religiosas" y de *Les Droits Nouveaux*, ella se fué a avisar a Jaime de lo que ocurría y de que era necesario se presentase allí para evitar con su presencia la publicación de ciertas cartas personales que se referían a su padre...

La entrevista de Teresa y de Jaime había sido lo que era de esperarse. Se habían amado muy de corazón y amándose aún seguían. Y Teresa, cuando volvía a su casa, pues Jaime le había dicho que iría tras ella, iba pensando en el matrimonio que había hecho, y en el que había dejado de hacer con aquel joven, con quien siempre hubiera sido feliz...

Jaime, que ya había observado cosas rarísimas aquel día; que ya estaba barruntando el drama vergonzoso; que había visto a Madame Calvières entrar en casa de su padre a hora en que éste no estaba, y pedir papel y escribirle allí mismo una carta urgente, y que sin despedirse había salido de allí con el abate Lartigue, dejando la carta escrita, se decidió a ir a casa de Fauchon, no sin pasar antes por la iglesia de San Sulpicio, y, ¡qué sorpresa!: arrimado a uno de los pilares, de pie, como no atreviéndose a orar, pero llorando, vió a su padre, a su padre que esperaba el instante de verse con su pérfida amante para fugarse am-

bos con rumbo a Italia, para lo cual había insistido en que su hijo sentase plaza en el mismo regimiento al cual pertenecía Domingo... El joven oró un poco y voló a casa de Fauchon temiendo ya llegar tarde... Teresa estaba haciendo que copiaba la cartas que le había mandado copiar su esposo, intranquila, febril, asustada por la tardanza de Jaime. Un fuerte sonido de timbre le dice que es él. Fauchon estaba ya escribiendo el artículo primero que había de publicarse al siguiente día y que sería el primero de una serie que, según Cremiéux-Dax, habrían de llevar por título general: *La Chute d'un ange...*

Al entrar Jaime y oirle hablar con Sor Marcelina, una mónja fanatizada por Fauchon que hacía de sirvienta: —¡Jaime!, exclama el abate. ¿Le has avisado tú?— Sí, contestó intrépidamente Teresa.—¡Tú!

La ex monja le había introducido ya, y cuando dijo Fauchon que no podía recibirle, ya estaba dentro. Alegaba que estaba ocupado, y Jaime añadía: "en escribir contra mi padre." Por eso he venido: "no debéis escribir ese artículo."

—¿Es esto lo que querías?, le rugió amenazador el abate a Teresa. Y dirigiéndose a Jaime: "Sí, escribo contra tu padre. Sí, hago justicia. Y nada, sabedlo bien, nada me detendrá en la obra santa: confundir a la Iglesia de la mentira y vengar a la de la verdad".

Jaime insistía en que no debía escribir, que no había oído más que a una parte, que no sabía lo que había sucedido... Y como el abate le dijese con

cierta fanática compasión fingida: "Eres tú, pobre hijo mío, quien no sabe nada. Yo he leído las cartas... No me forcéis a deciros cosas de vuestro padre que no debéis oir." A Jaime se le transía el alma de dolor ante aquella frase cruel. Y Teresa, entonces, cogiendo un gran sobre en que acababa de meter las cartas, se le alarga a Jaime, diciéndole: "Toma esas cartas, tómalas. Son de tu padre, tómalas".

Fauchon se avalanzó para cogerlas, y al mismo tiempo que increpaba a Teresa diciendo: "¡Ah, Judas, Judas!... le dió un revés tirándola al suelo.

Jaime se había metido las cartas en un bolsillo interior, pero en vez de salir con su presa, se lanzó a defender a la pobre infeliz, interponiéndose entre ella y Fauchon, que cierra con llave la puerta y resueltamente le dice a Jaime: ¡Mis cartas, mis cartas!... —No, decía su antiguo discípulo.

El abate le cogió las muñecas y se las retorció en un esfuerzo de cólera. Jaime lanzó un grito, y en un arranque también dió un puñetazo al abate que le zarandeó. También Jaime había perdido en aquella lucha cuerpo a cuerpo su sangre fría. El recio respirar de aquellos dos hombres que de nuevo se iban a acometer hacía temblar de espanto a Teresa. Entonces Fauchon cogió un revólver. ¿Iba a asesinar a su adversario simplemente o a atemorizarle para arrancarle las cartas?... Teresa dió un grito de espanto y de un brinco se arrojó a su esposo, queriendo arrancarle el arma de las manos. Fué una lucha brava. Jaime

avanzó para separarlos. Una detonación suena. El revólver rodó por el suelo... Jaime se detuvo de súbito, palideció espantosamente y se dejó caer en una silla... Su boca se abría, en busca de aire que le faltaba "¡Me ahogo!" decía, y sacando su pañuelo y llevándoselo a los labios, le colóró en seguida de sangre mientras con su mano izquierda señalaba el sitio, en la mitad del pecho, por donde había penetrado la bala...

El desenlace se precipita en un cuadro mucho más dramático aún y mucho más conmovedor que los anteriores y que se titula "El Holocausto". ¡Cuánto arte en todas aquellas páginas que nos presentan a Sor Marcelina que, al oir la denotación, deja su costura y sale de su cuarto a inquirir lo que pasaba, encontrándose con aquel cuadro doloroso en que el joven aparece agonizante y diciendo a la ex monja, para que nadie saliese perjudicado de resultas de aquella tragedia: "No hay nada, hermana mía, nada. Esa pistola... Yo he jugado con... Al hablar... Estaba cargada... Yo no sabía... Entonces se disparó..." Y luego sufriendo cruelmente, gemía: "Aire... Me ahogo..." Y cayendo en un síncope: "Padre mío..."

A buscarle salió en seguida Marcelina, por orden de Teresa, en tanto que ésta y Fauchon tendían al herido sobre un canapé. Teresa pidió una almohada a toda prisa y Fauchon se la trajo... ¡Qué coincidencia tan horrible: era la misma sobre la que la pobre niña había reposado su cabeza enloquecida la noche terrible de sus bodas!

"Gracias", le decía el moribundo a Teresa, que

le limpiaba la terrible herida y se la lavaba como una solícita enfermera. "Gracias ...gracias." Fauchon salió volando en busca de un médico. Teresa a solas con quien tanto la había amado, con quien tanto la amaba, en un instante de inefable emoción posó sus labios sobre aquella frente que ardía... El joven abrió sus ojos en un esfuerzo supremo y poniendo en una mirada toda la callada pasión que por tanto tiempo había devorado su espíritu, le dijo, como si hablase ya desde la otra vida: "¡Cuánto te he amado!"... No hables, le decía ella, limpiándole la sangre que aquellas palabras le habían hecho arrojar por los labios... El, le tomó una mano en la suya, sonriendo en un semidelirio, como si en su agonía cayese un rayo tenue de suprema dulzura... En aquel silencio, en aquella paz y en la inefable efusión de dos almas que desde la infancia se habían amado, con un amor roto y asesinado por el destino, ella sentía una compasión, un pesar y una ternura que jamás había sentido, y sus labios tornaron a besar la frente del moribundo. El murmuraba: "Es como un sueño... Siento andar... Padre mío... Las cartas... tú se las darás..."

El doctor había llegado. Fauchon le había hecho, durante el camino, el relato de lo sucedido, según la versión que el propio Jaime había hecho a Sor Marcelina, y que evitaba el escándalo judicial que hubiese aumentado de una manera terrible la catástrofe.

—No os mováis, no os mováis, le decía el mé-

dico al moribundo que quería hacer un esfuerzo y hablar. No habléis...

Y aprobando las medidas tomadas por Teresa, y viendo que la bala se había quedado en el pulmón, lo cual hizo asomar a su rostro un gesto de visible inquietud, envió a Fauchon a buscar a toda prisa un cirujano, en tanto que él mismo salía a buscar lo que hacía falta recomendando a Teresa que no se apartase del enfermo hasta que él volviese, que sería muy pronto, y fingiendo un poco de aliento para consolar al que moría, diciéndole que aquello no era nada y se curaría.

Savignan ya sabía por su servidumbre que había estado con Jaime la propia Teresa... ¿Qué ocurriría?... El abate Lartigue hacía los imposibles por salvar a su amigo de la deshonra y de la ruina. Hasta con Genoveva había hablado y con Calvières. Había ido a poner al buen benedictino al corriente de todo lo que se tramaba. Y el benedictino, veía cumplirse la tentación del demonio meridiano... Dos cosas había a todo trance que impedir, que Calvières llevase a cabo su proceso y que su esposa partiese con Savignan. De esto se encargaría el abate Lartigue, de lo otro se encargaría él. Lartigue voló a casa de su amigo de la infancia, disputaban, reñían ya, cuando entró la ex Sor Marcelina y les contó que Jaime se había herido con un revólver... Y los tres volaron a casa de Fauchon; el padre de Jaime devorado por la inquietud, y el abate consternado ante lo pronto que se cumplía la amenaza que él le hacía cuando

persistía en fugarse con su amada: "Si haces eso, serás castigado en tu hijo."

Durante el trayecto la ex monja dió la versión ya sabida, generosamente inventada por Jaime. Pero el padre no se satisfacía y abrumaba a preguntas a la monja, cuyas respuestas le dejaban cada vez más perplejo y más lleno de inquietud. Al entrar y ver a su hijo se quedó aterrorizado. Fué a besarle y sintió que sudaba ya el sudor helado de la muerte; y el pobre Jaime, en un esfuerzo supremo y para consolarle, renovó su heroica invención: "¡Oh papá mío!... mi querido papá!... Yo no sabía que el arma estaba cargada... Yo jugaba con..." Y viendo al abate: "¡Cuán bueno eres!... Me has traído un sacerdote... y a ése... Gracias..." Y luego con toda la energía de que era capaz: "Confesarme, yo quiero confesarme..."

Teresa y Savignan salieron de la estancia y se fueron al comedor.

Savignan, tras un instante de locura en que meditó con los codos sobre la mesa y la cabeza entre los dedos,

"Teresa —dijo— ¿Por qué has ido a buscar a Jaime poco ha? ¿Por qué? Es necesario que me respondas" — No os responderé, Sr. Savignan. —"Soy el padre. Yo tengo derecho a saberlo. Si no me respondéis, creeré... —¿Qué creeréis?— Que ha habido un crimen y no un simple accidente. Tú no quieres que yo piense eso, que se me ha asesinado a mi hijo... —Callaos, decía ella estremecida y suplicante. No me preguntéis nada. Yo no

puedo hablar. Yo no puedo...", replicó a punto que entraban Fauchon, el cirujano y el doctor.

Al entrar donde estaba el moribundo, éste hacia la señal de la cruz, a tiempo que el abate Lartigue pronunciaba la absolución. Por indicación del médico y el cirujano salieron el abate y Savignan, quedando sólo Teresa por si se necesitaba su auxilio para algo.

"Tu hijo es un santo" había dicho Lartigue a Savignan, sí, es un santo, yo jamás he visto más fe, más pureza, un alma más hermosa." Y entraron en el comedor donde estaba el rebelde modernista que no los saludó siquiera, inmóvil, inclinada la frente y como absorto y abismado en una siniestra visión. Era víctima de la duda de si había o no asesinado, de si habría tenido o no la voluntad de asesinar...

No cabían más que tres hipótesis: el suicidio y eso no podía ser, a juzgar por la santidad y la pureza que tanto ponderaba el confesor; la casualidad y el asesinato...

Savignan se aproximó a Fauchon y le interrogó bruscamente: "Señor, vos habéis enviado a Teresa a buscar a mi hijo, hace hora y media. ¿Para qué?

—Yo no he enviado a Teresa.

Y al sentirse llamar asesino, y viendo que estaba allí Lartigue que lo sabía todo por la confesión, tuvo el valor de explicar lo ocurrido. El revólver estaba en su mano cuando el tiro salió, pero él no había tenido la voluntad de matar, lo juraba por su salud eterna... Y luego increpaba a

Savignan: "Son vuestras cartas, vuestras infames cartas las que tienen la culpa de todo, ¿lo oís?, de todo. El asesino de vuestro hijo sois vos..." El propio Calvières se las había llevado para que hiciese una campaña sobre ellas. Teresa quería que su *esposo* desistiese, y no consiguiéndolo, creyó que Jaime lo podría conseguir. Sabía que su antiguo profesor le había querido siempre tanto... Y fué a buscarle y, a poco de llegar aquí, se atrevió a dárselas, y él había querido recuperarlas, y había venido la desgracia, la fatalidad.

En estas explicaciones llegó Teresa, quien interrumpió la escena, llamándolos a todos por indicación de quien iba a morir. "Os quiere ver a todos, antes de..." Percibíase un acre olor de éter. "¡Valor, señor!", había dicho el médico a Savignan, al entrar. Lartigue caía de hinojos rezando las letanías, "Kirie eleison, Christe eleison..." El muriente se enderezó un poco sobre su lecho, aspirando para poder hablar. Estaba en la plenitud de su conocimiento, la serenidad de la fe cristiana resplandecía en su semblante en donde se esbozaban los rasgos de la muerte. Y murmuró: "Adios, papá... Yo ofrezco mi sacrificio... por ti... por tu alma... para que tú te corrijas, para que tú vuelvas... Yo le ofrezco por ella... (sus ojos se tornaban hacia Teresa) para que ella vuelva... Yo le ofrezco por vos, mi querido maestro, para que volváis (mirando a Fauchon). Por vosotros todos. Nadie es culpable de mi muerte... No acuséis a nadie... Pero volved, volved todos... y suspirando *secundum magnam misericordiam tuam* expiró.

El holocausto fué fecundísimo; volvieron todos... Teresa a la casa de su padre, confesada y arrepentida; Fauchon a su sotana, arrepintiéndose y entrando en los religiosos de la Trapa a dolerse de sus pecados y de sus errores; la misma Genoveva, a instigaciones, por escrito, del propio Savignan, que la suplicaba por piedad que jamás volviese ni a verle ni a escribirle, se había decidido a volver a casa de su esposo, haciendo entrever su conversión próxima. Ante tantas desgracias el mismo Calvières daba indicios, según el sagaz semiprofeta benedictino, de convertirse a Dios. Quien parecía más distanciado de su conversión era el infeliz Savignan. Esperanza fundada había de que se reconciliase con la religión que tan brillantemente había defendido; el eterno adiós que daba a su amante en la carta que la decidió a unirse con su esposo, era un barrunto de ello. Sí que tal carta estaba aún incendiada por el amor apasionado a la mujer que tan hondamente se le había metido por el corazón; pero el rompimiento de sus relaciones amorosas era decisivo.

¿Por qué, quien más convertido y más vuelto a Dios debía mostrarse, aparecía más recio y más renuente? ¿Por qué la sangre de la inocente víctima, tan fecunda para todos los demás, incluso para Fauchon, que había abierto los ojos del espíritu a la luz de la verdad, persuadiéndose de sus errores y sus desvaríos, proseguía siendo estéril para Savignan? El abate Lartigue no se lo explicaba. Sabía que su amigo de la infancia en todos

aquellos días trágicos no había orado ni un solo minuto. "Ya no cree, padre mío, ya no cree", le decía lleno de pena a Dom Bayle, y sin embargo, él es bastante menos culpable que Fauchon"... No pensaba así el perspicaz benedictino. En Fauchon había habido mucho orgullo, mucha soberbia, mucha rebeldía; pero también había habido siempre un fondo de buena fe. Su espíritu estaba ciego. No veía. Y esa ceguedad atenuaba las atrocidades de Hakeldama y de la Catacumba, con su séquito de violaciones y de infortunios, en tanto que en Savignan, en un principio había habido postergamiento de la fe a la pasión, hipocresía, doblez. De ahí que poco a poco le ganase totalmente el demonio del mediodía. Tornaría a Dios: sus remordimientos, su renuncia radical a seguir en pecado con aquella mujer, y, sobre todo, la poderosa intercesión de la sangre de la inocente víctima le devolverían a su espíritu la claridad de la fe; pero lo que le estaba pasando era una consecuencia natural de su modo hipócrita de vivir. Esa era la clave del enigma que no acertaba a explicarse el abate Lartigue, y lo que, según Dom Bayle, constituye la enseñanza fundamental de esta sugestionadora novela: es necesario vivir como se piensa, de lo contrario, tarde o temprano, se concluye por pensar como se ha vivido.

¿Verdad que se trata de una novela excepcional que merecía algo más que una de esas críticas con que solemos salir del paso los críticos, fijándonos en cuatro cosas bellas que nos entusiasmen y nos inspiren cuatro ditirambos fervorosos, o en cua-

tro perfectas necedades que nos irriten y nos sugieran cuatro chasquidos de pluma que hieran como verdaderos latigazos?

Yo no sé si Pablo Bourget leerá, después de algún tiempo de dadas a luz, las producciones de su ingenio; pero si las lee, es bien seguro que le sucederá lo que él nos dice que les sucede a los poetas, cuando, ya añosos, tienden su vista por las inspiradas creaciones de su juventud, y se quedan maravillados de ser ellos los autores de lo que saborean, preguntándose como sorprendidos y regalándose exquisitamente en lo íntimo del alma: ¿es posible que esta joya literaria sea parto de mi pluma?...

Esta su última producción está llamada a ser traducida muy pronto a otros idiomas y a rendir muy pingües ganancias, si no a traductores, —¿qué traductor ha tenido una pingüe ganancia en su vida?— pero sí a libreros. Se trata de una obra rebosante de realidad dramática y sanamente conmovedora; y en la anatomía íntima de sus personajes psicologiza con más precisión que nunca este gran psicólogo de verdad, que nunca falsea los caracteres, como a menudo los falseaba Sthendal, haciéndolos, en su prurito de aparecer más sabio que poeta, fríos, rígidos, matemáticos. Los personajes de Pablo Bourget no son de cartón piedra, sino de carne, de carne cálida, flexible, viviente.

Dom Bayle, aquel insigne religioso de la Orden benedictina que parece un espíritu puro asomado por aquellos ojos azules llenos de expresión, y por

aquellas sus palabras llenas de penetración y agudeza, con su media joroba, debida a una pleuresía mal curada y aparentando tener una veintena de años más de los que tiene, por la vida de trabajo que ha vivido, sobrándole un franco para vivir, y no anhelando más que una muerte santa el día en que Dios se digne llamarle a su divino acatamiento, aquel simpático religioso de un monasterio por la tiranía legal suprimido, es un dechado de perfección y de factura. Se le siente respirar. Sin querer, nos imaginamos ante la presencia de aquel gran discernidor de espíritus acostumbrado a leer como en un libro, en el interior de las almas, y percibimos ciertas frases, ciertas miradas, ciertos gestos suyos, que nos hieren muy hondo en la conciencia, como herían al pobre Luis Savignan.

Este desgraciado que de cantor entusiasta de las glorias del clero francés, y de apologista fervoroso de la religión de sus mayores, se había ido poco a poco enfriando en su fervor cristiano como si, a fuerza de engolfamiento en los libros, se le fuese amortiguando la vitalidad religiosa y convirtiéndosele la religión en una pura ideología, hasta el punto de caer tan de súbito en las redes amorosas de una adúltera, es otro modelo admirable de carne viviente. Guiado por Pablo Bourget, ¡qué bien se le interna uno en el espíritu, asistiendo a aquellas luchas desesperadas y a aquel hervidero de contradicciones! Cuando exasperado por la conducta del abate Fauchon, que se atreve, a los cuarenta años de edad, a amancebarse con una joven honradísima y buena, diríase que se

percibe, traspasándole como un acero sútil, las entrañas, aquel interrogante escueto de su conciencia: "¿y tú?"...

Algo exagerado resulta el carácter bondadoso e inocente del pobre Jaime que, a pesar de lo que iba viendo todos los días en la conducta de su antiguo profesor, persistía creyendo en su santidad, llegando a creer que las relaciones de Teresa eran tan puras como las de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal o las de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. ¿No hay en aquel joven tan rematadamente iluso algo de inverosímil, de facticio y de caprichoso? De la realidad palpitante que respira Domingo, el ingenuo militar que no puede sufrir la seducción de su hermana Teresa, y se despoja repentinamente de todo su modernismo, rompiendo para siempre con el fundador de la Catacumba, ¿no hay un abismo a la realidad facticia de Jaime, quien sigue creyendo en la santidad del que le roba a la joven en quien él había cifrado sus sueños de amor, y que llega a persuadirse de que hay algo muy de lo alto en la manera como su amada se entrega a su antiguo profesor? ¡Llegar a pensar que era ella, Teresa, la seductora del santo, del inocente, del impoluto, y eso sin dejar de creer en la santidad y en la inocencia de ella! Algo de inverosimilitud palpita en todo esto, por más que nada haga desvariar tanto como el fanatismo pseudomístico y pseudorreligioso que atisba en las liviandades de la carne los resplandores del milagro. ¿Habrá el autor tenido presente, para la creación de este su personaje, a alguno

de los sugestionables y fervorosos jóvenes acaudillados un día por el intrépido y nobilísimo Marcos Sagnier?

Lo que peca de irreal el carácter de Jaime lo hace olvidar el realismo de Genoveva, la adúltera esposa de Calvières; con su sentimentalismo juvenil, con sus arranques de sinceridad, con sus temores de los remordimientos de su amante, con sus ímpetus amorosos, con su sensibilidad exquisita, brindadora de embriagadores deleites, resulta un retrato vivo trazado de mano maestra, aunque no tiene la impecabilidad del de Fauchon que es el que con trozos más fuertes y vigorosos descuella, mostrándonos al pérfido modernista que con sus austeridades y sus fervores religiosos se va formando adeptos entre sus discípulos que se enamoran de sus atrevimientos y de sus buenas intenciones, en el fondo de las cuales no hay más que soberbia y espíritu de rebelión contra la Iglesia. En aquel sacerdote apóstata, a quien al fin la sangre inocente de Jaime redime, respira en todo su vigor el clásico el tipo del herexiarca.

Y no es sólo la galería de personajes a quienes se ve vivir por dentro, gracias a la mágica pluma del gran psicólogo, lo que avalora esta novela y hace de ella una de las mejores del autor, que es indudablemente el mejor novelista francés de nuestro tiempo: a cada instante se encuentran en sus páginas escenas admirablemente dramáticas cuya lectura le tiene a uno en vilo, descripciones de paisajes y de cosas que parecen lienzos esbozados por gráficos pinceles coloristas, y símbolos,

preñados de sentido, que le sumerjen a uno en forzosa meditación. No puedo olvidar aquel cedro descopado que, en un esfuerzo de su savia por rehacer su copa, echa un retoño que sube recto, como queriendo suplir la primitiva cima y con ella tocar las nubes; pero que, a pesar de todo, prosigue torcido y mutilado, simbolizando las grandes catástrofes de la vida que vienen como a segarnos la copa del árbol de nuestras esperanzas, y a pesar de lo cual nosotros nos queremos sobreponer a ellas, como el retoño del cedro, pugnando por triunfar, pero andando siempre como chorreando sangre de la vieja herida.

Gran lástima es que no todo sea recomendable en esta novela, por ejemplo, el realismo crudo de ciertos pasajes que ponen harto de manifiesto que el autor es francés, y de los que se dejaron influir un tantico por Zola, y la pretensión, a mi humilde juicio, vana absolutamente, de querer buscar semejanzas entre el infeliz Savignan y el admirable poeta apologista de *El Genio del Cristianismo*. ¡Cuánto hubiese ganado la novela sin esos dos importantísimos lunares!

El movimiento literario en Cuba.

Hace algunas semanas hablaron los periódicos habaneros en sueltos, y aun en artículos muy encomiásticos y rimbombantes, del movimiento literario en la isla de Cuba. Hasta llegó a celebrarse en el Ateneo de la capital una velada en que se leyeron algunos versos y se pronunció algún discurso festejando dicho movimiento. Y, la verdad: yo, que soy tan aficionado a cosas de literatura y ando siempre harto metido en libros de poesía, me quedé estupefacto y lleno de sorpresa al ver que el natural rumor de gloria no hubiese llegado aún a mis oídos.

¿Cómo era posible que yo, uno de los más fervientes enamorados de todo lo que tiende a engrandecer a esa hermosa hija de España, que se llama la perla de las Antillas, había de estar tan ignorante de ese movimiento literario que festejaban a porfía el Ateneo y la prensa? ¡Movimiento literario! ¿Sería verdad la dorada ilusión? Ni por asomos. La ilusión, si pudo alentar en mí un instante, como flor de ensueño, desvanecióse en seguida que reaccionó el espíritu y se impuso la reflexión. Los apreciados señores que se atrevían a glorificar el movimiento literario de Cuba no supieron mirar las cosas más que al través de la

pintada bruma crepuscular de sus ilusiones, sin advertir que, al otro lado de la coloreada bruma, brillaba clara la luz alumbrando tristes, desencantadoras realidades.

Para que haya movimiento literario en un pueblo se necesita que ese pueblo lea, que ese pueblo sea dado a buscar espiritual esparcimiento en las páginas de los buenos libros, teniendo sus delicias en abstraerse, de cuando en cuando, del tráfago del vivir, para vagar, a merced del ensueño, por las encantadoras regiones de la literatura. Y todo esto lo hacen muy contadas almas bajo el espléndido e inspirador cielo cubano. ¡Ingrato contraste! Donde todo convida a poesía, a romanticismo, a vivir de ideal, no se vive más que de prosa, de prosa vil, que ata las alas de la fantasía, haciéndolas batirse siempre a flor de tierra y empolvarse con el inevitable polvo del camino!

¿Ideal? No hay más que uno, nada más que uno; porque los ideales exigen fe viva y ardiente, y aquí no hay fe de ningún género, ni siquiera para el ideal que hoy debía traer sugestionadas a todas las almas y unidos a todos los pensamientos: el de la consolidación de la independencia. Y digo que ni siquiera hay fe para este glorioso ideal, porque, de haberla, ardería doquiera, y, sobre todo donde siempre debía arder, el fuego sagrado del patriotismo; y, según todos los indicios y los clamores incesantes de la prensa, aquí nadie de los que tienen deber sacratísimo de hacerlo se inquieta por hacer patria, sino sola y exclusivamente por gastar esfuerzos y energías en loor del

único ideal que sonríe en estos bellísimos horizontes: el ideal del centén.

El resplandor fascinante del oro se lleva tras sí, desalados, a todos los espíritus. Nadar en riquezas, despilfarrar riquezas, he ahí la suprema aspiración que flota, que se masca, hoy más que nunca, en la atmósfera prosaica que por Cuba se respira. ¡Y hablarnos de movimiento literario en este país! ¡Que no fuera verdad ese lindo cuento color de rosa!

Hay que confesarlo con pena: no pueden darse esos lujos intelectuales en "un país que no lee"; que eso es Cuba, según la dura definición que dió de ella uno de sus más ilustres hijos, el Sr. Márquez Sterling, en un libro que, si mal no recuerdo, se titula *Alrededor de nuestra Psicología,* y que debían leer y releer todos cuantos se preciasen de cubanos. Ya no se vive en los tiempos de Plácido y Heredia, cuando los hombres de Cuba se sentían resecados por dentro con las nobles ansias de ver un día esplender su nombre, como diamante fulgidísimo, en el cielo de las letras. Hoy no se siente el sacro entusiasmo de aquellos para la poesía cubana áureos días. Quizá ni se comprenden ya siquiera, como no sea por algunos privilegiados ingenios, los placeres estéticos que reporta la literatura.

Dicho se esté que, cuanto vengo diciendo, reza tan sólo con el sexo masculino, que es el que parece no hallar interés más que en el lado bursátil y plutocrático de la vida. Si alguien en Cuba siente entusiasmo por las bellas letras y persigue el dis-

frute de los ennoblecedores placeres estéticos. hay que decirlo bien alto, para su gloria, es la mujer cubana. La mujer cubana de cierta posición social, y que no ha sido lanzada brutalmente por la necesidad a la terrible lucha por la existencia, es educada, es culta. Discretea con acierto en conversaciones sobre temas literarios, y tiene a gala aparecer siempre amante de la poesía. Ella lee, estudia, se forma su arsenal de conocimientos y es quien hace que tengan vida las pocas revistas que tratan de cosas de literatura. A veces enristra la pluma y escribe con exquisito gusto literario, por más que no haya habido todavía más que una Avellaneda, acaso porque las Avellanedas son cual meteoros luminosos que desgraciadamente se dan muy de tarde en tarde en las literaturas y en los pueblos.

Pero aunque no haya habido más que una Avellaneda, ha habido Ursulas Céspedes que cantaron tierna y amorosamente los sentimientos del hogar; Luisas Molina que vivieron, enamoradas como Bécquer, de un imposible—"Y un ardor, y un suspiro es lo que amo",—y difundieron en sus versos la melancolía de su vivir triste y azaroso por veleidades de la suerte; Mercedes Puertas, por cuyos versos rotundos y hermosos pasa, arrojando amorosas chispas sagradas, el maternal corazón de la mujer; Manuelas Agramonte, que acertaron a pulsar la lira arrancando de sus áureas cuerdas vigorosos acentos patrios para tejer con ellos su *Saludo a Cuba*; Julias Pérez y Montes de Oca, cantoras de campos y de colibríes, que supieron sentir y

amar hondamente los encantos de la cubana naturaleza... Y no cito más que las que espontáneamente se me ofrecen a la memoria, y eso de entre las que dieron ya su adiós a la vida; pues a las que, por fortuna, aún tienen la dicha de poder inspirarse en las innumerables bellezas de su patria, acaso les dedique algún día en mis critiquillas el lugarcito que les corresponda.

¿Dónde está, pues, el tan cacareado movimiento literario? Hubo un instante en que yo creí que ese movimiento iba a ser una embelesante realidad. A raíz de la restauración de la República, apareció una revista titulada *La Nación*. Era todo un señor volumen y en él había estudios hondos y muy bien aderezados sobre la enseñanza, sobre literatura, sobre filosofía... Y aparecían una serie de firmas de verdaderos intelectuales, dispuestos a emprender una cruzada espiritual, regeneradora de las ciencias y de las artes, que hubiese de hacer alborear días de faustos júbilos para la patria.

Yo confieso que me quedé gratamente maravillado y aun orgulloso de que en tierra tan querida, de todas las tierras americanas las más bella y la más española, viesen la luz pública revistas tan macizas de ideas y presentadas con tanto lujo tipográfico. Esperé el segundo número con verdadera ansiedad e impaciencia, y hasta se recreaba anticipadamente mi imaginación con el saboreo delicioso de sus páginas.

Pues bien, ¿leyó alguien el segundo número de aquella revista que tan risueñas ilusiones había hecho abrigar? ¿No? El que escribe estas lí-

neas tampoco. Aquella publicación exhaló su último suspiro en la cuna; y no se crea que por falta de constancia en los redactores, sino por falta de ambiente, porque uno, remedando a Napoleón, cuando, maravillado ante la famosa plaza de Salamanca, preguntó: ¿dónde está la ciudad de esta plaza?, podía muy bien, al hojear las páginas de *La Nación*, interrogar: ¿dónde está el público de esta revista?

Sí, aquella revista careció de lectores y no volvió a deleitarnos los ojos con sus artículos macizos y flamantes. Una revista que venía a enseñar, que pretendía instruir, imposible que viviese. Las revistas que aquí hayan de vivir, no han de alentar tan fuerte ni aspirar a cosas tan altas; han de ser frívolas, ligeras, y sus redactores han de hacer alarde, en cuanto en ella publiquen, de una inagotable superficialidad. Y sobre todo, han de engalanar sus folios con muchos retratos de damas, y *damos*, como dijo un ilustre Sr. Obispo; esto es, han de ser una especie de incensarios que quemen mucho incienso y difundan mucho humo en loor de la pícara vanidad.

Aquí no se está conforme con Salomón que aseguraba de buena tinta que todas las cosas eran *vanitas vanitatum*, vanidad de vanidades. Aquí lo que vale, lo que priva, lo que trae al retortero a las gentes es la vanidad que vibra, como en ninguna parte, cetro de diosa. Tanto es así, que periódicos y revistas juzgan absolutamente necesario tener cronista que sea maestro consumado en el arte bufonesco de la lisonja y que escriba dilatadas

crónicas sociales con tal retahila de *ísimas* y de *ísimos*, que un advenedizo, ignorante en absoluto de las cosas cubanas, correría riesgo de imaginarse que había llegado a la sociedad más perfecta y donde ya no faltaba casi nada para tocar con la mano el mismo cielo.

Y menos mal cuando sólo les da por *ísimos*, porque, cuando además se ponen a hablar de cosas exquisitas, dulces, suaves, y de vestidos de seda-crema y de encajes de Chantilly, le dan ganas a uno de pedir una cucharilla, como al Pepe de *La Gata de Angora* de Benavente.

Y cuenta que se pasará por alto en el periódico el artículo de fondo, donde se trate algún asunto de capital interés para el país, y se hará caso omiso, en la revista, de la crítica literaria donde se aquilate la valía estética de un autor, y hasta quizá ni se pongan mientes en el primoroso artículo donde se labre un panal de rica literatura; pero la crónica social, esa sí que no la echa nadie en saco roto y que es leída y releída. La crónica social y cuatro composiciones de versos pedestres, como todos o casi todos los que engendra el modernismo, he ahí lo que constituye la lectura de la mayor parte de la gente cubana que lee.

De lecturas clásicas no hay que hablar. Aquí los clásicos por excelencia, por lo menos los clásicos en boga, yo no acabo de caer de mi asombro, son Víctor Hugo, Dumas y Eugenio Sué. Y no se tomen a broma mis asertos, creyéndolos suposiciones completamente gratuitas; puedo garantizar que en Cuba aún hay paladares espirituales para

glotonear, con alampamientos de gula, en los esperpentos literarios del mismísimo Sué. ¿Y con semejante falta de buen gusto en el público, con semejante petrificación de extravíos estéticos en la conciencia de la gente lectora, ¿puede ser compatible movimiento progresivo de ningún género en las letras?

Y allá va otra galana muestra del decantado movimiento literario. En Cuba hay una porción de teatros que todas las noches del año se llenan de bote en bote. Parece naturalísimo que floreciese algún dramaturgo cubano que viniera a enriquecer con sus producciones la ya riquísima dramática española, como la enriqueció aquel gran mejicano que se llamó Juan Ruiz de Alarcón. Mas ni pensarlo. Y la razón principalísima es que el público que va a los teatros, el público que paga a los comediantes y sobre todo a las comediantas, no va a buscar literatura, no va a buscar el rayo de etérea luz que abra como un paréntesis de poesía, entre la irritante prosa del batallar continuo por el centén. Al teatro, en Cuba, se va en pos de emociones fuertes, pero que nada tienen que ver con el interés de una acción dramática cuyos protagonistas cautiven por la nobleza de su carácter y por la hidalguía de sus sentimientos. Mejor dicho: no se buscan emociones, sino sensaciones. Nada que llegue al alma y deleite y conmueva al espíritu: lo que espolee y atice los instintos de la fiera que lleva cada uno más o menos enjaulada dentro de su ser, lo carnal, lo rastrero, lo que pone al nivel del bruto...

No es para ponderado lo mucho que habló la prensa contra los desmanes y desafueros perpetrados en los teatros cubanos, donde se pisotea y escarnece hasta la más elemental decencia pública. Y han tenido que dejar tal campaña moralizadora como cosa perdida. Cuanto más agudo era el clamoreo de la protesta, más se recrudecían los instintos bajunos de la plebe, exigiendo a las comediantas todo linaje de movimientos obscenos y desnudeces impúdicas. ¡Como que, al decir de algunos periódicos, se llegaba a ulular en medio del hemiciclo con el ulular de las fieras en celo! ¡Hasta dónde llega, abandonada a sí misma, la humana degradación!

Y aquí juzgo caso de conciencia hacer una salvedad para honra de Cuba, y especialmente de la buena sociedad habanera, y es que gran parte, quizá la mayor parte del gentío que asiste a esos lugares lupanarescos, no son cubanos, sino corrompidas piltrafas humanas que han venido de afuera, y que son la vergüenza y el baldón de las colonias respectivas a que pertenecen.

Y he ahí por qué decía que lo que especialmente se pagaba eran las comediantas; porque el descoco del hombre no llega nunca en público adonde llega el de la mujer, una vez que ha saltado los valladares de todo pudor y de toda honestidad, sin duda por el dicho aquel antiguo: *corruptio óptimi péssima*; cuando lo óptimo se corrompe, no para hasta los últimos peldaños de la depravación.

¿Qué hace el Gobierno que no toma alguna me-

dida de higiene social? No hablemos del Gobierno... Ha desplegado mucho celo en pro de la moral pública, ha dictado algunos decretos prohibiendo y multando ciertas atrocidades, azuzadoras de la *bête humaine*; pero como si nada. Siguieron y siguen tan boyantes empresarios y bailarinas. Los decretos, que fueron varios y famosos, nacían muertos todos, según malas o buenas lenguas, por falta de ejemplaridad... Pero ¡vaya una linda manera de no hablar de los gobernantes!...

Quedamos en que la literatura teatral en Cuba se reduce a la literatura caderil y otros excesos de comediantas.

¿Dónde está, pues el decantado movimiento literario de la hermosa isla de Cuba? En ninguna parte, salvo mejor parecer. Digo mal: hay algo de movimiento literario, porque hay algo de movimiento lírico, y la poesía lírica es la flor y nata de la literatura.

Rodolfo Rodríguez de Armas, un insigne crítico cubano, con el doble nobilísimo propósito de evidenciar que por la pintoresca tierra de Heredia y de Plácido aún siguen batiendo sus alas inspiradoras las musas, y de desvanecer lo que él cree un prejuicio de Menéndez Pelayo, al afirmar que de todas las literaturas de América es la cubana la menos española, publicó hace poco tiempo en el *Diario de la Marina* tres articulitos, que tituló *La Poesía cubana actual* y que, según parece, formarán un capítulo de una obra de crítica literaria que está escribiendo.

Dichos articulitos pecan un poquillo, a mi hu-

milde entender, de prurito de síntesis, seguramente porque así estarán más en consonancia con el resto de la obra; dilapidan erudición excesiva, rastreando huellas de influencias exóticas y de servilismos extraños, y no hacen formar juicio cabal de la valía estética que pueda encerrar la actual poesía de Cuba; pero registra los nombres de toda una pléyade de poetas al parecer egregios y que le mueven a declarar que la poesía actual en su tierra se halla por lo menos a la misma altura que en las demás repúblicas hispano-americanas.

Yo temo que Rodríguez de Armas, sugestionado por el amor naturalísimo que su patria le inspira, se haya dejado poner una gasa a los ojos, o por mejor decir, un mágico prisma que le colore y engalane las cosas, forzándole a entrever genialidades que no existen y a barruntar en simples versificadores egregios poetas. No hay que culpar a Rodríguez de Armas de la suavidad y dulcedumbre que rebosa su crítica: cuando se critica *muy cerca* de los autores criticados es dificilísimo que los juicios del crítico lleven en su fondo valor permanente. La cercanía a que me refiero impide la contemplación serena y desinteresada de las bellezas y fealdades que palpitan en las obras artísticas. No proclamo con esto la inutilidad de nuestras críticas de obras contemporáneas: los críticos de mañana las hojearán, no cabe duda, pero ¡cuántas veces se habrán de reir compasivamente de nosotros al ver el escaso provecho que podrán reportar de nuestros juicios, que se les an-

tojarán como escritos en la arena, cuando no en el aire, no habiendo tenido más que el valor instantáneo de flores de un día!

De algunos de los poetas que el Sr. Rodríguez de Armas ensalza y encomia y que brillan de cuando en cuando con alguna inspirada composición por columnas de periódicos y revistas, yo pienso hablar un tanto detenidamente cuando tenga vagar y tiempo; no precisamente por el afán de revisar la cotización de valores literarios de nuestro crítico, sino por la simpatía sincera que dichos bardos me inspiran. Casi todos ellos son jóvenes y se muestran apasionados por la diosa de las bellas artes y lucen dotes nada comunes que muy bien pueden llegar a engalanarse un día con geniales resplandores. ¡Dios lo quiera! Pero hay que lamentar que no encuentren ambiente propicio para llegar a madurar y rendir pingüe cosecha de sazonados frutos, como los árboles bien regados, bien soleados y bien acariciados por brisas campestres. Y que en Cuba, su patria, les es hoy por hoy, harto poco favorable el ambiente, salta a la vista.

Baste decir que en la Habana donde a cada instante se están celebrando festivales de toda laya, en los cuales se dilapida oro principescamente, no hay casi nunca juegos florales, ni concurso poético alguno que valga la pena. Todos los años se celebran allí unas *fiestas invernales* —así se llaman— que tienen por objeto alegrar la estancia en tan bello país a los muchos americanos que se van a él, huyendo de las escarchas y de las nie-

ves, y que siempre dejan unos centenares de pesos por comercios, hoteles y fondas. Nada más natural que entre lo mucho que despilfarran Gobierno y Alcaldía se dedicase algo a la celebración de unos juegos florales en que se premiasen debidamente los mejores partos literarios que se presentasen: la mejor novela, la más interesante pieza dramática, las más inspiradas composiciones líricas.

Esto contribuiría su tantico a que hubiese verdadero movimiento literario, despertando los estímulos de la gente joven que se consagraría a las letras con más ahinco, al soñar con palmas y laureles que les darían mundial renombre. ¡Pero en fomentar el culto de la poesía es en lo que están pensando los ediles de Cuba! Además que no quieren volver a ponerse en ridículo ante la opinión, como les sucedió, no mucho ha, con un certamen misérrimo que tuvieron que aplazar indefinidamente; porque en aquel delicioso país, donde abunda el dinero hasta para tirarlo a la calle, no había con qué satisfacer los premios que de antemano se habían ofrecido. Lindezas por este estilo, en punto a literatura, sólo ocurren por cubanas tierras, donde se queda muy tamañico aquello de "cosas veredes el Cid..."

Y es que en una sociedad metalizada, compuesta en su mayoría de políticos y mercaderes, no se les concede a los vates derecho de ciudadanía. El vate podrá ser un elemento de reconocida utilidad pública en otros países en que hay premios permanentes, como el llamado *Prix de Rome* en Fran-

cia para galardonar las obras poéticas donde relampagueen el genio y la inspiración: podrá, como Lilienkron en Alemania, percibir de las arcas del tesoro público un sueldo anual que haga ver que la carrera de la literatura es tan digna de ser recompensada como todas las demás carreras; y que el literato tiene derecho, como cualquier hombre culto, a la consideración y a la estima de la sociedad, y a la simpatía de las muchedumbres.

Pero en Cuba todavía no se ha trepado a esas alturas. Aquí todavía es el vate poco más que el juglar de la Edad Media, encargado de ir de pueblo en pueblo a deleitar con sus romances y con sus trovas los oídos de algún señorón feudal. Poeta suena por aquí hoy —lo que digo de la Hija le viene de perlas a la Madre—lo mismo, poco más o menos, que bohemio errante o vagabundo rondador a la luz de la luna. No se aprecian, no se quieren apreciar las horas de placer puro que, cuando la inspiración es divina y desciende del cielo, hace gozar con el disfrute y saboreo de las bellezas espirituales que nos brinda en sus concepciones. Y es porque no se sienten esas bellezas, ni se sabe gozar el éxtasis que causan en almas elevadas, sumiéndolas en mística contemplación.

Y, no cabe dudarlo, gran parte de la culpa de esa materialización de los espíritus, que los incapacita para remontarse en ensueño a las regiones de lo ideal, es de las revistas llamadas literarias, que no tienden a educar, a instruir, sino sólo a

entretener vanamente con frivolidades insulsas, sin tratar jamás de ir creando ambiente favorable o positiva literatura que vaya concluyendo con el culto idolátrico a la vanidad pueril y trocándolo en culto legítimo y sagrado a las doctrinas y a las ideas. Mientras esto no se haga, y no se hará en mucho tiempo a juzgar por el rutinarismo insubstancial a que parecen aferradas las dichas revistas, huelga en absoluto, o poco menos, hablar del movimiento literario de Cuba.

Los verdaderos amantes de las letras, los poetas, críticos y literatos, harían muy bien en aproximarse unos a otros, en conocerse y tratarse, celebrando veladas literarias en un cenáculo cualquiera, ya que el Ateneo no parece desvivirse más que por música y por bailes, y ver de crear atmósfera propicia a la titeratura. Entonces vendría un verdadero florecimiento literario y surgirían Plácidos y Heredias, Avellanedas y Milaneses que reanudarían la historia gloriosa de las letras cubanas. Entonces, acaso de entre los poetas jóvenes que hoy comienzan a pulsar la lira, haciéndola ya vibrar en cantos armoniosos de dulzura intensa, surgiese el vate que encarnase en sus estrofas toda el alma cubana, lánguida y dulce como su clima, pero también cálida y ardiente como su sol, y que, como el arpa becqueriana, la mano de nieve que la pulse, está esperando el bardo de genio que la glorifique y la cante.

Hasta tanto que algo de esto suceda, no se hable, por amor a la verdad, de movimiento literario en la Isla de Cuba. ¿Vamos a llamar movi-

miento literario al desfile de versos domingueros con que las revistas se descuelgan, los unos torturados por el potro modernista, que los despedaza y los disloca, los otros cifrando toda su valía estética en el sonsonete de la rima, siquiera sea ultra-pedestre y barata, y todos ellos sin sentimientos y sin ideas, sin bríos y sin arrebatos, trayendo a la memoria irremediablemente aquellos "cantos de gallina" epíteto de acero con que fustigó la poesía miope y rastrera el látigo de Núñez de Arce?

I

POETAS CUBANOS

Lucas del Cigarral.

Pues, señor, confieso que poeta alguno ha llenado de confusiones tantas mi pobre caletre—por pobre, sin duda—como este que se esconde parapetándose tras el seudónimo de *Lucas del Cigarral.* Muy apasionado amor tiene que sentir por nuestros grandes clásicos quien, siendo quien es, no se arredra en salir a la plaza de las letras disfrazado de *Lucas del Cigarral.* Porque o yo no sé jota de literatura, o en toda la nuestra, que es fecunda y riquísima, no hay más *Lucas del Cigarral* notable que el protagonista de la lindísima comedia de Rojas: *Entre bobos anda el juego.*

Y ese señor protagonista será—ya lo creo que lo es,—una creación acabada desde el punto de vista artístico, todo un carácter cincelado en mármol, una valiosa escultura de las muchas que adornan y enriquecen las galerías de retratos ilustres de nuestra literatura dramática; pero representa al galán grotesco y ultracómico que, secundado por su familia, pone en juego mil ardides para ver de casarse con cierta dama y..., ¡que si quieres! Y he ahí por qué no me explico que lo haya escogido para su disfraz este poeta simpático de *Liras y Estrofas.*

Y ¡válame Dios, qué de rodeos para decir que,

a mi humilde entender, no ha estado afortunado el cantor de *Al Dolor de Italia* en actuar de padrino de pila de sí mismo, inscribiéndose en el registro de nacimientos literarios con el mote de *Lucas del Cigarral*!

Seguramente por eso, al presentársenos él mismo en *Yo* y en *Aclaración*, las dos primeras poesías del tomo, anda el hombre desordenado e inconexo, llamándose enigma, ave, chispa, rayo, flor, sepulcro, hoja, arpa y una porción de cosas más que aturden al lector, quien no sabe a qué carta quedarse, como no sea a lo de enigma.

De todos los versos de estas dos composiciones, ilógicos y bien poco felices en conjunto, aunque cabalmente rimados y henchidos de imágenes y de símiles, lo que se deduce es que nuestro poeta quiere efectivamente quedarse entre las brumas del misterio. Y por si no lo demostrasen perfectamente esas dos composiciones, lo evidencia hasta la saciedad la tercera: *¿Por qué...?* El vate nos va a decir el móvil de sus cantos, la razón por la cual se pone a vibrar su plectro, y asegura que no es otra que el llevar en el alma

un torrente de harmonía,
de fe, de gloria y de amor.
Porque se esconde en mi pecho
un océano de amargura;
porque, triste y sin ventura,
me ahoga el genio el dolor...!

Como se barruntará, a juzgar por el botón de muestra, *¿Por qué...?* es una poesía ultra-fantásti-

ca, desbordante de exageraciones líricas y de contratiempos más o menos retóricos; pero que le hacen rugir como el trueno, bramar como el aquilón y estallar como el volcán.

Todos los que hemos hecho versos empezamos con semejantes niñerías: cantando dolores completamente imaginarios. Acaso hemos leído en Castelar que el dolor es patrimonio de los genios, y nosotros queremos actuar de genios a fuerza de lamentos y de quejumbres.

He ahí por qué no me gustan las poesías de Lucas del Cigarral que, como la de que estoy hablando y la que se titula *El Sueño*, rezuman un pesimismo irreal y fantástico. Habrá en ellas algún que otro pensamiento hermoso, alguna que otra imagen lujosa, algún que otro verso feliz; pero la sana crítica no puede menos de rechazar de los pensiles del arte todo linaje de pueriles futesas. Porque, andando el tiempo, reflexionamos y vemos que todas aquellas torturas que desgarraban nuestro pecho no eran más que tópicos trivialísimos. Y aunque fueran verdad no aprobaría yo nunca el lloriquear en poesía. Si tenemos penas, sufrámoslas sencillamente. ¿Para qué entristecer con ellas a los demás? Esto de cantar penas, yo sólo se lo tolero a los altos genios que saben mostrarnos en su dolor toda la grandeza de su espíritu.

Apostaría a que estos versos fueron pergeñados allá casi en la infancia del poeta—no digo juventud, porque todavía no ha traspuesto esa dorada edad,—cuando leía con entusiasmo a Espronceda y a Zorrilla y llevaba el espíritu sugestionado

por las sonoras músicas románticas con que aquellos dos bardos insignes impelen nuestros primeros pasos por los risueños campos de la poesía.

Son lo que yo llamo con frase muy gráfica para los religiosos de mi Orden: versos vitenses y que trataré de explicar brevemente para que el lector no se quede en ayunas. Es el caso que en nuestro Colegio de la Vid, donde se cursa la teología, suele haber siempre, entre los jóvenes teólogos, varios muy amantes de las bellas letras—el cultivo de ellas es una de nuestras gloriosas tradiciones agustinianas,—y algunos que no se contentan con los amores y explayamientos literarios, y ellos mismos se ponen a poetizar.

Pues bien, los versos de aquellos buenos estudiantes de la Vid son los que yo llamo vitenses, que es lo mismo que decir versos muy sonoros, muy rítmicos, muy lozanos; pero versos, al fin, de colegial.

Y versos de colegial son los hasta aquí citados de nuestro Lucas, y tales prosiguen siendo los de *Adelante, Corazón;* bien que éstos no ya de colegial vitense, sino de alumno universitario, que, amargado por las decepciones de la vida, estimula a su corazón a apurar la copa de los placeres insanos. Claro se comprende, conociendo a Lucas del Cigarral, que esta poesía, donde hay quintillas flúidas y hermosas, es toda ella una invectiva irónica contra la sed impura del corazón; pero como la ironía no aparece clara y transparente, y como las sugestiones hacia el deleite brotan tan calurosas y naturales, los versecillos resultan un poco esca-

brosos, y por eso sería una injusticia calificarlos de vitenses.

Donde reaparece lo vitense es en *Lo mismo* y en *Vivir*... Lucas del Cigarral se olvida en estas composiciones hasta de la técnica retórica, y deja escapar quintillas tan duras como ésta que voy a copiar, en que se incurre en el defecto de hacer a los varios consonantes de una misma estrofa asonantes entre sí:

Mas es fútil mi clamor.
Es vana mi aspiración
de esta lucha en el fragor.
Podrá cambiarse el dolor,
mas no cambia el corazón.

Y de colegial son también, pese al castizo prologuista que los pondera con excesivo entusiasmo, los versos *A los ojos de mi Cristo*. ¡Qué lástima es ver aquellas redondillas, graciosas y vibrantes algunas de ellas, echadas a perder por la última que, debiendo ser la mejor para que todas ellas dejasen buen gusto en el paladar espiritual, es la peor, adoleciendo del mismo defecto de principiantes de la quintilla copiada!

Daba algo de bueno porque Lucas del Cigarral jamás hubiese caído en la tentación de dar a la estampa poesías como las de que vengo hablando, y porque, de haber caído, no las hubiese puesto al frente de *Liras y Estrofas*. Con *A un Niño Jesús*, que es un villancico precioso, tierno, sentido, un romancillo delicado, lleno de dulzura y como de nostalgia celestial, que deja en el lector paladeos

de inefable ambrosía, hubiera comenzado el libro mucho más felizmente. ¿Principiará aquí a sonar mágica y harmoniosa la lira de Lucas del Cigarral? *Realidad* y *El Huérfano* parecen hermosos barruntos; en la primera hay substanciosas quintillas, por las cuales pasa causando los consiguientes estragos la ráfaga de amor mundano que no sabe mirar al cielo de donde baja a la tierra el único amor verdad, y en la segunda hay versos de irreprochable factura, henchidos de sentimiento pegadizo que conmueve tiernamente, representándonos al pobre niño que se acaba de quedar sin la madre de sus amores y que apostrofa a la tierra, pidiéndole el cadáver que tiene en su seno, porque quiere él sepultarle en el suyo: llevar a su madre en su corazón.

Pero viene luego *El Sepulturero*, una poesía hosca, macábrica, que recuerda algún pasaje de *El Estudiante de Salamanca*, pero con versos duros y estrafalarios, que demuestran bien a las claras ser también de la edad en que el vate, ofuscado por el sonsonete de la rima, ni se para a cincelar la estrofa, ni introduce jamás la poda en la hojarasca de sus versos. Y luego, ¡qué petulancia la del sepulturero éste! Casi disuena más que las desvergüenzas de los sepultureros de *Hámlet*...

Y llegamos a la poesía innominada que lleva por epígrafe varios puntos suspensivos entre dos signos de admiración, y que es la que enardece de entusiasmo al Ciego de Tormes, hasta el punto de ensalzar al poeta diciendo nada menos que quien así canta, jurara él, si no fuese pecado, que

era el mismísimo Fray Luis de León. La verdad es que de las doce liras de que consta la poesía entusiasmadora, tres o cuatro saben al cantar deleitoso e inefable del cisne divino de *La Vida del Campo*; pero las demás, no solamente son indignas de Fray Luis, sino que maravilla que sean de Lucas del Cigarral. A más de incluir versos sin sentido, como cuando hablando del arroyuelo, dice el vate:

De tu amargura señas
ocúltame en tu abismo doloroso,

hay una lira en que rima, es decir, quiere rimar, *escollo* con *arroyo*, defecto insufrible en que incurren a menudo los poetas americanos de poco fuste, y en que jamás debió incurrir Lucas del Cigarral, que sabe perfectísimamente el valor fonético de nuestro alfabeto, y que pronuncia el castellano con la misma pureza y rotundidad que si fuera hijo de las entrañas de Castilla.

Yo siento tener que disentir del parecer del prologuista, que tan generosamente se entusiasma lo mismo con esta poesía que con la titulada *Riberas del Cauto*, cuyas octavas reales encuentra tan "magníficas y sonoras". ¡Si empiezan con un verso corto y en seguida encontramos *tallo* rimado con *Mayo*, cosas que bastarían para echar a perder todo el encanto positivo que en ellas hubiese! Bien se conoce que es persona de condición generosa y agradecida, y que no se parece nada al ingrato Ginesillo de Pasamonte, pese al lenguaje que emplea, semejante, a veces, como un huevo

a otro huevo, al que empleaba aquel galeote pícaro y desentrañado.

Y si no logran entusiasmarme estas composiciones, mucho menos me entusiasma *Al caer el Sol*, un poema dividido en ocho fragmentos, siete de ellos en liras, y el último, que me parece el mejor, en octavillas italianas de seis sílabas. Cierto que el defecto capital es su misma extensión. Rebosa en algunas estrofas acendrado sentimiento de la naturaleza, y hay en ellas delicadísimas observaciones sobre el nacer y el morir del astro del día; pero en los versos domina el descuido de siempre y el estilo, rico de símiles y de imágenes, fluye atropellado y muy poco terso, arrastrando impropiedades gramaticales y hasta algún verso corto, como el que da comienzo a la segunda lira del fragmento quinto.

"Oh, cuán amorosa",

que debiendo tener siete sílabas no tiene más que seis. Yo no me explico cómo Lucas del Cigarral, que tiene cído exquisito para percibir la harmonía y el ritmo de los versos, cae en defectos tan fácilmente evitables. ¿No parece inverosímil que quien forja liras de tan sabrosa y castiza limpieza como:

La tortolilla gime;
que su canto de amor es un gemido,
y en él su arrullo imprime
la majestad sublime
de la santa pureza de su nido,

tenga versos que no den la talla por mucho que se estiren?

Nada, que se queda uno estupefacto ante semejante incuria en un artista que lo es con toda el alma.

Y ya que me he puesto a hablar de las tildes y lunares de nuestro poeta, no dejaré de decir que me parece extraño, muy extraño, que respete tan poco la estética y aun la gramática, consintiendo que se le deslicen concordancias como las de este verso, y de varios otros:

"donde la dicha y el dolor sucumbe"

y prosaísmos como los que advertirá el lector:

"No faltará dolido samarita
que su auxilio me preste sin llamarlo;
y derramando en mis heridas vino,
se ocupará en curarme y en pagarlo..."

y en guardarse la vuelta que le diese el tabernero, añadiría de seguro algún crítico maleante.

Y no hay que achacar la culpa de tantos defectos a los cajistas o al corrector de pruebas, por más que a quien haya corregido las de *Liras y Estrofas* debía confinársele en una eterna Babia, jubilándole para siempre de semejantes faenas. ¡Qué horror! No recuerdo haber leído nunca libro más atestado de disparates tipográficos, ortográficos y prosódicos.

Pero sigamos pacientemente en nuestra ingrata labor. Amo muy de veras al poeta, y no quiero que por falta de rigidez crítica torne a incurrir en defectos que le sería facilísimo evitar.

A *Vuelta Abajo* es un canto que empieza con liras, algunas de ellas muy rítmicas y sabrosas, y termina con unas cuantas octavas reales, macizas y rotundas, que, prescindiendo de alguna asonancia, son de lo mejor que hay en el libro. Octava tiene aquí Lucas del Cigarral que es de acabada factura. Sus versos, flúidos y naturalísimos, parecen haber brotado como de un solo impulso. Rebosan harmonía y dulzura. Se ve al poeta sintiendo la inefable caricia de la inspiración.

Voy a pasar a prisa por *Canta, Musa,* oda escrita en dos clases de estrofas, según las libertades románticas, hoy de tan mal gusto, y en la cual no encuentro más mérito que el de unas imprecaciones enérgicas y unos anatemas enrojecidos, por más que el poeta nos diga en la última estrofa que hay "sobra de inspiración"; y apenas hablaré de *Oh, Tempora! Oh, Mores!* una sátira desgarbada contra las demasías de todo género de nuestra edad, en que el autor demuestra poseer rica vena de ironías y sales cómicas. Si se hubiese ido un tantico a la mano en ciertas expresiones *medanescas* que desdicen de toda obra artística y se hubiese atenido siempre al terceto, que para la sátira fina y aguda se pinta solo, nuestro vate, que tan señorial dominio ejerce en la rima, gozándose como se goza en esta composición en buscarse atolladeros de consonantes para darse el gusto de salir airoso de ellos, acaso hubiera hecho una sátira aliñada y saladísima de positiva valía literaria.

Mas para valía literaria positiva la elegía subs-

tanciosa y radiante que inspiraron a nuestro poeta las catástrofes de Calabria y de Sicilia. Lleva por título *Al dolor de Italia*, y es la obra maestra del tomo. No quiero ver en ella algún que otro lunar como la largura de aquel verso:

"Cosenza, Gioja, Riposto, Seminara".

Es, a pesar de sus lunares, una oda elegíaca magistral, por cuyos flúidos y sonoros versos, engalanados de riqueza estílica, pasa espléndida y conmovedora la inspiración. ¡Cómo se conoce que el versificador colegial ha madurado, convirtiéndose en genuino poeta!

Todo en esta oda se me antoja grande: lo rotundo de la rima, que suena como sugestiva música en el alma; lo espontáneo del léxico, que parece borbotar abundoso y transparente como rico manantial; lo cálido del sentimiento, que desborda en cada una de las brillantes silvas; lo lujoso del ropaje estílico con que se ostentan revestidas las imágenes, y lo hondo de las ideas, que abisman al entendimeinto forzándole a meditar. Cuanto elogio se prodigue a esta composición me parece pequeño y desvaído. Ella sola acredita a su afortunado autor de poeta, de positivos talentos de poeta. Desde la famosa de Heredia cantando las Cataratas del Niágara, y la célebre de la Avellaneda ensalzando a la Cruz, pocas odas cubanas podrán citarse tan melodiosas, tan vibrantes, tan impregnadas de inspiración. *Al dolor de Italia* sabe a un mismo tiempo a Herrera y a Rodrigo Caro, por lo magnificante de la entonación,

engalanada de esplendideces bíblicas, y por la melancolía sublime en que se rastrea el encanto misterioso de las Ruinas de Itálica.

¡Feliz ha estado el insigne autor! Confieso que al llegar, libro adelante, a esta magnífica elegía, he sentido como discurrir brisas refrigerantes por mi corazón; temía dar fin al tomo sin encontrar algo verdaderamente substancioso e inspirado que espolease mis entusiasmos y desatase mi pluma en sinceros y justos elogios. Así, así es como debe poetizar siempre Lucas del Cigarral; así es como nos regalará con obras maestras que le hagan brillar muy alto en el santuario de las bellas letras cubanas, que es uno de los más ricos y esplendorosos que forman el templo gigante de la hispana literatura.

De la misma entonación épica, pero sin el tono elegíaco, es la oda titulada *La Raza Latina*, canto también vigoroso, rico de entusiasmo y de sentimiento, donde se dilapida mucha fastuosidad retórica, pero deslucido con versos insonoros y con frases prosaicas de pésimo gusto. ¡Cuánto ganaría esta oda sin aquello de "la férrea pata" y de "Alí, el tiñoso"! ¡Qué composición maciza y espléndida, si el autor no tuviese tan abandonada la lima! No hay que olvidar que el oro en las manos de un buen orfebre duplica y aun triplica su valor.

Por olvidar esto, no valen lo que debían valer ni *El Voto de Cuba,* ni *¡Adiós, Libertad!,* ni *Oh, vuelve, Flora!* La libertad que nos describe en la segunda de estas composiciones es mucho más una

ninfa que una diosa, y el simbolismo desvanécese un tanto entre brillanteces y ternuras escabrosas. Desengáñese Lucas del Cigarral: no está en su terreno ni en su ambiente despilfarrando poesía entre deidades y ninfas mitológicas. Debe abandonar para siempre semejantes asuntos, un tantico vidriosos y quebradizos y que le hacen ser frío, difuso, pesado. Por eso mismo no quiero hablar de su égloga *¡Oh vuelve, Flora!*, por cuyas liras diríase que pasa, a veces, derramando perfumes y esencias la musa campestre de Garcilaso.

Ya sabemos que desde muy antiguo hubo Alonsos de Cartagena que, virtuosísimos y todo, según nos los presenta la historia, cantaban trovadorescamente el amor, pero... vamos, que no les dice bien a los Alonsos de Cartagena meterse en ciertas honduras, aunque sean meramente platónicas y petrarquistas.

Y perdone el querido vate estas ligeras alusiones, que sólo estampo aquí como para invitarle a no desviarse nunca de los caminos andaderos y bien olientes por donde su inspiración puede avanzar, coronada de esplendores y dejando en pos de sí rastro espléndido de jazmines y de rosas. Y digo de jazmines y de rosas porque parecen ser las flores predilectas del poeta. *Al Jazmín* se titula una silva fácil y harmoniosa en que nuestro vate deposita delicadas ternuras, y *A la Rosa* una composición en liras indudablemente rítmicas y bellas. Poeta tan enamorado de los clásicos no podía dejar de imitar en alguna de sus can-

ciones las delicadezas y suavidades de Rioja, el cantor, por excelencia, de las flores.

Y pongo punto final a mi humilde crítica de *Liras y Estrofas*. He querido deshojar una flor en loor del poeta y no sé si habré acertado a escoger la flor que quizá a alguien se le antoje sin pétalos y sin perfume. Los fueros de la poesía por un lado y por otro el afecto sincero a Lucas del Cigarral, han hecho que esta critiquilla resultase un tanto minuciosa y justiciera. Tenemos derecho a esperar de la lira de nuestro vate partos poéticos mejores, mucho mejores que los que aquí he examinado, y para cuando examine aquéllos ansío con toda mi alma poder dar libre curso al raudal de mi entusiasmo y de mi admiración.

I

Guillermo de Montagú.

Los primeros versos que yo leí del cantor de Vuelta-Abajo me inspiraron profunda simpatía hacia el vate insigne. Acababa de llegar a la Habana Salvador Rueda, el poeta-rey del colorido, que lleva en el áureo telar de su imaginación una hada helénica tegiéndole continuamente cendales de imágenes bellísimas, y que tanto me llena y aun me encanta cuando, como las aves en la espesura, vierte a raudales versos hermosos, tan naturales, que parecen trinos y gorjeos.

Aquellos versos eran una *Salutación* al bardo malagueño, y además de tener el mérito de ser límpidos y sonoros, estaban impregnados de un españolismo puro y radiante, legítimo incienso quemado en loor del espíritu de la raza. Ni le conocía entonces ni le conozco todavía; pero desde aquella lectura le consagré un rinconcito en mi corazón al poeta.

Más tarde, con motivo del viaje de Altamira,

el enviado a la América en calidad de apóstol por la Universidad de Oviedo, leí su *Te Deum*, una poesía viril en versos sueltos, donde la falta de la rima es suplida admirablemente por la riqueza de imágenes y por la rotundidad de los períodos, un tanto atropellados, pero que brotaban, sin duda, de la abundancia del corazón.

Cuba y España destácanse en ella como una Hija y como una Madre, abrazándose y fundiéndose en dulcísimos ósculos. Entre cubanos y españoles habrá habido luchas sangrientas —viene a decir—, pero no ha habido triunfos ni derrotas; no hubo más que dilapidación de heroísmo, que brotaba a chorros de la misma fuente, del mismo espíritu, de la misma raza. Y la unión eterna e indisoluble de España y de América es proclamada en bien de la Madre y en bien de las Hijas, haciéndose votos ardientes para que de las diversas banderas se forme como un símbolo supremo que se despliegue triunfador a los aires:

¡El sonoro estandarte del idioma!
¡La gloriosa bandera de la raza!

Es hermoso oir sonar tan virilmente la voz de la sangre en un cubano, casi a raíz de las fratricidas luchas que ensangrentaron los campos de la Manigua y cuando se intenta poner de moda por algunos hijos espurios la sajonización del espíritu cubano, sin pensar —seguramente que por falta de substancia gris— que esa cacareada sajonización sería algo así como un suicidio. ¡Y creerán los menguados que eso es amar a la Patria!

No; a la Patria no se la ama así, tratando de arrancarle el espíritu para insuflarle otro, que será todo lo grande que se quiera, pero que no es el suyo. A la Patria se la ama como la ama Montagú, que la canta en versos robustos con toda la efusión filial de que es capaz su corazón generoso. Y por eso la Patria, actuando de su musa, le acaricia la frente, estampándole en ella el beso de la inspiración, pues hay que confesar, o que la inspiración poética es un mito, o que cuando el bardo vueltabajero canta a su patria, la canta inspirado.

Léase la oda magnífica que le premiaron en la Habana con la flor natural en los Juegos Florales de 1908, y se verá que nada exagero. Si su afortunado autor hubiera eliminado los incisos, que impiden la tersura y limpidez de las ideas en algunas silvas, esta vibrante canción *A la Patria* hubiera resultado una oda modelo, porque hay en ella, además de la sonoridad de los ritmos y el lujo y frescura de las imágenes, el verdadero arrebato que caracteriza a la oda. El amor del poeta a la independencia de su patria raya en la exaltación del delirio, y antes que verla uncida a un nuevo yugo, preferiría verla arrojarse y desaparecer en lo profundo de los mares, simbolizada en esplendorosa y desesperada virgen. ¡Qué relampagueantes acentos los que pone en boca de Cuba invitando al mar a que se desencadene embravecido sobre sus campos antes que en ellos tengan que germinar el deshonor y la vergüenza!

Pero metodizaré un poco mi humilde crítica,

ajustándome, en cuanto sea posible, a la labor poética de Montagú.

Al Lector es el nombre de una serie de sonetos —llamémoslos así— en que Montagú, más que poeta, ha intentado ser versificador, un versificador que quisiera alardear de conocer el arte de la métrica y de manejar a placer la rima. Los vates tienen sus caprichos pueriles, y Montagú, en los versos de estos sonetos, es admirablemente pueril y caprichoso.

Los versos del primer soneto son largos como la cuaresma de un capuchino; tiene veinte sílabas bien contadas. Creyérase que el vate se había olvidado de la poesía y que estaba tendiendo sobre el papel los raíles de un camino de hierro. Los del segundo son de diez y nueve sílabas; los del tercero, de diez y ocho, y así sucesivamente van perdiendo una sílaba, hasta llegar a los del vigésimo, que tienen una sola, y que no son ni verso, ni poesía, ni castellano, ni nada. Véase el soneto. Le copiare en línea horizontal, pues en vertical ocuparía mucho espacio: "Mi—fe—que dí—. ¡Ni—sé—de—tí!— ¿Do—más—vas, oh,—bien? —Ven..." Mucho siento ver al simpático vate perder tiempo en semejantes fruslerías.

Yo convengo en que se creen nuevos moldes métricos que, hermanándose con los antiguos, contribuyan a aumentar nuestra riqueza poética, y admito, por consiguiente, que no se concrete el soneto a versos de once sílabas —el propiamente clásico importado en la lírica española por la revolución poética de Garcilaso y de Boscán— y el

de ocho —el sonetillo tan magistralmente cincelado por Núñez de Arce en *Velut Umbra*—; yo admito que se escriban sonetos en versos de catorce sílabas, y de trece, y de doce, etc., etc., hasta de seis, y aun de cinco y de cuatro, que son en nuestra métrica los versos que encierran o pueden encerrar harmonía; pero sonetos de versos de veinte sílabas, cada uno de los cuales viene a ser dos de diez o cuatro de cinco, como es el caso en el primer soneto de nuestro autor, desengáñese el poeta, tienen muy poco de melífluos y harmoniosos. El efecto dulce de la consonancia desvanécese en absoluto después de tres versos tan largos que equivalen a seis o a doce.

El Sr. Montagú no debe tornar en sus días a hacer sonetos tan insonoros e ingratos. Repase el poeta los aludidos versos y verá cómo sólo los del número de sílabas que yo indico son los que tienen ritmo y harmonía. Los demás déjelos para esa gente pedísecua que forma la falange rubendariesca, para esa tubarmulta de insanos que se imaginan a la altura de todo un Verlaine porque saben imitarle sólo en sus desvaríos; para esa plaga, esa verdadera plaga egipcia de hijos bastardos de Apolo que han caído sobre el campo de nuestra literatura, y a los cuales vamos a tener que conjurar los críticos, ritual en mano, como se conjuraba antiguamente a la langosta...; para esa pléyade de espíritus excéntricos que, entendiendo perversamente las ansias de Baudelaire de hacer versos, "qu'on n'avait pas faits avant lui", realizan a maravilla su objeto, pero es

haciendo versos tan repulsivos y disparatados, que ni entre los de Góngora, en sus días de locura, se podrían encontrar semejantes, ya que los del genio cordobés tenían, por lo menos, sonoridad grata, y los de nuestros modernistas son capaces de romper el tímpano a un herrero.

Después de la retahila de sonetos de que he hablado, viene una poesía hermosa, sentida, desbordante de mieles y de ternuras. Se titula *Ofrenda*, y en ella canta amores de los más santos y de los más puros que se pueden tener en la vida: el amor de madre y el amor de esposa. ¡Con qué abundancia brotan, desleídos en sonoras músicas y revestidos de gallardas imágenes, los sentimientos del corazón del poeta! ¡Qué regaladas finezas les sabe decir a entrambos amados seres! ¡Y qué impregnadas van en ese afecto íntimo y hondo que surge, como de manantial puro, de lo más sensible de las entrañas! ¡Siéntese, al leer estos versos, el calor del alma con que fueron concebidos y la hoguera amorosa en que fueron caldeados.

Salir de los famosos sonetos y entrar en *Ofrenda* es algo así como salir de un peñascal intrincado y abrupto y comenzar a pisar la alfombra de un valle risueño y florido, o más propiamente, como cerrar los oídos a una charanga chinesca y abrirlos a las delicadezas hermosas de una melodía italiana. Quien sabe hacer tan sabrosos versos —¡por los fueros del arte!— que no se meta jamás a formar entre la chusma modernista que pugna por convertir a la poesía en una jerigonza de mucho

peor calaña que la tan donosamente satirizada por Quevedo en su *Aguja de navegar cultos*.

Y llegamos a *Del Amor*, otra tanda de sonetos. Confieso que me asalta un poquillo de temblor al tener que leerlos. El recuerdo de los pasados aún me abruma la memoria. En la deliciosa perla de las Antillas el amor al soneto raya en pasión, en pasión desenfrenada. No hay revista dominguera cuyas páginas insulsas no salgan empedradas de sonetos! ¡Y qué sonetos! Voy cobrando horror a este linaje de composición poética, pese a tantas bellísimas joyas como le abonan y justifican, desde *A unas Flores*, del autor de *La Vida es Sueño*, hasta *Soy Español*, de López de Alarcón.

El *sonetismo* es una verdadera enfermedad en Cuba, como lo fué en otro tiempo el vertherismo en Alemania. Como el parnasiano "impecable" de *Trophées*, José María de Heredia, cubano de nacimiento, supo aureolarse de gloria conquistando un puesto entre los inmortales de la Academia de París, con sus admirables "sonets sans défauts" donde acertó con frases hechas a cincel y con amor de apasionado artífice, a vaciar poemas deliciosos; en Cuba todos quieren sentar plaza de José María de Heredia, hasta los alfayates y los tabaqueros que así entienden de poesía como entendía Sancho de ínsulas baratarias.

Y cuenta que estos sonetos de tabaqueros y de alfayates, rebosan todos erotismo, un erotismo lúbrico, grosero y maloliente, como si hubiesen sido escritos en lugares que no quiero mentar.

Yo no sé cuándo se verá libre la pintoresca An-

tilla de semejante enfermedad calamitosa. Creo que ni las novias la podrán curar, dando calabazas rotunda a todo mozalbete atrevido que les dispare un soneto; y que va a ser necesario que los celosos gobernantes impongan, contra viento y marea, otra "ley de cierre", como la que, poco ha, motivó tanto escándalo. ¡Qué bien vendría una ley de cierre de tantas molleras vacuas que piensan que no se puede vivir honradamente sin ser sonetista...!

Decía que *Del Amor* era otro desfile de sonetos. Y añado, ahora que los he leído, que, en general, son incomparablemente mejores que algunos de los de marras. Ciertas asonancias que hieren encuentro en el *La Cita* (a la moderna), pero se los perdono al autor en gracia de *La Cita* (a la antigua), un risueño paisaje nocturno que sirve como de cuadro a un delicado idilio de amores.

La nota pesimista, ultrapesimista, es lo que más afea las producciones poéticas de Montagú. No hay más que leer *Hastío* o su *Autobiografía*, sonetos llorones y calamitosos, para persuadirse de ello.

Se comprende que no sea oro todo lo que reluce en la vida; pero sin ser la vida toda oro, tiene sus dulzuras y sus encanos, siendo dignísima de ser vivida y amada. ¿Qué duda cabe? Por algo llevamos ingénito en el alma un amor tan intenso hacia ella. Además ¿por qué no nos hemos de familiarizar con el concepto cristiano de que la vida es un combate que debemos reñir yendo siempre de cara al enemigo y con la sonrisa en los labios...?

Todo esto lo sabe perfectamente Montagú como

lo sabe Lucas del Cigarral, como lo saben los demás poetas cubanos que derrochan en sus concepciones tan principesco lujo de pesimismo que diríanse todos ellos discípulos de Schopenhauer. Lo que hay es que a falta de substancia, de médula intelectual, los poetas noveles suelen convertir en *doctrinarismo* sus pequeños contratiempos de la vida y... a falta de ideas, allá van lágrimas y gimoteos.

En ellos el pesimismo no es hijo de la mala digestión, a lo que le atribuye Nietzsche, sino de la carencia de alimento espiritual, de la falta de idea inspiradora. Montagú que es joven y maneja bien el léxico y sabe comunicar a sus versos sonoridad y harmonía, debe dejarse de ese pesimismo hosco y ennegrecedor que no solamente le fuerza a lloriquear, a guisa de plañidera antigua, como en *Páginas Negras*, sino que también le hace ser fatalista y hasta blasfemo como en *Dura Lex*, donde llega a simbolizar el Cielo en la nada, o en *Mentiras*, donde, a vueltas de un poquillo de devaneo filosófico sobre embustes convencionales que trascienden a Max Nordau, vuelve a las andadas de que el Cielo es el vacío y afirma tan guapamente que la vida futura es el no ser.

Haga el joven vate sonetos como los de *El Sendero*, bellos de factura, sanos de idea y ricos de harmonía y de elegancia, o como *Hogar*, que es un lienzo velazquino donde alienta una encantadora escena doméstica y hará poesía sana, robusta, que lleve ambiente fortalecedor al espíritu y le exalte y le ennoblezca. Por el andurrial de ne-

gruras escépticas y pesimistas no conseguirá más que atormentarse a sí mismo y causar impresiones enervantes y deprimentes en sus lectores.

Da lástima ver a un poeta joven y simpático como Montagú, pugnando por dejar atrás al cisne negro de Recanati, cantando negruras y errores. Es un extravío del cual debe salir a todo trance, so pena de que se le pueda aplicar a él mismo con perfecta justicia el baldón a que se refiere aquella su instantánea (1):

Es libro en blanco nuestra existencia...
mas de sus vicios y aspiraciones
sintiendo el hombre los acicates,
toma la pluma de su impudencia,
moja en la tinta de sus pasiones...
¡y llena el libro de disparates!

¿No es verdad que esta invectiva rígida y acerada le viene, a ratos, a nuestro vate como anillo al dedo, pudiendo ser considerada como una autocensura? ¡Hay disparates mayúsculos en tantas de sus poesías! Yo no he citado más que algunos, pero podría citar muchos más. Ojéese *El Mejor* en que se sienta el principio erróneo, falsísimo, de que ser hombre es ser criminal. Yo no tengo a Montagú por un facineroso y creo firmemente que es todo un hombre. Más, mil veces más que todo ese derroche de pesimismo y descreimiento, le

(1) *Instantáneas* titula Montagú un ramillete de composiciones cortas, entre las cuales hay algunas en que chispea toda la filosofía picaresca de las *Humoradas* de Campoamor, otras que tienen la placidez y suave melancolía de las *Rimas* de Bécquer y otras que abundan en la insulsez de algunas *Ofélidas* de Pichardo.

acreditan de poeta *Una perla*, precioso idilio que hubiese resultado una filigrana a ser de léxico más rico y de factura más estética y en cuyas estrofas se canta el origen fantástico de las perlas y de la amargura de las aguas marinas, atribuyéndolo todo a las lágrimas derramadas en el mar por una madre que acababa de ver arrojar a las olas el cadáver de su hijo; y *Cómo entiendo yo el amor*, poesía matizada de pensamientos puros y ennoblecedores que sólo pueden germinar de un alma generosa y buena, como yo no dudo que es la de nuestro vate, ya que soy de los que creen a pie juntillas que los partos literarios son verdaderos pedazos del alma.

—¿Los otros partos literarios? ¿Los por mí estigmatizados y maldecidos?

Esos no brotaron del alma. Esos brotaron como retoños insanos de ciertos momentos de inconsciencia, de ciertas ofuscaciones que todos solemos padecer en la vida. Por eso han resultado tan irreflexivos, tan malos, aun desde el punto de vista artístico. Cuando Montagú hace mejores versos es cuando canta cosas dignas de ser cantadas; por eso los de *Cómo entiendo yo el amor*, si a veces un tantico prosaicos, son harmoniosos, sencillos, naturales y tienen una dulzura y una gravedad que creyérase había arrebatado por un instante el arpa al meldioso Juan de Dios Peza.

Pero voy a sintetizar lo posible, porque veo que me sale la critiquilla demasiado pesada.

Las poesías de Montagú carecen de idea generadora fija. A veces muéstrase creyente como

en algún rotundo soneto de *La Canción del Amor*, a menudo escéptico como en *¡Quién sabe!*, en que presenta a la duda amargando toda la vida y destruyendo toda creencia. De cuando en cuando es panteísta como en *Nocturno*, bien que con un panteísmo tenue y delicado que le lleva en la contemplación de la naturaleza, durante la noche estrellada, a descubrir vida por todas partes, vida que le remonta a la creencia del Cielo y de Dios. ¡Lástima que al sonreir la aurora se torne a disipar la dulce creencia y vuelva a imperar en su espíritu la duda que le desespera y le irrita, haciéndole suspirar por la noche, que no solamente le inspiraba la fe, sino que también le ponía la oración en los labios.

Montagú pretende ser filósofo en sus versos. Emula a Campoamor, a quien imita en *Injusticia*, poesía prosaica que tiene dejos de dolora, y en *Cuestión de nombre*, especie de fábula muy recargada de prosaísmos y acaso también, por eso, de más marcado sabor campoamoriano. Pero es forzoso confesar que no acierta con la filosofía y lo más que hace es desleir en sus estrofas ráfagas de pesimismo frío y razonador a lo Alfredo de Vigny.

Canta el amor, la patria, la naturaleza, las ilusiones, los desengaños, los infortunios, las dichas... No le importan nada las contradicciones. A la mujer la exalta hasta transformarla en ángel y en luz como en algún madrigal bellísimo, y la abate y la anatematiza fustigándola con el látigo de sus ironías más sangrientas como en *El traje de novia*, donde *ella*, al saber la inesperada muerte

trágica de *él*, en vez de llorar su amor perdido, lo que llora es no poder lucir ya el traje de boda...

Su numen poético es sumamente flexible: lo mismo canta dulzuras y ternezas amorosas que discretea en apólogos mágicos, como *Las Gafas del Diablo* o rompe en patrióticas estrofas viriles como en *Evocación*, canto en robustos alejandrinos que si estuvieran un poco más limados y apareciesen más esculturales, aventajarían a la misma oda *A la Patria*.

Porque es poeta de verdad y porque tiene talento positivo para poder brillar a gran altura entre los primeros ingenios de su patria, yo le recomiendo con todo el fervor posible que no deje de la mano la lima. Por no limar incesantemene, se le escapan poesías como *Estrofas*, cuya difusión palabrera raya en garrulidad insufrible. Después que el *parnasianismo* ha pasado por los amenos pensiles de la poesía esculpiendo pentélicos mármoles, ya no es lícito a ningún poeta descolgarse con versos desaliñados e inharmónicos. Hoy los versos ya no se escriben, se cincelan, se esculpen. Y Montagú es indudable que puede cincelar y esculpir.

III

Manuel Serafín Pichardo.

Hay un poeta que ha sido ya públicamente coronado, el bardo de Santa Clara, como aquí le dicen, D. Manuel Serafín Pichardo, que ahora está de Secretario de la Embajada de Cuba en Madrid.

En la Habana se le despelleja y crucifica a sombra de tejado, por supuesto, pues salir a campo, en la prensa, contra él, no hay quien ose, dado el nutrido cortejo de sus admiradores *desinteresados*. Y conste que estos desinteresados admiradores en en público, son a lo mejor los que más le escarnecen y denuestan en privado.

Tiene Pichardo una ofélida simbólica que está rebosante, muy rebosante de verdad. La voy a transcribir, no porque sea bella ni harmoniosa, sino simplemente por el acertado simbolismo que encierra:

En noche tenebrosa, de las breñas
lanzábanme disparos encendidos.
Alumbraron el monte los relámpagos:
¡No eran mis enemigos!
—con sorpresa advertí— Los emboscados
eran mis conocidos...

Cierto, muy cierto, Sr. Pichardo: es la terrible verdad de siempre que palpita en aquella sentencia de nuestra sabiduría popular: del mayor amigo, la mayor pedrada...

Pero dejemos a un lado miserias y falsías de la vida y hablemos de las *Ofélidas* del ínclito don Serafín. Las ofélidas son unas poesías por lo regular muy breves y en las cuales el poeta trata siempre de encerrar algún pensamiento ingenioso y delicado, alguna máxima filosófico-mundana, el latido vibrante de una fibra del corazón, la nota idílica de un ensueño, el ¡ay! doliente de un cruel desengaño. El nombre de ofélidas es caprichoso.

Bautizó así el autor sus pequeños partos poéticos porque sí, porque además de padre, quiso ser padrino, y le agradó ese nombre, cuyo acento al sonar en el oído, es una evocación que trae a la memoria o a la fantasía la imagen bellísima de la mujer más admirable de Shakespeare, el gran creador de mujeres admirables, como Porcia, como Desdémona, como Julieta, como Rosalinda...

Lo peor es que las poesías estas de Pichardo no siempre son harmoniosas, ideales, como aquel "símbolo del amor y la ternura" que pasa cogiendo flores por el gran drama inglés, como pasa la brisa "cargada de perfumes y harmonías", por el campo de batalla, según la preciosa rima de Bécquer. Algunas son sencillamente detestables por el fondo y por la forma. Diríase que el vate estaba durmiendo —y por esto no debe incomodarse el Sr. Pichardo, pues también Homero, a veces dormía— cuando se atrevió a dar a la estampa ofélidas como la siguiente:

Fué breve mi tiempo plácido.
¿Qué te queda a ti, alma mía,
del fruto de la alegría?...
¡Acido, ácido, ácido!

Como se ve, esto ni a agraz siquiera sabe, a pesar de tanto ácido. Pues bien, todavía es peor, mucho peor, esta otra de un sonsonete machacón irresistible:

Te repudio y te reclamo
y eres para mi quebranto,

como maligno pecado
que nos da placer matándonos,
y aborrecemos, amándolo.

¡Qué horror! ¡Ay! Sr. Pichardo: por esos resbaladeros poéticos no se puede soñar con la gloria, a no ser que esa gloria se asemeje a la con que soñaba su tocayo de usted en *La Casa de García*, de los hermanos Alvarez-Quintero. ¿No recuerda usted quién era la Gloria con quien soñaba aquel Pichardo? Pues sépalo: la Gloria aquella era una corista de Apolo...

¿No es verdad que el coronado vate se ostenta a nuestros ojos en esas ofélidas como el desmedrado estudiante de Retórica y Poética que comienza a hacer pinillos, endilgando madrigales insulsos a su novia?

Y abundan, abundan más de lo que uno se imagina, futesas por el estilo en el jardín poético del Sr. Pichardo. Es algo inconcebible: si no se viese, no se creyera. Y digo inconcebible porque el Sr. Pichardo sabe hacer versos buenos cuando quiere, y porque —digan lo que se les antoje sus amigos, los que él vió asaeteándole de lo lindo a la luz de los relámpagos— tiene ofélidas substanciosas y bellas, que no dudo las prohijaría Campoamor para ponerlas entre sus deliciosas humoradas.

Con lo cual queda apuntada la nota característica de las ofélidas de nuestro vate. El las definió:

hojas de la pasionaria
de mi triste corazón;

pero aunque muchas rezumen un pesimismo negro y estulto, como el de casi todos los vates sentimentales, que siempre están llorando penas retóricas y fantásticas, a lo que se parecen sus ofélidas es a las humoradas de Campoamor, un tanto impregnadas de becquerianismo. Tienen algo de la vaguedad melancólica del autor de las *Rimas* y algo de la vis cómica y picaresca del autor de las *Doloras*.

No quiero copiar ninguna en comprobación de mi aserto. Es lo primero que salta a la vista en ellas. Quienquiera que lea unas cuantas estará plenamente conforme conmigo.

¿Si tiene Pichardo composiciones poéticas de más alientos que las ofélidas, como es de suponer en un vate que ha sido públicamente coronado y en cuyo loor escribieron por entonces varios poetas cubanos un florilegio de poesías, casi todas bien endebles, por cierto, aclamándole y glorificándole como a un verdadero Apolo?

Yo no conozco más que su *Canto a Villaclara*, leído el día de la coronación, y su poesía *A España*. En la primera de estas composiciones vibra en versos alejandrinos la gratitud del vate hacia el pueblo que tuvo a bien ceñirle la corona inmortalizadora con que sólo se debe ceñir a los excelsos hijos de las musas que ostentan en la frente el sello de la inspiración. Y, la verdad, que me sentí contrariado a leerla. Me la había imaginado un verdadero alarde poético, donde Pichardo hiciese gala de su corazón y de su fantasía, y a cada

estrofa que iba leyendo, sentía como caérseme un pedazo de ilusión.

Aquellos versos alejandrinos tan duros, tan torturados, con tan pérfida disposición de acentos, a veces, eran una música de ferretería, estrepitosa y disonante. El verbo no brota en ellos flúido y espontáneo, *ex abundantia cordis*, como si rompiese de dentro del alma, en limpio y fecundo manantial. Pichardo muéstrase más premioso que nunca. Trasciende el trabajo del rebusco; del rebusco de la idea, del rebusco de la palabra, del rebusco de la rima. Y luego nótase un descuido tan lamentable en las muchas asonancias internas que destruyen la variedad y el ritmo, que bien puede asegurarse que esta composición es de lo más flaco y anómalo que ha inspirado la musa a nuestro vate.

No puede decirse tanto de la poesía *A España*, que, a pesar de algunos versos ingratos e inharmónicos, tiene, en general, nervio, expresión y galanura. En los versos que son también alejandrinos y con ritmo y disposición de acentos a la manera de Gonzalo de Berceo, hay arranques felices, frases inspiradas y una rima ricamente colorista, ropaje digno de las generosas ideas y de los brillantes pensamientos que constituyen el fondo.

Forma un elocuente homenaje de Cuba a España, y en general a todas las repúblicas de América, donde se expresa en pinceladas valientes la sublimidad de nuestro espíritu y se canta en cáli-

dos acentos, brotados del corazón, el ideal divino de nuestra raza.

Mas así y todo, no me parece la musa de Pichardo muy apta para los cantos de robustos alientos, para las odas heredianas rotundas y sonoras. En sus poesías cortas y en las ofélidas hay, aunque no siempre, mucha más naturalidad, mucha más dulzura, mucha más harmonía. Osténtase en ellas su autor más rico de inspiración y de sentimiento, y la idea que en ellas hace irradiar brilla con más simpática lumbre, con más atrayente esplendor.

Entre las composiciones cortas tiene algunas que parecen cinceladas en bronce, como su magnífico soneto *El Gallo*, que, más que obra descriptiva, es obra creadora. Quien lea y medite sus versos rotundos verá que no son una descripción del gallo, sino el gallo mismo, lanzando su canto de triunfo y luciendo sus gallardías en la plenitud de su serrallo. Los transcribiré, seguro de que me lo agradecerán aquellos de mis lectores que nunca lo hayan leído:

Firme y erguido en la escamosa pata,
el pescuezo encendido y al desnudo,
lleva por arma el espolón agudo
este rey de corona de escarlata.
Mientras vive, con ímpetu desata
las dos pasiones de su instinto rudo
y como signo incontrastable y mudo
del animal y el hombre, engendra y mata.
Ama y riñe; su tiempo se reparte
en victorias de Venus y de Marte.

Sultán de la comarca, le es vasallo
el rival que le canta y que le envidia,
y es monarca fecundo en el serrallo
y gladiador mortífero en la lidia.

El poeta no debe entristecerse porque en el huerto de su musa no se den árboles corpulentos, cuajados de sazonados frutos, con tal que se den flores que, estando bien acariciadas por la brisa de la inspiración, luzcan sedosos pétalos y exhalen exquisito perfume.

No hay que confundir al Pichardo de las ofélidas con otro Pichardo (Francisco J.) el autor de *Voces Nómadas*. Este es un poeta-versificador que tiene muy poco de lírico; porque falta vida, calor, arrebato, en sus concepciones; mas que, cuando se deja de endechas entecas y pesimistas, y se pone a hablarnos de su tierra, como lo hace a menudo en *Voces Nómadas*, acierta a darnos admirablemente la sensación del paisaje. Lástima que de cuando en cuando siente plaza de modernista: entonces ni a buen versificador llega y es lo que todos los pedísecuos imitadores de la escuela rubendariesca, muy pomposos, muy hierofánticos, alardeando de encerrar en sus versos muy altos y misteriosos sentidos, como las sentencias de los oráculos y de las sibilas; pero no teniendo, en realidad, ninguno la mayor parte de las veces, porque se los analiza y se los estruja, y no se da jamás con rastro de idea ni de pensamiento.

IV

Bonifacio Byrne

Este poeta dice en alguna de sus composiciones, refiriéndose a su inspiración, estos versos que se me antojan caprichosos por lo faltos de verdad:

mi musa tiene amigos cariñosos
en la hermosa región escandinava.

Se equivoca de medio a medio el poeta, si con eso ha intentado significar que su musa era oriunda de las nieblas del norte. La musa de Byrne es española, muy española. Lejos de presentarse a su fantasía en el momento de brindarle el néctar inspirador, vestida con cendales de brumas, se le presenta vestida con gasas de luz, irradiando de sí mucha luz meridional.

Esto no quiere decir que algún poeta, si no escandinavo, por lo menos sajón, Heine, por ejemplo, no ejerza ni haya ejercido visible influencia en el alma de Byrne. El tender como tiende casi de continuo a encerrar en cada una de sus composiciones una acción más o menos dramática e interesante, es algo esencialmente heiniano.

Pero en cuanto se refiere a la forma, adviértese a la legua que el poeta favorito de Byrne, por lo menos el que ha leído y releído con fruto, es Núñez de Arce. *Lira y Espada* son unos *Gritos del Combate* modestos y humildes. La huella nuñearcina nótase siempre en el espíritu del bardo cen-

foguense, no sólo cuando da recia contextura a sus versos esculpiéndolos a cincel y haciéndolos como de mármol, sino también cuando grita, cuando apostrofa y cuando maldice.

No importa que el gran vate vallisoletano no figure en *Mis Noches* entre la pléyade de autores favoritos de nuestro poeta, donde figuran tantos a los cuales debe poco o nada su espíritu, como Goethe, Schiller, Byron, Víctor Hugo, Gauthier y, pásmese el lector, Zola, a quien Byrne no debe más que el verso oliente a farmacia que le dedica en la citada composición:

Zola como un cordial me vigoriza,

y el haberle echado a perder una poesía de versos tan rotundos y substanciosos, y de frases tan enérgicas y tan gráficas como la que lleva *Mañana* por título. Aquel *dreifusismo* trasnochado con que termina, proyecta hacia atrás como una sombra de desdoro que desluce todo sus bellos rasgos.

Decía que Núñez de Arce, con no brillar entre la pléyade de autores, queridos de Byrne, que figuran en *Mis Noches* —no seguramente por ingratitud del autor, sino por olvido—, es el que más resalta precisamente en esa poesía por lo sobrio y austero de su factura, por lo macizo de su substancia y por lo rítmico y harmonioso de sus versos, que, excepción hecha de dos, los en que salen a relucir Goethe y Heine, cuya respectiva *e* final no se pronunciará en francés ni en inglés, pero sí en alemán y español, son robustos, acerados y sonoros.

Pero me dejaré de asignar abolengo a nuestro vate y trataré de puntualizar las cualidades características de su obra poética.

Lo primero que llama la atención en Byrne es su fuerza descriptiva. A veces en cuatro rasgos nos da un cuadro bellísimo de la naturaleza, que es la fuente de Hipocrene que mana para Byrne abundantísima linfa inspiradora. Byrne, pintor, hubiera sido un paisajista admirable. ¡Qué bien advierte las cosas delicadas que alientan en la naturaleza, y qué hondamente le inspiran, y con qué dulzura las canta!

Lo exterior a sí, lo épico, es lo que más vivamente le sugestiona y lo que más intensamente le inspira. Su lirismo es llorón, pesimista, con un pesimismo antipático y hosco, que le fuerza a ver todas las cosas negras y sombrías, y anhelar estar sólo y considerar su mejor amigo al que de él, se aleja; un pesimismo que le hace resbalar hasta lo prosaico y lo pedestre, como en aquella poesía simbólica en que nos pinta a un Job ficticio y despechado que en nada se parece al Job de las santas Letras.

No obstante transijo de mil amores con ese pesimismo en algunas poesías, como en *El Rayo de Sol*, por ejemplo, que es un diálogo tierno y melancólico entre un rayo de sol y el poeta. Aquello de decirle el poeta a su interlocutor el rayo solar, que lo que él ansía le caliente es el corazón, y la respuesta del rayo solar al poeta errante y expatriado, confesando que hasta el corazón

de un extranjero nunca pudo llegar él, es precioso, felicísimo.

Otra de las cosas que resaltan en Byne es la manera fuerte y robusta de sentir la patria, cuando su musa se ciñe sólo a sentir la patria, esto es, a amar. Cuando junta con el amor el odio y se deja llevar de increpaciones y de apóstrofes al "nefando despotismo" y a la "caduca España", entonces los versos le salen duros, violentos, inharmónicos, como en la poesía *A los Estudiantes*, o le fuerzan a caer en puerilidades e inverosimilitudes como las de *El Baile*. ¡Tres cubanitas graciosas obligadas a bailar desnudas delante de Weyler y luego las tres por él mismo asesinadas! Pase que el pueblo, para hacer odioso a un tirano invente patrañas evidentemente absurdas, como las del *Baile* de Byrne; pero que un poeta consciente las recoja y sobre ellas poetice, dispénsenos el apreciado vate que lo juzguemos indecoroso y menguado.

Mucho daría de bueno por que nuestro poeta no hubiese descendido a niñerías por el estilo, bien que, en el momento de la revolución y al lúgubre eco del choque de las armas, parezcan naturalísimas.

Y digo esto porque Byrne sabe ceñir su frente de esplendores cuando, como acabo de decir, se concreta a cantar el sentimiento de patria. Entonces sí que de su lira brotan inspiradísimas notas y acentos preñados y rotundos. Léase *Grito del Alma* saboreando aquellos versos acerados y substanciosos, casi aforísticos, ornados de expresivos símiles y de bellas imágenes, y en los cuales se en-

tona un himno de bronce a la libertad y se fulmina un anatema contra la transacción con las circunstancias, consejeras siempre egoístas y miopes, y se verá que es casi dogmático lo que digo, esto es, que Byrne sabe coronarse de poeta de vigorosos alientos cuando, posponiendo el odio, se deja llevar suavemente del sentimiento dulcísimo del amor a la patria.

Entonces nos regala con bellos idilios simbólicos de factura irreprochable como *La Estrella*, donde la inspiración del vate fluye límpida y pura como raudal cristalino, y nos recrea y extasía viendo a quella niña que se llama Gloria contemplando absorta en un pedazo de cielo a una estrella solitaria... Entonces traza versos sencillos y poéticos, a pesar de algún prosaísmo, como los de *Fosas Ignoradas*, doliente elegía de antiguo corte español, que sabe a Jorge Manrique, y que rezuma de todas sus estancias sanísimo y ardiente sentimiento patrio... Entonces remóntase en alas de la inspiración y desgrana desde lo alto quintillas tan bellas como las que rotula *A Martí*, que son una entusiasta semblanza poética del apóstol de la independencia cubana, donde hay pensamientos tan hondos como éste:

Para dejar en la vida
un surco extenso y profundo
y una memoria querida,
hay que atravesar el mundo
llevando abierta una herida...

Lástima que, sin querer, desvirtúe el mérito de la singularidad de *Martí*, diciendo que de soñadores como él

el mundo se encuentra lleno
como el sol de resplandores,
y el valle fértil y ameno
de pájaros y de flores...

No lo crea el entusiasta poeta. Estos versos los ha pensado poco. Son un *lapsus cálami*, o por mejor decir, un *lapsus mentis*. Los soñadores como Martí no abundan como los pájaros y las flores. Nuestro apreciado poeta es uno de ellos; pero vaya numerando nuestro poeta los Byrnes que hay en Cuba, que, en cuanto a pájaros, es una pajarera y, en cuanto a flores, es un jardín...

Pero me olvidaba de que estaba probando que el sentimiento de patria inspiraba intensamente la lira de Byrne. Y no siempre son gritos de combate y alaridos de desesperación los que pone en sus cuerdas: a veces pone en ellas notas dulces y melancólicas que llegan hasta lo íntimo del alma, como en *Los tres Lutos*, donde uno gusta y paladea, como si fuera dulcedumbre misteriosa, la vaga melancolía que nos causa el pobre insurgente que se fué a la guerra y cayó muerto de un balazo en la arena del combate, enlutando y llenando de pena a tres mujeres. ¡Qué patética y hermosa aquella conclusión hablando de los distintos lutos!

El de la novia duró tres meses;
el de la hermana duró tres años;
el de la madre... ¡duró hasta el día
que al cementerio se la llevaron!

Resalta otro sentimiento nobilísimo en las poesías de Byrne: el sentimiento del hogar. Es como nunca tierno, sensible y apasionado, cuando constituyen su vena inspiradora la mujer, los hijos, los abuelos. Y lo propio sucede con otro poeta cubano de quien hablé en otro artículo, con Guillermo de Montagú.

¡Qué bella flor de rica esencia, la deshojada por Byrne, en loor de los abuelos, en aquella preciosa composición que lleva por título *Los Ancianos.* Y cantando las cosas de los niños, también está inspirado. Léase *Los Juguetes,* que trasciende un poquillo a Juan de Dios Peza, y mejor aún *¡Oh, Vida!* que es una bella dolora campoamoriana: Un niño roba un pan para su madre impedida y hambrienta. Se le encierra en una cárcel. Pasa en ella un mes soñando con el ídolo de sus amores, y cuando sale de su prisión le sorprende un entierro:

¡Era su madre la muerta
que llevaban a enterrar!...

¿Verdad que, como cada dolora del insigne Campoamor, encierra esta pequeña poesía de Byrne todo un tristísimo y doloroso drama?

Poco me resta ya por decir, respecto de la obra poética del vate matancero; pero aún me queda

en cartera una nota simpática, y es que ha dado de mano a las impiedades de que salpicó anteriores colecciones de versos enclenques y primerizos, y que aquí y allá en las poesías de *Lira y Espada* palpita un acendrado sentimiento religioso que rompe a veces, a chorros, como en *La Campana*, composición vagamente melancólica y nostálgica, en cuyos versos cristianos y sentidos, parece que van diluídas tonalidades de crepúsculo. Con todo lo que vengo diciendo y con añadir que por las páginas de *Lira y Espada* se tropieza de cuando en cuando con sonetos magníficos, como *Nuestro Idioma*, *Vorrei Morire* y *En la Orilla*, pienso haber reflejado bastante exactamente la valía estética de los versos de Byrne.

No están exentos de defectos, de incorrecciones gramaticales, de descuidos en la técnica artística, que hacen duros, cuando no cojos, algunos versos, y no vendría mal zurcir un párrafo acerca de esos múltiples lunares, si no por él, que no merece esa tarea, para el mismo crítico ingrata y repulsiva, por la *barbaridad* de poetillas, como diría Martínez Campos, que pululan por la hermosa Antilla y que se ponen a versificar tan frescos, sin haber saludado los umbrales de la gramática, ni los de la retórica, ni mucho menos los de la estética. Con lo que dicho se está el valor literario que podrán tener todas las efusiones líricas de que atiborran los semanarios provincianos y no provincianos, creyéndose ya poco menos que hombreando con Espronceda o con Zorilla, con Plá-

cido o con Heredia, y ostentando en la frente el lauro de la inmortalidad.

A pesar de sus defectos de técnica artística, a pesar de sus no infrecuentes pisoteamientos de la gramática y a pesar de su anti-españolismo, no se puede poner en tela de juicio que, hoy por hoy, es Byrne el mejor poeta cubano, el sinsonte que más inspirado canta entre las frondosidades de la cubana manigua.

HABANERAS

I

El público y las revistas.

(En la aparición de la revista *Helios*.)

Por fin parece que va a ser una realidad hermosa, el tener en la capital de Cuba una revista, que satisfaga la necesidad de sana literatura que se venía sintiendo. Tiempo es ya de que semejante ideal encarne y se realice. ¡Tantas y tantas revistas literarias como han visto la luz, de pocos años a esta parte, todas prometiendo convertir la mar en leche-crema y ninguna satisfaciendo los deseos del público, ávido de conocer rápida, pero concienzudamente, el estado actual de la literatura! Así han ido ellas, sucediéndose unas a otras en el panteón del olvido involuntario, como dicen los saltimbanquis, sin excitar en los que habían sido sus lectores más grito de compasión y de simpatía, que la un tanto sarcástica frase pagana: ¡que la tierra les sea ligera!

Y es, como digo, que no satisfacían los deseos del público. Hoy se vive muy a prisa. El público

que es, poco más o menos, lo mismo en todas partes, dedícase con intrepidez afanosa de argonauta a la conquista del vellocino de oro, y cuanto tiempo emplee en esta mercantilista faena, todo le parece a maravilla; mas para cualquiera otra faena de la vida, siquiera sea tan noble y civilizadora como la de adquirir cultura y ensanchar más cada día el horizonte de las ideas humanas, no tiene tiempo, y quiere que, sin desgaste cerebral ni considerable pérdida de minutos, se le informe atinadamente del palpitante acontecimiento internacional, de la situación social y política del país en que la revista aparece, de los aires literarios de afuera y de adentro y de su respectiva valía estética, según el fallo de sensata crítica; en suma, que quiere enterarse bien, aunque, como por *brevis et breve*, del movimiento social, político, literario y artístico nacional y extranjero.

—¿Que es eso mucho pedir y casi tanto como pedir peras al olmo?

Pues bien, el público, el señor público todavía pide más. Pide que todo ese jugo intelectual se le sirva en copa de oro, a ser posible, como se les servía el néctar a los viejos dioses, esto es, que toda esa labor política, sociológica, literaria, artística... se refleje en un estilo diáfano, que no fuerce a pensar —*a perder* tiempo— inquiriendo cuál sea el pensamiento del autor; sino que lo transparente con más limpidez aún que el agua corriente cristalina las piedras del fondo del cauce.

Y aún pide más, pide que el estilo no se ciña a ser claro, sino también ameno, elegante, castizo.

En todas partes se es más o menos poeta, y se gusta, por consiguiente, de que las concepciones literarias aparezcan como impregnadas en efluvios de poesía. Y esto que gusta en todas partes, gusta con delirio en América, donde con tanto apasionamiento se ha cultivado siempre la bella literatura; con lo cual huelga decir si gustará bajo este espléndido cielo cubano, en esta tierra paradisíaca, rica de galas y de flores, donde todo parece que habla al alma de ensueño y de poesia.

Los grandes estilistas modernos, desde Flaubert hasta la Pardo Bazán nos han acostumbrado a una prosa rítmica, lapidaria, que es una nueva verdadera forma poética con que se reviste y exorna el pensamiento. Y todo lo que no se escriba en una prosa parecida, bordada de galanuras y salpicada de graciosos símiles y de nítidas imágenes, no nos seduce ni deleita, y quizá nos disgusta positivamente y nos desagrada. Y es que *le souci de la phrase*, la inquietud de la frase ha refinado nuestro oido interior que se cierra a la banda a toda instrucción y doctrina que no se fundan en agradable música sonora.

Hoy los escritores que anhelen ser amados, tienen que derrochar riquezas... riquezas de estilo. La riqueza estílica avalora toda idea y todo pensamiento. Sucede con ella lo mismo que con la riqueza pecuniaria. En *El Discreto* de Lorenzo Gracián, un escritor muy ingenioso y agudo, aunque muy gongorista y culterano, que mereció el raro privilegio de ser traducido al alemán por Arturo Schopenhauer, se lee tratándose de riquezas: "do-

ra las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido a las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas." Exactísimo. Y he ahí la clave de los estragos causados por cierta literatura. Seguramente no fuera tan corruptora, si no fuera tan rica. Hay, pues, que harmonizar el valor de las sentencias con la riqueza de la elocución.

No quiere decir todo lo que vengo indicando que nos dejemos cautivar por vacuos ruidos de palabrería. Detesto esa literatura dilettante que vincula en la forma y sólo en la forma todo el mérito de una obra literaria y pretende sustituir las ideas por las frases sonoras, por lo que llamaba Horacio *ambitiosa ornamenta* y que en vez de inquietarse por grandes pensamientos, sólo se inquieta y se desvive por retóricos giros. La literatura sin pensamiento es como un cuerpo humano sin alma. No faltará la hermosura, pero tampoco la palidez cadavérica. Forma y pensamiento unidos en harmonioso maridaje, fundidos como en dulce beso, tal debe ser la aspiración de los modernos escritores. Así gozarán el placer indefinible de ser leídos.

El placer indefinible que yo le deseo a *Helios*.

II

El Estilo.

Hacía en mi articulejo anterior tanto hincapié en la urgencia de escribir bien, porque tengo muy elevado concepto del estilo, que debe ser como un esquife de oro en el que embarquemos nuestros sentires y pensares, a lo largo de las aguas de la vida, persiguiendo las bendiciones de la posteridad.

Si el esquife es de madera, se resquebraja en seguida y se va al fondo; si es de plata, llega a oxidarse y a deslucirse adquiriendo tonalidades de hierro: si es de oro, conserva siempre su brillo y atrae de modo invencible, en pos de sí, las miradas inteligentes.

No tuviera el buen estilo más cualidades que ésta, en su abono, y debía ser bastante para que todos los que manejamos la péñola, pusiéramos todo nuestro ahinco en escribir a toda ley. Pero tiene otra invaluable para los que tenemos muy poca substancia gris que exprimir en las cuartillas, para los que carezcamos de originales ideas y de fecundos pensamientos; y es que el áureo estilo se parece a los grandes actores que salvan, a veces, las obras malas que debían ser silbadas en la escena.

Todas estas cosas son como si no fuesen para la turba-multa de escribidores modernistas que, montados en el rocinante de su ignorancia, aco-

meten, por revistas y periódicos, en busca de conquistas y de aventuras, que no es posible tengan otro final que los consiguientes tullimientos de huesos que postraban al ingenioso Hidalgo en medio de sus mayores ensueños de gloria.

Han visto que Unamuno—el maestro—llamaba retógrado a quien quiera que juzgase "intangible la gramática" y... ¡duro contra las reglas más elementales y de sentido común! Con decir que el sabio Rector de la Universidad de Salamanca los autoriza para tan altos hechos, ya están al cabo de la calle. Y Unamuno va a tener que desdecirse por no poder consentir en pos de sí a la gavilla de sus imitadores. Se comprende que a un magnate de la literatura y, mejor aún, de la poesía, se le permita *alguna vez* infringir una regla, en aras de la naturalidad: pero si esos permisos se concedieran a la plebe escribidora ¿quién duda que llegaríamos a tener que marcharnos, cada uno por donde le llevase su destino, como los obreros de la torre de Babel?

¡Cuidado que escriben filigranas idiomáticas ciertos escritores del día, siempre a caza de frases ininteligibles y absurdas! Tienen párrafos o estrofas, según escriban en prosa o en verso, que parecen laberintos de minotauros, sin hilos de Ariadna conductores. Es la moda, se dicen,, moda rubendariesca, mucho más abominable que la gongorina, pero al fin, moda. El caso es ostentarse olímpico, rimbombante y multicolor. Esto, al menos, da apariencia de aristocracia intelectual.

¡Oh, qué bien lo dijiste tú, Quevedo chistosísimo:

¿No me entiendes ni te entiendo?
pues cátate que soy culto...,

Comprendo que el estilo, siendo como es un ropaje del pensamiento, haya de dejarse influir un tanto por la corriente de la moda; pero nunca se debe olvidar que gran parte de las modas son eminentemente ridículas, denunciando gustos muy poco exquisitos, por no decir completamente estragados. ¿Os acordáis del *polisón*, de aquella extraña moda que de tan risible guisa caricaturaba a la mujer? Pues bien, el modernismo de ciertos escritores en el polisón de la literatura.

Yo no niego que el estilo evolucione y progrese, ni siquiera que el ideal del estilo de nuestros tiempos consista, como dice el más joven de los González-Blanco, en la alianza del "rígido lineamiento clásico con la curvatura artística de la prosa moderna, genuinamente francesa". ¡Pero si en esos estilos empecatados que ahora se usan, no hay clasicismo, ni arte, ni curvatura, ni nada! No hay más que un dislocamiento de metáforas y de frases, que les haría chillar de dolor, si tuvieran órgano alguno con que expresar su sentimiento...

Un vestido que transparente las realidades veladas de las formas, en una estatua de mármol, de esas cuyos ondulantes pliegues caen desde los hombros, trasluciendo a maravilla las perfecciones del cuerpo, algo así juzgo yo que debe ser el estilo. Ceñido como los graciosos pliegues de la es-

tatua y como ellos también sencillo y natural.

Y no es esto decir que el estilo haya de ser uniforme en los diversos autores, no. El estilo que no lleve el característico sello personal, no merece el nombre de estilo, sino el de un aglomerado de palabras, ordenadas en posición distinta de la que tienen en el léxico. Con frase resobada hasta la saciedad se ha dicho que el estilo es el hombre. Y el hombre todo entero con su psicología y su fisiología, debe aparecer reflejado en el estilo. Por eso, sin duda, recomendaba Zarathustra que se escribiera con sangre. *Schreibe mit Blut und du wirst erfahren, dass Blut Geist ist.* Escribe con sangre y comprenderás, por experiencia, que la sangre es espíritu. Y en este sentido los estilos tienen que ser variadísimos, tan variados como los espíritus, como las almas, pudiendo asegurar con Taine, en un ensayo de crítica sobre Balzac, que hay un número de buenos estilos, tantos como espíritus egregios.

Naturalmente que agarrándose a estas mis predicaciones preceptísticas, no ha de faltar quien ponga de oro y azul a mi estilo y hasta quizá se atreva a entrar a sangre y fuego por mis humildes partos literarios. No importa que con mis propias armas me los degüellen: los que nos metamos a ejercer la profesión de críticos, debemos tener todo el heroísmo de Guzmán el Bueno.

III

Paso a los Genios.

Un joven que me es desconocido, pero que, a juzgar por su amor a la literatura, debe de ser muy estudioso y muy simpático, me escribió preguntándome cómo podría aprender pronto a escribir bien, a manejar gallardamente la pluma, a formarse un buen estilo.

Ahí tenéis una pregunta que, ateniéndome estrictamente a la manera de formularla, podría contestar muy de perlas con la siguiente frase brevísima: pronto, de ningún modo. Pero la amabilidad de nuestro joven y el entusiasmo que por las bellas letras abriga, merecen una contestación que no vaya estigmatizada por su aspereza y su secura. Eso sí: no se espere jamás una contestación que sea como una péñola mágica con la cual no tenga uno más que ponerse a escribir, para que, al correr de los puntillos, vayan, brotando, como por ensalmo, galanuras y primores. Para mí quisiera yo esa péñola mágica...

Ante todo digamos que hay muchas maneras de escribir: la de ir fijando en las cuartillas, al paso que se escribe, resplandores visibles de genio; la que, sin vislumbres geniales, despliega, no obstante, una gracia y un encanto que fascinan y seducen; la de muchos "niños góticos" que se meten a periodistas, sin que se les pueda echar en

cara haber cometido jamás el delito de haber leído una obra clásica, y la de los escribanos y fiscales que no dista un palmo siquiera, de la de nuestros flamantes periodistas. Y, entre paréntesis, esta observación de Clarín en *Literatura de Oficio*: "me parece mal... que los periodistas se incomoden *en masa* —no recuerdo si subrayo yo o subraya Clarín— porque se ridiculice a los periodistas... ridículos".

Ahora bien, ¿qué se ha de hacer para ser un consumado maestro en la segunda manera de escribir, ya que la primera sólo es patrimonio de predestinados por la naturaleza a ceñir inmortal aureola? Yo no me atrevo a contestar por propia cuenta. Había de parecer dura y desapacible mi contestación; bien que va a ser mucho más desapacible y dura la que voy a dar y contra la cual no valen enojos ni rebeldías, porque no es la de un critiquillo cualquiera, sino la del crítico de los críticos, de Taine. "Quince años —dice en su jugoso libro *La Filosofía del Arte en Grecia*— son necesarios a un escritor para aprender a escribir, no con genio, que esto no se aprende nunca, sino con transparencia y lógica, con propiedad y precisión."

Y no se crea, ni por asomos, que el gran historiador de la literatura inglesa exagere. Con un rápido vistazo a literatos y poetas podríamos abonar y ultraconfirmar su opinión. Las grandes reputaciones literarias son como el acero y sólo se forjan a martillazos sobre el yunque, esto es, a fuerza de trabajos y de vigilias. Pope, el gran poeta católico de Inglaterra, era tan pulido y atildado,

que retenía a veces, un año entero, sus composiciones, revisándolas a menudo y puliéndolas cada vez que las revisaba. De Goldsmith se dice que dedicó siete años a pulir y limar las peregrinas estrofas de su melancólica y dulcísima *Deserted Village*. Bernardino de St. Pierre copió hasta nueve veces su *Pablo y Virginia* hermoseando y enriqueciendo el estilo en cada copia. Bossuet borraba, entrelineaba y henchía de correcciones las márgenes del papel en que trazaba sus inmortales oraciones fúnebres. Montesquieu decía con cierta vaga tristeza, como barruntando que nunca se sabría apreciar debidamente su famosa obra *El Espíritu de las Leyes*: "leeréis esta obra en unas cuantas horas, pero me ha costado tanto trabajo, que mis cabellos se han emblanquecido." No digamos nada de los modernos estilistas franceses entre los cuales descuella un Flaubert que defendía la consubstancialidad de la palabra y de la idea y que, en perseguir esa consubstancialidad, agotaba su cerebro y todas sus admirables energías.

Y viniendo a autores españoles antiguos y contemporáneos, cuyo nombre irradia como constelación de gloria, en lo más alto del cielo de las letras, ¿quién no sabe que el divino León consagró a su excelsa obra *Los Nombres de Cristo* más de sesenta meses, todo el tiempo que gimió inocente en una cárcel, donde "la envidia y mentira" le "tuvieron encerrado?"

Más no se necesita remontarse a tan lejana edad: en nuestros mismos días hemos visto a la eximia estilista gallega trabajar años y años en la

deliciosa escultura literaria de su *San Francisco de Asís*, y al P. Mir no cansarse de hacer esperar la aparición del libro de más sabor clásico que ha visto la luz en nuestros tiempos, *La Pasión*, obra admirable en que diríase habían colaborado los místicos sublimes de nuestro siglo de oro. ¿Y no se ha dicho de Núñez de Arce que en su rotundo y maravilloso poema *La Ultima Lamentación de Lord Byron* —que, dicho sea de paso, tiene bien poco sabor byroniano y eso mismo le multi-avalora y hermosea— había octava real, de las en que se describe la épica danza de las mujeres suliotas arrojándose unas tras otras al fondo de la sima, que había costado al poeta vallisoletano laborar una semana entera, viniendo a salir como a verso por día?...

Esta labor dura, tenaz, persistente que suponen las grandes obras es, sin duda, lo que indujo a Buffón a definir como *ex cáthedra*: *le génie c'est la patience*, el genio es la paciencia. Bien que no estoy conforme con Buffón, aunque sólo fuera por la razón sencilla de que entonces carecerían de genio todos esos impacientes jóvenes del día que, yo no sé cómo, se encaraman en las columnas de los mejores diarios y desde allí disparan a diestro y siniestro bala rasa de literatura.

¡Vaya con el gran sabio naturalista! ¡Qué manera de querer cortar ilusiones en flor! De paciencia, no: de hervor febril es de lo que hacen alarde los consabidos jóvenes. Porque creen a pie juntillas con Helvecio y con Locke que el genio nos es natu-

ral e ingénito a todos. No será así; pero ellos así lo creen y... ¡paso a los genios!...

IV

¡Quién supiera escribir...!

Nadie vaya a creer que robo la exclamación con que encabezo este artículo al ama atrevidilla, que tan tierna y bravamente dialoga con el Cura en la popular dolora de Campoamor. La exclamación que me sirve de epígrafe es la que se exhala inconscientemente de los labios de la juventud estudiosa, al saborear las exquisitas páginas de algunos de los escritores de nuestro siglo de oro, o al sentir la harmonía de latidos y pulsaciones que levanta en el corazón algún precioso panorama de la naturaleza, o al contemplar, aprisionada en las estrecheces de un lienzo, la concepción abrumadora de alguno de esos genios que sorprenden sus más delicadas tintas al iris y sus más íntimos misterios al espíritu.

Pues bien, para escribir con garbo y galanura se necesita haber estudiado mucho, haber hecho grande acopio de ideas en libros de toda índole cultural y haber educado el oído y el gusto en la lectura asidua de los clásicos; pues la buena prosa tiene su música y su sabor, música y sabor espirituales que sólo percibe y paladea la parte más noble de nuestro ser.

Spencer, sintetizando una idea de Carlyle, dijo que la palabra era "el papel-moneda del pensa-

miento". Carlyle había dicho en *Stump-Orator* que la palabra era el billete de banco que se emitía sobre un capital de cultura interior. Este capital se adquiere estudiando y pensando mucho, y una vez adquirido, ya se puede hablar y ya se puede escribir; porque la palabra, escrita o hablada, representa oro. Claro que se puede saber más que Lepe o Merlín, el encantador, y ser todo un pote... de oro enterrado, sin saber escribir bien; pero eso sucede porque no se ha cumplido con el segundo requisito: el de las lecturas clásicas, persistentes y reflexivas, hasta señorear el idioma y llegar a sentir hondamente el genio de la lengua. Cuando ambos caudales son una realidad, el pensamiento brota ya de la mente, hermoso y ataviado, tan ataviado y hermoso como brotó la mitológica Minerva del cerebro de Júpiter.

¡Figúrense, después de todo esto, cómo estarán escritos y pensados —ya que el gran novelista convertido Pablo Bourget nos asegura que escribir mal *c'est toujours mal penser*— esa infinidad de cuentecillos, de novelitas, y aun de simples artículos de revista o de periódico, con que se descuelgan arreo en este país delicioso toda esa pléyade de escritores y de poetas—llamémoslos así, ya que ellos así se llaman—que acaso no conocen más clásica literatura que la encerrada en las *Ofélidas* de Pichardo! ¡En este delicioso país donde nos garantiza uno de sus hijos más cultos, Márquez Sterling—y esto va sin átomo de ironía—que nada de provecho se estudia ni se lee, porque hasta las cosas más serias se toman a broma! ¡Lástima de

labor literaria, tan literaria, como... fructífera!

Y aquí se me ocurre una duda y es la siguiente: ¿Irá alguien a creer o a sospechar que este pecador sea contrario a que la juventud, se dedique, desde muy juventud, a las bellas letras y nos cuente sus impresiones y escriba y poetice? Ni por lumbre. Nadie más amante que yo de los escritores jóvenes, eso sí, de los escritores jóvenes que estudian, que piensan, que sienten... un amor vivo por la belleza, cuyo ideal vislumbran en las lontananzas de su fantasía, y que, para ver de realizarlo, de encarnarlo en el párrafo o en la estrofa, se desviven por desposar sus naturales aficiones estéticas con un positivo fondo de cultura.

Para algunos de esos jóvenes no soy del todo desconocido: más de una vez han venido a mi a leerme sus partos literarios. Y bien saben ellos —los jóvenes—que he procurado parecerme mucho más a D. Alberto Lista que al Conde de Toreno. Lista siempre recibía al chiquillo Espronceda con suma blandura y amabilidad. Corregíale algunos versos haciéndole persuadirse de lo incorrecto y defectuoso que en ellos había, y a veces hasta le escribía estrofas enteras, pues sabido es que son suyas algunas de las mejores octavas del *Pelayo*. En cambio el ilustre Conde hirió al mismo novel poeta en lo más delicado de su orgullo, tildándole de calcar a Lord Byron y mereció, a juicio del vengativo vate, pasar a la posteridad, estigmatizado en *El Diablo Mundo* con el harto sangriento estigma de aquellas dos octavas reales que terminan con el pareado que todos conocen:

Al necio audaz de corazón de cieno
a quien llaman el conde de Toreno.

La estudiosa juventud es acreedora a que se la entusiasme y estimule, aunque sólo fuera por la sencilla razón de consagrar lo más florido de sus días al culto de las letras, cuando la mayor parte de la gente chavala —y sobre todo en este delicioso país— no piensa en cosa de más fuste que en andarse a la flor del berro. Para con estos jóvenes que en tan ennoblecedora tarea emplean el mayo de su vida es poca toda dulzura y afabilidad, de parte de los críticos. Además ¿quién no tiembla ante la lección del espronceda estigma?

¿A quiénes me refiero entonces? Pues a los mil y uno que ni estudian, ni sienten, ni piensan, y, sin embargo, escriben... naturalmente, echando a perder la gramática y el idioma y el sentido común.

Nada: que hay que estudiar y quemarse mucho las cejas, si se quiere escribir bien, y hay que escribir bien a todo trance. Respecto de este particular, yo no dudo en hacer mía esta máxima de Zola —¡Cielo santo!— *une phrase bien faite est une bonne action.* ¡Cuánto más valdría esta hermosa máxima, si no viniese después de una blasfemia, o por lo menos, de un solemne disparate: el de no reconocer más crimen en literatura que el escribir mal!

Porque las brillantes plumas son, más que las espadas imperiales, soberanas del mundo. Para ellas no hay límites ni fronteras. No importa que

tracen sus pensamientos en idioma determinado. Se los traduce en seguida y cunden después de pueblo en pueblo y de nación en nación, ejerciendo doquier su espiritual señorío sobre las almas. De donde los estragos y ruinas que esas brillantes plumas pueden causar, cuando no las mueve el amor de la verdad y de la justicia. Y tratándose de escribir ¿no va a haber más crimen que el escribir desatildadamente?...

Perdón, lector querido. No sé cómo diablos se me ha escapado esta perorata de seriedad moralizadora. Ni que me hubiera imaginado en un púlpito.

V

Don-no-entiende-ni-jota.

No cause extrañeza el epígrafe que encabeza estas líneas. Es la traducción exacta, a mi humilde entender, del famoso personaje de Remy de Gourmond *Celui-qui-ne-comprend-pas*, que, según el insigne Rubén Darío, tanto abunda por tierras americanas.

Sí: lo dijo Rubén Darío en las "Palabras liminares" a cierto libro suyo de poesías pecadoras, que él muy acertadamente bautizó con el nombre de *Prosas Profanas*: "*Celui-qui-ne-comprend-pas* es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquoeur." ¡Vaya un clavel

rojo el que regala el vate nicaragüense a sus conterráneos! ¡Y que, como poeta y como americano, es doble autoridad en el asunto!...

Ahora bien, eso de *rastaquoeur* sólo reza con la gente de París que se muere de gusto al ver la esplendidez con que pagan los americanos el prurito de la distinción.

Unos se distinguen por su saber, otros por su ignorancia, éstos por su espíritu retrógrado, aquéllos por sus radicalismos intransigentes. ¿Por qué no ha de haber quien se distinga a fuerza de exprimir su bolsillo? Todo es distinción, y así se paga tributo a la tendencia de sobresalir, que es naturalísima. Sea entre fango, sea entre flores, el caso es sobresalir...

Pero veo que a pesar de no importarnos un ardite, gasto demasiada tinta en esos preclaros excitadores de la hilaridad parisiense. Pasemos al poeta que es *lo* único de que pienso hablar hoy dejando para otros días, o para otras plumas, al abogado, al periodista, al profesor...

Y bien, ¿es cierto lo que dice Rubén Darío, es a saber, que en estas vírgenes tierras americanas es poeta *Celui-qui-ne-comprend-pas*, que es lo mismo que decir Don-no-entiende-ni-jota?

Por lo menos en este delicioso país antillano es certísimo. A poco que uno se asome por esos semanarios de Dios, con vistas a la candidez y a la simpleza, queda uno tan convencido de la aserción del bardo de Nicaragua, como de los más rígidos principios axiomáticos.

Y se explica perfectamente que aquí todo el

mundo poetice. Este cielo que irradia siempre tan azul y tan hermoso, esta tierra paradisíaca que, tan ubérrima, se estremece a las caricias del sudor humano, sonriendo matizada de frutos y de flores; ese mar que de ordinario se tiende tan arrullador a sus plantas, prodigando ósculos y mimos, y, sobre todo, esa dulcedumbre criolla, forjadora de ensueños, que parece hablar constantemente de cunas y de hamacas..., reíos de todas las fuentes castalias adonde iban los vates helénicos a beber el chorro puro de la inspiración, para luego hacer vibrar, harmoniosas, las cuerdas de sus arpas y de sus liras. Cuba es en toda su extensión una fuente castalia, un Parnaso adonde están remontados de continuo sus habitantes, un Olimpo verdadero, todo él poblado de risueñas musas, ávidas de estampar en la frente del genio el consabido ósculo inspirador.

De ahí, de ahí la muchedumbre de poetas con quienes nos estamos codeando todos los días. De ahí que sea vate inspiradísimo Don-no-entiende-ni-jota. Aquí no se necesita entender nada, para ser poeta. Los poetas se dan en esta tierra como se dan en los prados las margaritas, como se dan en los huertos las coles: son plantas silvestres que brotan, como por generación espontánea, del seno fecundo de esta madre tierra. Ríanse ustedes de aquel pulular de vates de que hablaba Larra en una de sus sátiras sabrosas.

¡Y qué versos los que se atreven a imprimir por esas revistillas, dedicados cuándo a celebrar hoyuelos de Filis, cuándo a cantar sonrisas de Ama-

rilis! Un amigo mío, un tantico gracioso y maleante, los llama versos-hembras. Y la verdad que no se adivina el por qué. Acaso para él eso de los versos-hembras tenga alguna significación oculta y misteriosa de la cual pudiera darnos la clave el saber que este gracioso amigo, hace cuando habla, de las zetas eses...

Si así fuera, es demasiado rígido en sus apreciaciones. Yo convengo en que los poetas aludidos no sabrán jota de estética, ni siquiera de retórica, ni aun de gramática; pero saben, a lo mejor, aforar tabaco, o trabajar de alfayates, o vender en su justo valor un par de calcetines..., todo lo cual nada obsta para que puedan echar su cuarto a espadas en asunto de versos.

—¿Que no los hacen buenos? Pero los hacen malos, y como en este delicioso país quienquiera que haga versos ya pasa plaza de poeta, nadie les quita el júbilo de ver ceñida a su frente la aureola de vates, siquiera sea de aquella laya de vates que —rígido también como el amigo de marras— quería mandar Iriarte a guisar huevos más allá de las Islas Filipinas.

¿Por qué se los había de mandar tan lejos a ejercer de culinarios, si después de todo son poetas perfectamente inofensivos? No dándose por agraviadas las Filis y Amarilis que actúan de musas inspiradoras, nadie creo yo que tenga derecho a molestarse por ver los periódicos domingueros salpicados aquí y allá de trovas enamoradas. Las lee uno, si quiere, se ríe —esto aunque no quiera— y más de cuatro veces encuentra pábulo

para una satirilla cómica que sabe a verdaderas mieles a muchos paladares.

VI

Alrededor de una nonada.

Una amable lectora de mis nonadas revisteras me escribe una epístola sentida zahiriéndome un tantico por la "pícara ironía" que "rezuma" mi articulejo sobre Don-no-entiende-ni-jota. Dice que esos pobres vates son perfectamente inofensivos —ya lo había dicho yo—, y que no hay motivo ninguno para tratar de romperles la pluma en la mano, cuando sólo la cogen en breves ratos de esparcimiento y después de haber cumplido perfectamente con el divino precepto de ganarás el pan... trabajando duro en su respectivo oficio o empleo las horas reglamentarias.

Con esto creo yo que se conforma a las mil maravillas cuanto dije sobre Don-no-entiende-ni-jota, a pesar del tonillo irónico que se pretende barruntar en mis frases; y por tanto no hay razón ninguna para que se me zahiera. Pues si bien ello se hace con manos blancas, y manos blancas no ofenden, como dijo aquel áulico de Fernando VII, siempre es zaherir y... vamos, que no hay para qué blandir la férula contra quien ni por asomos la ha merecido.

Tan ni por asomos, que yo apruebo y hago mías todas las consideraciones de mi culta lectora, al

lamentarse de que haya poetas que causan positivos daños a la literatura y a la gramática y hasta al sentido común, y con ellos no se meta nadie, dejándolos encaramarse por columnas de revistas y de periódicos y dar por doquiera galanísimas muestras de completo extravío literario.

Ya lo creo que apruebo esas consideraciones, es decir, todo aquello de la cobardía de la crítica que no se atreve a expulsar, a latigazo limpio, del templo de las letras, a esa turba-multa de poetas modernistas a quienes hasta sería demasiado injusto honor llamar rezagados discípulos de Góngora; ya que no sólo corrompen y entenebrecen la frase y el pensamiento, sino que hasta pisotean el ritmo de la versificación con una métrica desvariada que debe de disonar hasta a los mismos forjadores, avezados y todo, como están, a música de yunque.

No cabe dudarlo: la crítica no ha cumplido con su deber. Con su punible silencio ha permitido que esa langosta literaria se adueñase del campo de la literatura y causase los estragos que causan siempre las plagas de ese género, que no dejan tras sí rastro de césped ni de flor.

Porque en vano se mueven los cultivadores del modernismo por España y por la América española, tratando hasta de resucitar los consistorios de amor medio-evales, en que tanto se glorificaba a la poesía. A juzgar por los poetas —salvo raras excepciones— que a esos consistorios han de acudir, lo que se glorificará en ellos será la aberración del buen sentido y el estragamiento del gusto literario que, tan desmedrada y enclenque, hace

que se arrastre hoy la literatura por todos los países de habla española.

Pero todo esto no justifica el que se incluya a este pecador entre los escritores cobardes que no alzan su voz o enristran su péñola, para satirizar a la pléyade de poetastros que tan reñidos se muestran con todo linaje de alta inspiración y de verdadera poesía. Mi articulejo anterior contra los vates analfabetos no era oleada de incienso para nadie, y menos para esos vates contra los cuales trina, tan llena de razón, la carta de mi lectora.

Yo iré hablando poquito a poco de esos vatecillos y verá cómo no me inspiran la casi religiosa piedad con que a mí me parece haber tratado a Don-no-entiende-ni-jota.

Como que suscribo todo aquel párrafo en que la carta que tengo a la vista, dice: Más, mucho más dignos de condenación son esos poetas que ya Quevedo llamaba "babilones", porque escriben sus composiciones poéticas en una especie de jeroglíficos que el diablo que los entienda. Me refiero a esos bardos modernistas, cuyos partos literarios son tan benévolamente acogidos por los semanarios de más campanillas. Esos no son Don-no-entiende-ni-jota. Por lo menos ellos así lo creen. Como que saben los misterios de esa métrica novísima que nos rompe el tímpano a los profanos, y que para ellos debe de tener sonoridades querúbeas que les sumen en una especie de místico arrobamiento. Y saben también su cantidad de léxico enrevesado e incomprensible, con el cual

pretenden pasar por algo más que poetas: por sacerdotes y por oráculos del templo de la poesía, cuando no son más que sus violadores sacrílegos. Contra estos, contra estos babilónicos vates que alambican metáforas y pensamientos hasta hacer de ellos un logogrifo o una quisicosa, sí que me parecen los destierros de Iriarte muy blanda pena todavía...

Pero no: me retracto de durezas semejantes. ¡Cuán lejos de mis propósitos de ser amable y dulce con los poetas, me han llevado las acertadas sugestiones de una epístola femenina!

No hagáis caso, poetas queridos, de cuantos se complacen en roeros los zancajos, metiéndose a sangre y fuego por vuestras filigranas poéticas, para vosotros rezumantes de néctar y ambrosía. Seguid adelante a despecho de todas las maledicencias humanas. Regocijaos en los mismos rudos ataques de que salís a menudo tan mal feridos. Proejad contra la corriente del sentido común que os increpa y maldice.

Y cuanto más furiosos sean los embates de la oposición y más airadas se estrellen las olas de la adversidad en vuestra frente, pensad para vuestro consuelo, en las vistosas aves del paraíso. De ellas se dice que vuelan más fácil contra la corriente del viento. Ahí tenéis el símbolo de vuestro numen. Sed como esas aves y volad más fácil y más alto, cuanto más vendavales desencadene contra vosotros el Eolo de la crítica.

LA LABOR LITERARIA DE CONCHA

I

Título así el siguiente estudio crítico, porque es mi único intento trazar en él la semblanza literaria de esa insigne novelista montañesa que se ha propuesto y ha logrado escribir con rayos de perenne luz un nombre femenino más en la historia de nuestra literatura. No dudo que hubiera podido apuntar algunos datos biográficos de la simpática escritora, mas pensando en que Dikens rectificaba con frecuencia lo que algunos críticos le atribuían, y en que a uno de éstos, que, para no ser rectificado, se atrevió a pedírselos directamente al célebre novelista, le contestó que esos datos los reservaba él para sí, he desistido de meterme para nada en los ámbitos biográficos de nuestra montañesa.

Como la mayor parte de todos los que llegan a escribir bien, Concha Espina comenzó por hacer versos; y aunque sólo fuera por el hecho de tejer luego su biencadente prosa con el primor con que la teje, no debe estar arrepentida de aquellos vagidos poéticos. No he leído su publicado tomo de poesías. Dicen quienes la tratan un poco de cerca

que ella misma las aprecia poco o nada, y que el propio aprecio hace de otro libro suyo *Trozos de Vida*, refundido no ha mucho en el que titula *Pástorelas*. Bendiga, no obstante, Concha Espina sus versos: a los deleitosos ratos que dedicó en su juventud a esa labor poética, en la cual iría ensartando nítidas perlas de ilusión, debe el escribir lo galanamente que escribe.

Además, esa su poética labor no será tan digna de que la menosprecie su autora. Aquí y allá en algunas de sus novelas he tropezado con versos en que alienta evidentemente la musa de Concha Espina, y que son de factura exquisita y primorosa: versos rítmicos, alados, harmoniosos, como no los hacen, porque no pueden hacerlos, muchos presuntuosos vates modernistas que se juzgan dueños y señores exclusivos del Pindo sacro, y no pasan de poetillas rateros, que diría Cervantes.

Y vamos ya a la labor novelesca de nuestra autora que es lo que me he propuesto estudiar con algún espacio y toda la imparcialidad que informa siempre mis humildes críticas. Su primera obra en el orden cronológico es *La Niña de Luzmela*, una novela sabrosa donde con estilo movido, suelto, rebosante de vida, se nos traza la doliente de una niña, fruto pasional de un poderoso mayorazgo, atropellador de una joven aldeana, tan bella como virtuosa, que se muere temprano —pobre flor que se dobló marchita a los agostizos rayos de la vergüenza.

El mayorazgo lleva su niña a la solariega casona, donde se la cría y educa con mimoso esmero.

El está ya muy viejo, enfermizo y cercano a morir. ¿A quién encomendar la niña adorada? En Rucanto, cerca de Luzmela, vive una hermana viuda, empobrecida, y con unos hijos más o menos tocados de locos. ¿Confiaría su hija a esa familia de Rucanto? ¿La tratarían bien, con la esperanza de reponerse de su estado misérrimo, gracias a un buen legado del mayorazgo de Luzmela?

Todo esto lo consulta el comalido anciano con un joven médico, Salvador, que se cree —lo cree todo el mundo en aquellos contornos— hermano de padre de la preciosa niña. Pero Salvador —es la hora de las grandes verdades— no es hijo del mayorazgo, aunque éste le quiere como si lo fuera. Tal revelación deprime el ánimo del joven médico; pero le consuela la insinuación que le hace de ser un día el esposo de la niña, encomendándole que esté a su cuidado, y diciéndole que le deja a él en herencia la mitad de su fortuna, pues sabe que es como si se la dejara a su hija.

Muere el mayorazgo, y la jovencita es llevada a Rucanto donde sufre de su tía y de sus primos todo linaje de desprecios, llegando a tal extremo las cosas, que Salvador tiene que intervenir y llevársela a Luzmela, gracias a deslizarle en los oídos a la tía la esperanza de que la niña le dejase el legado que ya por sus evidentes malos tratos había perdido. Esta intervención del nuevo señor de Luzmela pone término al sufrir de la pobre niña que, al fin, despierta en blanda cama, al lado de la fidelísima Rita y de Salvador. Y son estos los úni-

cos instantes en que flota como una burbuja de idilio sobre las negrísimas aguas de aquella tragedia.

En la infausta suerte del mayorazgo —y gracias que muere asistido de los auxilios espirituales— hay una moralidad profunda, estimabilísima hoy cuando casi ni por pecado se tiene el perpetrar la violación de una joven, valiéndose para ello de todo manejo, por inicuo que sea. El infame atropello cometido con la madre de la niña, lo expía el mayorazgo con los terribles remordimientos de sus postrimerías y con el abandono en que se ve forzado a dejar a su pobre hija inocente. En aquel sombrío ocaso, el mayorazgo destácase como una realísima figura viviente, o muriente, por mejor decir.

El infierno de la casona de Rucanto está pintado con pincel netamente velazquino. La niña de Luzmela metida en aquella casona, semeja un ángel metido en el infierno. ¡Pobrecilla! ¡Ella, tan rica, verse forzada a morar en aquel cuchitril, con ajuar paupérrimo, donde acaso el más lujoso mueble es el espejo minúsculo, donde, al asearse, se mira la cara "por entregas"! ¡Y sin más cariños que los del gato "Desdicha" y los del Niño Jesús, encontrado en el rincón del desván adonde la infeliz se retiraba a desahogar sus penas!

Los de Rucanto: D.ª Rebeca, Narcisa, Andrés, Julio, Fernando, todos ellos especiales tipos psicósicos, tan encontrados, y, por rara paradoja, tan parecidos, están trazados con fuerza plástica admirable. En ninguno de ellos hay pizca de noble-

za: únicamente la gallarda figura donjuanesca de Fernando, el marino, que quizá no es tan anormal, por andar muy lejos de los suyos, dado a la vida marinera, tiene un instante matices caballerescos: cuando, después de haber enamorado a su candorosa primita, marcha inesperadamente de Rucanto, por no hacerla desgraciada, a proseguir sus locuras de enamoradizo inconstante que se prenda de cuantas mujeres se le ofrecen a los ojos, sobre todo si son de espléndida "arboladura".

El bohemio Andrés que, no aparece por casa más que de temporada en temporada, cuando viene a buscar dineros, y, mientras los consigue, acecha con ojos lúbricos a la pobre niña, persiguiéndola por entre el ambiente lóbrego de la casona, está sostenido con maravillosa fuerza de realidad, lo mismo que la carirraída Narcisa, hecha toda de carne de arpía, hambrienta de crueldades y de venganzas. El trance alevosamente urdido por ella, en que Andrés se arroja a la niña que se defiende heroicamente y por dos veces triunfa del sátiro, y mide con los ojos lo alto de la ventana para arrojarse por ella, cuando ya el monstruo se dispone a la tercera acometida, que se frustra con la entrada de la tía Rebeca, y la escapada de la heroína que sale y cruza, rauda, la portalada y desaparece a lo lejos, hasta que, sin saber por qué guisa misteriosa, se encuentra en el camastro de su cuchitril, abatida y febricitante..., todo aquello, tan rápido como dramático, esta briosamente descrito.

Y tan bien trazado y sostenido como el de Nar-

cisa lo está el tipo de Julio, siendo para la pobre Niña una fiera monstruosa con sus miradas malignas y sus risas sarcásticas, aheleándola siempre el vivir, alguna vez, diabólicamente, como cuando sacó los ojos y colgó por los cabellos al Niño Jesús que ella había rescatado de los desvanes y a quien tan afanosamente cuidaba. Y, no obstante, la hermosa niña mártir, desde el día en que le oyó gritar "¡agua! ¡agua!,", tendido en inmundo camastro, en pleno desamparo de los suyos, se constituye en su enfermera, aureolándose de santo heroísmo. Y diríase que la absurda vesania de aquel aborto se dejaba vencer por el agradecimiento a la primita, cuando le sobrevino el delirio que le impidió recibir más sacramentos que el de la Extremaunción...

Todo en esta novela se desarrolla naturalísimo y harmónico, y la acción dramática marcha hacia su desenlace, como llevada por su propio impulso, remansándose aquí y allá, pero con breves remansos episódicos que no hacen más que embellecer la corriente de las cristalinas aguas.

* * *

Después de *La Niña de Luzmela*, dió a la estampa Concha Espina *Despertar para Morir*, novela de que haré caso omiso, pues creo no la tenga su ilustre autora en gran consideración, aunque es natural la quiera como a sus otras más valiosas hijas intelectuales. En las primeras páginas sorprenden unos retratos, sobrios y vivos, que denuncian un pincel muy diestro en el difícil arte de retratar. Pero se

suceden en la novela diálogos y diálogos de salón que, si, a veces, resultan entretenidos por sentirse pasar por ellos rachas de viva malignidad, pecan, a menudo, de harto frívolos y lánguidos, excitando muy escaso interés, pues lo dramático de la novela casi no empieza hasta los umbrales de los últimos capítulos, después de trescientas páginas de soporífera lectura. Y luego entre la muchedumbre de tipos que aparecen tejiendo amoríos y adulterios, gracias si resaltan bien dibujados tres o cuatro: la virtuosísima María Ensalmo, asaz tolerante con su mezquino esposo: éste, Gracián Soberano, un architenorio de ruin estofa, y la positivista Eva que, al fin, paga tristemente sus misérrimas envidias y sus odiosas defecciones resbalando al pasar un puente y siendo arrebatada por el impetuoso río. Lo que más agrada en la novela, a pesar de los altibajos de la verosimilitud, son los episodios graciosos de los dos niños Lali y Tristán, hijos, respectivamente, de María y de Eva.

Agua de Nieve, es la producción novelesca más grande de la insigne montañesa. Como en ninguna otra, su pluma, haciendo de aguja mágica, borda filigranas estílicas de factura primorosa. En ninguna de sus otras novelas llega a ser la elocución tan poética, variada y sugestiva. Si no fuera por la harta frondosidad episódica de la primera parte y por el mayúsculo pecado original de la protagonista andariega, yo no dudaría en llamar a esta novela la obra cumbre de la montañesa insigne. Aun así, queda siendo, en concepto mío, la

más grande, bien que no la más acabada y harmónica.

Sí: hay un mayúsculo pecado original en aquella Regina de Alcántara, de ojos negros y cabellos rubios, que, a los catorce o quince años, sabía ya tanto de viajes, de historia y aun de filosofía, no ignorando ni a Hobbes, ni a Schopenhauer, ni a Nietzsche: esa joven es inverosímil por tierras de España. Romántica cuando se enamoraba del explorador vasco, Jacinto Ibarrola, muerto, después, por los indios del Gran Chaco; escéptica cuando hasta llegaba a dudar del amor de su padre, el poeta que la había llevado a doquier la impulsaban sus caprichos; ridícula cuando en sus monólogos se ponía a meditar sobre las máximas de Epicuro: "el bien es el placer, el mal es el dolor;" pedantuela cuando confesaba remedando al filósofo: "sólo sé que no sé nada," y con todos los antojos de ciertas muñecas ibsenianas que no se contentan con nada en la vida, y, en sus horas de melindres, piden hasta la luna, esta singularísima mujer de *Agua de Nieve* es inverosímil en tierras de España.

Adorable, a veces, como cuando en Chile monta al estribo del tren para besar a aquel joven, loco de ensueño y de amor, que grita desde la ventanilla: "¡un beso! ¡sólo un beso!", o cuando, llena de abnegación, se apiada de su moribundo hermano, llamándole, maternalísimamente, "¡hijo mío!", o cuando, de vuelta a la madre patria, besa de hinojos su tierra bendita; y a veces repulsiva, como cuando, ciega de egoísmo, no concibe

el cariño entre dos mozas casaderas, y va al Robledo y deja dos corazones amigos pisoteados, lo mismo que aquellas flores que deja caer de su cintura, y que pisa, diciendo que no valen nada, al ir a recogérselas Carlos y Adolfo, Regina de Alcántara es más que mujer, una diablesa. Su corazón sí que no valía nada. Bien lo había ella definido: "tierra floja en la cual ningún sentimiento echa raíces"...

Hay demasiadas contradicciones psíquicas en aquella Regina andariega, ultrarresabida, y librepensadora que, de nuevo en su pueblo natal, fíngese buena cristiana, y busca el olvidado rosario de su madre, náufrago en el fondo de su baúl, y manda hacer funerales por sus difuntos, y pone sobre su cama una estampa de la Virgen del Carmen, y... acaba por ser ladrona de amores, pues le roba el novio, Adolfo Velasco, a la angelical Ana María, y deja plantado al hermano de ésta, Carlitos, que soñaba con hacerla su esposa.

Y todo ¿para qué? Para desamar a su esposo al día siguiente de llevarla a los altares, porque..., no valía nada. La misma facilidad con que le arrancó al amor de Ana María, lo demuestra. No; no era su hombre quien se había dejado encantusar como un nene. En parangón con Carlitos, no valía nada...

Y viene aquel fragmento de la tercera parte en que Velasquín, para demostrar a su señora que es todo un hombre, se lanza al mar con su balandro y su "segundo de abordo", en una deshecha ventolera, sólo porque ella lo ve desde el

balcón de su casita blanca y verde: un episodio que sería épico, si no fuera un tonto el temerario Velasquín. Fué aquello un suicidio absurdísimo en obsequio de aquella mujer de vanidad insaciable y devoradora, como la boca de un abismo.

Y ella, que tan pronto había comenzado a expiar la vileza de haberle arrebatado el novio a la angelical Ana María, a impulsos de la filosofía de Hobbes que le hacía decirse a sí misma una loba con más poder que su amiga, contemplándose sola en Torremar, sin acceso al palacio de los Velascos, donde soñaba que había de entrar muy pronto triunfadora, y viendo que Ana María se llevaba al mejor de los Velascos, al "de más fuste", con el encanto de D.ª Mercedes, la madre de ellos, ahora, con el suicidio de Velasquín, sentía que el remordimiento la crucificaba con horribles torturas. Sufría, pero sin derramar una lágrima; arrepentíase, pero sin acertar a decir una oración. Muy justo que no existiesen para ella los consuelos de la oración y del llanto...

Pero no: nuestra religión es más grande que todo eso. El Sr. Cura, el buen D. Amador, iba a consolarla todos los días. Sabe que está enferma, muy enferma del alma, y la estimula a creer en su salvación. Ella no puede creer, aunque quisiera creer. Y el buen sacerdote le dice que por entonces con el querer le basta. "Ten fe en esos quereres de ahora, hija mía." Y le manda que rece aunque sólo sea con los labios. Y reza, repitiendo jaculatorias del buen sacerdote que se enternece

y aun llora, mientras los ojos de Regina sonríen de gratitud.

Tiene que partir D. Amador, y está nevando. Y Regina le ve partir, desde el balcón, agitándole el manteo el aire de la nevasca.

Y Carlota, que acababa de venir a Torremar, al casamiento de su hija Ana María con Manuel Velasco va un instante a visitar a Regina que, según le ha dicho D. Amador, padece mucho y está a punto de salvarse. Regina, sumida entonces en profundo sueño, ve a una heroína sublime, que cree una celeste aparición, con quien dialoga:

—"¿Yo —balbuce—, yo santificarme?... ¡Si no tengo corazón!

—Sí le tienes...

—¿En dónde?

—En las entrañas. Escucha... Escucha."

Y siente, en efecto, un latido muy débil, como de un corazón que nace.

Y despierta y le pregunta la fiel aya Eugenia: "¿Qué te sucede? ¿Estás peor?"

Y sin contestar, pregunta a su vez: "¿Ha venido Carlota a despedirse?

—Sí; un minuto. Dormías; te dió un beso y salió callandito. Ella y D. Carlos se irán en el tren de las once"...

Y llega D. Fermín, el médico, y examina a la enferma, y da con el corazón del hijo. Ella no quiere creer tanta dicha. Y cuando la cree, se levanta, se pone de rodillas y ora.

Abre después el balcón y ve al sol derritiendo las nieves que brillan como plata nítida, y siente

deshacerse el témpano de su alma. El hijo que venía, el instinto sagrado de maternidad era el fuego que derretía su nieve, su alma que no era más que nieve... Mira los retratos de sus padres, y le hablan como nunca. Piensa en su pobre suicida, y grita: "¡perdón, perdón!" Y cae de hinojos y rompe a llorar copiosamente. Y aquellas lágrimas son agua de nieve, agua hialina y redentora... Ya cree y ama y goza el refinado goce del sufrir en que no creía: está salvada. Su imaginación divaga en augurios risueños. Llora y reza, y sus rezos y sus lloros suenan a besos y canciones como la voz mansa del agua de nieve...

Repito que es una novela grandiosa, o, por mejor decir, un poema novelesco, sobre todo en la segunda y tercera parte, dramáticas y amenísimas. Un poco de escamonda en la primera, por todo el matojo de historias de viajes, y resaltaría mucho más variada su trabazón, pues hay en ella mucha variedad miríficamente harmónica, fundiéndose y floreciendo en estupenda belleza. Esta sola novela basta para que no se regatee a Concha Espina un vigoroso talento novelador, a lo Pereda, a lo Palacio Valdés...

Y cuenta que apenas he insinuado la otra novela que se entrelaza con la de Regina, y se desarrolla a la par, y es aún más interesante: la de Carlota, heroica mujer de legítima hebra cristiana. Cuando sus padres se empeñaron en casarla con el eminente biólogo, maestro de Manuel Velasco, ella estaba enamoradísima del discípulo, como éste lo estaba de ella. Pero ambos se pro-

pusieron acatar, como fervientes católicos, los rigores del destino. Cuando el biólogo se retiró a su finca del Robledo, su discípulo iba a su laboratorio y veía a menudo a Carlota, pero sin que jamás ni él ni ella diesen el más leve paso, fuera de los límites del deber. Carlota sufría, calladísima, los pérfidos tratos del hombre de ciencia que la martirizaba crudelísimamente. Su hija Ana María sabía el secreto y espantoso martirio de su madre; no así su hijo Carlos, hasta que cierta noche aquel bárbaro de crueldades primitivas hubo de excederse en las torturas, haciendo que a la callada mártir se le escapase un grito lastimero. Vuela a la estancia de los padres el hijo, arrebata el revólver a su padre, suena un tiro que va al techo, porque la madre había desviado con sus dedos el revólver. Carlos había disparado sin querer, agitado y convulso. Y Ana María lo había estado observando todo desde la puerta...

El martirio no podía proseguir, sobre todo desde que Carlos, entrando luego en la habitación de aseo de su madre que se estaba peinando, vió, al hacer ésta un ademán para recogerse el pelo tendido y caérsele las mangas del peinador hasta los hombros, los magullamientos y negruras de los brazos maternos. Él, que acababa de oir la solemne confesión de su madre: "¡Nunca, nunca le he dado motivos para que me tratara así!", se sintió herido en lo más vivo del alma... El martirio no podía proseguir...

Carlota se fué a ver al Sr. Cura, y luego desapareció de Torremar. Sus hijos recibieron carta

de ella: al separarse para siempre de su padre, no había querido seguir los trámites judiciales por evitarse el sonrojo y la vergüenza; y no les decía dóndo estaba para que no se inquietasen por ella, y, así, cuidasen mejor a su padre...

Y es cuando Regina arrebata el novio a Ana María, cuando Velasquín desenamorándose de este ángel, se prenda de la ladrona, y bautiza el balandro que acababa de comprar con el nombre de "Reina", en vez del ya convenido de "Ana María", haciéndole arrojar a la costa un idilio trocado en tragedia, de súbito; y cuando Manuel Velasco, sacrificándose y mordiéndose el corazón que no había podido rendir a Carlota, se lo rinde a Ana María, en quien veía todos los perfiles de la mujer amada.

Lo sabe todo Carlota por carta de su gran amiga D.ª Mercedes, y da su hija a Manuel Velasco, "al mejor hombre del mundo" como ella le llama. Y sale del convento francés donde se hallaba de pupila, para asistir al casamiento de su hija con Manuel Velasco, el ídolo de sus amores, siempre heroica y cristianamente callados y contenidos. Sublime es el heroísmo de Manuel Velasco, pero aún es más sublime el de Carlota, que asiste al matrimonio aquél, en hondo silencio, en muda adoración a Dios, sin exhalar un solo gemido, y sintiendo la lenta ejecución, para siempre en este mundo, de su felicidad. ¡Cuánto más interesante que Regina es Carlota Heredia! ¡Y qué sabor a española genuina, al contrario del sabor exótico de la otra!...

Entre los personajes episódicos, que son muchos y variadísimos, sobresalen el boticario, inventor de específicos para todo, y más inventor de augurios que, afortunadamente, salen tan airosos como los específicos, y el relatero Felipe Alonso que lleva los chismes de la rebotica a los mentideros de Torremar, donde los cuenta, como invención suya, no obstante que llevan, a sabiendas de todos, el sello de la rebotica. Y con tonalidad simpática sobresale Pablo, "el segundo de a bordo", que no había podido salvar a Velasquín, a pesar de su inmenso heroísmo. ¡Cómo le torturaba el haber obedecido lanzándose al mar aquella tarde tan revuelta! Una vez y otra insistió en que era manifiesta locura, ¡pero el señorito insistía tanto! Trabajo costó el hacerle presentarse en casa de la señorita: con la muerte del señorito habían muerto el orgullo y la bravura del intrépido nauta... Cuando, por fin, se presentó y Regina le tendió las manos, cayó de rodillas gritando: "¡No le pude salvar ni a costa de mi vida! ¡Lo juro..., lo juro!"...

Y luego hay a porrillo en la novela cosas y pasajes exquisitos. Los diálogos fluyen llenos de realidad y de vida. Las de Estrada, las de Bernaldo, las hijas del Juez..., murmurando de todo en gárrula charla, hablan realísimamente. Cuando doña Mercedes sale de compras con Ana María a la más rica tienda de Torremar, escoltadas por el novio, y "todos los visillos del trayecto están atacados de epilepsia contagiosa encima de los cristales", todo aquello ¡qué agudo es y qué femenino!...

Y la aparición de Carlota en el bosque del Robledo, después del suicidio de su esposo, y su encuentro con Regina, que tantos daños había hecho a sus hijos; el diálogo que entablan; las palabras de perdón de Carlota y los consejos que da a Regina para que persiga, no la felicidad, sino el bien, marchando con ánimo por el camino de abrojos que, luego, a la derecha, siempre a la derecha, se torna de flores, todo aquello es sencillamente divino, tan divino como lo que contestó Carlota a la pregunta de Regina:

—¿Cree usted en los milagros de la Virgen?

—Si los podemos hacer las madres buenas ¿qué no hará la mejor de las madres?...

Y luego, ¡qué honda moralidad en toda la novela: el feroz y repulsivo biólogo suicidándose, tras el descubrimiento de su ferocidad por los hijos; Velasquín pagando su merecido con aquella su estúpida muerte, arrollado por uno de los foques del balandro; Regina redimiéndose, gracias a su vuelta a los caminos del bien, empujada por el redentor sentimiento de la maternidad, y la virtud escondida y heroica de Carlota y de Manuel Velasco saliendo, al fin, a plena luz e imponiéndose a las bajas comidillas de los murmuraderos de Torremar!

Tras esta obra, muy acrecentadora del buen nombre literario de Concha Espina, vino su laurífera novela *La Esfinge Maragata*, sencillamente admirable por lo rebién que croniza las costumbres del duro vivir maragato. Mariflor se prenda de cierto joven poeta, a quien conoce en un via-

je de la Coruña a Astorga y quien le jura eterno amor, prometiendo arrancarla a la tremenda esclavitud en que vive, de ordinario. la mujer maragata. Va a galantearla a Valdecruces, y todo fuerza a creer que aquel amor habrá de santificarse un día ante el altar. Pero no lo cree así el señor Cura de Valdecruces, amigo de la adolescencia del poeta a quien conoce a maravilla, y por eso no se había forjado ilusiones, a pesar de haberle visto ir a Valdecruces a obsequiar y requebrar a la ilusa joven. Sabía el señor Cura que ese su amigo se había creído ya otras veces muy de veras enamorado, y, efectivamente..., no lo estaba. Lo cual sucedería también ahora.

Mariflor que, según costumbre maragata, estaba prometida de pequeñuela a un primo suyo, loquita como andaba por su poeta, rechazaba al primo, no obstante ser muy rico y prometer salvar a su familia, totalmente arruinada por la mala administración de la abuela, la tía Dolores, a quien poco a poco le había ido hipotecando todos sus bienes la usura.

Cuando Mariflor más embebida se halla en la esperanza de su unión amorosa con el poeta, éste escribe al señor Cura diciéndole paladinamente que renuncia a los amores de Mariflor. Dos meses llevó el buen sacerdote la carta en el bolsillo: veía harto entusiasmada a la joven, y temía su caída desde la altura de sus ensueños. Pero, al acercarse el fin del plazo, fijado por el primo rico a la joven casanda, para que eligiese entre él y el coplero, el señor Cura da la carta fatídica a

Mariflor, quien, con el corazón desgarrado, contempla el cuadro de horror de que puede salvar a su familia y se rinde al prosaico casamiento.

A pesar del fatigoso pampanaje de los preámbulos y de la profunda nota de melancolía que difunde el pincel de Concha Espina por todos los capítulos, esta novela de costumbres es soberbia. Alientan en ella una porción de personajes de tal reciura carnal, que se los siente agarrarse a la memoria para vivir ya siempre con uno, como los seres con quienes muy de cerca hemos tratado largo tiempo, toda una vida.

Mariflor, condicionando su propia felicidad en pro de la ajena, retardando sus soñados idilios por amor a los de su sangre, es una figura espiritualísima y radiosa. Se la compadece hondamente cuando, al ver un día a la abuela echar mano firme a la rabera del arado y abrir en seguida unos surcos, oye que un pastorzuelo le pregunta si sabe arar, y, al responderle que no, repone: "Ya irás aprendiendo: es cosa muy fácil." Se le ha entrañable lástima cuando tanto se la ve sufrir, al saber cómo las mejores fincas y las mejores yuntas de su abuela han ido pasando a ser propiedad del tío Cristóbal. Se la adora cuando, al enterarse de que las cuatro mil pesctas de dote de la sobrina del señor Cura han tenido que pasar a las arcas del usurero para conjurar el embargo de lo último que les quedaba, se la ve ofrecer al señor Cura las alhajuelas de oro que la pobre había traído de la casa paterna. Y entran ganas de incensarla, cuando para que tenga médico y

medicinas Marinela, la enferma primita, va malvendiendo todas sus joyas, hasta irse a Astorga a enajenar el reloj de oro de su difunta madre, por el que no le ofrecen en una relojería más que quince pesetas, yendo luego a una casona por donde avanza, tímida, a ofrecérselo al ama, que le da un billete de cincuenta pesetas y le devuelve el reloj...

Siempre aparece aquella moza como una flor ideal bellísima: hasta cuando, atreviéndose a familiarizar con el primo Antonio, le llama educado y caballero y le instiga a salvar la fortuna de la abuela de entrambos, discurriendo con más sabiduría y diplomacia que la mismísima Porcia de Shakespeare. Mas su grandeza se pierde en lo sublime cuando, al fin, abandonada la pobre por su poeta, en quien siempre se había imaginado al amante libertador, se la ve abrazarse con su cruz y aceptar al prosaico primo, desprendidos ya de la rosa de su corazón todos los pétalos de sus ilusiones, sin que nada los pudiera hacer revivir, como el de aquella rosa que había caido al suelo, resbalándole por el rostro y que ella coge y quiere tornar en vano al pedúnculo marchito.

Y la reciura y firmeza de los trazos de Mariflor las ostentan asimismo Ramona, la tía, que trabaja como una leona, para sostener la casa que se hunde, y Olalla, la prima rubia de músculos de acero que tanto se asemeja a su madre en la bravura con que acomete el trabajo del hogar y de la hacienda. Es sublime aquel cavar salvajemente la tierra en que Ramona pone toda su robliza robus-

tez, como si, henchida de odio, acometiese contra la dureza del terruño, y en que, a su lado, se deshace cavando, también, la pobre Olalla, azuzada por la muletilla trágica de su madre: "¡aguanta, niña..."

Y tan briosamente como Ramona y Olalla, descuella la tía Dolores, madre y abuela, respectivamente, de las guijarreñas cavadoras. No habría sabido administrar su hacienda y se habría ido entrampando con su primo, que dejaba atrás a los más infames usureros, pero en nada desmentía la estirpe de aquellas maragatas que a "los dos o tres días" del parto, ya estaban luchando con el terruño. Cargada de años, aún daba una vuelta por sus aradas, y, para que descansase un poco la "Chosca", se asía a la esteva con mano firme, y hundía, valiente, la reja del arado, dejando en seguida "abierto al sol un pobre camino de pan".

La misma Marinela, hermana de Olalla, que, desde que vió a las clarisas de Astorga, languidece de religiosa vocación, y se pasa su juventud suspirando siempre por el claustro adonde no puede ir por falta de dote, es una figura realísima. Y huelgue ponderar la del Sr. Cura de Valdecruces, aquel excelso D. Miguel de cepa genuina de apóstol y talla moral de santo, que, para pagar las deudas de sus feligreses y llevar un rayo de luz a los entenebrecidos hogares, no duda en emplear las dotes de sus sobrinas.

Hasta el pobre sepulturero "Chosco", que abriga la ilusión de ir enterrando a todos los suyos, añoso y misérrimo como está, olvidado de que la

"Chosca", la heroica aradora de la familia de Mariflor, es hija suya, es un tipo lleno de vida, o mejor dicho, de muerte.

A cada uno de estos seres ha sabido Concha Espina infundirles un alma propia que se desenvuelve con peculiar y brava vida, según los designios de la insigne psicóloga. Pero entre ellos resalta como uno de los mejor sostenidos, el tío Cristóbal, descendiente en línea recta del judío Shylok. Sí: al cobrar intereses de intereses a sus parientes mismos, despojándolos un día de la recua con que laboraban sus campos hipotecados, y otro día hasta de la misma criada obrera que tenían para las duras labores, el tío Cristóbal es genuino pariente próximo de Shylok. Lucraba hasta con la propia sangre. Tenía consigo a una nieta, y era de las que peor vestían en Valdecruces. El usurero prefería que las ropas de su esposa difunta se apolillasen en los cofres, primero que sirviesen de abrigo y adorno a su nieta. Noventa y seis años contaba ya —verdad que se sostenía tieso y duro como un roble— y, en vez de pensar en un buen morir, no pensaba más que en la cobranza de sus muchas usuras. Cuando, allá en los centenales, viendo a Ramona y a Olalla y a la tía Dolores abriendo zanjas para regarlos, dando azadazo tras azadazo, bajo los rayos quemadores del sol, se le oye carraspear y toser y preguntar malicioso: "¿con que la rapaza de Martín hace boda con uno de fuera?", dan ganas de escupirle, por lo solapadamente que insinúa su anhelo de que se case con el poeta y no con el primo Antonio que pudie-

ra pagarle en seguida las deudas de la familia de su novia y despojarle de sus infames usuras. Se siente uno tentado a bendecir al "sol de justicia" que le mata; y se le ve, sin pizca de sentimiento, exhalar su postrer aliento en aquella agonía digna de él agarrando a uñaradas la tierra.

En esta novela despliega Concha Espina un finísimo espíritu de observación de la naturaleza a la cual sabe sorprender sus más exquisitas y ocultas cosas. Recuérdese a Olalla en la palomera, llamando a las palomas, y echándoles la cebada que ha cogido en su delantal. ¡Cuánta minucia interesante y bella en la descripción de aquella pacífica república de palomas y de pichones que zurean, amorosamente, a la hora de la comida! La novelista escribe, a veces, capítulos que suponen muy prolijos estudios, y éste, acerca de las palomas, no deja nada que desear. ¡Y qué retrato más artístico el de la rubia maragata en el instante en que, riñendo y aconsejando a sus palomas, se yergue en el foco de lumbre que entra por el tragaluz, vista de perfiil, ante el índigo raso de los cielos! Y de retratos como éste, hay en la novela todo un museo espacioso.

¡Y qué diálogo aquel de las dos primas sobre las mil menudencias que va mostrando Olalla a Mariflor! Sólo una mágica pluma como la de nuestra artista puede hacer tan interesantes y tan vivas cosas tan humildes y tan muertas. ¡Con qué simpatía derramaba Olalla sobre su prima las ternuras de su corazón para que no se entristeciese en aquel para ella paupérrimo vivir, conocedora co-

mo venía de holguras y mimos en la casa de su padre que ahora lucha en América, después que la fatalidad le había enviudado y empobrecido!

A veces da el pincel de Concha Espina con agruras emocionantes que producen escalofríos por lo adustas y trágicas, como al describirnos a la abuela de Mariflor, dirigiéndose a las aradas con su nieta, al través de los rastrojos. La paleta no tiene tintas de más acre expresión: "Ahora, bajo este cielo fuerte y alto, en este paisaje sin contornos, llano y rudo, arisco y pobre, en esta senda parda y muda donde la tierra parece carne de mujer anciana; aquí, en la cumbre de esta meseta dura y grave, como altar de inmolaciones, tiene la vieja maragata aureola de símbolo, resplandor santo de reliquia, gracia melancólica de recuerdo; su carne estéril cansada, también parece tierra, tierra de Castilla, triste y venerable, torturada y heroica..." ¿Verdad que aparece estupenda la añosa abuela? Como que no admira ya cuando, tomando la aguijada, se pone a abrir con el arado unos surcos, asombrando a Mariflor que exclama: "¡Pero abuelita!"...

II

No puede codearse con sus anteriores hermanas *La Rosa de los Vientos*, siquiera despunte en ella, agudo, el ingenio de su autora. Resulta harto floja en las primeras doscientas páginas, donde la protagonista, Soledad Fontenebro, historia su niñez

y su adolescencia. No hay derecho a que esta Soledad, que no puede negar su entronque espiritual con la heroína de *Agua de Nieve,* por lo sabihonda y lo redicha, hable y hable tanto sobre nonadas y futesas, que hacen la lectura de lo que charla asaz languideciente y trabajosa.

Si no todos los treinta y dos rumbos del horizonte social y religioso, pocos le faltan por recorrer a Soledad, siempre, como leve mariposa, a merced del viento reinante en su espíritu. Es siempre perspicaz, sobre todo cuando hace, muy a la ligera, sus pinitos de crítica sobre algunos templos madrileños adonde sólo se entra por invitación en ciertas religiosas solemnidades, o cuando, hospedada en uno de los hoteles de moda, baja cierta noche al salón de baile, y observa que las damas tanto son más interesantes cuanto más desnudamente van vestidas y cuanto mayor y más impávida voluptuosidad manifiestan. Pero es lástima que aquí y allá aparezca inverosímil, especialmente cuando en sus años de adolescéntula, tiene tan recias aficiones a la metafísica trascendental, actuando de filósofa precoz, ansiosa de inquirir la esencia del espacio, de la eternidad, de la vida y de la muerte.

Todo aquel capítulo undécimo, titulado "Lección de libros y Pasión de rosas", estaría mejor que bien, si no hubiese sido escrito. Rebasa las lindes de la verosimilitud que una excolegiala de dieciséis años se acuidade tanto por trascendentales problemas filosóficos, y, por contera, resulta sus miajas irreal que el señor Cura, que con el

médico D. Luis escudriña cuáles libros pueden ser apropiada lectura para la excolegiala, no sepa de Cicerón, del P. Mariana, de Descartes, de Pascal y de Rousseau, algo más de lo expresado en el remoquete de "muy extranjeros". No hay cura rural, por ignaro que sea, que no sepa, más o menos genéricamente, qué representan y significan esos grandes nombres.

Y aquel otro capítulo de entomología describiendo las costumbres de las hormigas, siquiera se lea con interés, porque lo inspiran muy grande esas laboriosas bestezuelas —no bestiezuelas como dice el ilustre entomólogo D. Germán— y porque está perpulidamente escrito, también huelga en *La Rosa de los Vientos*, que no es ninguna novela a lo Rudyard Kipling.

Y, puesto a suprimir capítulos, aquél de las cartas amorosas, en que vibran frases tan volcánicas, y, sin embargo, tan frías porque están muertas sobre el papel, sin calor de ninguna carne humana, también sería arrancado de la novela, sin que perdiese nada con tal mutilación.

Capítulos como éste de las cartas amorosas y el de las costumbres de las hormigas, y aun el otro, pálido remedo del famoso escrutinio de la librería de D. Quijote, remansan demasiado los fluyentes cristales de la acción dramática, y creo que no deben escribirse más que por excepción, y, en este caso, procurando que sean de suyo interesantísimos; bien que aun así, por ventura, la crítica austera los rechace. Interesantísimo es en *Lola*, novela del muy castizo escritor D. Luis de

Ocharan, el capítulo en que Jesús María explica a su esposa quiénes son los admirables e injustamente desconocidos clásicos de su biblioteca, y, no obstante, aquel capítulo, que yo leí con fruición y embeleso, allí, en la novela, acaso la austera crítica le conceptúe extemporáneo.

Hay en *La Rosa de los Vientos* multitud de preciosidades descriptivas que hablan muy alto de la fantasía gráfica de la insigne noveladora, a pesar de que, en general, descienda aquí un poco el nivel poético de su decir, siempre alindado y florido. Aquella descripción del pueblo aglomerado en el puerto y en el balconaje de la morada palacial de Soledad Fontenebro, mirando, afanosos, al mar encrespado, y, en lo más extremo del malecón, la figura del párroco de Traspeña, irguiéndose henchido de salvadoras ansias, en el instante en que los pobres náufragos pugnan por ganar el puerto, bendiciéndolos y absolviéndolos en aquella desesperadora agonía, aquella descripción es un cuadro marinero de primera fuerza, emocionante e imponentísimo.

Al través de las páginas de la novela agítanse una muchedumbre de personajes, algunos de ellos realísimos, como el pobre marinero, hermano de leche de Soledad, que, por amor a ella, enfrenado y estuoso, despéñase una tarde desde un cantil de la costa, tras una escena pasional en que ha descubierto a la hermosa todas las llamaradas de su pasión inmensa, y como la madre del marinero, la rebonísima Isabel, nodriza de Soledad, que sabe

expiar a colmo el desliz de su juventud, sufriendo, callada, por redimirse de su deshonor.

Disminuye algo la realidad en Amalia Romerosa, la madre de la protagonista, una planta de invernadero que vive incomprendida y sola, llorando a su primer marido y encomendando mucho a Soledad, a su ingreso en el Colegio de los Sagrados Corazones, le tenga muy presente en sus plegarias, y que, de buenas a primeras, se casa de nuevo, sin duda para imitar a aquella viudita rusa, que, al perder a su marido, y hallarse tan inconsolada, tomó en seguida otro que la librase de sus mortales angustias. Pero Amalia prosigue en triste apartamiento, por culpa de sus melindres, que no quiere fomentar el segundo esposo, un caballero riquísimo que sabe captarse el amor de todos los de la casa señorial del padre de Soledad, incluso el de ésta, que concluye por llamarle padre, a boca llena, y amarle con filial ternura.

Y también disminuye la realidad en D.ª Matilde, el ama de llaves del palacio de los Fontenebro, mujer que desempeña a maravilla el papel de gobernadora de la casa, pero que interesa poca cosa, no obstante vivir en perpetuo martirio, llorando la muerte de una hija. Unicamente interesa cuando narra su desgraciado casamiento con el mentecato buen mozo que no había sabido apreciar el tesoro de hermosura y de virtud que tenía en su mujer. Hay en aquella narración instantes de verdadera elocuencia, en que más que la lloraduelos D.ª Matilde, parece hablar con Soles la

propia Concha Espina, que también debe tener su drama recóndito y callado que contar.

Y aún disminuye más la realidad en el nuevo Velasquín, hijo del que vimos morir absurdamente en *Agua de Nieve*, pues apenas si aparece esbozado, alumbrando el final de la tragedia en que culmina *La Rosa de los Vientos* con dulce y grata placidez de idilio, aprestándose a ser esposo de Soledad.

No numero entre los buenos tipos de esta obra al bondadoso párroco de Traspeña, porque si, a ratos, es realísimo es, a otros ratos, fantástico del todo, como cuando, achacoso y viejo, extiende a cada instante las manos "al través del Santo Sacrificio", al puñado de ascuas que hizo le llevaran los acólitos en una teja. Pase lo de constituir en una teja el brasero, que acaso se haya repetido muchas veces en templos aldeanos. ¡Pero que, durante el sacrificio, extendiese el buen sacerdote las manos a las brasas! ¡Y vaya un "al través" más impropio que nos espeta aquí Concha Espina, ella que tan de perlas suele emplear ese adverbio!

En esta novela diríase que la egregia novelista acentúa la nota melancólica que difunde por todas sus producciones. Casi todos los personajes alientan en un ambiente de pesadumbres, arrastrando casi todos ellos la cadena de algún grande y antiguo dolor. ¿Por qué la tristeza ha de ser siempre el numen inspirador de nuestra preclara autora? Cierto que casi siempre es así la vida; pero cierto también que hay en ella alegrías puras y confortantes; y el arte ha de procurar inspirarse

en ellas para destilar un poco de dulzura y de optimismo en el ambiente social. "La alegría es una virtud", dijo muy bien una vez la tristona doña Matilde, infundiendo ánimos a Soledad y previniéndola que estuviese muy en guardia "contra los mentecatos", porque "¡suelen ser buenos mozos!"...

Después de *La Rosa de los Vientos* dió a la estampa Concha Espina *Al Amor de las Estrellas*, un precioso joyel donde, a guisa de diamantes, ha ido engarzando una tras otra, las egregias mujeres de la incomparable novela, orgullo de nuestra habla. La imaginación de la novelista, que tiene plata y oro, color y luz, recamos y flores, para embellecer cuanto quiere realzar con su mágica pluma, las va presentando en el momento más culminante que alcanza la vida de cada una de ellas en el *Quijote*. Y la frescura y variedad de imágenes y de símiles, y la música sonora de las palabras artísticamente arracimadas en cada párrafo, hacen que cada una de aquellas mujeres den al leyente una impresión poética y sabrosa. Porción de frases de sabor casticísimo, como la de "un español de los de cetro en alma" salpican la luciente obrita, dándole, a pesar de lo forzosamente ajena de invención, un barniz de originalidad que seduce. ¡Cuánta elegancia y cuánta sencillez primorosamente desposadas! Parece cada página un fino recamo de hada de ensueño. Y algún capítulo, como "Rosa de Pasión", donde se canta a la hermosa Zoraida, suspirando por la Virgen María y por el suelo español, es una perla. Habla al alma

con habla rezumante de poesía mística que deleita y emociona.

A este libro le siguió ante el público otro no menos precioso: *Ruecas de Marfil*, tres novelitas sabrosas. En la primera, que lleva por título *Naves en el Mar*, Luisa, una montañesa de hermosura triste, avivadora de simpatías y afectos, se embarca para unirse con su joven esposo, que lucha por la vida, en Chile; y unos días antes de arribar al pueblo donde el marido la espera, se muere la infeliz, al dar a luz al primogénito. Cuando, al fin, llega el barco, se le aproxima una lancha y sube a bordo el inconsciente viudo. Un dominico, el P. Fanjul, que ayudó a bien morir a la infortunada montañesa, es el encargado de hacerle saber, del modo mejor que sus hábitos de prudencia le inspiren, la tragedia dolorosa. De los labios del fraile brotan palabras consolantísimas. Los ojos del pobre viudo se nublan y su cuerpo flaquea, a punto de desmayarse, cuando el bendito religioso le conduce medio abrazado junto a la borda.

La novelista atina aquí con palabras vibradoras de sentimientos cristianos que conmueven hasta hacer llorar, un lloro de piedad vivífica que prosigue humedeciendo los ojos, cuando el pobre padre recibe a su hijo de los brazos de su paisana y conocida Inés y le estampa aquel beso largo y grande con que parecía querer comerse a su criaturita y desciende con ella a la barca que boga en seguida con rumbo al pueblo.

El paso por el Estrecho de Magallanes sugiere

a la novelista descripciones embelesadoras sobre las cuales flotan efluvios épicos que envuelven al leyente en sacros recuerdos patrióticos. Y la fantasía sueña ver a aquellos ínclitos conquistadores españoles que fueron empujando hacia atrás las tinieblas del nuevo mundo haciéndole florecer de poblados hermosos, bautizados todos con nombres del idioma enorgullecedor de la raza.

La Ronda de los Galanes —así se titula la segunda novelita— croniza bellísimamente las costumbres mozas de la Montaña. Otra montañesa, también de triste hermosura atraedora, es la protagonista. Ha crecido como una reina de las flores del huerto aldeano. Todos los mozos la adoran, mas ninguno se atreve a decírselo. Muere su madre, y su padre que ha venido de tierras americanas a recoger el postrer aliento de la esposa, ganoso de tornar a ellas, se ingenia para que un indiano ricacho de cierto pueblo vecino requiebre y lleve a los altares a su hija.

Pasan escenas en que los rondadores aldeanos quieren oponerse a que el advenedizo se lleve tan preciada flor; pero habla ella, y, a su hablar, sus amigos de la niñez dejan el campo libre al indiano.

Como, durante la ceremonia del casamiento, pone la lluvia el camino imposible, y la gentil esposa habría de echarse a perder los zapatitos de seda blanca y el flotante y simbólico vestido color de la inocencia, a uno de los rondadores se le ocurre pedir al Sr. Cura las andas de la Virgen regaladas a la iglesia por su madre, razón por la

cual el Sr. Cura no se las niega. Y he aquí que los rondadores galanes llevan a la esposa en las andas de la Virgen, desde la iglesia a su casa.

Se ha ido la bella joven al pueblo del marido, y este infame la martiriza. La malhadada languidece, y, a punto de morir, ruega que se le permita exhalar su último suspiro en su aldea. Y allá va a morir. Y todo el pueblo la cubre de flores, y los mismos galanes que la habían paseado, un año hacía, en las andas de la Virgen, la llevan ahora en un féretro al cementerio, desgarrados de dolor. ¡Qué contraste! Nada maravilla que algunos de los rondadores, apóstandose, como en otro tiempo, en la bolera, apedreasen al mal esposo que retornaba a su pueblo después de los funerales de su víctima; ni aun que uno de ellos, que jamás había manejado armas, le disparase un tiro cuando ya huía a todo el galope de su caballo.

—¿Un tantico de inverosimilitud en lo de permitir el Sr. Cura que los galanes rondadores pasearan a la recién desposada en las andas de la Virgen? Una menudencia que se esfuma entre tantas bellas cosas.

Y pasemos a *El Jayón*, la tercera novelita de *Ruccas de Marfil*, tan dramática que, de seguida, hizo de ella su autora un drama que se representó con merecido feliz éxito, conquistándose calurosas ovaciones en el teatro y en la prensa. No obstante lo cual, vale, a mi humilde juicio, bastante más la novelita que el drama.

Dos reales mozas se enamoran de Andrés, rico mancebo labrador. Cuando ya se va a casar con

Irene, cruza Marcela, arrolladora, ante el galán y éste deja a Irene y se casa con Marcela. Pasa la esposa, sin concebir, unos años, y se inquieta y ora mucho, y visita una ermituela de la Virgen de la Esperanza, y, en el plenilunio, va a beber a una fuentuca que llaman del Argomal, cuyas aguas, bebidas en la luna llena, dan, según popular superstición, fecundidad misteriosa a las estériles. Y, en efecto, Marcela concibe y da a luz un hijo.

Cierta noche suenan leves gemidos a la puerta del hogar y Andrés llama la atención a Marcela. Hay que recoger al pobre niño que bala como recental huérfano. Torna Andrés con él en brazos y se lo entrega a su esposa, quien no tarda en sentir la punzada de vehemente sospecha: el niño recogido —el jayón, como le dicen en la Montaña— es hijo de... Irene. En vano repite Andrés a su esposa que no vuelva a mentarle aquel nombre; los ojos de Irene brillan en los del jayón...

Un día Marcela observa en su hijo Serafín un bulto irregular. Llama al médico y le pregunta qué es aquello. Y el médico, tras breve examen, pregunta a su vez: —¿Es el jayón?— Y ella sin titubear, responde: sí.—Pobrecillo; lleva en su cuerpo el estigma del pecado. Ese bulto es una jiba...

Y Marcela que ha oído mil veces a su marido decir que los nenes a esa edad son todos iguales, sigue en su trueque de los niños, para, así, mantener vivo el amor de su esposo y triunfar de la rival Irene.

Pasa el tiempo. Circunstancias de la vida fuerzan a Irene a pedir un jornal a Marcela. Los niños son ya crecidos; rayan en los doce o trece años. Por consejo del médico, el padre los lleva, de cuando en cuando, al monte, á beber leche fresca y respirar aire puro. Cierto día los sorprende la nevasca. Luchan y luchan por llegar a una cabaña que los abrigue, y, tras mucho sufrir, llegan a la del Soto de la Cruz, a cuyo amparo se guarecen. Pasan la consiguiente hórrida noche, sintiendo crujir el techo de la cabaña. Amanece y sigue nevando, y ante el temor de que el techo se desplome, el padre saca a sus hijos a la alfombra de la nieve. Jesús, el supuesto jayón, se abrasa de calentura que le asfixia. Se impone la vuelta a casa, y Andrés se le hecha al hombro como la tarde anterior. El supuesto Serafín que ya no puede más, se queja diciendo al padre que a él no le quiere como al otro. Y Andrés deja al malhechecito Jesús, toma a hombros a Serafín, y el malhechecito se desploma y expira...

Urge salvar al otro. Y el desolado padre, dejando entre la nieve al hijo muerto, marcha llevando en hombros al hijo vivo.

Al llegar a la aldea manda por delante a alguien que prevenga a su esposa, a quien está acompañando Irene: el dolor las ha asociado aquella infausta noche. El muerto es el jayón... Irene siente que se le rompen las entrañas, y Marcela que su corazón se le desgarra fibra por fibra...

Pasan días de luto. Hay misiones en el pueblo y llega el día del perdón. El misionero inculca la

reconciliación a las almas mal avenidas. Y a Marcela, que está allí con Serafín, el verdadero jayón, la anonada el verbo elocuente. La gracia de Dios la inunda, y, al salir del templo, busca a su rival que también estaba allí, le pide perdón llorando, y llorando se lo pide también Irene a ella. Trénzase entre ambas un diálogo de lo más conmovedor, y Marcela, llena de bravura, dice toda la verdad y entrega a Irene el hijo suyo, arrostrando todas las negruras de lo por venir y dejándose redimir a colmo por el dolor...

Las páginas que todo esto reflejan, abruman de interesantes y hermosas. Y en cuanto a lo dramático de ciertos momentos, nuestra novelista llega a lo sublime. ¡Lo bien que sabe ir, certera, a lo más delicado del corazón! ¡Lo admirablemente que psicologiza en el espíritu de la mujer que se teme vencida por una rival!

Las ruecas de marfil invocadas por la novelista, como hadas misteriosas, le han sido dóciles y obedientes; le han hilado todas las sedosas hebras de luz de estos tres dramas, vulgares, si se quiere, porque suceden a cada recodo de la vida; pero extraordinariamente hermosos y muy rebién cincelados.

Y pasemos ya a la obra de más briosa factura que ha producido hasta ahora la inspiración de Concha Espina: *El Metal de los Muertos*, novela que supone magnos estudios y diuturnas labores. La comienza a leer uno muy a su sabor. Tropiézase en sus umbrales con el simpático escenario de Traspeña. La descollante noveladora ansía impri-

mir en nuestra imaginación el trozo de bella geografía que nos ha creado en la costa cántabra.

Charol, un golfo recogido por el infortunado Agustín en *La Rosa de los Vientos*, y aceptado, tras la muerte trágica de éste, por la rebonísima Isabel, aparece patroneando una lancha pescadora, "La Josefita", con que se gana duramente el sustento. Se ha establecido allí una fábrica de conservas, pero los conserveros explotan de la manera más usuraria la ímproba labor de los pobres pescadores. Charol, que había hecho un contrato equitativo con los suyos, sin reservarse los quiñones de ventaja que se reservaban todos los dueños de lanchas pescadoras, y que exceden, según costumbre, "de la mitad de la pesca", al ver un día el abuso de los conserveros, acometió a uno de ellos a bofetadas, llamándole ladrón. Va a la cárcel por dos meses, durante los cuales, habla todos los días, asomado a una ventanuca, con una moza sardinera llamada Aurora, hija como él de padre desconocido, y que acababa de llegar de América, reclamada por su madre, malviviente mujer que trata de explotar la hermosura de su hija. Pero la hija no es como su madre: se la quiso estigmatizar con el sello de un mal vivir por tierras americanas, y, a fuerza de laboriosidad y honradez, supo conjurar el estigma.

Esta Aurora se encontró un día con Charol; se hablaron, y se quieren y conviven y sueñan... Han embargado a Charol "La Josefita", porque así lo exigen los omnipotentes conserveros, y renuncia al mar, partiendo en busca de trabajo a no lejana

explotación minera. Y, como para entonces ya ha leído a Carlos Marx y a Fernando Lasalle, se le expulsa de allí muy pronto por anarquista, a tiempo que Aurora va en su busca y anda, y anda, y penetra en la mina cuyas interioridades macábricas nos describe la novelista algo desmayadamente, tal vez porque se nos antoja que ya nos las describió mejor Galdós, pues esa mina debe de ser la misma que también sabía recorrer aquel Pablo, ciego de nacimiento, que tenía, por lazarillo, a Marianela...

Aurora se encuentra con que ya no está allí Charol: se ha ido a bordo de un barco inglés, el *Hardy*, para un puerto andaluz, en busca de trabajo. Bolina, su perro, al verle partir, protesta desde la playa con aullar tristísimo, y se lanza tras su amo, nadando, nadando, hasta que desaparece entre las olas.

A bordo, y con objeto de estudiar lo que pasaba en la cuenca andaluza, adonde se dirigía Charol, iban los hermanos periodistas José Luis y Rosario, ansiosos de hacer una campaña periodística en pro de los trabajadores. Rosario, que es una artista muy hábil, aprovecha los ratos de ocio, y en un libro de notas gráficas retrata a Charol, "el hombre del perro", en tanto a Bolina se lo tragaba el mar. Le llama la atención un grumete gallego, forzudo y gigante, a quien los ingleses del *Hardy* han puesto el mote de Thor, como si fuera una encarnación de la fuerza bruta, y también pinta a Thor en su libro. Y allí dibuja, asimismo, a Walter Penn, el artillero del barco, a

quien ella titula "el oficial del Rey..." El buen humorismo inglés y el agudo ingenio español retozan en el lápiz de Rosario.

Y llega el *Hardy* a Estuaria, puerto de la cuenca minera andaluza. Recibe a los periodistas Aurelio Echea, el adalid de los trabajadores, a quien iban recomendados. Charol se va por allí con Thor a la flor del berro; y unos y otros se ven en "El Vaivén", uno de esos cafés cantantes donde abunda todo linaje de corrupción, y donde el grumete gallego pierde el barco que tuvo que levar anclas a la hora debida. Y no lo perdió también Walter Penn, gracias a que Echea y José Luis le llevaron a media noche al puerto, hecho el pobre hombre una uva.

Y he aquí que Thor y Charol se dirigen hambrientos a buscar trabajo a las minas. Para disponer de unos céntimos han tenido que vender sus blusas de mahón. En el camino tropiezan con Vicente Rubio y su hija Casilda que se apiadan de ellos y les dan a comer de una hogaza y a beber de una panzuda botella de vino. Y el buen viejo les habla con épica concisión. Más de cuarenta años lleva ya trabajando en aquella empresa. Ya en ella perdió a un hijo, y, sin embargo, los agentes de Nordetania le hostigan despiadadamente porque se afilió a un sindicato y dijo en él lo suyo. No deben ir a Dite, porque allí no hallarán posada: hay mucho rigor policíaco para los desconocidos. Ofréceles hospitalidad en su casucha de Monte Sorromero. Y allá se encaminan todos, Charol

oyendo al buen anciano, y Thor hablando con Casilda...

Mientras Charol, que, ahora, ya se llama Gabriel Suárez, se encadena al trabajo en las honduras de la tierra, pensando, inquieto, en Aurora. ella, que había tenido una niña, sufría horrores. Gabriel le escribía, pero Casilda que estaba prendada de Gabriel, interceptaba las cartas y las substituía con otras aleves, en que le decía que su antiguo amante ya era de otra... Bien expiaba su pecado la infeliz. Decidióse a partir para Estuaria y, sin decirnos cómo la novelista, un día vemos a Aurora con una criaturita en brazos, trepando camino de Monte Sorromero, muerta de cansancio y de sed. ¿Qué maravilla que, a poco de llegar, cayese en aquel síncope que la puso al borde del sepulcro, en tanto Gabriel, a su vera, sentía partírsele de dolor las entrañas?

Pero ya está al lado de Gabriel y en la misma casa de su rival Casilda a quien persiguen ese día los ojos tristes de Thor y los fulgurantes y apasionados de Pedro Abril. Es la fiesta del pueblo de la cual son Pedro Abril y Casilda los mayordomos. En tanto el mísero Thor ruge como una fiera encelada, la mayordoma anda muy a bien con el mayordomo. Rabiosa del amoroso cuadro que ha dejado en su hogar, donde quedaba su ídolo Gabriel a la vera de Aurora, y azuzada pasionalmente por Pedro Abril, se deja caer misérrimamente, con el escándalo del gentío que los echa de menos, y con despedazamiento del corazón del pobre padre que se dió a buscar a su hija, y compro-

bó el deshonor de sus canas, al hallarla sola con el mayordomo en las hendiduras de unas rocas. Nada extraño que, a los pocos días, castigado a un trabajo ilegal por los agentes de Nordetania, cayese muerto el infeliz en el desempeño de su faena.

Y estalla la huelga y es su alma Aurelio Echea, el vizcaíno rubio de acento suave y sonreir candoroso, a quien fueron recomendados Rosario y José Luis, que, ahora, aparecen viviendo con él y con Gabriel y Aurora en el edificio del sindicato. Todo es inquietud en el cortorno. La miseria se ceba en los huelguistas y muchos de ellos huyen a ganarse el pan a otros lugares. En el edificio del sindicato ocurre una escena tristísima: la pobre esposa de Echea, "una flor de carne" que ha sufrido por su esposo martirios sin cuento, muere cristianamente, dejando una niña, fruto de sus amores.

Una noche, la Guardia civil que patrulla por las calles hace una descarga sobre cierta muchedumbre apiñada que cree en actitud levantisca, y hay varios muertos y muchos heridos. Aurora que había volado a casa de Hortensia Rubio, hermana de Casilda, donde ésta se hallaba también, a buscar a su Nena, sale con ella, y tras ambas sale Casilda, después de haber cogido una pistola de su cuñado Y, ya a la puerta del Sindicato, suena un tiro y Aurora da un grito lastimero: la bala había muerto a su Nena...

La bestezuela que, al decir de Taine, dormita en cada ser humano, ruge aún en Casilda que ha

vuelto a casa de su hermana, donde viéndole Carmen la pistola aún humeante, la llama criminal y le echa en cara que no cree en Dios. Y Casilda sale, en medio de un chubasco, y anda como una loca, hasta dar con un mal cobijo donde pasa la noche, y a la madrugada se encamina a Monte Sorromero y entra en su casa donde se encuentra con Thor, su enamorado Hércules, en cuyas manos cae, como antes en las de Pedro Abril. Ya aquélla no es una joven sino una piltrafa femenina, como las que se ganan el vivir aspérrimo, al estilo de "La Corales" por aquellos ribazos de perdición... Sigue el desfile de huelguistas y entre ellos Casilda y Thor y tras ellos Pedro Abril...

El edificio del sindicato está lleno de heridos. Rosario bulle de un lado para otro preparando y dando calmantes, besando a cada instante a la niña de Echea que llora por su madre Natalia y consolándola con la seguridad de que ha de volver.

Las turbas quieren asaltar a Vista Hermosa, donde residen el jefe y los altos dignatarios de la empresa; mas Echea les habla robusta y aun cristianamente, y las contiene y las calma. Pero los males arrecian, la desesperación se intensifica. Se han formulado unas bases honrosas; la Empresa en nada cede.

Y el alma de la huelga jura venganza. Se ha menester un hombre perito en las profundidades de las minas que se juegue la existencia volando los principales pozos y destruyendo en un instante millones y millones. Y he aquí que cuando Auro-

ra murmura: "¡No hable usted alto por Dios!", temiendo le oyera Gabriel, surge éste del camastro en que descansaba un poco, exclamando: "Ese minero que necesitáis soy yo." Y, efectivamente, se va y sacrifica su vida volando los pozos...

Por este esquelético apunte se puede advertir que *El Metal de los Muertos* es una novela sociológica de alientos viriles y abundante en pasajes que llegan a las entrañas con sacudimientos estremecedores. Las páginas que se refieren a la esposa del campeón socialista, ex-alumna de la Normal de Oviedo, son de las que más conmueven. La ternura y abnegación de Jenny de Vestfalia siguiendo, de destierro en destierro, a su esposo Carlos Marx, palidecen ante la ternura y abnegación de esta candorosa rubia que tan dulcemente sufre lo desgraciada que la había hecho su esposo. Ella que por él había dado a luz a su primer hijo en la cárcel de Madrid y que siempre le había amado con lealísimo amor, observa, ya moribunda, que Rosario y Echea se aman, y estrecha y abraza su cruz. Aquellas palabras "Bastante bueno has sido para mí... y ella también", pronunciadas al borde del sepulcro, son lo más grande de la novela; saben a santo heroísmo, cálido y conmovedor. ¡Qué epílogo de aquel su vivir abnegado, de cárcel en cárcel, e inocente siempre, sin haberse quejado nunca! Nada extraño que expirase como flor marchita, ni que, muerta ya, aún tuviese en su semblante vagos matices de flor! Rosario, velándola aquella noche, en rezos continuos, semeja un símbolo del dolor y de la buena amistad...

Aquí y allá se encuentra el leyente con trozos de novela que suponen detenidos estudios, como el vistazo histórico a la explotación de las minas, breve, ceñido, sabio. Dícese que Flaubert empleaba, cuando el caso lo requería, semanas y semanas en el aderezamiento de un capítulo de sus novelas. Algún tiempo habrá llevado también a Concha Espina ese hermoso retal histórico de la suya, pero no en vano, porque avalora muy mucho sus páginas.

Y aquí y allá, también, tropieza uno con pasajes novelescos, emocionantes y primorosos. La bajada a las minas del simpático químico norteamericano, Leonardo Erecnis, cuya hijita pone aleteos de ángel en la entrevista de las comisionadas de la huelga con las damas de Vista Hermosa, brindando agua a aquellas sedientas de justicia, es sencillamente épica, y Gabriel Suárez que le acompaña y le guía, en aquella bajada, está sencillamente sublime.

La pintura de la huelga es admirable. Yo recuerdo haber leído una magistralísima en Zola—la de *Germinal*—a lo largo de cuya descripción casi me sentía huelguista. Y algo por el estilo me aconteció al leer ésta de Concha Espina, sobre todo, desde el instante en que, con el permiso del Comité de Huelga, se ve a una porción de huelguistas, entre ellos Gabriel, ir, a súplicas del Cura de Nerva, a poner en salvo los Santos de la iglesia que amenaza hundirse, y los despojos de los que yacen en el cementerio, cuyos nichos se desmoronan.

El cuadro desolador y sangriento de la noche en que la Guardia civil, equivocada, rompe el fuego contra los huelguistas, espeluzna y espanta. Se ve caer, atravesado el pecho, a Leonardo Erecnis; se atisba a Casilda, a merced del ventarrón de su celotipia, salir con la pistola cargada y apuntar a Aurora, matando a la Nena, y se ve a Echea, al filósofo Estévez, al propio Gabriel Suárez que diríase anhelaba embriargarse del dolor ajeno, para olvidarse del propio, desvivirse por prestar auxilio a los heridos y recoger los muertos, sin fijarse en si son huelguistas o traidores.

¿Verdad que, a juzgar por este esbozo, debe de ser *El Metal de los Muertos* la mejor novela de nuestra autora? Pues no es ello así, y antes es su más grande equivocación. Y para corroborar lo que afirmo, no haré hincapié en defectos de escasa monta.

Pasemos por alto aquello de que cuando Gabriel y Aurora caen embriagados en las tentaciones humanísimas del amor, sea Aurora quien rehuye casarse, siquiera se hubiese andado por tierras de América. ¿Que a ese linaje de gente no se puede pedir moralidad de cierta índole, porque viven en plena amoralidad? En otro ambiente pudiera ser así, pero en el de Traspeña, una aldehuela de la Montaña, no me lo explico, que diría el general Romerosa de la *La Rosa de los Vientos*. Bien expió la infeliz su pecado, viendo a su pobre Nena nacer y morir sin nombre, viniendo al mundo por un amor ciego, y yéndose de él

muerta por un ciego odio, sin haber sido bautizada.

Pasemos por lo alto la descripción realista de "El Vaivén", hecha con palabras tan puras si se quiere, como la intención de la novelista, que no es otra que la de hacer aborrecible y maldito aquel antro embrutecedor del linaje humano; pero de la cual descripción, no obstante sus palabras de armiño, no puede menos de surgir la impresión de una fuerza voluptuosa degradante, sobre todo desde el punto en que se alza el telón y comienza a bailar su lúbrico tango la "Bella Esmeralda".

Para corroborar mi aserto, basta que me fije en lo que atañe al espíritu de la novela. No es que suponga a la novelista extraviada en las cuestiones sociales, sino, simplemente, que ha ido un poco más lejos de lo que se imaginaba, llevada del bendito afán de hacer bien a los beneméritos hijos del trabajo: lo que les acaece a ciertos sociólogos, que en sus arengas a las multitudes, se enfervorizan con los nobilísimos impulsos de su corazón, y dejan escapar frases que no se avienen con la esencia pura de la doctrina cristiana; que esto es lo que le acaeció a nuestra insigne novelista.

Equivocada Concha Espina con la creencia de que hay un socialismo cristiano —cosa que en su acepción propia no puede existir—, pues ya en *Al Amor de las Estrellas* habla del "cristiano socialismo que siempre tuvo ilustres paladines en la aristocracia española", ha querido escribir una novela socialista cristiana; y por eso nos ha creado

a Aurelio Echea, un campeón socialista bien aparente que cree en Dios y todo, como si la existencia de Dios no fuese rechazada de plano por el socialismo (1).

Y el fermento socialista apunta muy pronto en la novela, haciendo al leyente ponerse en guardia. Ya de Charol, cuando aún no había salido de Traspeña, pondera Concha Espina que se había iniciado con ardor "en los códigos de la fraternidad". Y como luego se ve que los libros que había leído Charol, no debían de ser otros que los que brindaba a Aurora: Carlos Marx, Fernando Lasalle..., se queda uno pensativo haciéndose cruces y exclamando para su capote: ¡si Concha Espina creerá que son esos hombres los legisladores de la humana fraternidad!...

Y novela, adelante, el fermento socialista se intensifica y crece. El campeón, nacido en Vizcaya y recriado en Asturias, hablador de varios idiomas, encanta a Rosario y a José Luis, deslumbrándolos con sus radiosos idealismos románticos,

---

(1) Dice meritísimamente el insigne sociólogo Francesco Olgiati: "¡Quale abisso fra il socialista e il cristiano! Nessun ponte puó unire le due anime. Simpatizare por la concezione socialista significa abbandonare il Cristianesimo, poiché il vero socialismo. . e la negazione dei principii stessi della religione." "*La Questione Sociale.*—Quarta edizione, p. 206."

Es claro que el socialismo de esta novela lo llamaría Olgiati socialismo prampolinesco, pues el protagonista Echea viene a ser un inconsciente Prampolini.

"Come tutti sanno, il método dell'on Prampolini, e di mille e mille altri propagandisti rossi, consiste nel presentarsi alle folle, dicendo che il socialismo non combatte la religione, ma anzi che il Vangelo e una doctrina socialista e che Gesú Cristo era un socialista perfetto. Si citano perció versetti del Vangelo e si conquistano in tal modo le turbe beote." (ib.)

hablándoles, con elocuencia enajenadora, del naciente reinado de la Justicia, pues cree llegado el último día de los reyes y el primero de los hombres...

Y luego el socialismo toma resplandores de bolcheviquismo: a pie juntillas cree Echea en la redención de los pueblos, realizada por aquel Bienski, que, al salir de la Cárcel Modelo de Madrid, le dijo muy orondo: "Voy a pacificar el mundo." ¡Menuda pacificación la que nos trajo Trotzki que es el personaje aludido! ¡Mentira parece que Concha Espina haya podido tener benevolencias para esa magna revolución sovietista, perpetradora de los más grandes crímenes, de orden civil y religioso, que se registran en los anales del mundo, y detrás de la cual es sabidísimo que se esconde toda la negra montaña de venganzas y de odios que simboliza el judaísmo! (1). Hasta con la Guardia civil es injusta la autora de esta novela, pues la hace disparar contra el grupo en que va el generoso Erecnis con algunos empleados a recoger papeles importantes de la Empresa, tomándolos, precipitadamente, por pandilla de revoltosos. Ignora Concha Espina la paciencia enorme, a veces ultraheroica, de la Guardia civil en sus conflictos con el pueblo. Hubiera visto alguno de esos casos como los ha visto el que esto

---

(1) Brindo a la egregia novelista el último capítulo de la actualísima obra *The International Jew*, published by The Dearborno Publishing Co., y que lleva por título "Jewish Testimony in favor of Bolshewism." Y se cerciorará de que son verdades de p a pa, todo lo que le digo.

escribe, y no hubiera empañecido en nada el buen nombre de Cuerpo tan benemérito de la nación.

Pero ¿qué mucho salga malparada la Guardia civil, si lo sale hasta el Clero? No reflexionó bien nuestra novelista, cuando, en la conferencia de Vista Hermosa, adonde, llamadas por la esposa del Director de la Empresa, habían ido Rosario y Aurora, nos mete al infeliz sacerdote D. Facundo, que se pone de parte de los explotadores, provocando aquella consideración de Rosario: "De modo que tienen ustedes de su lado los fusiles, los millones y la bendición sacerdotal..."

Equivocadísima está la insigne novelista, si tal cree: la labor de los sacerdotes en España y fuera de España, en pro de las clases trabajadoras, es estrenua y aun sublime. Y es injusticia sangrante querer empañarla con algún caso singularísimo que pudiese haber en alguna explotación minera o fabril. ¡Si estamos siendo, a cada instante, tildados de socialistas, por nuestras valientes cruzadas en favor de los hijos del trabajo! ¡Y hasta es sabidísimo que, alguna vez, llevado algún sacerdote de sus cálidos impulsos, en pro de las clases obreras, llegó a arriesgadas osadías que merecieron altos toques de atención!...

En una empresa como la que Concha Espina fustiga, donde tan despóticamente se trataba al obrero infeliz, haciéndole trabajar en labores devastadoras de su salud, por el misérrimo jornal de tres pesetas, que no daban para comer, cuanto menos para casa, forzándole a vivir en huroneras donde todo desamparo tiene su asiento, poner un

sacerdote católico, defensor de los inhumanos explotadores, es una ceguera absurda en una persona conocedora de la realidad.

No: no es sana una novela en que se idealiza, hasta querer hacer de ellos una apoteosis, a unos personajes en cuyo pecho triunfan sentimientos de rencor y de venganza, siquiera ese rencor y esa venganza recaigan en seres que los tienen muy merecidos. Ni la venganza ni el rencor son compatibles con la doctrina cristiana. Y en esos anticristianos sentimientos ruedan envueltos, al fin, todos los idealizados personajes: el campeón que jura venganza, cruzando los dedos de la mano derecha y besándoselos; el filósofo Estévez que se lamenta de no servir él para ejecutar la venganza terrible; Gabriel Suárez, el minero elegido para llevarla a cabo, y a quien Concha Espina parece haber querido elevar al ápice de todos los heroísmos y todas las adoraciones, y hasta la espiritual Rosarito, tan angelizada al través de la novela, y que murmura juntamente con Aurora: "¡Vengarse!"...

¡Lástima que el admirable talento de Concha Espina haya padecido este momentáneo eclipse, dejándose deslumbrar por fogonazos a lo Pío Baroja! ¡Lo bien que hubiera podido acabar la novela, dejando que la huelga, tan lícita en aquel caso, atizada por el despotismo del Director, rehusando hacer concesión ninguna, fuese la ejecutora fatal de la venganza, pues las gigantescas obras subterráneas de la Empresa se desmoronarían por sí mismas! ¡Y todo ello aureolado con el

halo augusto del patriotismo rebelde, ansioso de atajar el río de millones que corre hacia Inglaterra, debiendo fertilizar y enflorecer los campos de nuestra patria! ¡Y todo ello, sin aquella pesada atmósfera de tragedia que se cierne doquier, y sin más muertes que la de aquella sabandija protestante que se llama D. Jacobo Pmip, hipócrita bellaco que se fingía convertido al catolicismo, repartiendo escapularios del Corazón de Jesús, y andaba siempre a caza de inocentes doncellas!...

—¿Que es final más humano el de la novela? Concedido. Pero entonces que la novelista no nos hubiese creado esos tipos heroicos y casi santos, sino personajes amorales, como los del dramón *Daniel*, de Dicenta...

III

Y ahora hablaré un poco del peculiar arte de hacer novelas de Concha Espina. La arquitectura de sus obras, por lo magistral del desarrollo, parece haber sido delineada de antemano, a lo menos, en el misterioso papel de la imaginación. A veces déjase llevar de adornos episódicos que diríase van a desorientar a la novelista en su marcha constructora. Mas no acaece así: Concha Espina sabe siempre adónde va. No se la puede confundir, de ningún modo, con ciertos novelistas que se ponen a escribir una obra, como se ponía a pintar Orbaneja, quien, como alguien le preguntase un día qué era lo que pintaba, respondió tan campante: "lo que saliere..."

En algunas de sus novelas —*Agua de Nieve*, *La Esfinge Maragata*, *La Rosa de los Vientos*— quizá abre cimientos harto amplios para la obra que va a construir, amplitud que hace desmayar un tanto la atención del leyente. Pero en seguida que comienza la acción dramática, el interés se aviva y crece sin cesar hasta que se da cabo a la obra. Y entonces se ve que episodios y paisajes se traban con enlace perfectamente harmonioso, fundiéndose con la trama de la acción novelesca y constituyendo con ella una misma tela finísima y variada.

Quizás, a veces, parece que, al pasar páginas y páginas, se van quedando algunos cabos sueltos; pero en los capítulos próximos al desenlace, todos los recoge muy naturalmente. Y si alguno de poquísima monta queda por recoger, nos le ofrece luego recogido en la subsiguiente novela, en cuyos umbrales nos avistamos en seguida con algún sujeto más o menos conocido. Tal sucede con *Agua de Nieve, La Rosa de los Vientos* y *El Metal de los Muertos*.

Los personajes elegidos por Concha Espina para entretejer las acciones dramáticas de sus novelas, suelen ser casi todos muy de carne y hueso, vivientes, realísimos. A luz ha dado algunos el cerebro de nuestra novelista que son una maravilla de realidad, como los de Rucanto, en *La Niña de Luzmela*, el tío Cristóbal, la tía Dolores y el Cura de Valdecruces, en *La Esfinge Maragata*; Carlota, Manuel Velasco y el excelso D. Amador, de la misma castiza cepa que el Cura de Valde-

cruces, en *Agua de Nieve*; Leonardo Erecnis, Jacobo Pmip, Vicente Rubio y su hija Casilda, en *El Metal de los Muertos*. Sólo en algunas primeras figuras de mujer, como Regina de Alcántara, Soledad Fontenebro, Rosario, Aurora..., falta algunas veces Concha Espina a la verosimilitud, y es por excesivo amor de madre que quiere engrandecer e idealizar demasiado a sus intelectuales hijas.

A veces, con cuatro solos rasgos nos da una caricatura donairosa como la de aquel catedrático de Jaén, en *El Metal de los Muertos*, que estaba desesperado por no encontrar playas de su gusto ni al Sardinero ni a San Sebastián, y que gustaba de pasar el otoño en el Ritz, donde había muchas viudas americanas millonarias —él que tenía el amor por una sandez— y que había sido periodista y poeta, pero que entonces se dedicaba a labores de cultura y estaba imprimiendo un diccionario portugués y una gramática latina.

Y a veces, también, con solas cuatro pinceladas inverosímiles nos traza una realísima figura de mujer, como la de aquella Hortensia Rubio, tan maltratada por su esposo Manolo Fanjul, a quien, no obstante, adora apasionadamente, llegando por él, que así se lo impone —y cuando por haberla apuñalado un brazo, acaba de salir de la cárcel—, a expulsar de su casa a su pobre madre ciega, en noche de truenos, relámpagos y desecha lluvia. Y digo realísima, a pesar de los toques de inverosimilitud, porque hay mujeres que tanto más aman a sus amantes o esposos, cuanto éstos más fiera-

mente las sopetean y ultrajan. Recuérdese a aquella Juliana de *Rinconete y Cortadillo*, que, después de llegar, molida a palos por su amante, a casa de Monipodio, como la oyese hablar duramente respecto de él, le salió al atajo con aquella frase, "cuan malo es, le quiero más que las telas de mi corazón." Hortensia Rubio es una de esas muchísimas Julianas...

En las vistosas descripciones que, a guisa de galanos lienzos, va desplegando y tendiendo por las galerías de sus novelas, se manifiesta artista consumada. Sin descender a los pormenores y semínimas de que tanto abusaron los dicípulos de Zola, para ver de dar más fuerte impresión de lo real, Concha Espina sabe fijar en nuestra fantasía cuantas cosas describe con plástica precisión, a mí ya nunca se me borrarán de la memoria ciertos bellísimos rincones cántabros, creados por el pincel de nuestra insigne novelista. No es que haya trazado de esos rincones cántabros una carta topográfica en que abunde el diseño minucioso a lo Dikens, quien, por que ningún pormenor se le escapase, solía perderse en la enumeración prolija y apasionada de las cosas pequeñas, muy al contrario de lord Byron, que, enamorado de las magnificencias de la naturaleza, desplegaba siempre, en sus descripciones, panoramas sorprendentes y espectáculos grandiosos; sino que, sin despreciar, cuando el arte lo requiere, las nonadas interesantes y las sugestivas menudencias, hace flotar sobre cuanto describe, aquella sobria tonalidad de idealismo que tan de molde viene a ciertas descripcio-

nes de Flaubert, que siendo muy realista, no por eso dejaba de traslucir su procedencia romántica, pues sabido es que se embebía siempre en Chateaubriand, el llamado, meritísimamente, rey de las descripciones. Y esto mismo es lo que le sucede a la insigne novelista montañesa, que, sin dejar de ser muy realista, con un realismo de puro sabor nacional, que en nada trasciende a galo, como el de Mata o el de Insúa, insoportables y malolientes, tiene también a menudo sus vislumbres y sus dejos de sentimentalista romántica.

Acaso el continuo y bello metaforizar en que retoza, naturalísima, la péñola de la egregia montañesa, perjudica, de vez en cuando, sus descripciones, haciéndolas imprecisas y vagas, imposibles de trasladar al lienzo, como no sea por alguno de esos pinceles *cubistas* que, por amar demasiado la imprecisión y la vaguedad, dan en lo caprichoso y en lo absurdo. Pero eso no le sucede nunca cuando se trata de cosas de la Montaña, en que a veces llega a lo sublime, y baste, como ejemplo, la descripción de la lucha de Andrés y los dos niños con las furias de la nevasca, en *El Jayón*. Es aquello un lienzo soberbio que nada tiene que envidiar a las más hermosas descripciones de la misma índole, que recuerdo haber leído en Pereda y en Andersen. Concha Espina es sólo imprecisa y vaga cuando tiene que describir cosas que no ha sentido ni vivido tan intensamente como las de su Montaña, cuales son, por ejemplo, algunas de las que nos describe en *El Metal de los Muertos*. Reléanse las descripciones de la cuenca minera y los alrededo-

res de Dite, toda aquella región infeliz que tan despóticamente explota y estruja Nordetania, o todo aquel capítulo titulado "Riberas y Colinas", en que nos traza el viaje a pie, de Thor y de Charol, a Niebla, y se verá que no exagero al observar que algunas veces hay harta vaguedad e imprecisión en el pincel de Concha Espina. Creyérase que había pasado por allí haciendo apuntes y croquis ligeros que luego se le borraron de la memoria, obligándola a recurrir a la erudición barata de los diccionarios enciclopédicos, erudición que pesa luego sobre la lectura, haciéndola enfadosa y desmayada, no obstante los encantos estílicos que incesantemente recrean y aun seducen al que lee las creaciones de esta preclara novelista.

A ratos su pluma facilísima, con esa facilidad a que no se llega sin peregrinas dotes naturales y sin laboriosos cultivos literarios, peca de difusa, menoscabando el interés de lo que escribe; pero ello no es más que a ratos, cuando la novelista egregia se embriaga en alardes de facundia. He observado esto en todas sus obras, exceptuando únicamente *La Niña de Luzmela*, razón por la cual se me antoja de más airosa hechura que todas sus otras hermanas. Una ligera labor de desmoche y de poda en los parajes demasiado frondosos y haldudos, dejaría aparecer en toda su fuerza ciertos vistosos cuadros y ciertas dramáticas narraciones.

Sea un poco más sobria la insigne novelista en el dejar correr a su merced la pluma, y séalo más aún en el empleo de vocablos poco corrientes en el uso de los escritores. No es que le recomiende

pobreza de léxico: cuanto éste sea más rico, mejor. Pero huya de aglomerar en un mismo capítulo mucha terminología ignota para la generalidad de los que leyeren. Evíteles el tener que acudir a cada triquitraque al diccionario. Hubiera considerado que la mayoría de sus lectores no son nautas ni mineralogistas, precisamente, y no hubiera volcado, como vuelca en unas cuantas páginas de *Agua de Nieve* y *El Metal de los Muertos* todo el vocabulario marinero y mineralógico. Créame Concha Espina: el prurito de ostentarse muy opulenta en léxico, forzando a ir a cada triquitraque al diccionario, además de inspirar sospechas en rebuscos que nunca deben existir, resta cantidades inmensas de emoción a sus hermosas novelas.

Y ya que estoy en el momento de los reparos, bien que lejísimos de echármelas de dómine, no quiero dejar de advertir a nuestra insigne novelista que ponga todas sus veras en evitar descuidos y olvidos, poco perdonaderos, por sonar a incorrecciones gramaticales y desacreditar la hialina transparencia de su lenguaje escogido y prócer. En su alindado estilo, esos olvidos y descuidos son como manchones en finísimo cristal de Bohemia. Y Concha Espina es demasiado olvidadiza y descuidada en pormenores de esa índole. Con el uso del pronombre personal de tercera persona, en el acusativo de plural, es verdaderamente anárquica. Como la mayoría de los periodistas contemporáneos, cuando el caso es acusativo, escribe "les" en vez de "los", uso que reprueba con sobradísima razón la Grámatica de la Academia. Pase

que en el dativo femenino de singular escriba "la", y no "le", como preceptúa la misma Gramática, ya que algunos clásicos usan con frecuencia "la" en vez de "le"; pero el acusativo masculino de plural ha de ser siempre "los", como el acusativo femenino ha de ser siempre "la" para el sigular, y "las" para el plural. Y también contra esto delinque Concha Espina, bien que no tan frecuentemente; "les exhorta", escribe en la página 273 de *El Metal de los Muertos*, en vez de "las exhorta", pues se trata de Carmela y de Calsida; y en la página 301, reincide: "les aturde ya la brama del trabajo", en vez de "las aturde", porque las aturdidas son Obdulia y Aurora; y en la página 334, torna a escribir: "Estas españolas procaces... se *les* viene a civilizar", y así en otras páginas que no puntualizo, por no ser enojoso.

Usa mucho Concha Espina el vocablo "dinteles", y casi siempre lo usa ignorando su genuina significación. Baste como comprobante este ejemplo tomado de *Agua de Nieve* (pág. 198): "dejando en el dintel señales puntiagudas de sus luengos escarpines." Gimnasta expertísimo tendría que ser quien a conseguir tal cosa llegase...

En *La Esfinge Maragata* usa muy propiamente el adjetivo "sendos", cuando describiéndonos a Astorga, nos habla del reloj del Concejo, en el cual dos maragatos "cuentan con sendos martillos las mustias horas de aquella vida gris", y en otras partes, como al trazar una descripción en *La Niña de Luzmela*, escribe: "una consola sostenía sendos fanales." Y esto no puede ser según lo académico

y lo castizo: "sendos, sendas. Uno o una para cada cual de dos o más personas o cosas."

"¡Qué rangos!", se lee en la página 41 de la *Esfinge Maragata.* ¿Por qué usar ese vocablo, expresamente vituperado de galicismo por la Gramática de la Academia, lo mismo que "pretencioso", en vez de presuntuoso, afectado, que leo en la página 283 de "Despertar para Morir"?...

En el alma sentiría que la egregia escritora se molestase por estos reparillos que le pongo, celoso de su bello escribir, y murmurase, malhumorada, aquello de Sancho al Bachiller Sansón que acababa de corregirle la impropiedad de una palabra: "¿otro reprochador de voquibles tenemos?" Yo le advierto estos que son desaliños, facilísimamente corregibles, para que, en ulteriores ediciones de sus libros, los corrija y así se ostente su lenguaje tan correcto e impecable, como es su estilo enflorecido y hermoso.

El ambiente espiritual que se respira en las novelas de Concha Espina —salvo la inconsciente equivocación de *El Metal de los Muertos*— es muy para bendecir a Dios, y hace que pueda recomendarse la lectura de tales producciones aun a las almas más inocentes. Despreciando —y juzgo que en ello hace muy bien— la imposición flaubertiana de que en las novelas no debe haber nada subjetivo, personal, en cuanto a ideas y sentimientos, nuestra novelista se esconde en el alma de muchos de sus personajes, de los más selectos y simpáticos y los hace vivir algún matiz de su propia vida moral e intelectual, manteniéndose perfec-

tamente caracterizados e inconfundibles en toda su intervención a lo largo de la novela. Por medio de esos personajes, acierta magistralmente, y sin enseñar la oreja tendenciosa, a censurar lo que se debe censurar, y aplaudir lo digno de aplaudirse.

No es que la insigne novelista escriba sus novelas tendiendo el paño del púlpito y ensartando jaculatorias. Sabe ella muy bien que eso —ya lo hacen muy pocos por fortuna— es empequeñecer y desnaturalizar el arte. La sana fuerza moralizadora de las producciones de nuestra novelista brota de la acción dramática que constituye el fondo de cada obra, del tejido poético de cada novela; y brota, natural y espontánea, como una incensada bienoliente y confortadora que vivifica y robustece los ánimos creyentes.

Un tanto más atenuada quisiera yo ver, en los partos literarios de Concha Espina, la nota triste y melancólica que a menudo los envuelve, como una gasa fúnebre. Concha comienza su precioso libro *Al Amor de las Estrellas* con este sombrío pensamiento: "El dolor es el padre de la poesía." Y ella ha dejado que todas sus producciones novelescas fuesen engendradas por ese padre. La vena del humorismo regocijador no aparece nunca por ellas. Jamás se advierte en ellas la nota cascabelera y reidora, que expande el ánimo y le mece un instante en fruiciones regocijadas, al modo del Solitario de Polanco que nos sumerge a veces el espíritu en un baño delicioso de retozona risa.

Concha se ostenta siempre grave y un si es no es apesadumbrada y melancólica.

Nada me maravilla esa nota triste que da suave tonalidad de pesimismo a toda la labor literaria de nuestra novelista. Es como un eco vago de las muchas lides que tuvo que reñir, para ascender adonde ha ascendido; y de esa penosa ascensión que le ha costado muchos sudores y aun mucha sangre de su espíritu, le ha quedado no sé qué a su hidalga pluma que vierte profundas tintas melancólicas en todas sus bellas creaciones artísticas. Por azares de la existencia —lo sabe todo el mundo— Concha ha tenido que desplegar muchas veces una bravura tan heroica como la de sus más esforzados nautas, Pablo, el de *Agua de Nieve*, o Agustín, el de *La Rosa de los Vientos*. En el océano social donde se encontró sola con su barca que llevaba por toda dotación unos pobres pequeñuelos, rugieron, unas tras otras, muchas tempestades. Y ella, para salir airosa, como salió, en la terrible lucha, tuvo que ser muy excelente y heroica marinera. ¡Dios sabe lo rudísimamente que habrá tenido que navegar de bolina, antes de ganar, triunfadora, el cobijo del puerto!...

Justificada la nota triste que envuelve la labor literaria de nuestra novelista, yo me atrevo a recomendarle que no se deje llevar tanto de esa nota enmustiadera. Es claro que así es la vida, como ella nos dice en el lindo prólogo de *Ruecas de Marfil*; pero también hay en la vida dramas optimistas y confortadores que deben alternar en sus

novelas, para que así reflejen con más exactitud la realidad.

Además, late ya demasiado pesimismo en las bellas letras españolas: el arte que debía ser una redención de la tristeza por medio de la alegría, está siendo una inmolación de la alegría en aras de la tristeza. ¿Por qué Concha Espina, que a maravilla lo sabría hacer, no ha de brindarnos alguna vez, el lado sonriente de la vida? Entonces sí que los encantos estílicos de su afiligranada prosa tendrían ejércitos de espíritus golosos que se relamiesen de saborearlos, como lo que son muy a menudo: una pura golosina.

Porque es el estilo de Concha Espina lo que más vale en sus valiosísimas obras. Schiller llamaba al novelista "Halbbruder des Dichters", hermanastro del poeta. Concha no es hermanastra, sino hermana muy legítima, pues casi siempre en su estilo acierta a ser poetisa admirable (1). Lleva

---

(1) Baste decir que, sin ella misma darse cuneta, poetiza a menudo en su prosa, lo cual no se le puede achacar a defecto, ya que lo hace inconscientemente, y es floración natural de su oído exquisito. Integros párrafos tiene en sus obras, como éstos que tomo de *Despertar para Morir,* que son una retahila de versos sonoros. Véanse:

"—¿En qué me has ofendido?
—preguntó con asombro la señora.
Y, dulcemente, le tendió sus manos,
que en las manos morenas de Rosita
semejaron dos lágrimas de luna."
"Acentuáronse en Eva los impulsos
de arrojarse a los pies de su marido
confesando sus yerros,
pero su brava condición sellaba
todavía los labios orgullosos,
y, en altivez arisca, fué a esconderse,
desesperada y muda
en apartada estancia" (pág. 333).

en su fecunda radiosa imaginación mil ruecas de marfil que hilan primorosamente los hilos de oro de su estilo, rico de todo linaje de galas, frescas, nada gastadas, como fabricadas por primera vez, y con patente de invención; y luego su talento, un vigoroso talento de mujer, los tiende y los tersa en el mágico telar de su fantasía y ¡qué filigranas las que nos teje!

Su decir, siempre elegante y florido, se enriquece a menudo con un metaforizar abrileño y lozano. Muchas de sus lindísimas metáforas son verdaderos hallazgos afortunados de fuerza, de sonido y de color. Las saborea uno como delicias del bien decir. Huelga puntualizar, porque no hay más que abrir cualquiera de sus libros, para dar en seguida con bellezas de frase que seducen y encantan. Decires primorosos tiene aquí y allá que parecen hechos de sutil encaje de Almagro o de rayos de sol tejidos en urdimbre finísima por algún hada misteriosa. De cuando en cuando sorprende a la fantasía del leyente con imágenes poéticas, espléndidas y grandiosas, y con símiles novísimos, virginales, intocados aún por ninguna otra pluma. Y, por añadidura, no se siente para nada, el esfuerzo, la lucha por el acicalamiento de la frase, la fatiga por el rebusco del decir rítmico y sonoro, que brota, naturalísimo, de su pluma. Y, por añadidura aún, en miles de pormenores, en miles de menudencias, en miles de aladas cosas, resalta siempre el sexo, la femineidad. Y es un encanto ver a la mujer, todo lo culta y ex-

celente autora que se quiera, pero mujer, siempre mujer.

No es para dicho el bien que merece Concha Espina de todos los amantes del patrio idioma, por saber demostrar, a la manera que demostraba Diógenes el movimiento, esto es, andando, que es el nuestro un idioma rico, musical, de inefables tesoros rendidores de oro puro, tanto más fecundos, cuanto más en ellos se profundiza.

Hace bien poco tiempo, en *Nuevo Mundo* del 28 de enero, decía Eugenio Noel perrerías de nuestro excelso idioma, en un articulejo presuntuoso y vacuo que titulaba: "Al margen de las nuevas formas de arte. El ultraísmo", viniendo a culpar, de que no descollásemos en arte y literatura, a nuestro idioma que tildaba de "manido y duro"... Mentira parece que revistas juiciosas y sensatas enhilen tales articulejos rebosantes de gentil desvergüenza, por no decir, de superlativa ignorancia. ¡Echénlos al cesto de las cosas inservibles, y manden a sus autores a estudiar el riquísimo idioma, antes de blasfemarle! ¡Aprendan esos muñidores de mal zurcido fárrago a manejarle como Concha Espina, y le encontrarán rico, sonoro, flexibilísimo para expresar cuanto se quiera, en cuestión de ideas y sentimientos, aun en sus más leves y vaporosos matices! Es petulancia insufrible la de ciertos crestudos catacaldos que se figuran superhumanarse gongorizando y diciendo diabluras contra nuestra gramática y nuestro idioma, cuando lo que hacen es traslucirse en toda su ruindad de petimetres deshom-

brecidos. ¡Y que su huequez de novacheros indoctos halle acogida en ciertas publicaciones!...

Perdóneseme este atisbo de enojo, en gracia de lo muchísimo que tiene de justo; ya que no es para dicha la mengua del bien escribir de nuestros días, por culpa de todos esos bullentes escritorzuelos *transpirenaicos* que se empeñan en acabar con el sabroso casticismo de nuestra riquísima habla castellana. ¡Tener ella tantos y tan vistosos atavíos para expresarlo todo, y esforzarse por vestirla de prestado, y de prestado de cintajos y arambeles extranjeros! ¡Oh la falta que hace, entre nosotros, un crítico sabedor y valiente, y más aún que crítico, buen tundeador de literatuelos y de poetastros! En vez de críticos sabios y valientes, hoy no tenemos más que turificadores...

Por más que acaso de la cativa y escuchimizada prosa con que el *ultraísmo* y el *dadaísmo* invaden, como torva tempestad, las serenas regiones de la literatura, les quepa mayor pecado que a los turificadores y a los críticos mudos, a los dueños y directores de la prensa diaria. La generalidad de los periódicos, por no decir todos, rechazan de plano los estudios críticos acerca de las obras de literatura, sean quienes quiera que sean, los críticos y los autores. Sé de un académico de la Española que anduvo, de periódico en periódico, con una crítica literaria que anhelaba publicar, y no halló hospitalidad en ninguno. Los periódicos, o por mejor decir, sus dueños, quieren, en vez de críticas, reclamos que dejen pingües ganancias. Se está ya muy lejos de los días de Cla-

rín, cuando los periódicos bebían los vientos por estampar críticas suyas que, leídas en seguida por Valera, por Balart, por el P. Conrado Muiños, u otro crítico de renombre, originaban polémicas cultísimas acerca del libro en cuestión, que eran saboreadas por el público como deliciosos manjares.

Y quien pierde muchísimo con esos egoísmos periodísticos es la literatura patria. Porque las grandes plumas se desaniman y no laboran con el entusiasmo con que debían laborar por trazar alta literatura, que, dado el triple muro de la periodística indiferencia, habría de pasar ignorada y desadvertida.

No es Concha Espina ninguna desconocida en el campo de las letras españolas. A fuerza de romper lanzas, ha logrado labrarse un nombre glorioso en ese campo. Más o menos penosamente ha sabido irse encumbrando por la difícil y abrupta cuesta de la fama. Pero aún no es lo conocida que merece ser, especialmente, en el sector social, como ahora se ha dado en la flor de decir, donde debía ser más bendecida y admirada. Y ello es una injusticia que habla muy poco en favor de la prensa católica que diríase se esfuerza en regatear los méritos literarios de los autores de nuestra misma acera.

A mí me ha parecido que la nesciencia, entre los católicos, respecto de la preclara novelista, pasaba ya de castaño obscuro, y quise hacer, volviendo a mis aficiones de otro tiempo, una labor crítica reparadora. No lo conseguiré porque una

revista no llega, ni con mucho, a la enorme volada de los periódicos diarios; pero, llegue adonde llegue, yo quedo muy tranquilo y satisfecho por haber escrito esta crítica, contribuyendo con mi óbolo a que la excelsa novelista montañesa sea, de quienes debían considerarla con legítimo orgullo como una gloria de su campo, más conocida, más leída y más ensalzada.

INDICE

Págs.

Al través de un libro y de un alma..... 5
Fernando Brunetiere: El crítico y el apologista..... 29
Crítica de un crítico: (Andrés González-Blanco)..... 46
La decantada revisión literaria..... 59
La poesía modernista..... 75
Revista literaria: *Mirando al Cielo.—El Romance en Cuba* 87
Crisis de la literatura francesa..... 102
¿Crisis de la literatura española?..... 113
La estética de los fuertes..... 125
Revista literaria: *Novelas ejemplares.—Menosprecio de corte y alabanza de aldea.—Apología cristiana: la Religión y la Historia o ciencia de las Religiones.—Necrología de D. Benito Pérez Galdós*..... 136
La novela más trascendental de Pablo Bourget..... 148
El movimiento literario en Cuba..... 201
Poetas cubanos:
Lucas del Cigarral..... 217
Guillermo de Montagú..... 231
Manuel Serafín Pichardo..... 243
Bonifacio Byrne..... 251
Habaneras:
El público y las Revistas..... 260
El Estilo..... 264
Paso a los Genios..... 268
¡Quién supiera escribir!..... 272
Don-No-entiende-ni-jota 276
Alrededor de una nonada..... 280
La labor literaria de Concha Espina..... 284

UN LIBRO DE VERSOS

que debe tener todo amante de la genuína poesía

FLORES DE UN DIA, *por el P. Graciano Martínez, Agustino.* De venta en las librerías de Hernández, Paz, 6, y Bruno del Amo, Toledo, 2, al precio de 4 pesetas.

FRAGMENTOS DE ALGUNAS CRÍTICAS

¿Se muere la poesía? Hay quien dice que sí, que va a morirse. Hay quien dice de este tiempo que es el ocaso de los semidioses. La prosa de la vida los empuja y aun a veces los arrastra a los rincones obscuros; y en los rincones obscuros se apaga la vibración, la luminosidad, el ritmo, el alma...

En el prólogo a este libro que titula el autor *Flores de un día* se discuten estas cosas. Y se culpa de estos males a las "sectas de poetas", que Dios—escribe el autor aceptando palabras de Quevedo—"que Dios ha permitido por el castigo de nuestros pecados". Estas sectas de poetas se dicen amadoras de Verlaine, pero de él, "tienen muy poco", y algunos no tienen nada... Y el autor las condena y las fustiga...

¿Estas apreciaciones son exactas? Indudablemente sí. El autor que las escribe, —P. Graciano Martínez—, es crítico de renombre y filósofo de monta. "—Este fraile pensador—ha dicho Zozaya de él—ha demostrado ya cumplidamente ser un gran conferenciante, un literato exquisito y un verdadero filósofo." En la Iglesia católica española es uno de los hombres más ilustres, y cada uno de sus libros significa un triunfo enorme. Hoy se presenta a la crítica con un volumen de versos, modalidad sin duda inesperada de un espíritu erudito, dado al estudio intenso e interminable y a la especulación profunda y áspera.

—Esta —decía Casares una vez en el prólogo de un libro—, esta es crítica vieja, clara y sana, que es la que se necesita...

—Esta—pudiera decirse de la que se contiene en este tomo—esta es poesía vieja, clara y sana. Sin floreos modernistas, sin audacias futuristas y sin dislocaciones ultraistas, que son artificios vanos condenados a caer como hojas secas. La poesía de ayer, la de anteayer, la de hoy... La poesía de siempre..... En estas *Flores de un día* —tituladas de este modo humildemente, aun la humildad del autor es

poesía de antaño;—es la de los Argensolas, la de Baltasar de Alcázar, la de Fernando de Acuña, tan temerosos del público y recelosos de su propio empeño, que hubo que aguardar su muerte para publicar sus libros. La humildad tampoco es de hoy: hoy un Schopenhauer dice que sus libros jamás se olvidarán y un Nietzsche que ha dado al hombre el libro más profundo que posee...

Este de *Flores de un día* está lleno de substancia. Humildad, religión, patria y hogar... Espíritu: savia dulce, sangre vivificadora... Poesía mansa y cálida que brota del corazón sin esfuerzo y sin tortura, como brota el rumor del oquedal. Y no se limita a un son, porque tiene muchas cuerdas: una veces canta amores, otras evoca recuerdos, otras describe paisajes... Se ha dicho de la poesía descriptiva que era donde se encontraba la menor cantidad posible de sustancia poética. La podemos comparar con la Cenicientilla de los versos: es la que hace las labores de la casa. Los que cruzan junto a ella la ven mustia, en un rincón, pegada al lar y llena de tiznazos. Pero es porque no son príncipes; es porque no la han visto transformada; es porque no se enteraron de que una hada madrina la protege y la cubre de brillantes, la viste de sedas, la calza unos zapatitos que no tapan un pétalo de rosa, y la lleva a los bailes de palacio.

Los poetas son así; este poeta es así... Son delante de las cosas como príncipes de cuento y es príncipe de cuento este poeta. Su poesía madrina también tiene una varita que hace transfiguraciones. Y sobre todo lo que describe, pone las armonías de su espíritu y lo llena de hechizo y de color...

Y sus versos son rotundos, estallantes y sonoros. Al leerlos, se arrastran músicas. El autor va de uno en otro por todos los manantiales, por todos los horizontes, por todas las emociones con que tropieza en el camino. Busca las lumbraradas, las visiones, las mieles espirituales, las alas de mariposa, y los hervores de espuma que siembra la poesía... Y cuando los encuentra, y los recoge, y los fija su troquel, les da una música intensa, desacostumbrada ya, rica de armonías de órgano...

Un crítico ha dicho así:

—¡Flores de un día!... No: flores de siempre.

De siempre, como el espíritu.

C. Cabal.

(Del *Diario de la Marina,* de la Habana.)

* * *

Sabio y poeta.—Lo es, sin duda alguna, el reputado escritor, de quien no ha mucho hablé, con motivo de su obra última, el P. Graciano Martínez, O. S. A. Entonces, daba yo noticia general de sus obras, y hacía notar que se trataba de persona cultísima. Su labor, como apologista, es labor de sabio, y no así como se quiera; a la copiosa eru-

dición, reune la importante nota de conocer, a fondo, los asuntos por él tratados.

Pero, además de eso, con ser mucho, tenemos en él, verdadero artista literario, todo un poeta, que sabe mantener el carácter propio de la Poesía Castellana. Antes de ahora, había publicado en primera edición, su libro *Flores de un día...*

En estos días acaba de salir la segunda edición aumentada, llenande copiosas páginas que se abren con interesante prólogo, y que encierran crecido número de composiciones, interesantes por los variados y numerosos asuntos que ofrecen, y hermosa expresión de un alma serena, delicada, sensible a los encantos de la belleza artística, alma noble y profundamente cristiana... Allí las composiciones descriptivas, los temas de carácter psicológico-moral, los asuntos de carácter religioso, en fin, allí mil temas diversos, y siempre sostenida la nota poética, sin desfallecimientos, sin una sola vulgaridad y dentro de la más perfecta originalidad; aquellas páginas son verdaderamente hermosas y si hubiera de citarse alguno de los asuntos tratados no se daría el caso de poder escoger, porque allí no hay desigualdades: todo ello es bueno, y en muy alto grado.

EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ.

(De *El Campostelano*, de Santiago.)

* * *

Es el P. Graciano suficientemente conocido entre los publicistas españoles y americanos de hoy, lo cual nos releva de su presentación. Ameno cuentista y pensador y filósofo ha sabido abrirse paso en el campo de la literatura y de la filosofía contemporánea...

La objeción contemporánea contra la Cruz y Semblanza del primer superhombre o Nietzsche y el nietzschismo le valieron justísimos elogios unánimes de la prensa de todas las tendencias. Como orador también es conocido, especialmente en Madrid. Quizá no lo sea tanto en concepto de poeta, y el libro que tenemos a la vista nos demuestra que lo es y de los de más pura cepa agustiniana-española. Precede al tomo de poesías que con sumo gusto hemos leído, un hermoso prólogo donde el autor expone lo que pudiéramos llamar su pensar poético literario...

Y vamos ya con las poesías del P. Graciano. En tres fuentes abundantísimas ha bebido a raudales su recia inspiración; en la del hogar; en la de la religión y en la de la patria. Su vena poética recorre todos los metros; octavas, octavillas, romances, silvas, liras, décimas, cuartetos, todos los cultivados por nuestros poetas consagrados. La poesía *Mi infancia* es una filigrana de forma y de fondo; resbala tan natural el sentimiento que nos arrebata y nos hace soñar a todos en aquella dulce edad. *Peña mayor* es modelo de poesía descriptiva, recia, valiente y rocosa, como la peña que describe. *Al Nalón, A la Virgen del Otero, Junto*

a la playa, La tarde en la aldea, Asturias, El castillo del Condado, Al Cantábrico, La Romería, y otras arrancan bellas estrofas a la lira del poeta enamorado de su patria chica, de su Asturias, y particularmente de Laviana. De su vena religiosa pueden citarse, al azar, *Ante un Crucifijo, Al dolor cristiano, Al claustro, Los ángeles del claustro, Plegaria a María, Soledad* y otras que recuerdan la sagrada inspiración del Maestro León y de Gabriel y Galán. Enamorado de la patria, porque lo es de su tierra amasada con sangre de héroes (y el regionalismo bien entendido es digno de ser alabado), canta las gestas de España con la sinceridad de acentos de un bardo medioeval: tales, *A España, Filipinas, El Pilar de Zaragoza, A Cuba* y *La prez de la Raza.* En fin, es no un libro más de versos, si no un libro de poesía plena, robusta, viril y que quisiéramos ver en manos de todos nuestros lectores y amigos para que por sí mismos apreciaran sus bellezas...

P. Salvador Gutiérrez.

(De *El Iris del Consuelo,* de Madrid.)

* * *

Necedad sería querer descubrir como escritor al P. Graciano, que tan alta tiene puesta su reputación entre los literatos y entre los sabios. Mas no creo descaminado tratar de descubrirle algo más como poeta; porque, aunque conocido, merece serlo mucho más, y que este libro, acrecentado ahora con nuevo prólogo y nuevas poesías, se difunda y relea por doquier.

La sabia doctrina que aquél contiene y la mucha inspiración, vigorosa y galana, que las poesías están rebosando, puede entrar muy en provecho, y quizá arrancar muchos espíritus jóvenes que aún están en formación, al nocivo proselitismo de esas escuelas *creacionistas, ultraistas,* estúpidas, que aún sobreviven (¡y es vitalidad!) después de la guerra. Aprendan estos infelices ortodoxia, hispanismo y sencillez en esta poesía del P. Graciano, que es la genuína poesía de la religión, de la patria y del hogar.

Constancio Eguía.

(De *Razón y Fe,* de Madrid.)

* * *

Flores de un día.—Este es el título del último libro publicado por el ilustre Agustino P. Graciano Martínez, uno de los prestigios más excelsos de una orden que dió tantos, y uno de los asturianos que son gloria y honor de la región. En el título hay modestia, una sincera modestia: este gran trabajador que ni aún sale del reposo necesario para aquietar el ingenio y para sosegar la fantasía, piensa de la labor de este volumen que es efímera y caduca, digna sólo de durar veinticuatro horas, y comparable a las flores, llenas de exuberancia y de color en la luz de la alborada, y mustias y deshechas a la tarde.

No es así; no debe serlo; este mismo volumen lo demuestra, porque es segunda edición. Hay en él un gran número de versos, digamos de poesías para hablar exactamente, que no han sido publicados hasta ahora; mas la generalidad lo fueron ya en otro tomo. El haberse éste agotado hace ya mucho y el pedirlo sin embargo con frecuencia los buenos catadores de belleza de ideas y de ternuras, obligaron al autor a reimprimirlo. Hacía falta, y más ahora...

Y hacía falta, para probar que no obstan las investigaciones eruditas y las meditaciones metafísicas al correr claro y sonoro de este venaje de amores, sentimientos y dulzuras... En el temperamento de este autor hay materia para todo: para la ciencia agobiante, para la disertación curiosa, para la filosofía profunda, para la historia novelesca, para la poesía inspirada. Todo se armoniza en él y de todo suele haber a un mismo tiempo en cada uno de sus libros. En estas "Flores" de ahora, junto al pensamiento intenso, que parece relámpago de lumbre, saltan la dulzura mansa, la inspiración bulliciosa y el sentimiento profundo. Nada de juegos de manos a costa de las palabras; nada de policromías a costa de las vocales; nada de sensaciones pintorescas a costa de la música y del ritmo; poesía limpia y pura, abundante de conceptos y sentires. Poesía neta y sana, de bondad y de honradez; cantar arrullador y deleitable de las grandes esperanzas y de los grandes amores.

Este es el libro de este gran astur, que acaba de publicarse. De las bellas poesías de la primera edición hizo la crítica elogios sinceramente entusiastas. Y desde entonces acá el poeta acabó de completarse: se intensificó su tono... se acreció su sentimiento, se agigantó su experiencia... De las cosas de su vida hizo siempre poesía; pero la poesía que hace ahora, aquilatada y robusta, tiene más armonías de su alma, más ricas entonaciones de su estro y más vivos arreboles de horizontes hechizados por el sol.

MERCEDES VALERO DE CABAL.

(De *Asturias,* de la Habana.)

* * *

Esta segunda edición de los versos del Padre Graciano es sumamente interesante en orden al estudio de la personalidad del autor. Como es más completa está más visible la evolución del arte del autor, que además él contrasta con la inquietud cultural moderna en los prólogos de limpia y luminosa crítica.

Quisiéramos siquiera dar una impresión bien coloreada de aquel lugar recóndito de la sensibilidad del poeta, de donde emerge como fuente viva el tesoro de la emoción, que hoy hace tan amables las obras modernas.

El Padre Graciano, como vulgarmente le llamamos sus admiradores y amigos, habla en el prólogo, al dar una idea de la evolución de estas artes poéticas del color y de la palabra, de Rubén Darío, como cabeza

visible de la reforma y de sus antecedentes en la literatura y poesía modernas francesas. Y el Padre Graciano habla bien porque nadie como él sabe que es cierta aquella trayectoria de lo que muchos llaman, atropelladamente, modernismo francés, que sigue hoy la poesía española de ideas, porque hay otra poesía, por desgracia también muy española, de sólo palabras y palabras.

Leyendo, y aun releyendo,—que muchos de los versos así lo exigen por su deliciosa envoltura,—las poesías del Padre Graciano, hemos visto nosotros una misma perfección emotiva, un mismo aticismo espiritual y un conjunto y decoro externo idénticos que retrazan los más hermosos versos de Baudelaire y de Verlaine, cuna indiscutible de la poesía moderna.

El Padre Graciano, en muchas, en la mayoría de las composiciones de sus *Flores de un día,* es un formidable poeta moderno. Ese impresionismo pictórico tan estudiado y sentido de que es modelo "La violeta tropical"—para mí una de las más emocionantes y profundas poesías modernas—, es hijo de la evolución que en las disciplinas estéticas pusieron Baudalaire y Verlaine y perfeccionaron hoy, quizá con detalles demasiado trabajados, Francis James, Paul Claude y Maurice Denis como modernísimas cabezas visibles del arte actual.

Pero aún hay más en estos versos, y es que, si en su interior, en las zonas más profundas de la inspiración hay todo el mar de luz y de color que baña las costas perezosas del arte moderno, en cambio, en su forma, en sus palabras se guarda la armonía—claro, que puramente formal—de lo clásico y que merece ser conservado.

No es el Padre Graciano, como versificador, un revolucionario, ni mucho menos, que más bien se orea en las sencillas artes de los místicos del gran siglo, cuya retórica, después de todo, era muy poco complicada. Su léxico es corriente y netamente castizo, pero su reciedumbre de inspiración y su fina sensibilidad de pintor le hacen manejar el lenguaje con el suave matiz que exige la poesía moderna.

Flores de un día es un raro libro de amor. De amor divino; de amor revelado; pero también de amor humano, de amor palpitante para las cosas hermanas que Dios quiso darnos por compañeras allá en los momentos un poco imprecisos en que nacen los días con la fugaz sonrisa del azul de amanecer y mueren tristemente con la plegaria funeraria de la noche que se abre medrosa ante el misterio del sueño y de la muerte...

FEDERICO LEAL.

(De *El Universo,* de Madrid.)

* * *

PRESTIGIOS CATÓLICOS.—*Un gran poeta.*—¿No le conoces, lector? Es el P. Graciano Martínez, gloria esplendente de la Orden Agustiniana.

Orador elocuentísimo —de los que en España hablan mejor, en sen-

tir de D. Alejandro Pidal—, a él encomendó la Real Academia Española la Oración fúnebre de Menéndez Pelayo. Ahí están sus bellísimas *Conferencias culturales,* proclamándole como artista insuperable de la palabra; ahí sus sermones y discursos pronunciados en la Habana, Manila, Buenos Aires, Madrid, en medio mundo, discursos y sermones plenos de erudición, de españolismo, de arte donde se adunan felizmente la solidez de la doctrina y la elegancia y valentía de la frase.

Y este hombre-cumbre, que, a más de sus obligaciones sacerdotales, dirige una Revista de la importancia de *España y América* —la primera entre las primeras de nuestra Patria—, este hombre genial, no contento con escribir libros como *Hacia una España genuina* y *Semblanza del primer superhombre,* tan celebrados por la intelectualidad hispano americana, en los ratos de ocio —de algún modo hemos de expresarnos— que le dejan tan graves ocupaciones, se abraza a la lira y arranca de ella sonidos dulcísimos que transportan el alma a las regiones suprasensibles.

Leed, para conveceros, la segunda edición aumentada de su libro de versos *Flores de un día.* Composiciones hay en él como *Mi infancia, Asturias, A España en sus derrotas coloniales* y *¡Resurrexit!* que bastarían para inmortalizarle como poeta, si no fueran todas y cada una de las del tomo —volumen de trescientas páginas— un panegírico de su portentoso estro.

* * *

SONETO

Al R. P. Graciano Martínez, tan bueno
como sabio y tan sabio como bueno.

Es tu sublime frente inmenso faro...
desde él tu portentoso pensamiento
difunde en un genial derramamiento
su resplandor maravilloso y claro.
El corazón de luz y ciencia avaro,
el corazón de fe y verdad sediento,
se empapan en un dulce arrobamiento
de ese eterno fulgor, límpido y raro.
Como la de Agustín, tu alma de asceta
tiene vuelos y arrullos de poeta
que harán tu nombre de inmortal memoria.
Cerebro todo sol, sabio entre sabios,
es tu cálido verbo entre tus labios
¡una campana repicando a gloria!

MIGUEL R. SEISDEDOS.

(Del *Diario de Cáceres.*)

Hermoso libro de composiciones poéticas es el que da a luz por segunda vez el eximio literato P. Graciano Martínez, Director de la conocida revista Agustiniana *España y América,* y autor de muchas y muy apreciables obras, no sólo literarias, sino también apologéticas y de cuestiones sociales y filosóficas.

Brillante imaginación, plétora de imágenes, arrebato y pasión, lenguaje escogido, facilidad y ternura, armonía en el verso y esplendidez en la estrofa, encarnado todo ello en el firme engranaje de elevados pensamientos filosóficos, son las cualidades más sobresalientes de la inspiración de este poeta, que tan noblemente sabe sostener el prestigio de los católicos.

Literato por naturaleza, dotado de profundos conocimientos y apasionado por sus tres ideales, la Religión, el Hogar y la Patria, es curioso notar con qué dominio del arte se desenvuelve, hallando siempre el lado poético y uniendo, en bello maridaje, lo estético y lo filosófico, sin caer jamás en lo que Horacio llamaba sonoras bagatelas.

No terminaremos sin afirmar que nada hemos leído hasta ahora, respecto del modernismo, que iguale al juicio que de dicha *moda literaria* (llamémosla así) emite en el prólogo de sus poesías el P. Graciano Martínez.

P. Santiago Pérez.

(*La Verdad,* de Murcia.)

* * *

Flores de un día llamó el P. Graciano a estas lindas poesías hace muchos años, cuando él, en plena juventud todavía, empezaba a formarse un nombre entre los hombres de letras. Pero ese título era demasiado modesto, y la prueba es que hoy las vemos brotar otra vez llenas de aroma y lozanía.

Como prólogo a la nueva edición se halla un juicio del modernismo en literatura, que es de lo mejor escrito y de lo mejor pensado que hemos leído sobre crítica literaria... Nada de amaneramiento en sus versos; son la espontaneidad misma; la expresión cálida, sonora y verdadera de un alma joven (y esto hay que tenerlo en cuenta para juzgarlos rectamente), pero intensamente poética, que entiende el lenguaje de la naturaleza, y sabe sentir y transmitir con delicadeza las vibraciones que surgen en el corazón a los solos nombres de patria, amistad, religión, tradición, belleza, que son de ordinario el objeto de sus inspiraciones. Si entre tanto fuera fácil señalar lo mejor, yo señalaría aquí las poesías que se intitulan: *Desaliento, Ayes del cautivo, El Pilar de Zaragoza, la Prez de la raza, Los ángeles del claustro,* y sobre todo, *La Romería* y *Las Naves.*

P. Justo Pérez, *benedictino.*

(De *Revista Eclesiástica,* de Valladolid.)

Es el P. Graciano de una actividad intelectual asombrosa. Parece que hay en él una envidiable y perenne juventud que refresca y orea sus obras, llenas de vida y de optimismo. Con ser muy sabio y erudito el benemérito Agustino, es, sobre todo, poeta. Poeta siempre, en sus obras filosóficas, apologéticas y de crítica... Por eso nos agrada sobremanera leer sus versos, que siempre dejan en el alma una emoción, un recuerdo, un halago.

Confieso que me cuesta —en general— leer libros modernos de versos...

Para llegar a coleccionar estos versos, que son facetas de un alma de artista ante el mundo, ante la vida o ante la conciencia, es preciso ser un excelso, un soberano poeta... Si no, no tiene derecho un hombre a importunar a los demás con sus desahogos más o menos líricos.

...esta digresión, que saltó a la pluma porque mi alma está indignada y cansada de leer tanto libro de versos, a cuyos autores deseo que Apolo jamás deje morar en el divino monte, no tiene aplicación al libro de que hablo. Al contrario, he sentido una liberación al leer estas poesías, que si son clásicas por la factura, son bien nuevas por la original y siempre joven fantasía del autor.

Además saben a *poeta* de verdad, no a coplero de álbum. Hay una, *En la Flecha*, que es un prodigioso remedo del tranquilo ritmo de la *Oda a la vida del campo*, de Fr. Luis, donde el P. Graciano siente la nostalgia del Maestro esclarecido y de las glorias de su Orden y de su hábito. Para mí es de las más bellas. El poeta ha bebido en las mismas puras aguas de la *fontana* del huerto platónico; ha escuchado el ventalle en las alamedas del Tormes, y parece que un vaho campesino, sustancia vital de la madre tierra, vivifica y da sabor a sus versos...

Agreguemos que no son flores menos perfumadas y exquisitas del ramillete de sus versos los dos bellos prólogos —el viejo y el nuevo— que el propio P. Graciano escribe como su credo poético al frente de su libro.

De nuevo felicitamos al poeta, al sabio, al erudito, al amigo cariñosísimo, y le deseamos luenga vida para honor de la ciencia y decoro de la poesía castellana.

ANTONIO GARCÍA BOIZA.

(De *La Basílica Teresiana*, de Salamanca.)

* * *

Ya sabía yo que el P. Graciano es crítico, amén de orador, filósofo y sociólogo; pero ignoraba que fuese el vate que en *Flores de un día* se revela, para honra de las musas españolas. Leí el volumen hace meses, sin ánimo de dedicarle ni una línea. ¡Lástima que no pueda condensar en esta nota las emociones que sentí! Ama el vate agustino la Religión, la Patria y el Hogar. Su religión es el catolicismo, hálito de su espíritu, germen de sus ideas, vida de sus lindísimas imágenes. Su patria es España, "paraíso de tiernos encantos", que amó él desde niño, y es

Asturias, "patria del corazón", "edén de flores". Su hogar es la aldea, la de la suave oración de la tarde, y es el claustro, donde surte "el raudal de eterna vida". ¡Con qué exquisitez de forma y qué efusión de espíritu sabe cantar esas tres realidades, tan plenas de luz, de amor y de esperanza! Y las cantó así como si las sintiese empapadas de una melancolía suave, realmente simpatiquísima. Que esa dulce melancolía exhalan *Mi infancia, Al Nalón, ¡Adiós!, Soledad, Nostalgias, La violeta tropical*, y otras muchísimas. Y nadie vaya a pensar que todas llevan un mismo carácter. Las hay íntimas, como *Recuerdo;* espléndidas, como *Peña Mayor;* apacibles, como *En la Flecha;* cálidas de patriótico entusiasmo, como *El Pilar de Zaragoza.*

FR. M. GARCÍA.

(De *La Ciencia Tomista*, de Madrid.)

* * *

Conocía de antiguo al P. Graciano Martínez, O. S. A., como a crítico literario y como a autor de profundos y bien pensados artículos en *España y América*, de la que es digno director. Su obra *Hacia una España genuina* fué una de las más comentadas y alabadas, y no hemos visto ninguna crítica en contra de la labor del P. Graciano. Sus críticas sobre la poesía de Galán, sobre las novelas de Palacio Valdés, sobre los escritos de González-Blanco y otros no menos notables escritores, habían llamado nuestra atención, y en su estilo pulcro y castizo habíamos adivinado al escritor correcto y atildado.

Pero no conocía al P. Martínez como poeta hasta que llegó a mis manos este último tomo, *Flores de un día.* Con excepción del título todo es bueno, muy bueno, superior en este tomo; y decimos con excepción del título, porque nos parece inexacto y falto de verdad. Las poesías de este tomo serán de las que vivan con lozanía y frescura siempre igual, mientras haya quien sepa leer las bellezas producidas en la lengua de Cervantes y Luis de León, hermano de hábito del P. Martínez. No serán, no, *Flores de un día* muchos de los versos y estrofas de este tomo: estamos seguros que cuando la racha modernista pase —que pasará, como todo lo anormal—, las poesías de este volumen, llenas de gracia y de una alteza de ideas poco común, serán leídas con fruición y deleite por los amantes de las buenas producciones poéticas.

¿Cuál de esas poesías nos gusta más? *La España moderna* encierra todo un curso de filosofía, deleitándose el poeta con la visión de la España que fué...

Minalábag es una poesía que nos ha traído más de una vez a la memoria aquella preciosa e incomparable elegía de David, con motivo de la muerte de Saúl y Jonatás, en uno de los picos del monte Gelboé.

"Montes Gelboe nec ros ne pluviæ veniant super vos
neque sint agri primitiarum, etc.

Así cantaba el Profeta Rey, y el P. Martínez dice:

¡Minalábag maldito! Siempre tus cimas
azote con sus alas airado el noto,
mientras de tanta sangre no te redimas,
desgarren tus entrañas profundas simas
y desplome tus cumbres el terremoto.

Broche de oro que cierra dignamente este tomo, donde el autor ha encerrado, en unos cuantos versos, centenares y miles de preciosidades, son las estrofas vibrantes y enérgicas y llenas de ferviente patriotismo de *La prez de la raza.*

S. S. M.

(De *El Comercio*, de Manila.)

* * *

Se tropezaría con gran dificultad para citar trozos escogidos de ese volumen, tan excelente por la corrección del estilo como por la hondura de la emotividad. Como poeta, el P. Graciano escribe con sencillez y gracia, es ingenioso y agudo en el decir y tiene una aptitud admirable para concretar con nobleza todas las afecciones que desde niño han embelesado su fantasía en la región ideal.

El P. Graciano no es sólo poeta: es también novelador, orador, filósofo, teólogo y sociólogo. Nacido en Laviana, patria de un profundo pensador y de un egregio novelista, del P. Ceferino y de Palacio Valdés, su obra, a una filosófica y literaria, diríase que participa de las influencias combinadas de aquellos sus dos paisanos ilustres. Y no porque tenga la menor relación su obra con la de ellos, sino porque su espíritu refleja por igual en sus producciones un poco de la amargura del pensamiento y otro poco de la emoción de la belleza, armonizándose en su personalidad intelectual la razón serena y el sentimiento superior.

En medio de la decadencia del verso entre nosotros, viene *Flores de un día* a renovar las sanas tradiciones poéticas, pero superándolas, merced a una rima sonora, fresca, natural e inspirada.

Enaltezcamos la noble reacción del P. Graciano contra el imperio en nuestra patria de esa poesía decadente, de muy terciopelesca forma exterior, de mucho atildamiento y de mucho recamo, pero que nunca, o casi nunca, sabe bucear en el fondo del espíritu para dar con lo que constituye la forma interior de la poesía, y que sólo con los sentidos del alma se puede percibir:...

No así la poesía del P. Graciano. En cuanto a la forma, fácilmente vence a la versificación de los modernistas el verso de nuestro poeta (fiel a las tradiciones de nuestra lengua, reputada como la más sonora), por su excepcional brillantez y su maravillosa flexibilidad. Y en cuanto

al fondo, brillan sus poesías por la escrupulosa notación psicológica, por el exacto perfilar del concepto, por la exclusión de los plumeros sobrantes de la dicción, por la sencillez del desarrollo ideológico, por mil sobresaliencias a que no alcanzan los desaforados aedas del flamante modernismo.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(De *Asturias Gráfica*, de Oviedo.)

* * *

Hemos recibido este bellísimo libro que contiene setenta y un poesías, que sabrán apreciarlas cuantas personas sepan sentir hondo. El P. Graciano, en el precioso prólogo que pone a sus poesías se pregunta si "¿por ventura la poesía no yace ya muerta para siempre, bajo la losa tumularia del menosprecio de esta edad, sólo atenta a dilatar los horizontes intelectuales, abriéndose novísimos rumbos por entre las escarpaduras de la ciencia?" Nosotros, a esta pregunta, contestaríamos sin vacilar que la poesía no ha muerto ni puede morir mientras ella cuente con corazones que palpiten como el del cultísimo director de *España* y *América*, gloria de las letras españolas. Las poesías del P. Graciano no son "flores de un día"; son y serán "siemprevivas".

P. IRUARRIZAGA, *O. F. M.*

(De *Apostolado Franciscano*, de Bilbao.)

* * *

Maestro de nacimiento el P. Graciano, cincela las estrofas de su primera juventud poco más o menos con la misma perfección y facilidad que las de veinte o treinta años de posteridad de fecha.

En todas sus rimas campea la consistencia y claridad del pensamiento corriendo parejas con la fluida naturalidad y sonora ternura de los versos; el rimado es impecable y muy variado, y esta misma diversificación se advierte en todos los demás elementos de sus numerosas poesías, en que el autor emula con éxito a la madre naturaleza, que jamás se repite a sí misma.

Tres ambientes principales le suministran sus inspiraciones poéticas, las cuales fueron hasta la fecha los principales viridarios de su fecunda vida literaria: la Patria chica, o su valle natal de Asturias, Filipinas y América, holgadamente acomodado cada cual de ellos para alentar y sostener los vuelos de un gran poeta.

Al primero, visto ya de lejos a través del cancel claustral, se deben, amén de otras de no inferior calidad, poesías tan encantadoras como *Mi infancia, Peña Mayor, Al Nalón, A la Virgen del Otero, Asturias, El Castillo del Condado, Al Cantábrico* y *La Romería*. Transcienden al

orégano y manzanilla de las sierras y a las siemprevivas y tréboles del valle.

Pertenecen al segundo las muy sentidas y a la vez patrióticas y entusiastas *A España, Filipinas, Ayes del Cautivo, El Cautivo abandonado, Añoranzas, Penumbra, Minalábag, A la Virgen de mis penumbras* y *Rimas malayas.*

Son de ambiente americano *Mi saludo a la Argentina* (soneto escultural), *España a Cuba, A Cuba, La violeta tropical,* y *El guajiro,* que son de las más entonadas y brillantes de tan rico repertorio.

Entre las descriptivas, es una de las más fascinadoras *La tarde en la aldea,* de muy cadenciosa combinación métrica, y entre las parenéticas es muy notable *Albores,* arrogante serie de valientes quintetos en que se celebra la coronación de S. M. Alfonso XIII. Son también magníficas las pinturas en *Los Angeles del claustro, Al caer de las hojas, Martirio de amor,* etc.

Hay muchas de carácter religioso y todas a cual mejor, como *Ante un Crucifijo, Al Dolor cristiano, Al Claustro, Plegaria a María, Alborada, Soledad, A Monseñor Chapelle, Getsemaní, El Pilar de Zaragoza* (de lozanía pindárica), *Resurrexit, Estrofas,* (ante el templo de San Agustín), que es una de las de mayor valía, y las aladas y cromáticas décimas *A Santa Rita,* que parecen una bullidora bandada de mariposas de los pensiles celestes.

La inmensa mayoría de las rimas pertenecen al género lírico, aunque no dejan de admirarse canciones épicas tan vigorosas y brillantes como *Siempre en la brecha* y la imponente mole de graníticos sillares *La Cruz de la Victoria.*

El broche de oro de este libro es la por todos conceptos preciosa y excepcional canción *La prez de la raza,* de orfebrería rozagante y espléndida y de corte novísimo y felizmente audaz, en la cual se destacan embriagadoras melodías...

La exactitud de este título —*Flores de un día*— que el autor adoptó por pura modestia debemos aceptarla nosotros en el sentido de que las flores efímeras representan la perenne frescura y fragancia en su renovación cotidiana, gozando del privilegio de no envejecer nunca, como sucede con las flores del presente ramillete, que siempre nos parecen frescas cuantas veces nos acercamos a aspirar sus perfumes. Siempre serán para nosotros *Flores del día.*

Todas las composiciones ostentan la atildada y elegante perfección del arte clásico, y, aunque exentas del servil sello de escuela determinada, reunen a la opulencia y solidez de ideas lógicamente trabadas de la escuela salmantina la floreciente gala y pulidez de la escuela sevillana.

Siendo, como lo es, un excelente religioso el P. Graciano, huelga decir que no contento de nutrirnos en todo caso con púdicas y sanísimas ideas, diluye el maná del más acendrado sentimiento religioso con discreta

oportunidad en todas sus composiciones, elevándose frecuentemente a inconmensurables alturas hasta rayar en las fronteras de la mística.

FR. MANUEL FERNÁNDEZ, *O. P.*

(De *El Comercio*, de Manila.)

* * *

La personalidad poética del digno director de *España y América* queda definitivamente consolidada con la reciente publicación de sus obras poéticas.

...no es de extrañar que el P. Graciano lamente en el lindo prólogo de su libro el ambiente materializado de la edad moderna, tan opuesto al noble idealismo de la poesía. Las valientes y tropicales estrofas de *Hojas rasgadas* muestran bien a las claras los sentimientos del vate agustino sobre este particular.

Internémonos por unos momentos en el jardín aromoso de *Flores de un día,* y lo grato de las perspectivas que allí se nos ofrecerán, podrá abundantemente persuadirnos de que aún *hay poesía verdad* en nuestros días.

Flores de un día es un conjunto de composiciones poéticas que su autor fué escribiendo según que los variados espectáculos de la naturaleza y de la vida iban conmoviendo su alma sensible de artista. Son, pues, como diría el olímpico Goethe, la historia subjetiva del P. Graciano. No obstante su grande variedad, forman dichas poesías un todo armonioso, dejando entrever al poco tiempo las fuentes inspiradoras de la poesía del vate hermano de Fr. Luis de León.

La mente soñadora del P. Graciano vaga incesantemente en torno de tres objetos, manantiales riquísimos de poesía sana y verdadera: el hogar, la patria y la religión.

El sentimiento del hogar campea singularmente en las primeras composiciones del libro. ¡Cuán bello, cuán encantador no es el aroma que exhala de aquellas estrofas inocentísimas, risueñas! Para acrecentar su mágico atractivo revístense de cierta inefable melancolía que las convierte en visiones esfumadas de apacible otoño.

El hogar aparece en el libro del P. Graciano como un santuario de virtudes cristianas y morada de dicha y amor. Asturias, la bellísima Asturias, se ofrece a nuestra consideración como un Paraíso de Dios, habitado por seres candorosos y sencillos; rosas fragantísimas de ese ramillete son las poesías tituladas *Mi infancia, Al Nalón, A la Virgen del Otero, Junto a la playa, La tarde en la aldea* y sobre todo *Peña mayor* y *La romería.*

El amor patrio del P. Graciano es grande, nobilísimo. Los afectos al terruño no le impiden la visión de la patria grande; y como el Padre

Graciano tiene la vista desembarazada para contemplar las grandezas de aquélla, la admira con entusiasmo, en estrofas pletóricas de vida y de virilidad. Unas veces es la grandeza de la historia patria la que arranca de las cuerdas de su lira tonos de brava y solemne armonía; otras veces son los propios infortunios quienes inspiran la musa doliente del P. Graciano. ¡Cuán llorosa y lúgubre no resulta su elegía del *Minalábag!*... Por el contrario, rebosa en vida y entusiasmo patriótico, lanzando las ardientes estrofas de *La Prez de la Raza* y *La Cruz de la Victoria.*

Y ¿qué diremos ahora de las composiciones en que principalmente inspira al poeta la musa religiosa? Digo "principalmente", porque a buen seguro no se encontrará una sola poesía de la colección en que se omita la oferta de incienso oloroso al sentimiento de la religión.

Al espíritu religioso, constante en animar los alientos del vate agustino, son debidos aquellos robustos trozos de su oda *Al Cantábrico.*

"Cuando tus olas luchan con la tormenta airada
me asombra tu grandeza, mi mente se anonada,
sintiéndose ante Dios.
Te siento, sí, Dios mío, y en encumbrado vuelo,
con las turgentes olas que suben hasta el cielo,
me lanzo de Tí en pos."

Ese mismo ardor del sentimiento religioso estalla en versos hermosísimos en *La romería.*

Pero hay composiciones propiamente religiosas en la colección. En unas, se celebra a la Madre de Dios; en otras, la vida del claustro es la que con sus bellezas y dichas inefables inspira al poeta. ¡Cuán hermosas son bajo el último aspecto aquellas composiciones *Al claustro* y *Los ángeles del claustro!*... y *La violeta tropical,* composición que por sí sola muestra la riqueza de colores en que abunda la paleta del Padre Graciano! Hay también entre las religiosas poesías más o menos místicas, algunas de un encanto inefable. La oda *Al Dolor cristiano* es una de las mejores poesías del tomo.

FR. PEDRO N. DE MEDIO, *Dominico.*

(De *El Adelanto,* de Salamanca.)

* * *

Benaque (Málaga), abril 20.

Mi egregio P. Graciano: Recibo tu libro, abriéndole de par en par mi corazón. El me sirve de recreo divino en mi enfermedad. Con mis

vista cansadísima lee trozos de él que refrescan mi cerebro como invasiones de burbujas oxigenadas y estallantes. Porque yo creía que los poetas naturales, a quienes da Dios al nacer un beso de Sabiduría en la frente, habían desaparecido ya del habla castellana, donde casi todo es cerebral, contrahecho e hijo escuchimizado de la literatura.

A pesar de tu enorme cultura, eres ¡bien venido seas! un poeta *porque sí.* No te pareces —y perdona la estrafalaria comparación— a la rueda de poetas-arcaduces o cangilones de la *Noria Castalia,* los cuales se alargan uno a otro, en su rotación, la misma agua francesa, por no poder ahondar hasta las capas artesianas y traer el agua virgen a la luz del sol, desde las profundidades de la tierra.

Tú tomas el agua del *Venero Supremo* en los cangilones refrescantes de tus estrofas desbordadas de rocío y le salpicas a uno el corazón y la cara y el entendimiento.

Y a veces ¡ave rara! llegas a la alta elocuencia de la vida y de los hechos, empleando, *voz de hombre,* abarcadora y grande.

La variedad de tu libro, elástica y ondeante, tiene más descoyuntadas posturas que el agua. Tu ser todo es la pura variedad; orador, conferenciante, polemista, crítico, poeta, verbo sagrado, verbo familiar, verbo periodístico, con todos los signos de Proteo en tu obra total de hombre del siglo.

Y lo que más gracioso me parece de ti es que toda tu variedad y toda tu diversidad, la realizas sin esfuerzo, riendo y encantando a las personas con tu trato incomparable y tu corazón libérrimo y bonísimo. Eres un verdadero hombre peregrino. ¡Que Dios te conserve en la plenitud de su gracia! No puedo escribir más. Recibe mi enhorabuena y un millón de afectos por tu retrato generoso acerca de mi, donde te lo agradezco todo, y, sobre todo, que hayas desvanecido lo del dichoso panteísmo que pesa sobre mí, en contra de mi Unico Dios, que adoro.

Un real abrazo de tu creyente,

SALVADOR RUEDA.

181461

LS.
M3834d

Author Martinez, Graciano

Title De paso por las Bellas Letras. Vol.2

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 06 001 1